

DIEGO NIETO

LAS HUELLAS DEL OLVIDO



Regnum On Line es un mmorpg creado por la empresa argentina NGD studios. El juego plantea un mundo de fantasía con tres facciones –el imperio de Alsius, la república de Syrtis y la hermandad de Ignis– enfrentadas en una guerra constante.

Las Huellas del Olvido es la primera novela ambientada en el mundo planteado por RO, fue escrita por Diego Nieto (aka Maldito Lobo) e incluye como protagonistas a miembros de la comunidad. Originalmente fue publicada por capítulos en el foro oficial del juego, entre el 15 de febrero y el 20 de marzo de 2009.

Como nos advierte el autor, "Las Huellas es la historia de un regreso". En efecto, se trata del regreso de un guerrero a la comunidad por la que jamás luchó, pero que guarda a las últimas personas vivas que aprecia. Y, a la vez, es la historia del regreso de un mal antiguo y siniestro, la contracara de un ideal, la historia de un lugar.

Pero también es la historia del renacer de la rebeldía en un mundo donde los placeres de la pobreza vencieron todas las revoluciones; es la crónica de la tempestad interna de un hombre que se para, solitario y orgulloso, frente a una realidad mágica que, todo el tiempo, remite más a la distopía de Orwell que a la fantasía de Tolkien.

Los hechizos y sortilegios, las contiendas medievales, se enlazan con un escenario, la política actual, de modo simbiótico e indivisible, clamando por un nuevo Espíritu Del Tiempo, un nuevo paradigma para un nuevo milenio.

El narrador, fiel creyente de la teoría de la conspiración constante, llama a concebir, a idear una nueva realidad donde los hombres no se paren unos sobre otros, donde se preste especial atención a quienes se ocultan en las sombras. Pero, por sobre todas las cosas, exhorta al lector a dejar de lado viejos resentimientos que impiden la realización del ser humano. Se pide que se sigan esas pisadas que conducen al olvido de rencores que no tienen, que no debieran tener, razón de ser en la actualidad.

Todo cubierto siempre por una maldición, gloria y fracaso del protagonista, que irremediamente tiñe la realidad de negra anarquía.



[Regnum On Line](#), Alsius, Ignis, Syrtis y los NPC son copyright de [NGD Studios](#). Todos los derechos reservados.



[Las Huellas del Olvido](#), los hechos y personajes están registrados por [Diego Nieto](#) bajo una licencia [Creative Commons](#). El autor se reserva el derecho al uso con fines de lucro y el derecho a todo tipo de obras derivadas.

Este libro puede ser reproducido, total o parcialmente, por todos los medios existentes o aún por crear, siempre y cuando se utilice la referencia especificada por el autor. Dos o tres derechos reservados.

Creative Commons para una cultura LIBRE.

Cover art work por A m e l i e.

Primera edición. Abril de 2009.

Yo no hablo de venganzas y perdones,
el olvido es la única venganza y el único perdón.

Jorge Luís Borges.

A Marianela Borgia.

Nunca podría enumerar
todos los motivos de esta dedicatoria.

Las Huellas Del Olvido

Prólogo por Albus Camus.....	7
Prólogo por Maldito Lobo.....	8
Capítulo I: Cruz Y Ficción.....	10
Capítulo II: Maldito Sea Tu Nombre.....	16
Capítulo III: La Hora Del Pacto.....	23
Capítulo IV: La Resurrección De La Carne.....	32
Capítulo V: Los Moradores Del Vacío.....	42
Capítulo VI: Las Llamas De La Condena.....	51
Capítulo VII: Amanece En Rasius.....	59
Capítulo VIII: Plegaria.....	65
Capítulo IX: Prisioneros.....	76
Capítulo X: Fantasma.....	83
Capítulo XI: Los Placeres De La Pobreza.....	92
Capítulo XII: Teoría De La Revolución De Las Especies.....	101
Capítulo XIII: Un Cínico A Las Puertas Del Infierno.....	110
Capítulo XIV: Judas.....	116
Capítulo XV: En Nombre Del Padre.....	127
Capítulo XVI: El Evangelio Según San Remus.....	137
Capítulo XVII: El Duelo.....	145
Capítulo XVIII: Aullando A La Luna.....	154
Capítulo XIX: Bendecida.....	163
Capítulo XX: Gracias Por El Fuego.....	172
Capítulo XXI: Morir Para Contarlo.....	183
Capítulo XXII: Selah.....	194
Capítulo XXIII: Las Ruinas De Tu Vida.....	203
Capítulo XIV: Visión De Un Día Cicatrizado.....	212
Capítulo XV: La Ascensión.....	222
Capítulo XVI: Llámame Tinieblas.....	231
Capítulo XVII: Las Huellas Del Olvido.....	240
Epílogo: Mar De Terciopelo Negro.....	251

Apéndices

Redentus.....	257
El Vértice.....	261
Un Lobo En Syrtis.....	272
Apostillas.....	275

Prólogo

por Albus Camus

El desafío más importante al comenzar mi pequeño aporte a esta obra fue que esto no se convirtiera en una declaración de admiración hacia Diego, pero tampoco podía ser tan ambicioso en mi empresa y comprendí al final que todo se trataba de él. De cómo nosotros lo mantuvimos ligado a este mundo virtual que termina convirtiéndose en algo demasiado real, de cómo el necesitaba transmitirnos que las aventuras que vivíamos dentro de ese mundo nos terminaba vinculando de formas que muchas veces no sabemos como manejar ni explicar.

El privilegio de ser yo quien les escribe, no escapa a la realidad de que muchas otras personas que comparten esto con nosotros, pudieran haber expresado y hasta con mucha mas claridad, lo que significa esto para todos los que nos tomamos Regnum Online no solo como un “jueguito” sino como la oportunidad única de formar parte de una comunidad sencillamente especial, de ahí la decisión de presentarme como Albus y también la necesidad de “robarle” parte de la propiedad de Las huellas del olvido, porque muchos no dejamos de sentirlo nuestro.

Las huellas del Olvido es un abrazo a la distancia para todos los que participamos de esas aventuras, sin importar si nuestros nombres aparecen en el relato o no. El ambiente mismo en el que esta planteada la historia nos remite a todos a algo tan familiar como el living de nuestra casa o el bar donde alguna vez espero sentarme a hablar con el autor. Es simplemente la manifestación escrita de lo que significa compartir día a día con tanta gente querida un momento de diversión, distracción, risas, pasión y donde compartimos tiempo de nuestras vidas. Entonces quizás debería corregirme y decir que “al final todo se trataba de nosotros” pero seria prácticamente lo mismo, por lo menos a los ojos de Diego.

Por todo lo anterior esta historia debería convertirse en algo mas personal que narrativo, en un diario intimo y sin embargo el autor ha logrado un relato perfecto, perfecto no sólo porque está hecho con el cariño que le remiten los protagonistas de la historia sino porque la historia misma es el reflejo de los ideales que lleva como bandera. Ahora mismo usted que esta leyendo debe tomar una decisión importante, si va a ver esta lectura como un simple pasatiempo o va a intentar absorber la increíble claridad ideológica que le propone el producto, mas allá de que pueda estar de acuerdo o no.

Si falle al enfrentar mi desafío quizás deba pedirles disculpas, o quizás deba reconocerles que en ningún momento me propuse escaparle a la necesidad de transmitirles lo que pienso sobre Diego y devolverle a él tantos elogios (exagerados) que me dedico en el pasado. Para eso espero que estas líneas estén a la altura de todo lo que sigue, seria un buen comienzo para cumplir mi propósito.

Licenciada por creative commons y con la patente de lo compartimos varios locos escapando a las torturas del sistema, los dejo libres para disfrutar de lo que significan las huellas del olvido. Gracias por dejarme meterme en esto.

05/04/2009

Otro Prólogo

¡No me acuerdo el camino!

Como autor novel la tradición dice que un escritor reconocido del ambiente debe escribir el prólogo.

Al carajo la tradición, esta es la primera novela que se ha escrito ambientada en el mundo de Regnum On-Line. Y no es la primera vez que escribo.*

El catorce de febrero de 2009 estaba jugando cuando Diego (Remus) volvió a preguntarme si quería entrar a su clan, **Fuego De Fénix**. La mayor parte de mi tiempo en la comunidad la pasé sin clan, por más motivos de los que vale la pena nombrar. Pero desde que medio regresé soy miembro de **Para todo lo demás existe Mastercard**. Y no quiero moverme.

Explicué esto y fui comprendido. Pero como, de otras personas, seguían lloviendo las insistencias para que cambie de clan decidí dejar un testimonio de mi falta de voluntad para renunciar al grupo de personas al cual me uní voluntariamente. Ellos no me lo pidieron, yo quise entrar.

Hablé con Diego y le pregunté si querría ser estrella invitada en un relato. Aceptó. Empecé a hablar con algunos amigos para ver si estaban de acuerdo en que utilizara sus nombres. Los pocos que consulté no tuvieron problema.

Así que me puse a escribir lo que quiso ser en un primer momento una sátira sobre la insistencia. Fracagé rotundamente desde el cuarto renglón. Ahí me di cuenta que no era eso lo que quería escribir. El resto creo que está claro desde el primer párrafo.

Empecé a publicar *Las Huellas del Olvido* el quince de febrero, en el foro oficial del juego y en el foro privado de mi clan.

Me sorprendió que a la gente le importara. Está claro que vivimos en un momento histórico en el que se lee poco, por lo cual fue doble mi desconcierto.

Con cierto escepticismo que traigo desde mi época de administrador de foros, admito que es llamativo el modo en que la comunidad captó este trabajo.

Antes de terminar de publicar todos los capítulos tenía más de quinientos posts, alrededor de diez mil lecturas y una calificación de cinco estrellas por parte de la comunidad. Estas cifras, debo confesar, me abruman un poco.

Sólo *La Biblia De Org*, texto de Cabox, obtuvo cinco estrellas antes. Y la mitología que presenta ese relato caló profundo en una facción de la comunidad. Incluso la figura del dios Org está presente, más allá del roleo, en la vida de muchos jugadores.

Y, ya se sabe, en un foro relativamente grande del 100% de gente que lee sólo el 5% comenta.

No me incomoda, pero me sorprende. Me han hablado mucho sobre *Las Huellas*. Me dijeron que es el relato más taquillero, el que más interés despertó, el que más adeptos ganó. Sea esto cierto o no, hay pequeñas satisfacciones que recoger a lo largo del camino.

Haber puesto de moda una skill inútil como Empalamiento debería ser la primera.

Pero prefiero quedarme con otras cosas. Un guiño cómplice con un miembro baneado de por vida,

un karma negativo de un enemigo anónimo indignado por mi “conducta alardista”, un halago bienintencionado, un mensaje privado explicándome como fui una ayuda para que otro relato continúe, un agradecimiento de alguien que quiero mucho por haberla hecho llorar.

Ustedes comprenderán, ese tipo de cosas.

Hace unos ocho o nueve meses comencé a escribir sobre Regnum por primera vez. Me alegra mucho no haber terminado nunca ese texto, ya que la historia sería muy diferente a lo que fue Las Huellas.

Me alegra haber abortado ese proyecto. Me alegra haber perseverado en este.

Y si pude concluirlo, debo ser sincero, es gracias a todas y cada una de las personas que estuvieron ahí, leyendo en ambos foros día a día, brindándome su apoyo. Espero no olvidarme de nadie:

A m e l i e , Gotten, Fala, Maryan, Albus, Hugo, Tuor, Ryeck, Har, Mafe, Gate, Ajax, Alpha, Shuogo, Lloid, Adicto, quilino, Alexita, La Dama Blanca, Elendriel, Prisoner, Flor, Armestt, Carpi, Climene, Dragokaos, Fran, Lea, Remus, Lokura, Leitho, Wolfus, Darkfede, Elrod, Net, Mikt, y hasta acá llegó mi memoria.

Agradecimiento especial para Luca, sin su relato nunca me habría decidido a escribir el mío.

Sobre la novela en sí misma no creo que exista necesidad alguna de defenderla, mucho menos de justificarla. Se me cantó escribirla. Punto.

Pero, a quién sigue Las Huellas por primera vez, debo advertirle sobre los laberintos que le aguardan.

Los centenares de páginas que tiene delante se encuentran a medio camino entre la pura acción y la completa abstracción; entre la sangre y el fulgor.

El alma torturada de un hombre y una serie de regresos dan en una excusa perfecta para reflexionar sobre otras cuestiones. Tensiones políticas muy de este mundo, en primer lugar. Y a la vez, la visión, por momentos, orwelliana de un lugar ficticio empecinado en emular espacios reales da excusa para pensar en las cicatrices metafísicas de un individuo. La relación con los demás remite, inexorablemente, a la relación con sí mismo.

No es casual que el olvido, disfrazado de destino, vague de una página a la otra, como un fantasma del pasado que busca el camino a un hogar demolido siglos atrás.

Porque de eso se trata, de buscar amnesia selectiva.

Lo que sigue es un relato ambientado en el mundo planteado en un video juego.

Lo que sigue es la *íntima* crónica de una redención.

19 / 03 / 2009

Diego Nieto

*Como verá quien preste atención a las fechas al pie, estas líneas fueron escritas mucho antes de que Albus se apiadara de mí y decidiera escribir un prólogo a esta novela.

LAS HUELLAS DEL OLVIDO

Capítulo I

Cruz Y Ficción

-Está muerto-le dice ella, mirándolo a los ojos con ternura maternal-aceptalo. Nunca volverá. Nadie puede sobrevivir tanto tiempo solo ahí afuera, en tierras enemigas.

-No puede haber muerto-responde Remus con la negación de un adolescente.

-¿Por qué no escuchás razones?

-Porque sé que está vivo. Volveré en unos días y él vendrá conmigo.

-Es tu funeral.

El conjurador da la espalda a su interlocutora y comienza a caminar desde la escalinata del castillo Eferias, en la remota península syrtense.

El camino es largo y tedioso. Al mediodía se detiene en la playa y almuerza con unos aliados que cazan aquantis. Al ocaso se interna en el bosque de la muralla, una zona un poco más peligrosa, quizás, que las recias playas que dejó atrás poco antes.

Atraviesa ya en la noche los pasajes dominados por hombres lobos, hacia el fuerte Algaros, lugar escogido para el obligatorio descanso. Se acurruca en un rincón y contempla a los impasibles guardias que custodian la fortaleza. Medita en los cómo y los por qué de esta interminable guerra que tantas vidas inocentes ha mutilado. Reflexiona en su misión actual, en la búsqueda desesperada de un solo hombre.

Son días duros para el reino esmeralda. Las fuerzas están mermando. Las hordas enemigas poco a poco ganan terreno. La república pelagra. El sueño de un mundo justo y pacífico puede evanecer de un momento a otro. El imperio de Alsius reclama los frondosos bosques, quieren los recursos. Y están teniendo éxito. Muchos aldeanos e incluso algunos guerreros del otrora poderoso reino de Syrtis se han aliado a la causa enemiga. Se amalgamaron para garantizar su supervivencia. *Traidores que no creen en nada, como diría él, piensa el conjurador.*

Por su parte la hermandad de Ignis cada día planea el asalto final sobre la gran muralla. Pretenden transformar Fisgael, la capital cultural del mundo, en una zona de catedrales dedicadas a sus insulsas y oscuras diosas.

El ejército syrtense está desmoralizado. Poco les importa ya el resultado final. Se rindieron antes de caer. Necesitan algo que los motive a pelear.

Remus lo sabe. Y por eso va en busca del único hombre al que nunca vio rendirse ante nada. Pero eso fue hace mucho tiempo. En una época más simple quizás, donde la sola idea de una invasión era irrisoria y la actividad bélica se limitaba a cruentas escaramuzas en la zona en conflicto.

Lo encontraré, piensa, lo encontraré, lo devolveré a sus armas y me encargaré de tramitar su ingreso a Fuego De Fénix.

Al amanecer el conjurador atraviesa el puente pinos. Ya en tierra enemiga camina en silencio entre

los árboles, con rumbo al gran pozo conocido como Golpe De Thorkul.

Tiembla al saberse rodeado de enemigos. Sabe que pueden atacarlo de un momento a otro. Aún así su paso es firme en la larga búsqueda.

Se topa con algunos aliados, en su mayoría cazadores buscando enemigos débiles a quienes liquidar. Tiene suerte de no ser emboscado por alguna patrulla alsiria. Y eso le recuerda que aquel al que busca no cree en las casualidades.

A la siesta atraviesa el volcán dormido. *No falta tanto*, piensa ya harto del viaje.

El ocaso descubre al mago pisando la nieve de la península, de cara al imponente castillo Imperia.

El sitio más alejado del mundo. El último lugar en el que podría encontrarse un guerrero syrtense.

El único suelo tan silencioso como la muerte.

A distancia prudencial, lejos de la vista de los guardias, Remus conjura una centella y se adentra en las cavernas que existen en las montañas. Vaga durante horas en búsqueda de algún indicio, de algo que le indique la presencia tan anhelada.

Nada. Ningún ser vivo ha estado ahí en centurias.

Decepcionado sale a la nieve una vez más. Es medianoche y los gélidos vientos del norte azotan su delicada piel.

En sus oídos silva la naturaleza previniéndolo del mal venidero. Por instinto, sin girar la cabeza, mira a la izquierda. Entre los árboles, cubierto con restos de hojas y nieve, un arquero está apuntándole.

Escucha la cuerda tensarse. Escucha ambas respiraciones, la suya y la del oponente, a un mismo ritmo, al compás del universo. Sabe inevitable el inminente golpe de la flecha. No será tan rápido como para invocar un hechizo antes de que le disparen.

¿Qué hacer?

Remus conjura una barrera de energía, pero es muy lento. La flecha se incrusta en su hombro izquierdo. Valiéndose de toda su sangre fría encara al enemigo, que ahora sale de su escondite, y se prepara a disparar otra vez. El segundo ataque es una flecha trucada. Confundir. El mago no puede concentrarse. La magia se esfuma. Y queda solo en medio de la planicie, a merced de un enemigo conocido pero ignoto.

El enano arquero se acerca lentamente y sonríe. Apunta con cuidado y sin prisas directo al corazón. Sabe que no puede fallar. Es sólo un conjurador que se dedica a auxiliar a los guerreros. No tiene modo de defenderse.

Ella tenía razón después de todo, piensa Remus mientras toda su vida pasa por detrás de sus pupilas. *Este es mi funeral*.

El enano suelta la cuerda y la flecha se dispara con rumbo al corazón del syrtense, pero para su sorpresa no logra desplazarse más que unos cuantos centímetros. Una enorme y pálida mano la detiene velozmente. Alza la vista y contempla al guerrero que salió de ninguna parte.

Parece más una bestia que un hombre. Su cabello no ha sido cortado en mucho tiempo. Su barba parece tener varios años. Tiene el torso desnudo en medio de la fría noche alsiria. Exhibe, no sin cierto orgullo, un centenar de cicatrices, prueba fehaciente de la supervivencia a mil batallas.

El arquero retrocede. El guerrero avanza. Una flecha directo a las piernas. No la siente. Brama enfurecido, aturdiendo al enano. De un manotazo lo despoja del arco. Dos seguros movimientos del enorme bárbaro bastan para quebrar, a la vez, ambos antebrazos del alsirio que gruñe entre llantos y súplicas. Lo pateo sin misericordia y lo toma por el pelo, arrastrándolo por la nieve varios metros hasta quedar frente al herido syrtense.

Toma posición detrás del abatido enemigo y rodea su cuello y cabeza de modo tal que una sencilla palanca hecha con los brazos será suficiente para partirle el cuello.

-¿Son los huesos de tus pecados tan afilados como para cortar esas viejas excusas?-murmura el guerrero y acto seguido da muerte al enano.

Remus lo mira con asombro. La confusión pasó. Ya de pie se concentra y se cura. Repite el proceso con la pierna del bárbaro.

Se quedan mirándose en silencio un momento. Luego el mago toma la palabra.

-Estás vivo-le dice, titubeando.

-¿Estás seguro?-responde el otro.

-Sí lo estoy, viejo amigo.

El bárbaro arquea la ceja izquierda. No pestañea. No muestra expresión en el rostro. Está muerto por dentro.

-Estás prácticamente desnudo... en este lugar no puede ser bueno. Vamos a esas cavernas, ahí podremos refugiarnos-le dice, tímidamente.

-Tengo un lugar donde dormir. Pero ya no duermo. Sólo puedo descansar en la cruz. Seguí tu camino, Remus. La oscuridad espera por mí-responde, dándole la espalda a su antiguo camarada.

-Eso no va a suceder. Vine a buscarte. Te necesitamos.

-Nadie me necesita. Ya no soy un guerrero.

-Syrtis te necesita.

-¿Y acaso yo necesito a Syrtis?

-Es tu tierra. Sangraste por la esmeralda en nuestra bandera. No podés dar la espalda tan fácilmente.

-Serví a la patria. Y siempre me pregunto, ¿la patria de quien?

-Vamos...

-Nadie gana en estas guerras. Mientras un montón de niños mueren en los fuertes los nobles en

Fisrael viven rodeados de placeres y lujos. No sirvo a su causa. Nunca más.

-Sé lo que te sucede, pero debes venir...

-No. No sabés lo que me sucede.

-¿Por qué te fuiste? ¿por qué nos dejaste? Te dimos por muerto.

-Me fui porque debía. El exilio es mi hogar ahora. Acá paso los días. Vivo de los animales que mato. Rara vez alguien me molesta. Y cuando vienen, terminan como ese arquero. No permito que nadie perturbe mi paz.

-El reino está sangrando. La república puede desaparecer. Perderemos la guerra.

-¿Y un solo hombre puede cambiar eso?

-El hombre que conocí puede.

-El hombre que conociste está muerto. Lo que ves es todo lo que queda de lo que una vez fui. Dejame regresar al silencio, Remus. Cuando la muerte venga por mí quiero estar en paz.

-¿Y eso es todo? ¿vas a sentarte cómodamente a esperar el final mientras el mundo se destruye? Antes hubieses hecho cualquier cosa antes que permitir que alguien se arrodille frente a los sacerdotes ignitas o los emperadores alsirios.

-La gente cambia, yo ya cambié. Ahora me conformo con narrarle ficciones a las criaturas que moran éste paraje mientras cargo mi cruz. Dejame solo.

-Lo haré, pero para que me vaya, tendrás que arrodillarte ante mí.

Los ojos del mitad elfo, mitad alturian, brillan con el fulgor de un millar de estrellas agonizantes. El conjurador retrocede instintivamente. Conoce esa mirada. Aprendió a temerla muchas lunas atrás.

-Sabés que jamás voy a hacer eso.

-Lo sé. Sos un héroe.

-No lo soy.

-Sí lo sos.

-Soy un tipo que quiere descansar. Dejame en paz.

-Pantano. Cinco años atrás. ¿Te acordás?

Silencio. Luego el bárbaro asiente, con pesar en la frente y angustia en el corazón.

-Eran doce ignitas contra nosotros dos y un tirador. La sangre, los gritos, el dolor... nunca voy a olvidar como cercenaste el brazo de esa bruja de un solo golpe. Ni como noqueaste a tres de ellos para luego tirarlos al riachuelo. Un hombre puede marcar la diferencia. Si no hubieses estado ahí, yo sería alimento para gusanos.

-Y yo si vos no hubieses estado. Hacemos lo que debemos. Y mi deber terminó hace tiempo. Porque un día vi arder el mundo a mi alrededor; vi desaparecer en un segundo todo aquello que amaba. Porque una de las mejores mujeres que conocí murió en mis brazos. Porque perdí los motivos para luchar. Y la voluntad para vivir. Porque ya no soy un hombre sino un animal que finge tener la memoria de un antiguo guerrero...

-Sos el mismo. Siempre vas a serlo.

-¡Dejame!-exclama el semi-elfo mientras se sienta en la nieve.

-De pie, Lobo-dice Remus, con una seguridad que no había tenido antes en la conversación.

-No voy a volver, hermano.

-Debés. La república te necesita. Fénix te necesita. Y hay algo más... un testamento te espera.

-No me interesan las herencias. Además, no tengo familiar alguno que pueda dejar algo.

-No, no es eso. Hace unas semanas en el puerto de Dohsim encontramos una cesta. Adentro había un bebé. Un semi elfo, como vos. Lo único que traía era una nota con tu nombre.

Medita un segundo, sorprendido. Luego habla

-¿Qué decía la nota?

-No lo sé. No la leímos. No pensamos que fuese correcto.

-¿No qué me creían muerto?

-No todos. Yo nunca lo creí. Moví influencias para que no tocaran la nota y dije que te buscaría.

Suspira con el pesar de una caminata nocturna a través de cien desiertos en miniatura. Se yergue muy lentamente.

-No te movás de acá-le dice al mago.

El bárbaro se pierde en la oscuridad rápidamente. Cinco minutos después reaparece, con mayor abrigo y una mochila en la espalda.

-En marcha... pero que quede claro: sólo voy a leer la nota. Si puedo hacer algo por la criatura, lo haré. Pero por ningún motivo voy a quedarme. Ni a ser parte de tu clan.

-Entiendo. De todas formas, dame esa mochila. Tengo otra cosa para que cargues en tu espalda-dice el conjurador y saca una enorme espada.

-Esa espada...

-Sí. La del mismísimo Satarco. Es para vos. Vas a necesitarla.

-¿Cómo pudiste esconder algo tan grande en esa túnica?

-Magia.

El bárbaro sonríe.

Juntos comienzan el regreso hacia Syrtis, la república.

Los arcanos vientos comienzan a soplar en sus oídos, mientras el sendero del diablo es recorrido una vez más con la tenacidad e inocencia de quien se cree a salvo.

Están dejando huellas de memoria sobre la nieve. Y ya nada volverá a ser igual.

Capítulo II

Maldito Sea Tu Nombre

Él tiene cuatro o cinco años. Siente el golpe en el pecho. La fuerza lo desplaza hasta chocar con la pared.

-Y pensar que sos hijo mío...-dice el alturian-vos... hijo mío.

El niño se afirma en el piso, tratando de incorporarse. El adulto se para frente a él.

-El único error en la ecuación sos vos... bastardo...

No es más que un infante. Pero ahora conoce el dolor. Y ya no le teme. Se incorporará de un modo u otro. Dará batalla. O al menos eso es lo que desea.

Una patada directo a las costillas. Los órganos en su interior enloquecen. Sabe que puede morir, aunque aún no comprende qué es dejar la vida.

-Sos una aberración... dicen que naciste durante una tormenta... esa lluvia debe haber sido el llanto de los dioses, la pena por haber cometido el error de tu existencia... nada tan... bajo como vos debe existir.

En el suelo, la víctima se retuerce. Quiere hacer algo pero la inflamación en el rostro no le permite hablar. Tiene varios huesos rotos. Y no le sobra resistencia. No va a derramar una sola lágrima, por eso muerde su lengua como puede y lo mira directo a los ojos. Y las estrellas, por vez primera, arden en su mirada.

El otro no se inmuta.

-Voy a solucionar este inconveniente ahora mismo, del mismo modo que lo hice con tu madre. Yo te maldigo, hijo mío.

El filo de la daga oxidada brilla a causa de la magia que emana del cuerpo del alturian. Es el final.

Luego, un rayo. El trueno. Despertar.

Exaltado, el guerrero regresa a la insulsa, pero menos terrorífica, realidad de la vigilia, confuso y temeroso. Centra su mirada en el suelo y deja que su mente se calme. Pronto reconoce el lugar. Es la torre del fuerte Algaros.

Llueve. El bárbaro huele humo y carne asada. ¿Cuanto tiempo ha dormido?

-El desayuno-dice alguien.

Baja de la torre velozmente tras vestirse. Al pie de la fortaleza encuentra Remus sentado frente a una hoguera improvisada.

-Carne de yeti-le dice el mago-buena para la circulación de la sangre. Ya le serví a los guardias. Sentate.

Lobo asiente y con cierto recelo comienza a comer. Hace mucho tiempo que todo lo que come es

producto de su propio trabajo. No está acostumbrado a que alguien haga algo por él. Y desconfía. Además, el sabor de la carne cocida se le hace distante, como algo que conoció en otra vida. Y tal vez fue así.

-Qué extraño. Veo que no traes tu espada. Antes nunca te movías un paso sin un arma.

-Ya no acostumbro llevar armas. No las necesito en la montaña. Allá no hay guerra más que contra la naturaleza. Cuando marchemos de nuevo, la llevaré conmigo. No antes.

El conjurador sonríe. Aunque ahora es muy distinto, por un momento siente estar escuchando a su amigo y no a un animal que aprendió a hablar.

Cerca del mediodía la tormenta amaina y ambos emprenden la caminata nuevamente.

-Podríamos pasar por el mercado cerca de Stone-dice Remus.

-No quiero.

-Mucha gente se alegraría de verte. Aún muerto, tenés amigos acá.

-No quiero.

-Lobo, vamos, veinte minutos para saludar y quizás almorzar algo.

-No quiero.

-Sabes que voy a convencerte...

-No.

-Mira, lo que digo es...-intenta explicar Remus cuando es interrumpido por un grupo de ignitas.

Son cinco y los rodean rápidamente. Dos bárbaros, un brujo, un tirador y una conjuradora.

-Manteneme vivo, todo irá bien-murmura el semi elfo mientras desenfunda la enorme espada.

El mago invoca una barrera de energía y realiza una Intervención Divina sobre su aliado.

Lobo espera mientras los enemigos se acercan. El brujo y los bárbaros están cerca. Cuando ve el blanco de sus ojos, ejecuta un golpe en trescientos sesenta grados, dañando a los tres a un tiempo. Da un bramido, aturdiéndolos y decapita a uno de los guerreros. Hunde la espada en el pecho del otro y se abalanza sobre el brujo. Todos lo atacan, pero es curado y mantenido con altas energías. Quizás logren sobrevivir, después de todo.

Ahorca al brujo mientras escucha, distantes, los gritos de batallas pasadas. Los fantasmas de la derrota. Los demonios de la memoria.

Cuando el ignita muere asfixiado, Lobo alza la vista y contempla el escenario. La conjuradora y el tirador también han muerto.

-Sabía que estabas vivo-le dice el cazador con una sonrisa.

-Hola, Quilino-murmura.

-Seguí a estos cinco durante horas. Tuve suerte de encontrarlos a ustedes.

-Nosotros tuvimos suerte. Yo tuve suerte-dice Remus.

-Gracias por la ayuda. Fuiste muy oportuno, como siempre.

-Sólo fui más rápido que el tirador. La conjuradora se la dejé a esta bestia que domé-responde, señalando el orco-no eran precisamente los oponentes más fuertes, a fin de cuentas. No me vieron, mi camuflaje fue efecti.

-Sólo hace falta ver sus armaduras. Eran unos novatos apostando por su número.

-¿Van hacia el mercado?

-Dohsim.

-Bueno, Lobo, ya me contarás luego lo que sucedió. Debo continuar patrullando el reino. Adiós.

El cazador desaparece velozmente en el camino que lleva hacia los montes.

-Como te decía, sería bueno pasar por el mercado...

-No quiero.

En Dohsim una pareja de elfos discute.

-No vendrá.

-¿No creerás que está muerto, verdad?

-Claro que no. Sabe cuidarse solo, aunque detesto admitirlo.

-Sé que lo odias por lo de tu ojo. Y no sos el único. Pero lo necesitamos.

-No vendrá. Aunque lo encuentre, Remus no logrará convencerlo.

-Sí lo hará. Hay un recién nacido involucrado. No le dará la espalda a eso. Lo conozco.

-No, no lo conoces. Sabes quien es y lo que hizo. Pero no sabes lo que es capaz de hacer.

-Eso no importa. Vendrá. Jugamos bien nuestras cartas, Remus no sospecha.

-Lo sé. Logramos manipularlo. Pero no lo convencerá. Tenía sobrados motivos para irse.

-Nos pagaron bien por esto...

-Es por eso que sospecho, entre otras cosas.

-Explicate.

-Ese hombre, el que nos contrató, pagó mucho oro por esto, por traer a alguien que se dio por muerto hace tiempo. Es demasiado extraño. Y si pensás que nunca dio explicaciones. Y que es bien conocido mi rencor hacia él... y que vos alguna vez...

-No lo digás. Estoy acá. Con vos.

-Sí, pero...-la frase es interrumpida por el llanto de un bebé.

-Voy a atenderlo-dice la elfa.

Su interlocutor permanece sentado. Piensa. No puede evitar sentir que una tragedia se aproxima.

En Cúpula, por el camino que lleva al mercado, se detienen.

-Alto-dice el guerrero y olfatea el aire.

-¿Qué pasa?

-Huelo enemigos. Utghars.

-¿Te volviste cazador para rastrear así?

-No. Siempre fui lobo.

Escuchan la carrera acelerada detrás de ellos y se dan la vuelta. Una alturian corre presurosa, llevando un pequeño león como mascota. Es una cazadora joven e inexperta.

-¡Ayuda!-les grita.

La persiguen dos alsirios. Lobo embiste seguido por Remus. La batalla dura muy poco. Los enemigos caen velozmente. Pero no lo hacen solos. La arquera está muerta.

-Aún podés...

-No, Lobo. Mira su abdomen. No puedo siquiera pensar en reanimarla con semejante herida.

El guerrero se agacha y con sus dedos índice y anular baja los párpados de la chica.

-¿Cuántos niños más se cobrará esta guerra hasta que todos comprendan quienes son los verdaderos enemigos?-murmura.

No dicen nada más. Siguen en silencio la marcha. El equipaje en la espalda del conjurador. El cuerpo sin vida en los brazos del bárbaro.

Negarse carece ya de sentido. Deben ir al mercado. Alguien debe ocuparse de entregar el cadáver a la familia de la víctima.

Lenta pero inexorablemente se aproximan al área donde los guerreros suelen matar animales para comer y comerciar.

Hoy está particularmente colmado de gente. Pasan silenciosamente. El semi elfo escucha el murmullo alrededor y ve como la gente detiene su actividad para observarlos.

-¿Es él?

-No... no puede ser

-Es él.

-Debe ser alguien que se le parece... un hermano o algo así.

-No, no, es él.

-Sí, tiene que serlo.

-No sean ilusos está muerto.

Lobo se detiene entre los presentes. Remus extiende un manto en el suelo y el guerrero deposita el cuerpo.

-¿Alguien conoce a esta mujer?-dice el bárbaro.

Silencio.

-¿Alguien conoce a esta mujer?!-grita.

-Es la hermana de un compañero...-responde uno de los presentes.

-¿Sabés su nombre?-pregunta Remus.

-Allarian...

-Murió en batalla. Denle un funeral acorde-dice y se da la vuelta, como para no volver. Detrás suyo alguien habla. Y esa voz le hiela la sangre.

-¡Lobo!

Con resignación se da vuelta y contempla a quien pronunció su nombre, su maldito nombre.

-¡Estás vivo!-exclama la mujer.

Estupefacto, se siente una estatua por un momento. Luego vuelve a la normalidad. Y habla.

-Verte es una grata sorpresa, Dama Blanca.

-¿Viste? ¡te dije que era él!-murmura alguien. Y comienza un alboroto. Voces que saludan y reclaman atención. La palabra clan no tarda en aparecer. El guerrero mira a Remus con aversión.

La cazadora se acerca al bárbaro y lo toma por el brazo.

-Tenemos mucho de qué hablar.

Él se suelta, bruscamente. Perdió hace tiempo la costumbre del contacto corporal con algo que no sea una víctima.

-¿Qué pasa, amigo?-le dice ella, con dulzura.

-Tengo... necesito...

-Tenemos que ir a Dohsim-explica el conjurador-sólo estamos acá porque tuvimos una pequeña batalla cerca de cúpula. Una chica murió. Teníamos que traer el cuerpo.

La euforia se quiebra con un grito que supera al de todos los demás:

-¡El ejército ignita está pasando el puente blanco, van a Stone!

Todos se callan, reúnen su equipo y comienzan la partida, presurosos, hacia la cercana fortaleza.

-Vamos, Lobo-le dicen cien voces a la vez.

-No soy un guerrero. Me da igual lo que pase en ese fuerte-responde y se siente, entonces, padre del silencio.

Nadie habla ni se mueve durante un eterno minuto.

-¡Al fuerte todos!-exclama Dama Blanca-ya hablaremos de esto.

Los novatos, y los no tan novatos, obedecen sin replicar. Los pocos experimentados se quedan.

-¿Qué quieren?-inquiérese aquel que no se cree parte de la batalla.

-¿De verdad no vas a venir?-dice la arquera.

-Ya te lo dije, Dama, no iré. Esta no es mi lucha.

Ella suspira, ofuscada.

-Habla luego.

-Luego no estaré. No soy el hombre que fui.

Comienza a caminar. No va a participar en eso. Remus lo sigue por el sendero que lleva al mercado.

-Ya estamos acá. Mejor compremos víveres ahora-dice el conjurador.

El bárbaro sólo asiente, ya sin ganas de discutir. Al llegar al área de comercio oyen un grito desgarrador. Sin mirarse, por puro instinto, aceleran el paso. Bajan el empinado camino y ven la masacre.

Cuatro syrtenses han sido empalados. Y una horda de ignitas celebra una negra orgía de muerte con los pocos sobrevivientes. Ahora lo entienden. El ejército no se dirigía al fuerte. No quieren el punto estratégico. Sólo quieren ocasionar bajas entre sus enemigos.

-A ellos no podrás decirles que te retiraste-murmura Remus.

Un par de soldados principiantes se les unen. Todos reconocen al bárbaro.

-Señor.... ¿qué debemos hacer? ¡Van a matarnos a todos!

-Haremos dos cosas-dice el bárbaro con total calma-primero, nadie me llamará señor.

-¿Y segundo?

-Segundo... **¡CORTEN SUS CABEZAS!**-grita y embiste contra la horda escarlata, augurando días de horror y tormento, de traiciones y martirio, mientras el suelo comienza a convertirse en el lecho de un río de sangre.

Capítulo III

La Hora Del Pacto

-¡Apártate!-grita desesperado el arquero mientras tira del hombro de la bruja.

-¿Por qué? ¡Puedo dominar su voluntad y arrojarlo al suelo, así lo matarán de una vez!

-No, no podés. Miralo, no es consciente del daño que recibe, es un desquiciado. Ha viajado más allá de la locura, su demencia lo protege.

-Ni siquiera lleva armadura.

-Es un berserker, ya no quedan guerreros así. Si te acercás lo suficiente te matará de un solo golpe.

-¡Eso no es posible!

-Claro que sí. Lo conozco, lo vi en acción. Y dormí mejor todo este tiempo, desde que llegó a mis oídos la noticia de su muerte.

La bruja y el arquero ignita retroceden unos pasos mientras contemplan la terrorífica escena.

Los pocos syrtenses están dando una feroz resistencia. Apenas tienen dos conjuradores y aún así sólo uno de ellos ha caído. El mercado fue incendiado con la mitad de las fuerzas ignitas dentro.

Lobo ha estado todo el tiempo en el medio de ese infierno, no ha tomado ni un segundo de descanso. Mutila y asesina, se baña en la sangre enemiga. De tanto en tanto, quiebra los gritos con un aullido. Hiela la sangre de sus enemigos.

-No es precisamente más fuerte-dice el arquero ignita a la bruja-ni más rápido. No es más poderoso ni más afortunado. Sólo es más... letal. Y la verdad es que no hay un mantra secreto ni un rezo adecuado, no hay una verdadera clave para salir vivo en una batalla. Sólo uno frente al universo. Y este tipo lleva demasiado tiempo luchando contra el mundo.

Corre directo a un tirador, pateo su abdomen y quiebra sus brazos. No lo mata para economizar tiempo. Salta sobre un conjurador que se protege con un hechizo que da a su piel la resistencia del acero. Anhela su martillo, de tenerlo lo usaría para aplastar su mente y eliminar los conjuros positivos. Pero como no lo tiene, improvisa. Sus pulgares se hunden en las cuencas oculares del ignita. Los ojos no están recubiertos por piel. Y tardará en curarse. Sólo ahora se detiene a contemplar lo que ocurre alrededor. Están ganando. Ahora son más. De algún modo un pequeño puñado de syrtenses diezmó a la horda ignita, que los quintuplicaba en número.

Posa los ojos en el arquero y la bruja. Embiste, directo hacia ellos.

-Corre y avisa al resto del ejército. ¡Yo te conseguiré tiempo para huir!-exclama el arquero.

-¿Y qué les digo?

-Que Lobo, aquel llamado el maldito, está de vuelta. Y que nuestras fuerzas fueron destrozadas.

La bruja corre. El arquero dispara una flecha enredadora a los pies del bárbaro. Luego apunta a las piernas, intentando paralizarlo. Retrocede mientras ataca, ganando terreno. Entonces nota el

cansancio del guerrero. Y cree que saldrá vivo.

Corre y se esconde tras un árbol cercano. Pretende camuflarse y huir sin que lo vea. Y podría haber funcionado.

Mientras trata de cubrirse, un tigre dientes de sable salta sobre él, arrojándolo al suelo. Cuando logra quitárselo, el bárbaro ya está sobre él. El arquero no soporta la mirada de su enemigo. Ve las llamas del infierno, que claman por su presencia. Ruega que sea rápido.

Siente el frío metal atravesándole el pecho, pero no muere de inmediato.

Está consciente cuando el syrtense lo toma por la espalda y las piernas y lo eleva por sobre su cabeza, para luego partirle la columna contra su rodilla.

Está consciente cuando sus costillas son trituradas a golpes.

Está consciente cuando le hunde los ojos y cuando le arranca la mandíbula, cuando le corta la lengua y cuando rasga su garganta.

Está consciente cuando mete los dedos en la herida en el pecho y empuja hacia los lados, abriéndolo y dejando sus órganos al aire.

Ya ha muerto cuando le arranca el corazón y comienza a devorarlo, inclinado sobre su cadáver.

Los sobrevivientes se reúnen y contemplan al bárbaro con asco y estupefacción. Él se detiene, se yergue y arroja lo que queda de su cena al suelo.

-Una pelea como esta es buena para el alma-dice.

-Busquen agua, apaguen el mercado-ordena Remus, mientras se presiona las sienes con el pulgar y el anular.

Los mercaderes, los aldeanos y algunos soldados obedecen.

-Hay muchos heridos. Curalos-dice Lobo.

-¿Te has visto en un espejo? ¡Estás destruido! Mira tu pecho, tus piernas, tu rostro, tus brazos. Al menos treinta de esas heridas dejarán cicatriz. Es increíble que no estés muerto. No sé cuanta sangre has perdido.

-Puedo recuperarme por mi cuenta-dice muy por lo bajo el guerrero y comienza a caminar rumbo a una loma cercana.

Remus frunce el seño y recita un mandalah para acelerar la recuperación de su aliado.

Lobo se sienta para que sus heridas cierren más rápido.

-Ya podés salir, sé que estás ahí.

-Me descubriste, como siempre-dice el cazador, elevándose desde abajo de las marchitas hojas. A su lado, se para el tigre dientes de sable.

-Gracias por la ayuda. Hubiese escapado de no ser por vos, Lloid.

-La bruja fue muy rápida para mí.

-¿Rápida? Entonces no era una maga.

-Sí lo era, Lobo. De todas formas, me alegra verte viejo amigo. Decían que estabas muerto.

-Lo imaginé.

-Fue una batalla dura.

-Sí, lo fue.

Durante un minuto permanecen en silencio. Luego el bárbaro se aburre.

-Habla con libertad. Te conozco, sé que hay algo que quieres decirme.

-Yo... bueno... tengo que mostrarte algo. No es muy lejos. Podemos ir ahora.

-Bien-dice el semi elfo mientras se incorpora.

A lo lejos, atendiendo a los heridos, Remus los observa. Duda, por primera vez, sobre su plan. Lobo sigue siendo tan letal como siempre. Pero ya no parece un guerrero utilizando su inteligencia para poner la situación a su favor. Ahora parece que el motivo del triunfo se encuentra en una furia sin precedentes. Y eso lo asusta.

En Dohsim una pareja de elfos se entrevista con un alturian en el muelle.

-Está listo. El mago partió hace días a buscarlo. En este momento deben estar cerca de la muralla. Si es que lo encontró, si es que sigue con vida.

-Está con vida-responde el viejo.

-¿Cómo lo sabe?

-Créame, si estuviese muerto yo lo sabría.

-Entonces eso es todo-dice la elfa.

-No. La segunda parte del plan es llevarlo a Arvanna, al cementerio. El día de su arribo a este pueblo. Antes de la medianoche.

-Eso no es lo que acordamos.

-Tomen esto-dice y le extiende una bolsa mientras hace un gesto de disconformidad con la boca.

El elfo acepta el ofrecimiento y cuenta el contenido. Quinientas mil unidades de oro en lingotes.

-No es suficiente. Hay viáticos que pagar.

El alturian refunfuña con desagrado y extiende una segunda bolsa.

-Si esto no alcanza...

El elfo cuenta nuevamente. Otras trescientas mil unidades.

-Bastará-dice ella, complacida.

-Ya saben lo que deben hacer. No me fallen. O vendré por ustedes.

El viejo les da la espalda y se aleja de un modo tan casual como irritante.

-Es mucho oro. Podremos irnos de acá con este dinero.

-Me da un mal presentimiento. Nadie dijo nada de verlo de nuevo. Lobo no perdona un agravio.

-Ya te quitó un ojo. No te atacará de nuevo.

-¿Estás segura?

-Por completo.

-No sé... esto es demasiado extraño. Y este tipo sigue sin dar explicaciones.

-No nos pagan para escuchar motivos, sino para realizar hechos. De eso se trata, ¿te acordás?

Él no responde. Pero no puede evitar que un escalofrío recorra inesperadamente su espalda.

Lobo se arrodilla frente a las tres lápidas, bajo la incansable luna que ilumina aquel oculto rincón del bosque.

-Pensé que alguien debía hacerlo-dice Lloid a sus espaldas.

-Gracias amigo.

-Tal como lo pediste antes de partir, con los epitafios que escribiste. Todo este tiempo lo mantuve tan oculto como pude.

-Es más de lo que me hubiese atrevido a pedir.

-Lo sé, pero como te dije, alguien debe hacerlo.

El bárbaro recorre con la mirada las tumbas y lee las palabras que pidió que grabaran sobre el frío mármol.

Acá yace Gatebula, cazadora de la república de Syrtis.

Las lágrimas más tristes son las que se derraman por las palabras que nunca fueron dichas.

---*---

Acá yace Ajax Satyros, bárbaro de la república de Syrtis

Solo le pide a los dioses que tengan piedad del alma de este ateo.

---*---

Acá yace Alpha Piscium, conjurador de la república de Syrtis.

PAZ

-Vengo cada día y dejo una flor en cada tumba, aunque no los conocí.

-Gracias-dice el bárbaro y la palabra nace en su corazón.

-No hace falta que me las des. Eran tus amigos. Para mí es motivo suficiente. Me sentí honrado cuando me encomendaste la tarea. Podrías habérselo pedido a cualquiera.

-No. La verdad es que puedo confiar en muy poca gente.

-Sé que esto influyó, pero no te marchaste sólo por sus muertes, ¿verdad?

El bárbaro guarda silencio. No quiere mentir al joven cazador.

-Vamos. Tengo cosas que hacer antes de marchar hacia Dohsim.

Emprenden la caminata rápidamente. No hablan durante el trayecto. Al llegar, encuentran un tumulto. Se imaginan lo peor. Lobo embiste, Lloid se camufla.

Pero no hay batalla alguna.

-¿Qué está pasando?!-grita el bárbaro, abriéndose paso a empujones entre sus aliados.

-Juicios-le responde Remus.

-¿Qué?

-Los ignitas llegaron por detrás de Stone, donde estaba la mayor parte de nuestro ejército.

-Eso no tiene nada de raro.

-El problema es que el área estaba patrullada por dos de los nuestros. No pueden haber llegado sin ser vistos. Uno está muerto, el otro es este brujo-comenta con frialdad mientras le señala al mago.

Lobo lo observa. No tiene ni siquiera un rasguño.

-Nadie lo vio atacar ni siquiera una vez, pero estuvo entre nosotros al final-agrega el conjurador.

-Quizás...

-Los que estaban en Stone dicen que él mismo les dijo que la zona era segura pero que se había visto avanzados ignitas; que lo más probable era que atacaran el fuerte. Calculamos los tiempos y eso fue dicho mientras nos masacraban.

Las estrellas arden en la torva mirada del guerrero.

-Vení-dice Remus, apartándolo del resto para hablar en privado.

-¿Y bien?

-Es un traidor, no me cabe la menor duda. Pero no hay nada que podamos hacer.

-¿Por qué?

-Es un lord, parte de una larga y decadente dinastía élfica. Sería un desastre desde el punto de vista político.

-¿Y acaso un burócrata conoce el dolor del campo de batalla? Si nos vendió...

-Lo sé, lo sé. Pero eso no es todo.

-Terminá de alegrarme la noche...

-Su compañero, el que murió, fue asesinado con un hechizo básico, un estallido de cristales. Era un caballero experimentado, no podría haber muerto así de no ser por un ataque por sorpresa. Y todas las marcas están en la espalda del cadáver.

-Está muy claro. Debemos hacer algo con ese individuo. Ahora.

-Su familia tiene relación directa con los Goldenheart. Estamos atados de mano. Ningún syrtense querría involucrarse más allá de gritar un poco y demandar que otro haga justicia.

-Yo ya no soy syrtense-dice el bárbaro.

-Lobo...-la respuesta de Remus se ve truncada por un grito de alarma.

-¡Alsius a Stone! ¡Avanzan desde Puente Pinos! ¡Son más de cincuenta!

Se miran consternados.

-Ya tendremos tiempo de arreglar esto-dice el mago.

-Lo arreglaré ahora-responde el bárbaro.

Corren a reunirse con el resto. En el proceso, Lobo toma por el brazo al lord.

-Ves venís conmigo-le dice al oído.

-¿Vas a escoltarme para garantizar mi seguridad? No es necesario, no soy débil-responde el brujo, seguro de sí mismo.

-Silencio-gruñe el guerrero.

-¡Esto es un verdadero honor! ¡llevado a la guerra por Lobo! ¡Por el mítico y Maldito Lobo!

-¡Callate, pelotudo!-grita, enfurecido.

Divisan ya el fuerte. Los guerreros en la puerta, los arqueros en la tarima y los magos detrás, secundando a ambos focos de ataque.

Lloid pasa cerca. Le habla.

-¿Te acordás de la batalla en Redentum, Lloid?

-Claro. ¿Qué pasa con eso?

-Al llegar al fuerte usaremos esa táctica. Organiza a la gente. Yo haré el papel del ígneo ciego.

-De acuerdo.

El semi elfo y el traidor se separan del resto.

-¿Qué haces? ¿a dónde vamos?-inquire el brujo.

-Es una sorpresa. Como la que le diste a ese caballero que confió en vos. Al que mataste por la espalda.

-Jamás podrás probarlo.

-No me hace falta.

Cuando ve al ejército alsirio, Lobo se desquicia y embiste, tomando al mago por el brazo. Con toda la furia lo empuja por la pendiente del camino. El lord rueda por el sendero, entre las antiguas columnas, rodeado por peligrosas criaturas, hasta detenerse justo a unos metros de la vanguardia de guerra del imperio.

Un centenar de ataques caen sobre él a la vez. Un enano eleva la vista y ve al syrtense, de pie, aún orgulloso, a una distancia segura.

Gritan alarmados y van tras su cabeza. Él corre, directo hacia el fuerte. Lo siguen unos veinte enemigos, entre magos, arqueros y guerreros. Un número aceptable.

El bárbaro cuenta los pasos, calculando la distancia a la cual estará aquello que no puede verse. Hace un cálculo mental. Cincuenta pasos desde el punto en que puede distinguirse con claridad a los soldados que protegen el fuerte.

Están muy cerca. Lo alcanzarán pronto. Pero no teme. Sabe lo que sucederá.

Hace un último esfuerzo cuando cuenta treinta y nueve pasos. Entonces una flecha atraviesa su pierna. Cae y rueda mientras la sangre es expulsada al aire en catarata a causa de una arteria perforada.

Cuando la inercia desaparece, toma la flecha y la rompe, sin intentar sacar la punta del interior de sus músculos. Se ve rodeado en un abrir y cerrar de ojos. Y sólo puede sonreír.

-¡Ahora!-grita, y los aliados se materializan alrededor, atacando sin piedad a los desprevenidos enemigos.

Los cazadores, utilizando su conocimiento del entorno, habían camuflado a buena parte del ejército en aquel lugar. Lobo sólo fue una voluntaria carnada.

-Buen trabajo-dice Remus mientras le cura la pierna haciendo uso de su ancestral magia.

-No estuvo mal. Cayó alrededor de un tercio.

-Dos de los nuestros también.

-Tres.

-¿Cómo?

-No puedo matar a un lord si quiero evitar un escándalo político. Pero las cabras pueden hacer lo que quieran.

-Los alsirios avanzan, señor-les dice un joven.

-Lo sé-responde Remus-ya los estoy viendo.

-Ignis desde PB-exclama alguien.

-¡Al fuerte!-grita una voz femenina.

Cuando se dispone a marchar, el conjurador da vuelta la mirada y ve algo que le quita el aliento.

-Lobo-murmura.

El bárbaro da la vuelta y lo ve.

-Ya están acá los dos ejércitos. Vamos al fuerte, dejalos que se maten entre ellos, así será más fácil.

-No... no es eso... mirá al centro.

Y él mira. Ve a una elfa oscura caminando hacia ellos muy lentamente, de la mano de un caballero Utghar.

-Una alianza-gime Remus.

La parca viene a buscarlos. La agonía y el éxtasis quieren un siniestro primer beso. Lobo escucha los lamentos y las súplicas, los llantos y los ruegos de sus aliados.

Y en su mente nace una blasfemia.

-¿Qué haremos ahora?-pregunta Lloid esgrimiendo la sonrisa de aquellos que saben más de lo que está a la vista.

-Seguir el plan.

-¿Y el plan es..?

-No sé ustedes, pero en lo personal, quiero matar a ese Utghar. ¡A trabajar, señores!
Esgrime la enorme espada. Y su valor contagia al resto de las tropas. Y adviene un arcano viento, que limpia, en parte, la oscuridad de su alma.

Late su negro corazón mientras la batalla preludia en un silencioso pacto entre un hombre y su propia voluntad: “No seré derrotado”.

Será una gran victoria.

NOTA: Los epitafios no son de mi invención. El primero puede leerse en una tumba en Nueva Inglaterra. El segundo es el epitafio de Miguel de Unamuno. Y el tercero es el epitafio que Sabato se otorga a sí mismo en la novela de su autoría “Abaddón, El Exterminador”.

Capítulo IV

La Resurrección De La Carne

El bárbaro choca contra un arquero e incapacita su pierna izquierda, relentizándolo. Lo rodean. Da un movimiento en arco arrasando a tres enemigos. No hay alegría en su rostro ni siquiera cuando ve las tripas de los alirios caer al suelo. Cual si de un tifón se tratase, ejecuta un movimiento en un giro completo para dar fin a las vidas de varios oponentes más. Se sabe mal herido, así que salta hacia atrás y cae dentro del fuerte.

Con enorme esfuerzo los syrtenses logran cerrar las puertas antes de recibir daño alguno.

Remus se arrodilla junto a él y comienza a curarlo.

-¿Sabes... una cosa?

-Decime-murmura mientras toma la mano de su amigo.

-De verdad, necesito una armadura. Y mis armas.

-Les tendrás-dice el conjurador, conforme con lo que escucha.

-¿Cuántos quedamos?

-Apenas siete. Y la puerta no resistirá mucho más.

El guerrero se incorpora con lentitud mientras escucha el bramido de los bravos enemigos azotando sin piedad la entrada a la fortaleza.

-Subilos a la torre. Yo me encargo de esto.

-¿Estás loco? No podés enfrentarte vos solo a dos ejércitos.

-La mayoría están malheridos, Remus. Subilos a la torre, curalos, tenelos listos para un último ataque. Yo voy a fabricar tiempo para vos.

Lobo poza su mano sobre el hombro de su interlocutor.

-Mientras fui parte de las verdes huestes, un momento así fue lo que anhelé como final.

Sin palabras de sobra, Remus comienza a gritar, exaltado.

-¡Rápido, todos arriba! ¡voy a regenerarlos y luego atacaremos!

Obedecen sin dudar.

Cuando sólo quedan los dos, le dedica unas palabras que, muy a su pesar, suenan a despedida.

-No vas a durar más que dos minutos.

-Entonces, que sean dos minutos gloriosos-dice entre dientes el bárbaro.

Una serie de hechizos de protección son conjurados sobre su persona, como para darle unos

segundos más de vida.

Los golpes retumban en la puerta. Pronto caerá. Lobo se mantiene de pie, aferrado a su espada, pensando en la próxima embestida, como quién hace el amor por primera vez.

Pronto cae lo único que lo separa de una muerte segura.

Ve directo a los ojos a los enemigos. Ignitas y alsirios mezclados en una masa informe de demencia líquida: son los efectos de la atrocidad.

Corre contra ellos en un estallido de furia. No sabe, ni le importa, como logra abrirse paso entre tantos soldados que claman por su cabeza. Está fuera del fuerte ahora y retrocede, bajando la loma, ganando tiempo para los suyos.

Un enorme utghar corre presuroso blandiendo una lanza, seguido por dos elfos oscuros. Detrás, la informe masa de odio avanza.

El infierno abre sus fauces. Pronto degustará un demonio tan oscuro como aquellos que lo gobiernan.

Pero los caprichos del universo deben verse retrasados, una vez más.

Una flecha atraviesa la garganta del enorme alsirio. ¿Una traición ignita?

No. Nada de eso. La caballería ha llegado.

Decididas y sedientas de sangre las tropas syrtenses se abalanzan sobre sus rivales cual mitómanos contemplando una perfecta mentira.

Lobo ve con el rabillo del ojo a quien salvó su vida.

-Luego habrá tiempo para apretones de manos, Camus-dice-es hora de ganar esta batalla.

-Siempre es un placer, camarada-responde, con cierta alegría, el experimentado tirador.

Un brujo crea en lo profundo de su mente una imagen del antiguo mago Sultar. Se identifica, se conecta con él, con lo que representa. Y deja que desde una realidad ulterior el terror emerja.

La mitad de los contrincantes caen presas del pánico al contemplar unas enormes calaveras, signo de brutal perdición, materializándose delante de ellos.

Los guerreros avanzan. El semi elfo no para de verlos llegar. Por fortuna los refuerzos son numerosos.

Una pequeña jauría de ignitas trata de refugiarse en la torre del fuerte. Y es recibida por el diminuto regimiento comandado por Remus.

La batalla termina pronto. Algunos logran huir, pero la victoria syrtense es aplastante.

El bárbaro camina entre los cadáveres. Se detiene ante uno.

-No debe tener más de trece o catorce años-gruñe al tiempo que se inclina y cierra los ojos que

contemplan, carentes ya de vida, la codicia de unos pocos cobardes, vendida como gloria a tantos valientes.

-Es la vida, es la muerte-dicen a su espalda mientras siente una mano en su hombro.

Se yergue y ve al tirador.

-Albus Camus.

-Maldito Lobo. Es bueno ver que... ¿cómo es la frase que dijiste aquella vez en la península? Ya recuerdo. "Los rumores de tu muerte fueron exagerados".

El guerrero no alcanza a responder. Está exhausto y ahora, cuando un momento de tranquilidad invade su atormentada existencia, se marea. El cuerpo reclama descanso. Y cae inerte sobre la hierva.

Un conjurador que atestiguó lo sucedido se acerca y dice al tirador.

-Está bien. Este hombre se encuentra más allá del cansancio. Déjalo. Estos semi elfos son raros. Sólo apartalo y llévalo a una cama con los otros heridos.

El arquero asiente.

-Es el fin, amor mío-dice el alturian, dándole la espalda a la elfa mientras se sirve una copa de vino blanco.

-¿Sabes? Ha sido muy complejo preparar todo esto, pero la recompensa valdrá la pena: validará un anhelo de veinte años de edad. Aprecio mucho tu cooperación. Pero es tiempo de decir adiós.

Un sonido incognoscible resuena, casi como un mugido, en la oscura habitación.

-Ah... supongo que querrás una despedida más íntima que las meras palabras, querida. Bien. Será una última vez. Por los viejos tiempos. Por el hijo que me diste.

Se arroja sobre la joven elfa amordazada y estaqueada a la cama. Tira las sábanas con una mano y con la otra se despoja de la túnica.

Algo arde y la sangre se concentra.

Ella gime y llora. Se traga las lágrimas cuando le hace daño. No soporta el sonido, ni el hedor, que emana del viejo. Sólo quiere que termine pronto. Lleva nueve largos meses prisionera. Ha sido violada una centena de veces.

El amor es el destino. El destino es la muerte.

Pronto el mago se incorpora, sudoroso cual nauseabundo animal.

-Espero que este último beso sea de tu agrado-le dice.

Ahora empuña una daga antigua. Su herramienta favorita. La imbuje en magia arcana. Da un tierno

y paradójico beso en la frente de la chica y acto seguido rasga su garganta.

Deposita un balde al lado de la agonizante elfa para reunir la sangre. Nunca se sabe cuando se necesitará un hechizo que escape a la vulgaridad de las vírgenes. Nada tan poderoso como la inocencia, si esta ha sido robada.

Consciente de los últimos momentos de vida de su interlocutora, el alturian habla.

-Está regresando. Puedo sentirlo. Vuelve a casa. Mi pequeña deshonra. Mi pequeña maldición...

Inconsciente, no sueña. Está atrapado, como siempre, en un punto intermedio entre el despertar y el mundo onírico.

Inconsciente, recuerda.

Dos años antes. El fuerte Algaros. Un refugio improvisado. Un grupo de huérfanos del orfanato de Raeraia había escapado. Lobo y un pequeño equipo de guerreros fueron los encargados de buscarlos.

-Estarán a salvo. Todo irá bien-le había dicho a Whisper Whind, tranquilizándola. Y ella le creyó.

A la medianoche, en los pasajes del monte, encontraron a los nueve infantes. No pudieron darles siquiera una pequeña reprimenda. La mayor de ellos les demandó silencio, con los ojos repletos de lágrimas. La conjuradora la abrazó.

-¿No eran diez ustedes?-preguntó un caballero que los acompañaba.

-Cazaron a Irguell-susurró la pequeña, con la pena carcomiendo sus entrañas.

-¿Quiénes?-preguntó Lobo.

Rojos.

-¿Cuándo?

Hace quince o veinte minutos.

No necesitaron decir nada. Ni siquiera se miraron. Todos cargaron con uno o más niños en sus brazos, excepto el bárbaro, y dirigieron sus pasos hacia el fuerte más cercano.

No tardaron en escuchar las pisadas persiguiéndolos. Una enorme partida de caza ignita. Embiste, dando coraje a sus aliados, que ahora cobran una mayor velocidad a causa del grito de guerra del semi elfo.

Esos días fueron distintos. Con la muerte pisando sus talones, se sabía alegre.

Esos tiempos quedaron atrás, se fueron para siempre; se estancaron en aquella fría noche, en aquel desolado sitio, olvidado por el diablo y, a veces, por los hombres.

Llegan con un mínimo margen al fuerte. Encuentran a los guardias asesinados. *Es una trampa,*

piensa el guerrero.

-¡Whisper, lleva los niños a la torre. Nosotros lidiaremos con estos hijos de puta!-exclama, furioso, el bárbaro.

-No. Ésta también es mi pelea. No voy a dejarlos morir.

-Prefiero que sea mi vida la que se extinga antes que ver la sangre derramada de otro crío inocente.

-Y yo prefiero que todos salgamos vivos.

Escuchan las flechas impactando contra la puerta. No hay tiempo para las discusiones.

-Que el mundo me perdone-murmura Lobo-¡todos ustedes, saben bien lo que deben hacer! ¡síguenme, señores!

La conjuradora hace una intervención divina en la mente del semi elfo. Él entra en estado de frenesí, pero, cauteloso, cuida de sus defensas al salir seguido por la tropa.

Comienzan bien. La maga abre el juego invocando un temblor. El caballero avanza secundado por el bárbaro noquean a buena parte de los enemigos, reparten unos cuantos golpes y regresan, mientras los arqueros los cubren.

Empujan y retroceden, planean ganar por cansancio, por desgaste. Tienen el fuerte para cubrirse. Pero el número ignita es superior. Los syrtenses reciben demasiado daño a cada segundo. Es demasiado. Aunque la conjuradora posee una mente ágil, no da a basto. A duras penas puede mantenerlos vivos a todos.

Entonces comienza la tragedia. Un caballero enemigo se abalanza sobre la puerta, llamando la atención de la pequeña tropa.

-Deténganlo e ignorenlo-grita Lobo. Pero el ignorado es él. Todos atacan al unísono a ese único enemigo, que es un ejército de un solo hombre frente a ellos. Su armadura es pesada y resistente. No podrán matarlo lo suficientemente rápido como para evitar que la catástrofe ocurra.

Por el flanco izquierdo dos cazadores emergen desde las sombras y atacan a la conjuradora. Hieren su pierna derecha y logran confundirla, tardará en recuperar la concentración necesaria para invocar el más mínimo hechizo.

El bárbaro va tras ellos, pero le lanzan dos orcos. A duras penas logra matarlos. Para cuando termina los arqueros han vuelto con el resto de su grupo.

Y comienza la declive. Uno a uno caen ante las arremetidas ignitas. Es veloz y casi indoloro en la mayor parte de los casos. Logran llevarse a un par de oponentes con ellos, pero irremediabilmente mueren.

Una flecha parte en dos el corazón del bárbaro, quien cae agonizante. Segundos después, el caballero sufre la misma suerte.

Los cazadores ríen a carcajadas y hablan en su lengua natal. Lobo, de cara al cielo, descifra sus palabras. Comprende el final que le espera a su amiga.

-Perdón-logra decir antes de fallecer.

-Nada de eso-murmura la maga, con tono maternal. Y comienza un cántico arcano.

Un llamado a los espíritus antiguos. Un pacto perdido en los anales del tiempo antes del tiempo.
Una sumisión vital. Su vida por la de sus compañeros.

Siente la energía recorriendo su cuerpo. Se sabe conectada a algo ancestral, hierático e incomprensible. Se siente una con el universo. Se sabe amada.

Los ignitas, aún entre risas malsanas, la rodean. Uno, el que parece el líder, hace una mueca y la señala. Ella se sonríe. Se abraza a sí misma y siente el calor de la vida ardiendo en su corazón.

Una fuerte luz emana desde su pecho hasta cubrirla por completo, hasta convertirla en una estrella. Los esplendores cubren los cuerpos de sus aliados y son absorbidos por estos. Luego regresa la natural oscuridad. Ellos no comprenden que sucede, pero les da igual. Improvisarán su pequeña fiesta en ese lugar.

El primero se acerca e intenta tocarla, pero su antebrazo es detenido. No puede creerlo cuando ve al bárbaro de pie, repleto de vida.

En un fracción de segundo la mitad de sus huesos son triturados. Cuando cae al piso ve que el bárbaro no es el único muerto que camina. Hay otros. Y están masacrando a sus compañeros.

Lo último que sus ojos contemplan es la enorme lanza del guerrero hundiéndose en su pecho.

Seis ignitas huyen.

-Dejalos-dice el caballero.

En ese instante Lobo comprende lo que sucedió y se arrodilla junto a Whisper Whind, quien yace apoyada contra la puerta del fuerte.

-¡Whisper!

-No digas nada... no hace falta...

-¡Mujer, no puedo creer lo que hiciste!

-Lo hice. Salvamos muchas vidas hoy... mi momento llegó... yo lo decidí...

-No. Ésta no es tu hora, aún podemos...

-Calla... no sientas pena por mí... no hay nada que hacer... hay reglas, lo sabes... cumplir los pactos con la naturaleza es la primera para un elfo...

Una tenue luz comienza a cubrir el cuerpo de la conjuradora.

-Ya me llaman... ya es tiempo

-¡No!-grita furioso el guerrero, negando la vida.

-Tranquilo, mi niño... es el ciclo...-dice ella, repleta de una dignidad jamás atestiguada por nadie en un campo de batalla.

El bárbaro la abraza.

-No... es... justo...-dice entre dientes.

-Sí lo es... una vida a cambio de cinco acá afuera... y otras nueve allá adentro... es un buen negocio...

-Whisper... por favor...

-Ya es suficiente-acaricia la mejilla del rudo syrtense y, con las yemas de los dedos, palpa las lágrimas que transitan su rostro-esta es la mejor muerte que alguien puede tener... en brazos de alguien que nos quiere...

-No... ¡No!

-Hoy verás la luz que inunda todo, verás el sol sobre nosotros.*

Dice y su cuerpo se convulsiona.

-Verás el cielo, grande azul y limpio.*

Dice y sus moléculas comienzan a alejarse.

-Vas a ver donde se unen tierra y mar, una vida en tus ojos.*

Dice y el universo la reclama.

-Vive, mi niño, vive...

Dice, y se transforma en un millar de partículas de luz que se dispersan en la fría noche. Resplandecen intensamente una vez y luego se apagan. Para siempre.

Un aullido quiebra el mundo. Puede oírse desde la gran muralla de Syrtis hasta los alrededores de Trelleborg, desde el fuerte Algaros hasta el límite que separa el desierto de las praderas.

En el puente pinos un enano lo escucha. Ese sonido será la banda sonora de cada una de sus pesadillas, por el resto de su vida.

En la depresión cerca del campamento gitano, un comerciante se arroja al sueño y se mutila los oídos con una rama, para dejar de oír el terrible lamento.

En las cercanías del escenario de la tragedia, los ignitas rezan a sus diosas, implorando una segunda oportunidad en la tierra.

Alrededor del guerrero, sus compañeros se lamentan cada uno a su manera. Dicen adiós con sus propios símbolos y rituales, con sus propias palabras y gestos.

Pero para Lobo no es suficiente. Algo se quiebra en su interior, algo único e irrecuperable. Viaja más allá de sus propios límites y se interna en el bosque. Solo. Porque la sangre clama por la sangre.

Los otros syrtenses entran al fuerte y pasan la noche en la torre, con los niños. De tanto en tanto, escuchan ruidos afuera. E imploran por la llegada de una ayuda que, saben bien, nunca llegará.

Cuando el sol despunta sobre el horizonte salen en búsqueda de algo qué comer. Deben tapar los ojos de los pequeños. Lo que hay a la entrada de la fortaleza no es un espectáculo para un niño.

Seis cercenadas cabezas, en el extremo de las puntas de seis improvisadas lanzas clavadas en la tierra, formando un semicírculo. Y en el centro, en el mismo lugar donde murió Whisper Whind, la espada del bárbaro. Clavada en la tierra.

Se acurruca en un solitario rincón de Birka. Eleva el mentón al cielo y contempla la luna en la fría noche alsiria, del mismo modo que contempló las noventa y nueve anteriores. Agradece cada segundo de esta vida que ahora tiene por préstamo de un desconocido. De un enemigo.

No comprende como es que no está pudriéndose dos metros bajo tierra. Y poco le importa. Da gracias por estar viva.

No debió aventurarse sola en los alrededores de Imperia, pero lo hizo. La sorprendió un yeti nevado, pero pudo arreglárselas para huir. Ese no fue el problema.

Tampoco fue tan terrible, a fin de cuentas, perderse tras el anochecer. Está acostumbrada a las bajas temperaturas. Hace falta un poco más que eso para eliminarla.

El problema fue haber intentado atacar al desarmado semi elfo, cien noches atrás.

Fue vencida sin esfuerzo por él. Y eso debía reconocerlo: es muy fuerte. Incluso daba la impresión de ser inmune al dolor.

El syrtense no estaba haciendo nada particularmente peligroso ni maligno. Pero es un enemigo. Y debe perecer por la gloria del imperio.

Al parecer esas ideas no están de moda en el reino esmeralda, porque él la miró con curiosidad tras derrotarla y, en su propia lengua, la misma que habló desde su más temprana infancia en Birka, le exigió que se fuera.

Ella medita. Y en el divagar de sus pensamientos, no logra comprender por qué piensa tanto en aquel hombre. Después de todo, no es más que un sucio syrtense. Sólo merece el tormento.

Lobo despierta, sobresaltado, con todos los recuerdos danzando tras sus enrojecidos ojos.

-Te hacía falta el descanso-le dice el tirador mientras le extiende una taza de humeante café negro.

-Camus... ¿que pasó?

-Te desmayaste a causa del agotamiento. Tomá, negro y amargo, una de las chicas se acordó como te gusta. Hiciste demasiado esfuerzo en muy poco tiempo. Eso revienta a cualquiera.

-Gracias-dice el bárbaro, incorporándose en el catre-supongo que ganamos.

-Suponés bien. Yo vine con los refuerzos. Llegamos justo a tiempo.

Él recuerda, poco a poco, mientras sorbe el café. Debe admitirlo, es muy bueno. Casi sabe quien lo preparó.

-Fue... difícil.

-Eran muchos. Ustedes pocos. Es lógico que pasara lo que pasó. Aunque no sé como es que lograron sobrevivir tantos.

-¿Ellos o nosotros?

-Algunos alsirios e ignitas huyeron. La mayoría cayó peleando. Pero lo decía por ustedes.

-Entiendo.

-¿Y bien?

-¿Y bien qué?

-¿No vas a decirme donde estuviste todo este tiempo? Te necesitamos acá en un millar de oportunidades.

Guarda silencio. Luego se incorpora, dejando el café a medio beber.

-Debo buscar algo. Me alegra verte, Camus.

-Sí... ya hablaremos con más tiempo.

No le responde y sale. De pronto, toma consciencia del lugar en el que se encuentra. No está, como creía, en un campamento cercano a Stone. Está en Raeraia, dentro de la muralla.

Y fuera de su sitio de descanso, una comitiva de más de doscientas personas aguarda por él. Quieren darle una bienvenida. Creen que su guerrero ha vuelto.

-No pude evitarlo. Teníamos que traerte-dice Remus a su izquierda.

-Te voy a...

-Guardá fuerzas. Vas a necesitarlas. Todos creen que estás de regreso de modo permanente.

Una oscura necesidad de huir galopa en su mente al ritmo de su corazón. Sabe que se han reunido por su presencia. Pero no puede estar ahí. No quiere.

La noche clama por él. Y sin prestar atención a nadie se pierde entre las sombras, esquivando a tantos de aquellos que una vez llamó amigos.

Lejos, entre la multitud, un viejo alturian lo observa cuidadosamente.

-Perfecto-murmura el anciano.

Los rojos vientos de sangre comienzan a soplar. El sendero del olvido, aún incólume, ansía huellas

que adviertan a otros el camino hacia la nada.

La gran estructura que mantiene funcionando el mundo caerá pronto, cuando una antigua regla sea violada. Y un hombre se transforme en dios.

Pero nada de eso importa ahora. Porque aún ante la ausencia del invitado de honor, en la ciudad se celebra una fiesta.

Y la muerte baila en carnaval.

NOTA: Las líneas marcadas con * son fragmentos de El Pozo De Arán, de Carlos Nuñez.

Capítulo V

Los Moradores Del Vacío

Un año y medio antes. Meleketi. En un funeral.

Las cinco sacerdotisas rezan en voz baja por la gloria de los espíritus de los dos jóvenes.

La reunión es un océano de congoja e indignación.

-Eran buenos...-murmura la mujer, entre lágrimas-no merecían este final.

Los presentes tratan de no mirar los cerrados ataúdes. Un militar, un familiar quizás, le pone una mano sobre el hombro.

-Habrá venganza-jura por lo bajo-¿se sabe quien cometió tan horrendo crimen?

-Fue en los alrededores del fuerte Menirah... un bárbaro syrtense.

-Estamos en guerra. Los soldados viven, luchan y mueren. Es... normal. Pero esto... esto no tiene nombre-exclama uno de los presentes.

-¿Alguien conoce la identidad del autor de esta monstruosidad?-pregunta el más viejo.

-Yo-dice uno, desde la muchedumbre.

-Habla.

-Fue Lobo, aquel llamado el maldito.

-Las diosas se apiaden de nosotros-dice un elfo oscuro, presagiando con su expresión, tan vulgar como precisa, el necio derramamiento de sangre que vendría.

Ahora. Raeraia. En una fiesta.

-¡Surak!

-Surak-Surak-Surak

-¡Acá, Surak!

Algunos gritan al ver al popular brujo. Algunos jurarían que es mudo.

-¿Todavía hay gente que tiene orgasmos cuando aparece este tipo?-pregunta Lobo, acodado en la barra del emporio de las bailarinas.

-Mirá el lado positivo: al menos te saca del centro de la atención-le responde Albus Camus.

-Aún hay gente molestándome, Albus. Y debieras recordar que me sobran enemigos murallas adentro.

-¡Yo quiero una cerveza!-exclama el cazador mientras aparece de la nada, invadido por la alegría, ajeno a la conversación de los adultos.

-Agua para él. Podrá ser un hombre para matar gente ahí afuera, pero acá adentro sigue siendo un crío-murmura Lobo mirando fríamente a los ojos del cantinero.

-¡Hey!-grita Lloid, decepcionado.

-Basta.

-Hombres para la guerra... niños para beber... me recuerda una canción-comenta Albus.

-Una muy mala-responde Lobo-en el orfanato se escuchaban seguido las canciones de ese cantautor.

-¿En serio?

-Claro. ¿Por qué crees que huí?-responde el bárbaro, con una sonrisa irónica.

Albus empina su bebida, sintiéndose transportado a días de antaño, cuando ambos eran más jóvenes, cuando el horror de la batalla se compensaba con esperanzas, cuando los sueños de gloria eran más importantes que la supervivencia. Cuando habían asistido a menos funerales.

Con el mundo en guerra, las voces se cuelan por el piso, acercando y a la vez alejando gritos y risas, perfectas quimeras de una felicidad ficticia que, aunque artificial, trata de contentarlos.

Es el sueño de tu infancia, con tu madre y tu padre en una playa ahí afuera, respirando el aire envenenado, amenazados por el cáncer escondido en un cigarrillo; un arroyo siniestro para un niño que nunca será amamantado, que morirá carente de atención.

Horas después, el fantasma de la fiesta va acechándolos uno a uno. Les recuerda que aunque dormirán abrazados a alguien siguen solos, que el tormento los espera ahí fuera de la gran muralla, que nunca verán de nuevo a sus hermanos muertos en el frente, que cuando esta generación termine el tiempo devorará sus nombres y cubrirá sus huellas; que a nadie le importará su paso por este mundo.

Lobo medita, sentado en la oscuridad, amparado por los paredones de madera de la caballeriza. Remus está ebrio. Deberá esperar un poco antes de poder marchar a Dohsim. Y eso lo exaspera.

-Nunca tuvo estómago para estas cosas-murmura a nadie, pero es oído.

-¿Importa? Borracho más, borracho menos...-le dice el joven brujo.

-Hola, Elrod. Has crecido mucho desde la última vez que te vi.

-Me esforcé, Lobo-responde y se sienta junto a él-se necesita engrosar las filas del ejército. Estamos perdiendo.

-Lo sé. Y toda esta gente cree que vine para quedarme. Y exige explicaciones.

-Si te sirve de algo saberlo, no vine a eso.

-Gracias-dice el bárbaro, con honestidad.

-Vine para darte algo-sonríe y le extiende la botella.

-Whisky... debo confesarlo: esto es lo que más extrañé durante mi retiro.

-¿No nos extrañaste al resto? ¿a las personas?

-Cargo una maldición... la gente a mi alrededor cae muerta, inevitablemente, sólo por estar cerca de mí.

-Lo que tenés es un nombre que te precede, creo yo.

-Hice... hice demasiadas cosas de las que no puedo sentirme orgulloso. Y que mi apariencia no te engañe. Que camine como hombre no significa que lo sea.

-Nombre, Lobo, nombre... ¿a cuantos novatos has matado?

-Demasiados.

-Es lógico. Como te dije, tu nombre te precede. Eliminate le daría cierta reputación a un novato. Y no es difícil verte repleto de heridas en una guerra y pensar “puedo darle un golpe en la espalda, con eso bastará”. Pero nunca es suficiente.

-Elrod...

-No sé cual sea tu secreto, pero estoy convencido de que si saltás por un risco vas a aterrizar ileso.

-La maldición que cargo también me protege. Creé eso. No necesitás saber más.

-Vamos, Lobo...

-Entiendo tus intenciones. Y las agradezco. Pero algunas cosas, sencillamente, nunca debieran ser dichas. Por el bien de todos.

-Quedate la botella...

Lobo asiente y se pone de pie. Camina con lentitud rumbo a la muralla. Necesita un lugar verdaderamente solitario; necesita pensar. Siente los vellos en su nuca irguiéndose. Se sabe observado.

A lo lejos, un viejo alturian lo contempla. Pero no lo sigue. Sólo monta su caballo y comienza la cabalgata con rumbo a Dohsim.

Un año antes. Menirah. En una entrevista.

-No pudimos hacer nada-le explica el guardia al esquelio.

-¿Cómo fue?

-El bárbaro estaba solo. No parecía una amenaza. Tus hijos fueron por él. Dos contra uno, difícilmente perderían. De haberlos acompañado estarían vivos, es verdad, pero entendenos: era una batalla. El syrtense se separó de los suyos mientras el grueso de los enemigos trataban de tomar el fuerte. No podíamos abandonar nuestros puestos.

-Entiendo. Continúa.

-Al terminar la contienda manteníamos el fuerte. Se logró repeler a los verdes, así que fui a buscar a... ellos dos. Los encontré en la playa...-explica el guardia sin poder mirarlo a los ojos.

-Tengo que saberlo.

-El mayor estaba esparcido en seis partes por la arena. El menor estaba siendo decapitado en ese momento. Sólo faltaba eso, porque las cuatro extremidades habían sido ya separadas del cuerpo. Traté de atacarlo, pero algo en su mirada me lo impidió. Vi... no soy un cobarde... pero juro que ese hombre era el mismísimo diablo...

-Lo es-respondió el anciano esquelio-hiciste bien. Te habría matado sin problemas.

-Perdóneme...

-Aún no he oído como descubriste su identidad...

-Cuando me vio... él mismo lo dijo...

-Decime sus palabras exactas, si es posible.

-“Mi nombre también es Lobo. Recordalo, soldado”. Terminó de cercenar la cabeza y se fue caminando, sin prisas.

-¿Era un semi elfo alto?

-Alto, para ser semi elfo, sí.

-¿Tenía una cicatriz en la mejilla izquierda?

-Sí, con forma de L.

-Era él, sin duda alguna.

-Dijo su nombre... ¿pero quién es él en realidad?

-Vos mismo lo dijiste. El diablo.

Ahora. La Gran Muralla Syrtense. En un monólogo interior.

Aunque fui parte del ejército -piensa Lobo- nunca fui un soldado. Hice lo que debía, lo que creí correcto. Y lo que pude. Pero nunca nada fue suficiente. NADA. Recuerdo y veo que en tantas

oportunidades sólo me descubrí a mí mismo masturbándome en una realidad absurda. ¿Así honro los viejos ideales? Eso no fue lo que Kurt me enseñó. Quizás sea cierto que en el orfanato debía ser fuerte, debía ser el más fuerte. Pero eso pasó hace 20 años. ¿Por qué arruiné tantas vidas? ¿por qué no tuve el valor para decir “basta”, para azotar el puño contra la mesa, para negarme?

>>No fue por un delirio de grandeza. Fue por un delirio y ya; fue por una mujer, como todas las cosas estúpidas que hice. Como casi todas las cosas estúpidas que hice. Honestamente, siempre pude arreglármelas solo para demostrar que mi intelecto no es precisamente medido en cifras astronómicas... si lo comparo con una ameba. Y el dolor... ¡el dolor! La ira y la tristeza, la rabia contenida, la furia, la sangre, el ardor, el sentimiento primigenio, las vidas ajenas que se escurrieron entre mis dedos. Realmente los odio a todos.

>>Dioses de cartón, enemigos de metal, ídolos de barro, armas de barro, convicciones de barro, muertes simbólicas pero verídicas. La oscuridad. Ese nombre susurrado en mi oído, esa palabra. Nunca te amó, inútil. Nunca. Nunca. Nunca. Nunca. Nunca. Nunca. Nunca. Nunca. Adefesios, alfeñiques, no saben hacer nada por su cuenta... ¡déjenme en paz! Los demonios de la memoria. Sálvame..

>>Hundido en un pozo sin fondo, ¡qué jodido cliché! Y qué real... ¿por qué? Sólo amo estas cicatrices, ¿entienden? ¡Para sentirme vivo moriré! Un beso en mis labios... no fue Judas... fue una de las Meretrices De La Ilusión... admitilo, Lobo, adorás a quienes te traicionan... ¡NO! Eso es mentira... mentira. Mentira. Mentira. Mentira. Mentira. Mentira.

>>Cien pájaros hambrientos... la aurora... ¿recuerdas la playa? ¿el amanecer? Eso fue hace tanto. Su mano sobre la tuya. ¿Creías que ya nunca volverías a estar solo? Bienvenido a la vida: nunca estuviste acompañado, pordiosero. Mendigo espiritual. Cínico. Clown.

>>Y canto el arrullo a la sangre, para placer de un olvido ausente, homicida de niños. No tratés de defenderte, basura. Cargá tu cruz. Partir fue la única cosa buena que hiciste en toda tu mísera existencia. Te odiamos. Porque te conocemos. Porque te conocemos, te torturamos.

>>Diez ladridos vagos en el paisaje sonoro y el gemido de un aquantis al morir... vos... ¿vos?... ¡Vos! ¡no me dejes solo! Acá en el mundo es de noche y tengo frío, está oscuro y no hay nadie más. Y no me dejan bajar. No me permiten morir.

>>Pronuncia el nombre de tu temor, soldado.

>>¡No soy un soldado!

>>Decilo... tenemos poder para obligarte. Somos tu consciencia; no somos VOS.

>>¡NO!

>>¿No? Mira... hacia adentro... recuerda...

>>¡NO! ¡Eso no! ¡por favor, eso no, no quiero verlo de nuevo!

>>Entonces, pronuncia el nombre de tu temor.

>>Padre...

Diez meses antes. Península de Syrtis. En una decisión.

El esquelio lleva mucho tiempo planificando todo. La venganza se aproxima. Pensó que jamás volvería al verde reino, pero la necesidad lo obliga.

Conjura un hechizo arcaico, olvidado en estas tierras, y camina, adentrándose en las furiosas aguas. No se ahoga. Sonríe, consciente de ser el único hombre vivo capaz de utilizar este aspecto de LA magia.

Pronto llegará a tierras syrtenses, pronto deberá acostumbrarse a ser llamado alturian de nuevo, como en su día fue llamado nordo y como, hasta hace poco, se lo llamó esquelio.

Pronto buscará una mujer. Una elfa. Y tendrá un hijo, un semi elfo. Como antes lo tuvo.

Será el sexto. Será el último.

Porque luego llegará, al fin, La Ascensión. Se convertirá en un dios. Y nadie podrá evitar que eso ocurra.

Ahora. Cruce de Naé. En una despedida.

Amanece cuando el bárbaro se despide de los jóvenes.

-¿Seguro que querés ir solo?

-Sí. Me hará bien la caminata, Lloid.

-Podemos ir con vos-le dice Elrod.

-Lo sé, pero prefiero hacer esto por mi cuenta. Debo buscar algo que necesito. Díganle a Remus que regresaré mañana y emprenderemos el camino a Dohsim, nuevamente.

-¿Pero que hay en Korsum?

-Recuerdos. Y un demonio que confrontar. Hasta pronto-dice, y emprende la caminata sin mirar atrás.

No marcha veinte minutos cuando una voz le habla desde su escondite.

-¿Te acompaño?-pregunta Dama Blanca.

-No-responde el terco guerrero.

-Vamos, te hará bien la compañía.

-No.

-A mí me va a hacer bien. Y no tengo otra cosa que hacer. Voy con vos.

-No.

-Disfruto más la charla que el viaje, Lobo...

-No.

-Podés necesitar que alguien te cubra...

-¿De un oso cachorro? No.

-Al menos ya decís algo más que “no”.

-No.

-¡Qué fea actitud!

-Sí.

Veinte años antes. En algún lugar de Syrtis. En una confrontación.

Es sólo un niño, pero ha soportado más ataques de los que resisten muchos experimentados guerreros. Otro se hubiese rendido hace tiempo. Pero es él. No otro. Y la pasividad no está en su naturaleza.

-Terminemos con esto, hijo mío-dice el alturian empuñando la daga.

Lo toma por el cuello y da un corte en su rostro. Una L perfecta se dibuja en sangre sobre la mejilla del semi elfo.

-No puedo permitir que existas. Me das asco. Sos un error-dice, sin siquiera intentar justificarse-el mundo será mejor ahora.

Alza la daga y prepara la puñalada. Cuando va a dar el golpe, siente una mano apretando su muñeca. Se da vuelta y un puño lo ciega.

Siente el tabique quebrado y poco más. El diluvio de golpes que cae desde las alturas lo deja inconsciente.

El enorme desconocido habla al niño.

-Herr pequeño, levántate. Estás a salvo.

El futuro guerrero cae desprovisto de toda fuerza. El otro lo toma en brazos y se lo lleva.

-La muerte...-murmura.

-Nain... tu destino es otro, mi joven amigo... no morirás esta noche. Te queda mucho camino por delante. Ahora descansa. Ya no estás en peligro.

Duerme, sin saber que ha cruzado caminos con aquel que marcará a fuego su vida. Con el hombre

que hace flamear una bandera que no es verde, ni azul, ni roja, sino negra.

Ahora. En las afueras de Korsum. En un momento íntimo.

La cazadora hace silencio y camina diez pasos detrás del bárbaro, con su consentimiento ganado a base de insistencia.

Se detiene frente a una tumba en la que pocos han reparado.

-Dame la pala, Dama-dice y ella obedece.

-¿Vas a exhumar un cuerpo?

-La tumba está vacía.

-¿Y eso?

-No quedó nada para enterrar.

Ella lee la única palabra en la lápida. *Kurt*.

Diez minutos después Lobo extrae una caja del sepulcro abierto.

-¿Era eso lo que necesitabas?

-Lo único que necesito. Bueno, necesito muchas cosas. Pero a diferencia del resto esto sí puedo tenerlo por mis propios medios.

Saca y se pone cada una de las piezas. Perneras y pechera de león, hombreras y guantes de gripho. Yelmo abisal.

-Es muy extraño volver a verte con armadura. ¿Significa algo que deba saber? ¿significa que volvés al ejército?

-Significa que me esperan duras batallas. Y que necesitaré protección-responde, esgrimiendo el enorme martillo-significa que no estoy de regreso, pero que estoy.

-¿Todo el tiempo estuviste esperando por esto, verdad?

-No. Sólo desde anoche.

-¿La fiesta?

-Algo así. Había alguien observándome.

-Todos te observaban, estamos felices por volver a verte.

-Esta persona no. Eso es seguro.

-¿Quién era?

-Mi padre-responde.

En Dohsim, desde el horizonte, llega un jinete pálido. Y a sus espaldas cabalga el infierno.

Se acerca la hora del diablo.

Capítulo VI

Las Llamas De La Condena

Quince años antes. En un lugar que no te gustaría conocer.

-No es suficiente-le dice el hombre al niño con su peculiar acento.

La sangre fluye de su cuerpo como una catarata. Recibió mucho castigo. Pero a través del dolor aprende. Se incorpora y salta sobre el adulto, trata de alcanzar sus piernas con una patada. Pero es muy lento. Lo evaden.

-Buen golpe. Buen combate-le dice-pero los cementerios están llenos de chicos buenos.

Lobo se mueve como le enseñó. Veloz, implacable, ataca directo a puntos vitales. Su maestro es más rápido. Y no a causa de su cuerpo. Bloquea cada golpe.

-Llegará el día en que te ataquen con magia. Si te comportas como ahora, morirás.

Da un golpe certero al pecho del joven. Le quita todo el aire. Pero, por vez primera, el semi elfo no cae ante semejante fuerza. Ha desarrollado una mayor resistencia. Pronto estará listo.

-Ahora son puños y piernas. ¿Qué harás cuando sean lanzas y espadas?-golpea su abdomen. El niño se retuerce, pero no cae.

-Ahora estoy frente a vos, ¿qué harás cuando te lluevan las flechas desde cuarenta metros?-patea los tobillos. Pero no cae.

-Ahora soy yo, ¿pero qué harás cuando...?-va diciendo, cuando es interrumpido por un golpe a las rodillas, que lo tira, mientras el futuro guerrero permanece de pie.

-Bien hecho, herr Lobo. Pero no es suficiente-dice y asesta un golpe al cuello del chico con las yemas de los dedos.

-Nueva lección: nunca des una batalla por ganada hasta que el enemigo caiga muerto.

Ahora. Raeraia.

La fiel luna ilumina al bárbaro. Medita en soledad mientras espera una respuesta.

-Remus ya está despierto, pero dice que la resaca no lo deja estar de pie más que unos minutos. Lo siento, Lobo-le dice Elrod.

-Está bien. Ya lo había imaginado. Es un buen tipo, pero tiene la resistencia de un sacerdote ignita.

-Vení, vamos a cenar.

-Creo que voy a cenar solo. Aún no me acostumbro a la compañía. Y no quiero hacerlo.

-Vamos, es sólo por esta vez. Cocinamos en tu honor. Estará todo el clan. Tenías amigos acá.

-Alguien mencionó que tu clan había dejado de existir.

-Así fue. Pero lo refundamos. Hay viejos y nuevos miembros.

-Creo... creo que no va a hacer ningún daño que cene con ustedes-dice intrigado. Si permanecerá algún tiempo más es necesario que sepa donde está cada persona. Para no confiar a ciegas.

Se adentran en la intimidad de la sede de Masterclan en aquella ciudad.

-Hola gente-dice Elrod-tenemos un invitado de honor para la cena. Con ustedes, Lobo.

-Hola-saluda el guerrero, sonriendo con honestidad.

-¡LOBO!-grita Lloid.

-¡Hey, Lobo!-le dice Wolfus.

-Hola chicos.

-Bien, acá estamos todos. Adicto-dice el muchacho, señalando a un caballero-Lord Faker-y señala a otro bárbaro-Lea-y señala a un arquero-Kadija, Omega, Rakbre, Coral y ya conocés a Gotten.

-Es bueno verlos a todos.

-Falta gente. Algunos están en fuera de la muralla, otros aún necesitan entrenar, como Anja, que aún es muy débil, sigue PrecepTos raros. Ya se adaptará.

-¿Vos fundaste el clan, Elrod?

-Fui uno de los ocho originales, pero no. Nuestra administradora es Amelie. ¿La conocés, verdad?

Los ojos del guerrero se iluminan. Le debe la vida a esa mujer. Le debe la vida a muchas personas. Pero a ella nunca pudo agradecerse como hubiese querido.

-Sí. Combatimos juntos muchas veces.

-Te alegrará verla, entonces. Llega mañana.

-¡La cena! Kelonte a la parrilla-exclama Lloid, mientras lleva a la mesa una enorme bandeja.

Lobo no puede evitar soltar una carcajada al ver al cazador con guantes y delantal de cocina.

-¡Sabía que tenías un talento natural para tratar animales, pero nunca creí que fuese tan extensivo!- exclama en un ataque de risa.

-¡Hey!-se queja el chico.

Todos ríen. Será una buena reunión.

Trece años antes. Junto a un mar.

Están sentados en la arena de la pacífica playa, uno junto al otro, contemplando la inmensidad.

-¿Lo ves? Más allá de donde se unen cielo y mar hay una gran muralla. Sólo nos divide.

-¿Por qué, Kurt?-pregunta con la cándida ingenuidad de su pre-adolescencia.

-Porque le conviene a unos pocos, herr Lobo. Unos cobardes que se conocen muy bien entre ellos. Nos envían a morir, nos enseñan a odiarnos entre nosotros, a mutilarnos, a derramar sangre inocente todo el tiempo. Pero ellos cenan juntos. Y se ríen de nosotros mientras acarician sus montañas de oro.

>>>Quieren que creamos que ahí afuera está el mismísimo demonio, mi pequeño amigo. Y la verdad es que, al final, después de todo, no somos tan distintos. Utghars, enanos, elfos oscuros, moloks...

-Semi elfos...

-Semi elfos. Los que antes nos llamabamos humanos ahora estamos divididos en alturians, esquelios, nordos. Siempre forjando diferencias.

-¿Para qué?

-Para que los que todo lo dominan puedan decir “ellos o nosotros”. Y así terminamos, luchando hermano contra hermano.

-¿No luchamos por la tierra?

-¡Ja! La tierra abunda. Y el desierto contiene más vida de la que ve quien no es ignita. Igual las montañas. Lo sé bien, ya que viví en los tres reinos.

-¿Pero de donde sos?

-De todas partes. Soy un ciudadano del mundo.

-¿Cual es el color de tu bandera, Kurt?

-Mi única bandera es negra.

-No... no hay una bandera negra... verde, azul o roja. Negra, no.

-Es un símbolo. La bandera negra niega todas las otras banderas. Niega las murallas. Augura un mundo mejor. Suena, idéntico en cada rincón del mundo, la misma melodía. En Fisrael como en Altaruk, en Stone como en Pinos, en la isla central como en los puentes. ¿Lo escuchas?

-No.

-Concéntrate. Junto a las olas que se rompen a tus pies podés oírla. Debajo de los patas de aquel kelonte. En el aleteo de esas mariposas.

-Sí... lo oigo... es... no sé que palabra usar...

-Es un himno a la alegría. También le llaman esperanza.

-Es...

-¿Hermoso?

-Sí.

-No temas usar esa palabra. La vida no es tan oscura, herr Lobo.

Ahora. Raeraia.

...y entonces gritó “ese no es un mercader, es Sultar”.

Todos estallan en una carcajada incontenible. Una anciana les arroja una maceta a la ventana. Pero a ellos no les importa. Están juntos. Y eso lo valida todo.

El guerrero está a gusto por primera vez desde su llegada; por primera vez en años. Le agradan. Y los que conoció antes de partir le agradan más que antes. Teme, aún, la fatídica pregunta, la que siempre le hacen. Pero aún no llega. No le han pedido que se una al clan.

-Contá una vos, Lobo-le dice Gotten.

-No tengo anécdotas que traigan sonrisas-dice al conjurador, con pena.

-Vamos, todos tenemos episodios cómicos en esta maldita guerra.

-Quizás... quizás la primera vez que estuve en una batalla. El ejército ignita tenía Stone. Yo no sabía lo que significaba, pero no podía ser bueno, así que fui con unos guerreros que marchaban hacia la contienda. Me paré junto a un conjurador y vi como un caballero, no recuerdo si fue Tanahans o Ferraje, pedía que lo intervinieran. Lo vi correr hacia el enemigo, matar a tres de ellos y volver ileso. Entonces, siendo tan joven e inexperto, siendo tan **PrácTico**, me dije “si él puede, yo también”. Así que grité que me intervinieran y como no sabía lo que era, cuando vi que el conjurador a mi lado me bendecía, creí que sólo necesitaba eso, así que corrí a enfrentar al ejército ignita y... bueno, ya pueden imaginar lo que pasó.

Ríen, aunque al bárbaro no le causa gracia su propia **Pre-Torpeza**.

-¡Cuento una yo, cuento una yo!-grita Lloid.

-Va a contar de nuevo sobre su novia alsiria, que es tan hermosa como invisible-le dice Gotten al oído a Lobo-no te lo tomes a mal. Son buenos chicos, pero...

-Ya conozco a Lloid. Y sí, no mienten pero...

... a veces exageran-dice el mago, con una sonrisa cómplice.

En Dohsim, el anciano alturian llama a la puerta. El elfo lo atiende y le hace una seña con la cabeza, invitándolo a entrar. Caminan en silencio por la casa hasta dar con la mujer que atiende al pequeño semi elfo.

-Lo llevaré por el resto de la noche. Te lo devolveré al amanecer.

-No es buena idea.

-Dámelo.

-No, creo que...

-Ese niño no es tuyo. Cumple una función. Dámelo. Ahora.

La mujer extiende el frágil cuerpo. El alturian lo toma en sus brazos, sale del lugar y monta su caballo.

El elfo la mira, confuso.

-¿Qué ocurre?

-¿Has pensado en tener hijos?

-Sí.

-Yo no. Creo que ya tengo uno.

-Vamos...

-No. Es un negocio, lo sé bien, pero...

Silencio.

-¡Habla ya, mujer!

-Creo que le tomé demasiado cariño. Me preocupa.

-No tiene por qué.

-Sí tiene.

-¡Que no!

-Sí. Soy la única madre que tiene.

-No es hijo tuyo...

La cena ha terminado, la sobremesa también, Lloid ya está lavando los platos. Lobo sale a tomar aire.

En la sinuosa calle una idea prohibida se atreve a salir de la prisión a la que fue condenada. ¿Podría volver?

-Tengo algo que decirte-murmura Gotten, de pie a su lado.

-No te escuché llegar.

-Es que soy mago.

-Igual, creo que sé lo que vas a decir. Me han dicho esas cuatro palabras muchas veces.

-¿Cómo adivinaste?

-Es que siempre es “¿quierés unirte al clan?”

-Esta vez es “¿te gusta el whisky?”-sonríe y le extiende la botella.

-Gracias. Es justo lo que necesitaba oír.

-No voy a molestarte con el clan. Tenemos muchos crios. Y como te dije antes: son muy buenos chicos. Pero te conozco. Sé que no sos un animal de grupo.

-El último tiempo que estuve tampoco vos lo eras. Vagabas solo, como yo, aportando lo que podías. Que nunca fue poco. Salvaste mi pellejo muchas veces.

-Y vos el mío. Pero por algo somos compañeros.

-Sí... aún así, ahora sos miembro de un clan.

-Masterclan no es como el resto de los clanes.

-¿Qué tiene de especial?

-Gente que aprecio. Una mano amiga. Una sonrisa sincera. Somos pocos, pero se nos considera uno de los treinta clanes más temidos del mundo. Y uno de los diez más temidos de Syrtis. Somos efectivos en guerra. Pero eso no importa tanto como el cobijo que ofrece un camarada durante una noche fría. No se puede comprar a ninguno de nosotros, porque no estamos en venta.

-¿Cuanto tiempo llevás dentro?

-Poco. Me uní hace unas semanas. Pero nos conocemos hace tiempo. Es un buen lugar. Estoy en casa.

-Casa...

-Le decís de un modo extraño, Lobo.

-Es que no sé que es eso.

Once años antes. Cerca de Korsum.

-No es el golpe, amigo. Es mirar a los ojos al oponente. Recuérdalo cuando ataques. Todos creen que el enemigo cae a causa de las heridas, y quizás sea cierto, pero el ataque nunca será tan fuerte por sí mismo como lo será por la debilidad que infundas en el alma de quien busca tu cabeza. Y eso se transmite por la mirada. Y por la voz.

Ya se considera a sí mismo un guerrero, aunque nunca ha pisado el campo de batalla. Lleva ocho años de feroz entrenamiento. Conoce un sistema de combate cuerpo a cuerpo, sin armas, olvidado por el mundo. Kurt, el hombre que lo ha formado, es el último individuo sobre la tierra con ese don. Y se lo transmitió a él y sólo a él. Está en conocimiento de sí mismo y de lo que lo rodea; puede resistir la magia, porque al principio, cuando el universo comenzó, fue el verbo. Y pocos tienen una verdadera relación con la palabra. Conoce el miedo, lo respeta y domina. Ahora está en la fase final. El dominio de la espada y la lanza, del martillo y el rapier.

-Nunca debes rendirte. Usa el entorno a tu favor. Como guerrero, tu entorno natural siempre serán tus aliados. La mejor forma de que te hagan más fuerte es infundiéndoles valor. Grita en medio de la batalla. Demuéstrales de que estás hecho. Pide, pacta, incluso exige. Pero jamás des una orden. Porque tenés que ser de los buenos, porque ya hay demasiados de los malos. Y el mundo está repleto de estúpidos líderes. Piensa, siempre. Serás recompensado. Los hombres respetan más a un igual que se eleva, que un elevado inferior. Donde otros tienen rango, vos tendrás tu voluntad. No te rindas, pequeño. Nunca.

Aunque jamás lo diría, Kurt está orgulloso del progreso del semi elfo. Siente el valor que anida en su alma. Sabe que será poderoso, que ya posee un espíritu indomable, que hace honor al animal del cual ha tomado nombre. Sabe que será libre. Sabe que es digno.

-Conectate con los latidos de tu corazón. Sé uno con el universo. Respeta al oponente. Pero aprende a reconocerlo. Todo el que tenga el estandarte alsirio o ignita es enemigo de la república. Pero vos no sos la república. Porque...

-...no somos tan distintos-dice Lobo.

Kurt le sonrío, con orgullo paternal.

Ahora. En el bosque de Arvanna.

El anciano comprueba la fogata. Está lista. Observa el cielo. Es la hora. Toma al bebé, lo besa en la frente y comienza a recitar un hechizo que fue enterrado en los cimientos del mundo, cuando los elfos eran una raza nueva sobre la tierra y guerra no era, aún, una palabra.

Con decisión, mira el pequeño rostro por última vez y lo arroja a las llamas.

Algo cambia en la realidad. Se pierde, para siempre, lo que una vez fue bueno y puro. Y algo corrupto y nauseabundo se redime, artificialmente.

Las llamas de la condena queman la humanidad de alguien.

-Pronto-murmura el alturian, mientras el sepulcral silencio del bosque susurra su nombre al oído de un árbol.

-Pronto...

La botella se estrella contra el suelo. La bebida se terminó.

-Ha sido una buena charla, Lobo, pero ya es muy tarde y estoy muy borracho. Continuamos otro día-dice Gotten.

-Claro, amigo-dice, sonriente, el guerrero.

-¿Donde vas a dormir?

-No sé. Quiero ver el amanecer.

-Ya nos veremos mañana. Adiós.

El semi elfo vaga con rumbo muy bien conocido. Sabe a donde se dirigen sus pazos. Teme llegar tarde, así que busca un caballo y galopa por el camino una y mil veces transitado. Tiene que estar ahí.

Mientras tanto, fuera de la muralla, un regimiento alsirio mata todos los guardias en el fuerte Algaros y el ejército ignita se prepara para tomar el castillo Eferias.

-Hoy trituraremos a esos elfos mientras toman el desayuno-dice la esquelia.

-Hoy tendremos la cabeza de aquel llamado el maldito-responden sus tropas.

Y Lobo galopa feliz, pensando en que quizás haya una segunda oportunidad sobre la tierra para quienes jamás se rindieron.

Quizás haya un mañana, un futuro. Una vida en sus ojos. Y un clan en su corazón.

Capítulo VII

Amanece En Rasius

“Siempre es la misma función
el mismo espectador,
el mismo teatro
en el que tantas veces actuó.
Y perder la razón
en un juego tan real
quizás fuera un error,
curame esta herida, por favor.”

La Herida – Héroe Del Silencio

Antes que el primer rayo bañe las costas de la bahía; antes que las tinieblas se retiren ante la presencia de la imponente y cobarde estrella; antes que los mitos de la noche vuelvan a ser sólo ficciones; antes que la tempestad se geste y la sangre se derrame; antes que la brujería despiadada de la naturaleza arrebate al diablo su hora más amada; antes que el relámpago y los truenos, antes del fin, el bárbaro regresa a ese rincón de la república tantas veces visitado antes.

Siente, en lo profundo de su ser, como nace el nuevo día mientras el anterior muere en sus retinas. Y el espectáculo comienza.

El mundo se convierte en anfiteatro y el anfiteatro presenta la misma obra de ayer, que hoy es única, como lo será mañana. Un viejo pintor, más allá de las cimas de la realidad, da sus pinceladas chiaroscuros como preludio a la magnífica explosión de tornasoles que pronto ha de cubrir el firmamento.

En el rumor de las olas que fallecen en la arena de Rasius, Lobo escucha la ancestral melodía. Y entiende, como aquel que una vez lo hizo, que hay algo más allá de la guerra y la miseria, del hambre y el sufrimiento, de Ignis y Alsius.

-También le llaman esperanza...-murmura al universo, o quizás a sí mismo.

-¿Algo que nunca debiera perderse?-le dice la voz a sus espaldas. Él mira, sobresaltado.

-Hola, Amelie-saluda.

-Sabía que te encontraría acá. Gotten me dijo que habías vuelto. Dudé al principio, pero decidí venir a verte.

-¿Pensabas que me habían matado?

-Nunca.

-¿Y por qué la duda, entonces?

-Gotten está muy borracho.

El guerrero ríe.

-¿Hay lugar para uno más?-pregunta la maga.

-Para vos siempre.

Ella se sienta en posición flor de loto junto al semi elfo.

-¿Solías verlo con ella, verdad?

-Antes... cuando todo era distinto. Sí, solíamos estar en este lugar. A esta hora.

-¿Ritual?

-Uno de ellos. Pero eso ya no importa.

-¿Entonces el exilio no fue por ella?

Silencio.

-Es difícil explicarlo, Amelie. Sólo pasó. Un día se fue y se llevó con ella un futuro ideado a base de ilusiones.

-Si te sirve de algo ya no se la ve por acá.

-Da igual. Yo no estoy acá.

-Estoy viéndote... estás.

-No soy yo. Ves la sombra del recuerdo del fantasma de alguien que, quizás, nunca llegó a existir.

-Sos muy real para nosotros, Lobo.

-Soy... no sé qué soy. Hasta hace unos días tenía muy claro todo. Pero volver... es tan... extraño.

-¿Y qué creías ser?

-Un animal, errante en una noche sin fin-murmura el bárbaro, y las tinieblas cubren su mustia mirada.

-Entiendo lo que te pasó. Los horrores de la guerra... todos perdimos seres queridos. Sé que es difícil, sé que la vida nos cambia... pero en lo profundo, nadie deja de ser quien es. Ni siquiera vos.

-No creo que alguien lo entienda, Amelie. Cargo con la peor de las culpas: la del sobreviviente. Y cada día me pregunto, ¿por qué ellos y no yo? Tantos fueron los que cayeron a mi lado. Hombres y mujeres buenos, aplastados por la locura, arrastrados por el flujo y reflujo de un mar de odio... odio absurdo, incomprensible... ¿como se puede odiar a un desconocido? Es verdad que vienen a dañarnos, pero nosotros hacemos lo mismo. Y eso...

-¿Eso?

-Eso, “ellos”, “nosotros”...

-Las divisiones.

-Sí. Hubo un gran hombre, el mejor que pisó esta tierra, que encomendó su vida a mostrarle al mundo que somos hermanos. Somos idénticos y a la vez únicos. No hay diferencia entre un utghar y un elfo. Podemos ser amigos, si queremos. Todo esto podría terminar. Nunca debiera haber comenzado. Y aquellos que amé seguirían vivos. Ella nos vendió a los alsirios por 30 monedas de oro.

-Lo sé, Lobo. Lo sé.

-Alfpha, Ajax, Gatebula lo pagaron con sus vidas... y no puedo dejar de preguntarme por qué yo sigo vivo. Por qué no morí en esa emboscada. Por qué fui el último hombre en pie, al final. Por qué antes Whisper Whind tuvo que morir en mis brazos. Por qué llegué tarde a Shanaarid y encontré sólo a Leitho y a Maipucino empalados... por qué...

-Porque no podés estar en todas partes. Nada de eso fue tu culpa.

-Podría haber hecho más... al menos...

-¿Quedó algo por intentar?

-No-responde el bárbaro con resignación.

-¿Entonces?

-Entonces quiero evitar que vuelva a ocurrir. No puedo permitirme cercanía de ningún tipo con nadie, porque todos acaban irremediabilmente muertos. O peor.

-Sacate los guantes, Lobo-le dice la conjuradora. Él obedece.

-¿Qué vas a hacer?-pregunta mientras ella cubre con ambas palmas tantas cicatrices.

-Rectificar las líneas de tus manos-responde, y una luz azulada emana de sus dedos.

-No creo en el destino, sólo en causas y efectos.

-Destino es una palabra de siete letras-murmura la maga.

La energía se desvanece. Nuevos senderos han sido trazados en las manos del bárbaro. Contemplan en silencio el horizonte.

Los reflejos incandescentes cubren ya las sombras. Lenta pero inexorablemente Mañana gana terreno sobre Ayer, pero eso no les importa a los Sonámbulos Insomnes. Solo están ellos y el firmamento; sólo están ellos y la quietud de la gran inmensidad que se extiende, majestuosa e inabarcable, ante quienes observan; la promesa de una realidad distinta.

-¿Por qué te fuiste?

Tras un momento de meditación el bárbaro responde.

-Hubo una o dos veces... en Pantano, en cúpula, mientras corría solo de una batalla a otra, en que sentí una presencia a mis espaldas... algo oscuro y monstruoso detrás de mí, esperando a que me convirtiera en él, en eso. Hice mucho daño, Amelie. Demasiado. No puedo dejar de pensar en esas vidas que destruí... tan jóvenes... no puedo sentir orgullo de mi pasado. Ni de mi presente.

-Todos estamos condicionados por nuestro pasado. Somos el producto de la experiencia. De no haber hecho lo que hiciste, no serías quien sos. Y no sos una decepción.

-¿Segura?

-Por completo.

-Alguna vez juré que me convertiría en algo... distinto. El primer recuerdo que tengo es el de un soldado puliendo su armadura. Brillaba. Yo tendría dos o tres años. Quise tocarla y él me reprendió. Me golpeó en la mejilla. El preceptor del orfanato se disculpó con él y me llevó de nuevo a las celdas. Creo que me había escapado. Me siguieron golpeando. Ahí dentro la sociedad guarda lo que no quiere ver.

La elfa guarda silencio. Quizás quiere decir algo, pero no encuentra las palabras. Por eso espera.

-Lo siguiente que recuerdo es una de mis compañeras de pabellón. Eran mixtos. Una noche la vi salir y la seguí. Yo ya tenía cuatro años. Vi como la llevaban a las oficinas, como se desvestía y... nada más tenía siete u ocho años, pero a los soldados no les importaba... y era en Fisrael, en la capital, no en el campo de batalla... ni siquiera podían excusarse diciendo que estaban demasiado presionados por el combate y no sabían lo que hacían... es...

La impotencia y la rabia contenida buscan estallar, como tantas veces antes. Pero en esta ocasión es sin violencia. Una lágrima solitaria nace en el corazón del bárbaro.

-Supe, con los años, del modo en que comerciaban con niños en ese jodido orfanato... los olvidados, aquellos a quienes nadie reclamaría, los que robaban para comer. Los que habían sido abandonados en la puerta antes de que aprendieran a hablar. Y algunos pocos como yo, que fuimos encontrados en la basura.

>>Supe, con el tiempo, lo que me hubiese sucedido de no haber escapado esa noche. Vi...

-No hace falta que hablés de algo que te hace daño-le dice Amelie, con pesar en el alma.

-Lo sé. Lo hago porque quiero. Porque vi lo que le hicieron al único amigo que tenía. Porque fui un cobarde. Y huí en vez de hacer algo

-¿Qué edad tenías?

-Cinco o seis.

-¿Y qué hubieses hecho?

-Gritar. Pero no sucedió así. Sólo corrí como un conejo huyendo de un lobo. Y me perdí en los bosques. Dormí a la intemperie durante al menos una semana. No sé bien que pasó luego, nada más recuerdo haber despertado en la casa de un hombre. Un alturian que me llamaba hijo. Dijo que estaba buscándome. Que yo era la solución a su problema. Pero que estaba avergonzado, que yo no debía existir. Me dio una paliza tremenda, intentó matarme. Y en ese momento supe que había

nacido para pelear.

-Eso no es lo importante.

-¿No?

-A mí no me importa. Lo que me interesa es que estás vivo.

-No fue por mis medios. Aunque quería hacerle frente, no tenía como. Algo pasó. No sé explicarlo, pero de la nada apareció un hombre. Un hombre más grande y más fuerte, más poderoso. Y noble. Todo el daño que me fue hecho, él se lo infligió a aquel que me llamaba hijo. Y luego, creo que sabes lo que sucedió.

-Sí. ¿Kurt, verdad?

-Kurt. Mi mentor. Mi maestro. Mi...

-Los lazos no los crea la sangre, sino el sentir, Lobo. Podés hablar abiertamente, si es lo que querés.

-Me enseñó a luchar-dice, omitiendo la sugerencia de la maga-me enseñó a ser un guerrero. De él aprendí las reglas del combate y la compasión, como hacer daño y como cerrar heridas. De él aprendí a ser hombre. A negar la patria y abrazar a los individuos. Las banderas dividen. Y yo no quiero ser una isla. Ni un ciego. Quería ser como él. Creo que nunca voy a poder serlo.

-¿Aún es lo que querés?

-Nunca admiré a nadie como a Kurt. Fue una persona extraordinaria.

Ella respeta el silencio del guerrero.

El sol comienza a tomar altura en el firmamento. Las sombras retroceden y vuelven a su sitio de origen, dentro de los hombres y mujeres que pueblan esta realidad. Y la luz los inunda. Una nueva esperanza los toma por sorpresa; una nueva mentira es aprendida.

Será una mañana hermosa, azul y limpia en los cielos.

Y el verde suelo de Syrtis se volverá ocre y escarlata.

El ejército ignita tomó Eferias y se apostó en la muralla. Lo mismo hicieron los alsirios con Algaros. Stone es tierra de nadie.

Ahora las dos fuerzas corren, aliadas, contra la gran muralla. Matan a los guardias rápidamente. Alguien da la voz de alarma, pero ya es muy tarde. Los enormes utghars están asediando la puerta. Unos pocos guerreros trasnochados corren a intentar una defensa improvisada. Pero es insuficiente. Son vencidos con gran facilidad.

La república, aún desconocedora de lo que le aguarda, poco a poco despierta.

En Dohsim un niño es entregado a una pareja de elfos. Parece el mismo que se llevaron durante la madrugada. Pero es muy distinto ahora.

En Fisrael, en el orfanato, una niña muere por un desangramiento vaginal, acurrucada en posición

fetal en una mugrienta y nauseabunda letrina.

En Raeraia los miembros de Masterclan se reparten las tareas del día, inconscientes de lo que les depara el futuro.

En Korsum, un anciano toma una pala y, lentamente, comienza a cubrir una tumba vacía que, piensa, fue profanada recientemente. A nadie más le importa.

Y en Rasius, por una fugaz eternidad, Lobo, aquel llamado el maldito, se siente en paz. Libre, otra vez, mientras atestigua el fascinante espectáculo cotidiano en compañía no de aquella que tanto daño le hizo, sino de quien en tantas oportunidades usara su conocimiento de lo que reside más allá de la física para cerrar sus heridas. Magia.

Y por un momento cree. Cree que todo puede ser distinto. Cree que hay esperanzas. Cree que el llanto del mundo puede ser de felicidad. Cree que todos, antes o después, podrán caminar como hermanos, uno junto al otro. Cree que la razón prevalecerá, que nada será en vano. Que que toda la sangre que tiñe de rojo la lluvia será validada por una Colectiva Voluntad.

Cree, y esa es su tragedia.

Las puertas de la muralla caen. La matanza comienza.

¿Y quién permanecerá en pie al final para dar un testimonio?

Capítulo VIII

Plegaria

1. La Caída De Raeraia

Es como si la ventisca matutina los arrastrase desde los confines del mundo. Un mal viento, fuerte y cortante, que sopla implacable y frío.

Vienen como hojas muertas en las postrimerías del verano, como papeles que huyen de los basurales, arrastrados por una corriente maligna, guiados sólo por la inercia. A la vez, desde mil lugares y desde ninguna parte; a la vez, homicidas redentores y héroes de la condena.

Vienen con báculos y lanzas, con arcos y espadas, con martillos y flechas. Vienen con furia y ambición, con sueños de venganza y anhelos de sangre. Vienen parlotando, cantando y en silencio. Vienen, y es como si la ventisca matutina los arrastrase con ella.

Y quizás así es como sucede.

Las puertas han caído. Los guardias están muertos. Los primeros mártires, débiles principiantes, intentan ahogarlos con su sangre, a falta de una fuerza de ataque a la altura de las circunstancias.

-¡Nos invaden!-grita alguien en la cercana ciudad.

Nace el alboroto, Raeraia se convulsiona. Los héroes se preparan para la cruenta batalla. Corren hacia el enemigo sin lograr despertar del todo, como en un ensueño. Es, a sus ojos, algo verdaderamente irreal.

La primera línea de defensa está recubierta sólo con armaduras de cuero. No resisten más de dos golpes. No saben moverse. Están perdidos. Pero ganan algo de tiempo para quienes llegan después.

Los guerreros más experimentados del reino se abalanzan sobre las hordas enemigas. Sin esperar apoyo, un brujo se convierte en un maestro de la destrucción y arremete contra alsirios e ignitas, mareándolos. Cien flechas caen sobre él a un mismo tiempo. No es una muerte agradable, pero gana terreno suficiente como para que unos cuantos bárbaros golpeen al unísono, rompiendo las filas de los invasores.

Los tiradores dan el golpe de gracia a quienes agonizan en el suelo. Son pocos, pero hábiles. El primer ataque es contenido.

Lo mismo sucede con el segundo. Y con el tercero. Pero el número es aplastante. Y rápidamente caen.

Los pocos caballeros syrtenses en la ciudad corren desde los establos con rumbo a la muralla. Algunos conjuradores los secundan. Resisten un choque frontal y abren las puertas al infierno para una veintena de enemigos. No es suficiente. La jauría alsiria los despedaza en cuestión de segundos.

Ahora el río de sangre es tangible. Ahora los oscuros designios se materializan. Ahora la realidad se parte en dos: lo que pudo ser; lo que es. Lo que ya nunca será. Las alegrías no viven en un campo de batalla.

Como una marea de ira, una parte de la armada ignita se dirige al occidente de Syrtis, con rumbo al pueblo de Korsum. El resto ataca Raeraia.

-¡Manténganse juntos!-grita Gotten a sus compañeros de clan.

-Son demasiados, van a masacrarnos-dice Wolfus, casi con resignación.

-Lo sé. Pero cuando llegue el final, ¿quién querés que esté a tu lado en la hora de tu hora?

El brujo sonríe.

-Coordinen-les dice Adicto.

Los magos asienten y atacan. Un temblor precede al terror y luego una ráfaga solitaria, como un relámpago, parte los pechos de los primeros alsirios.

-¡Resistiremos o caeremos juntos!-grita con infantil voz un héroe anónimo mientras el regimiento avanza, veloz e incontenible, contra ellos.

Se saben perdidos, pero no flaquean. No les darán ese último placer. Cuando las flechas caen sobre ellos, sienten una presencia heroica en el lugar. Una veintena de caballeros los cubren con sus cuerpos y sus escudos, con sus armaduras y sus propias vidas.

-¡Este es el inquebrantable muro de Jerikó!-ruge el primero de ellos.

-¿Tanahans? Creí que estabas muerto-dice Gotten. No obtiene respuesta, no hay tiempo para charlas.

Los tienen ya sobre ellos. Comienza la danza de la garra y el colmillo. Todos son tomados por el primitivo impulso, el más natural de todos: la supervivencia. Ninguno es un santo. Son guerreros. Y esto es lo que hacen. Matar es su negocio. Y el negocio es bueno.

Los miembros vuelan en el aire, chocan las armas guiadas por la fuerza de los titanes. No son hombres, son máquinas de matar.

Y el diablo ríe ante el absurdo mientras los valientes bailan frente a la muerte.

Alejada, la autoproclamada reina ignita contempla la batalla. Lo busca en la multitud, pero no lo vé. *¿Es que aposté por el cobarde?* Piensa. Prometió a sus tropas la cabeza de ese hombre. Y se las dará. A su tiempo. Cuando haya cumplido el siniestro y secreto objetivo que jamás ha narrado a nadie. Sólo pensar en lo que hará la estremece. Pero ya no hay marcha atrás. Lo que acarreará su triunfo es una blasfemia; una idea nueva en un mundo demasiado viejo. Y la sola posibilidad del fracaso equivale a la muerte.

Mientras contempla los cuerpos syrtenses que yacen sin vida a su rededor un temor ignoto la acosa. *¿Y si no sobrevive? Quizás deba encargarse personalmente de cuidar a su victima.*

Hoy un bárbaro tiene un ángel custodio escarlata.

-¡No vamos a resistir mucho más!-grita Wolfus mientras se limpia la sangre que le cubre el rostro.

-¡Debemos!-le grita Lea.

-¡No puedo mantenerlos vivos a todos! ¡no yo solo!-exclama Gotten al ver morir a sus compañeros uno a uno.

-¡Replieguense, regresen a la ciudad, usen los edificios para cubrirse!-ruge, rabioso, un caballero que yace en el suelo, carente ya de ambas piernas.

-Vamos-dice el conjurador de Masterclan con pesar en el alma-no hay nada que podamos hacer por ellos.

La mayor parte de los syrtenses se adentran en Raeraia. Los alsirios incendian la caballeriza. Matan a los guardias de las entradas y rodean el lugar.

-¿Enviaron mensajeros al resto del reino?-pregunta Wolfus, mientras palpa la herida en su cara.

-Lloid fue. Espero que lleguen a tiempo-le dice Adicto.

-Nunca hubiese llegado. Pero traje algo mejor-responde el joven cazador, saliendo desde las sombras.

-¿Encontraste a ORG y se los trajiste para que las cabras se masturben en su honor? Eso sería bueno, así tendrían las manos ocupadas en algo que no fueran sus armas.

-Mejor todavía.

-¿Qué carajo trajiste?

-Mirá-le dice señalando el firmamento.

Una enorme sombra los cubre. En un espacio mínimo el sol se eclipsa. Un escalofrío recorre las espaldas de los presentes. Los alsirios alzan la vista y detienen sus ataques cuando escuchan el pesado son de sus poderosas alas.

La gigantesca criatura abre la boca e incinera a treinta de ellos en un parpadeo.

-¡VESPER!-grita Gotten, repleto de júbilo.

El dragón desciende repleto de ira. Una pisada basta para eliminar a cinco caballeros al mismo tiempo. Sus garras destrozan a los arqueros y a los magos. Devora a los brujos y su sola mirada provoca paros cardíacos en varios cazadores.

-Lo vi en el camino, dormido. Así que le di un flechazo y me puse a correr. Sabía que iba a seguirme-explica Lloid-no sean tímidos, ya pueden decirme que lo hice bien.

-¡Eso es lo más estúpido, absurdamente riesgoso, infantil y ridículo que hayas hecho desde que te conozco!-dice Wolfus-y, por accidente, lo hiciste bien.

La imponente criatura es feroz y prácticamente invencible. Pero no es muy inteligente. Los enemigos retroceden velozmente mientras un grupo de arqueros ignita lo ataca. Y corren.

-Parece que dos pueden tener la misma idea...-murmura Adicto, al contemplar la escena.

-Mierda-se queja Wolfus.

-Fue útil mientras duró. Eliminó a muchos. Quizás podamos ganar-les dice Gotten con una sonrisa.

-Siguen siendo más-replica Lea-ya se reagruparon. Van a atacar de nuevo.

-Somos apenas quince en toda la ciudad. Ya vienen por nosotros.

-Alguien quiere decir algo antes de... ya saben.

-Sí. Señores, fue un placer conocerlos-exclama Adicto y se para al frente.

-Yo diría-replicas a sus espaldas-¡será un placer celebrar juntos la victoria!

-¡Ferg!-grita Wolfus, reconociendo su voz.

-Y no vine solo-contesta el arquero, señalando a una veintena de sus compañeros, los Centinelas Nocturnos.

-Habrá tiempo para brindar luego-les señala Gotten-ya vienen.

-¡Fabricaré tiempo!-les dice Elrod, eufórico, mientras avanza solo hacia el enemigo.

-¡Esperá!-exige uno de los centinelas, pero es tarde. El joven brujo ya dio inicio a su ataque.

Invoca un terror a metros de la vanguardia enemiga y logra derribar a la mayoría. Pero no a todos. Un elfo oscuro resistió el ataque y corre contra él. El mago genera un empuje mental para retrasarlo y retroceder, pero es muy lento. El ignita ya lo golpea, arrojándolo al suelo. Levanta por sobre su cabeza la espada, preparando el golpe. Elrod ve la muerte frente a él y cierra los ojos, encomendándose a la eternidad.

-Si eso no logró detenerte-escucha decir a alguien, lejano, como en un sueño-¡la delgada línea verde te impedirá avanzar!

Un sonido como uñas en el pizarrón. Él abre los ojos, preguntándose por qué aún respira. Lo siguiente que ve lo deja sin aliento.

De pie frente a él, Lobo sostiene la cabeza del caballero mientras el cuerpo a los pies del semi elfo vomita sangre a través del cuello.

-Me preguntaba cuando ibas a aparecer-le dice el joven mientras permite al bárbaro que le ayude a levantarse.

-Tuvimos un encuentro con un pequeño grupo de ellos cerca del cruce de Naé-responde el guerrero.

-¿Tuvimos?

-Vine con Amelie.

-¿Dónde está ella?

-Entró directo a la ciudad a curar a los heridos.

-Están mal. Gotten no puede hacer nada por Wolfus, tiene un corte muy profundo en el rostro.

Lobo fija la mirada en los enemigos que noqueó el brujo. Están levantándose.

-Vamos, no hay tiempo que perder-exclama y embiste.

Entran sin un segundo de sobra a la ciudad. Se reúnen en el centro con los demás.

-Siguen siendo cinco veces más-les dice Ferg-pero un par de centinelas ya trajeron noticias. Fenix y varios otros clanes están reunidos en Fisrael, preparando una segunda línea de defensa.

-No será suficiente-le dice el bárbaro, acercándose.

-¿Lobo?

-Estoy vivo. No soy parte del ejército. Vine a arreglar un asunto, luego me marcharé. Ya están todos al tanto sobre mí, así que tomemos una decisión ahora-murmura con frialdad el guerrero-esto es una ciudad. Acá vive gente. Hay familias enteras. No llegará ayuda desde la capital. Aunque resistamos, será en vano. Sólo podemos conseguirles tiempo a los demás para engrosar las filas de los batallones. Así que ésta es la parte en que cada uno elije lo que será de su futuro.

>>>Podemos tratar de vencerlos, llevándonos con nosotros a cuantos enemigos se crucen en nuestro camino, o podemos ir a Fisrael y reunirnos con los demás. No voy a decirle a nadie lo que debe hacer. Ni a pedirles que se me unan. Sólo quiero decirles que no lucho por esa puta bandera verde. Todo cuanto hago es por ellos-y señala a unos niños en un rincón.

En medio de un silencio antinatural en el furioso clamor de la guerra, el bárbaro les da la espalda y camina lentamente hacia la salida oeste de la ciudad.

Solo en medio de los cadáveres, frente a las tropas alsirias e ignitas supervivientes, Lobo empuña su martillo, decidido a inmolarse si eso regala un minuto más al escape de las familias que pueblan Raeraia.

-Siempre fuiste un suicida-le dice Amelie, quien está parada sus espaldas.

-El alma puede ser purificada de muchos modos. Hay absolución, redención y mortificación. Y medios para justificar fines. El infierno puede ser la mirada de los demás. Pero la horrible verdad es que el peor de los jueces vive en nuestra consciencia. No te hagás esto, mujer-le dice a la conjuradora.

-¿Creés que voy a dejarte morir acá? ¿solo? ¿descuartizado por esa manada de chacales?

-¿Creés que voy a permitirte morir conmigo?

-No podés obligarme a correr como una chica asustada.

-Amelie, tenés que irte. Vas a irte. Y si es necesario usar la fuerza lo haré.

Ella duda un segundo y luego habla.

-Está bien. Pero antes hay algo que debo decirte.

-¿Qué?

Se para frente a él, a dos centímetros de su rostro. Toma la cara del bárbaro entre sus manos y susurra la palabra en su oído.

-Perdoname-los dedos índice y anular de la maga presionan la nuca del guerrero. Él siente una descarga eléctrica y cae al suelo, inconsciente.

Diez minutos después los invasores logran entrar a la ciudad. No hay un combate. Los pocos que quedaban han marchado. Apenas quedan un par de familias que rehusaron escapar.

Saquean el lugar y, una por una, incendian todas las viviendas de los sencillos y humildes moradores.

Al mediodía no es más que el fantasma de un lugar. Un mar de lamentos ahogados en un horizonte violado. A lo lejos, el espectro de un violinista toca la más triste de las melodías. Y las cuerdas son las arterias de su brazo.

Esto es Raeraia, la gran derrota syrtense. Esto es Raeraia, la ciudad que cayó.

2. El Asedio A Fisrael.

El sol de la tarde que agoniza quema el cruce de Naé. Lobo despierta bajo la sombra de un árbol, a la vera del camino que conduce a la capital.

-¿Qué carajo..?-musita.

-De pie-le dicen-ya están cerca.

-¿Qué hago acá? ¿cómo llegué?

-Te trajeron de Raeraia.

-¡Amelie!-exclama.

-Tenés que admitirlo-le dice Gotten, quien está parado a su derecha-es mucho más inteligente que vos.

-No soy precisamente famoso por mi intelecto-responde el guerrero-¿ella está acá?

-Está con Wolfus. Fue un mal corte, profundo y certero. Estas cabras untan sus armas con riñones de animales en descomposición, para asegurar infecciones en las heridas. Su ojo no resistió. Pero está vivo. Y aún puede luchar.

-No debería.

-Pero lo hará. Ahora nadie va a dar un paso atrás. Si cae Fisrael, cae la república. Todos estamos acá por lo mismo. Incluso vos.

-Definitivamente, no lucho por tu república, Gotten.

-¿Matarás un syrtense hoy?

-Sí es necesario sí.

Bajo sus pies el suelo tiembla.

-¿Lo sentís?

-Sí. Ya vienen-dice Lobo.

Ya vienen, marchando con el valor del triunfo sobre sus espaldas. Ya vienen, tras haber succionado la sangre directo desde las venas. Ya vienen, tras haber incendiado y saqueado una ciudad. Ya vienen, encomendados a sus dioses. Ya vienen, dispuestos a morir por la gloria de su Imperio. Ya vienen, enfurecidos y segados, buscando venganza por sus hermanos caídos. Ya vienen, con la promesa de una orgía de destrucción.

Ya vienen. Y la tierra tiembla bajo sus pies.

-Será por la entrada norte-dice un cazador.

-A la ciudad. Todos-ordena un caballero.

Los syrtenses, a paso veloz, emprenden el camino a sus puestos. Lobo permanece quieto.

-Vos también-le dice el caballero.

-No quiero-responde, dándole la espalda.

-¿Sos sordo o que tenés? En marcha, ¡es una orden, soldado!-grita y lo toma por el cuello.

Lobo retuerce las muñecas del militar y golpea su cuello.

-Tengo tres cosas. Tengo una falta de identificación absoluta para con el ejército. Tengo repulsión hacia las órdenes. Y tengo una mala actitud. Y vos tenés que dar las gracias por estar vivo.

El caballero tose, ofuscado, de rodillas en el suelo. Mira con odio al orgulloso bárbaro, que se sienta apoyando la espalda en el tronco del árbol.

-¿Qué pensás hacer, Lobo?-le pregunta Gotten.

-Esperar.

-Vamos, hombre. Te necesitaremos en la batalla.

-Tengo que hablar con Amelie.

-Podés hacerlo luego. Ahora tenemos que defender la ciudad. Si cae...

-No me importa si cae. Ya estoy cansado, amigo. Y esta no es mi pelea. No soy parte de esto. Estoy

exiliado.

-Estás acá, Lobo. Siempre serás syrtense, te guste o no.

El bárbaro arquea la ceja izquierda. Se pone de pie y camina.

-Que quede claro: no voy a defender nada que no me importe a mí. Y nada me importa menos que un reino.

El conjurador sonrío. Entre las palabras, por momentos, logra ver al hombre que conoció hace tiempo.

Minutos después, la lucha comienza. Los enemigos no intentan rodear la ciudad. Están tan seguros de sí mismos que realizan un ataque directo. Los brujos golpean primero, arrojando toda su magia sobre la primera línea de defensa de Fisrael.

Los tiradores del verde reino responden, haciendo alarde de su letal puntería. Permanecen un minuto o dos en un empuje lento pero sin pausa. Hasta que ella da una orden

-¡Hermanos ignitas, portadores del escudo y la hoz, avancen!

Y los guerreros carmesí corren con rumbo al centro de la ciudad, seguidos por los bárbaros y los arqueros.

En la entrada se produce el brutal encuentro. Es tal la violencia desatada que nadie resiste mucho. La contienda se desarrolla en pocos minutos. Por las escalinatas del edificio donde suele reunirse la nobleza syrtense fluye la sangre de los caídos.

Convulsión. Odio. Venganza. Gloria. Seres nobles, incluso justos, de tres facciones distintas, jugando, y perdiendo, la vida por ideas opuestas.

El caos es demencial. Es el horror; es la guerra. Lobo ataca sin piedad repitiendo, a cada segundo, la misma frase en su mente: “es por los que no pueden luchar por sí mismos, es por los que no pueden luchar por sí mismos”.

Parte un cráneo con un impacto vigoroso, aplasta la mente de un conjurador, rompe las costillas de un tirador y luego la mandíbula de un brujo. Sediento de sangre brama ante los enemigos, quienes presos del temor se paralizan. Se mete entre sus filas como un torbellino y azota el suelo, creando una onda expansiva que daña a todos frente a él. Ante la furia de la tierra unos cuantos caen noqueados. Da un ataque bestial a un mago.

Desquiciado por completo, el semi elfo toma vidas cual glotón en un banquete. Lo hieren a cada momento. Pero no le importa. Su armadura es resistente, casi tanto como su indómito espíritu.

Tras perforar el cerebro de un guerrero contempla la atrocidad que lo rodea; la atrocidad de la cual forma parte. Sabe que todo el reino está ahí. Ve incluso civiles ayudando como pueden, arrojando piedras a las hordas que intentan segar sus vidas. *Niños*, piensa. Entonces ve a una chica morir a su izquierda. Y enloquece.

Se expone, carente de cautela, y recibe más daño del que puede soportar. Asesina sin piedad a varios magos sin importarle su supervivencia. Cuando termina con el último, el dolor en sus entrañas se hace insostenible. Apenas puede respirar. Apoya la espalda contra la pared y se quita el yelmo.

Palpa las heridas y comprende que está perdiendo a litros el vital líquido.

-Aún no, Lobo-le dice una conjuradora-no vas a morir sin ser un Fénix.

-¿Har?-murmura mientras siente la arcana energía proveniente de la alturian inundar su cuerpo, curandolo casi por completo.

-Vamos, la batalla apenas comienza-le dice ella.

-Sí... nadie más oportuna que vos-responde el bárbaro y embiste hacia el enemigo.

Los syrtenses toman valor del mismísimo suelo. Es un lugar poderoso a causa de los espíritus de sus ancestros. Cada uno de ellos siente, en su corazón, una presencia distinta a sus propios impulsos. Algo los motiva a seguir. Incluso más allá de la muerte. Los huesos que descansan bajo tierra los hacen más fuertes.

Y empujan, porque en eso les va la vida. Mientras los nobles y la cúpula del mando bélico se refugia en la distante isla de Lam, los valientes hombres y mujeres de Syrtis repelen cada ataque de la alianza con la furia de un millar de legiones infernales.

Lobo va al frente. No pretende que nadie lo cubra, pero varios caminan a su lado. Camina pisando los cuerpos de los ignitas caídos, sin respeto alguno por nada. Está poseído por la ira. Está cansado de la violencia, por eso quiebra, uno tras otro, los huesos de quienes se paren frente a él. Está harto y quiere dejarlo claro.

-Debe estar poseído por un espíritu maligno-dice un brujo en retaguardia a quien él llama reina.

-No, no lo está. Ese hombre es el mismísimo diablo-le responde Maryan-y pronto será exorcizado del cuerpo de esta, nuestra tierra.

La lucha se desarrolla ahora en un constante retroceso por parte de las fuerzas aliadas. Mientras pierden terreno van cayendo sus soldados. A mitad de camino entre Fisgael y Korsum, la batalla se decide. En ambos grupos comienza a notarse el evidente agotamiento.

-Ya no puedo seguir-le dice Remus a sus compañeros.

-Avanza-reclama Lobo, imperativo.

-Voy a desmayarme.

-¡Avancen!-aúlla el bárbaro y embiste.

Los demás lo siguen casi por inercia.

-Pase lo que pase-dice Har a su lado-que no sea en vano.

-¡No lo será!-grita el guerrero-¡rodeenlos! ¡tiene que terminar acá!

A un metro del enemigo más cercano, Lobo da un salto y cae sobre el pecho del utghar, atravesándolo de lado a lado con su lanza.

Saca de su espalda el martillo y destroza la nuca de un enano. Golpea el suelo y oye, complacido, el

trueno que tira por tierra a quince de ellos. Todos obran como uno solo. Nadie obedece órdenes, actúan por inspiración ancestral, en desobediencia pura.

Y los alsirios corren hacia la muralla, buscando huir.

Y los ignitas arrojan las armas, para tener menos peso encima y ganar velocidad en la retirada.

-Ya casi llega el momento-le dice a los suyos la reina.

El ejército syrtense los persigue, conscientes de que su marcha tiene por motivo sólo levantar las puertas una vez más. La victoria, si es que así puede llamarse, es suya.

Al frente, el semi elfo se separa del grupo y se adentra en los bosques para ganar tiempo. Un pequeño atajo.

Al llegar a la frontera norte Lobo se descubre solo frente a treinta enemigos.

Al centro, rodeada por sus adoradores, Maryan sonrío y da la orden.

-Ahora.

El enorme bárbaro gruñe, sabiendo que una retirada táctica es imposible.

-Nunca aprendiste a huir-le dice el tirador a su lado.

-No voy a correr como una liebre, Camus. Salvá tu vida, no voy a culparte.

-¿Y dejarte toda la diversión a vos? Ni lo soñés.

-Que así sea-dice, y avanzan contra el enemigo.

Solos los dos, contra una jauría de bestias hambrientas. Solos los dos, contra una muerte segura. Solos los dos, con una sonrisa en los labios. Solos los dos en el abismo de la honestidad.

Solos los dos; sólo un suicidio

Y caen, gloriosos y orgullosos frente a la horda enemiga.

3. La Retirada.

Es como si la ventisca nocturna los arrastrase desde syrtis hacia los confines del mundo. Un mal viento, carente de emoción e inocuo, que sopla apacible y aburrido.

Van como niños decepcionados de sus padres en los albores de la pubertad, como trozos de tierra que guardan una cruel vergüenza debajo de sí, arrastrados por una corriente absurda, guiados sólo por la inercia.

Van con báculos y lanzas, con arcos y espadas, con martillos y flechas. Van con la derrota marcada en la frente. Nadie habla. Van, y es como si la ventisca nocturna los arrastrase con ella.

Y quizás así es como sucede.

Capítulo IX

Prisioneros

No es el hambre, el amor, la ira ni el miedo
la fuente de nuestros males, sino nuestra propia naturaleza.
Ella es la que engendra el hambre, el amor, la ira y el miedo.

El Origen Del Mal – Liev Tolstoi

1. La procesión.

A la altura del fuerte Stone, se dividen. Sin abrazos ni apretones de manos, sin saludos ni palabras de aprecio. Vuelven a ser enemigos, mientras los primeros se dirigen al puente blanco y los segundos al puente pinos.

La alianza termina acá y ahora. En las miradas de cada uno de ellos pueden leerse las colectivas intenciones. No habrá piedad.

Quizás se forjaron lazos, tal vez muchos sintieron alivio al luchar codo a codo y no unos contra otros, pero, definitivamente, cada uno de ellos es consciente de su pertenencia algo que se encuentra por encima de cualquier individuo. Su bandera lo es todo.

Y el único hombre sobre la faz de la tierra que niega esa idea yace inconsciente en una jaula para animales.

Lo transportan delante de la carroza de la reina, quien observa, complacida, los resultados del reciente genocidio.

Muchos de los suyos cayeron. Pero valió la pena. La vida de aquel llamado el maldito está en sus manos.

Pronto, todo cambiará.

2. El recuento.

-Hasta ahora tenemos seiscientos catorce muertos y prácticamente el doble de heridos, graves y leves-dice Gotten.

-Y aún no hay noticias de Korsum-señala Elrod.

-La devastaron, eso es seguro.

-Debe haber sobrevivientes.

-Algunos seguramente lograron escapar-afirma Gotten-pero dudo que sea un número significativo.

-Triunfamos, eso es lo que importa-dice Adicto.

-Fue una victoria a lo Pirro, perdimos medio ejército.

-También ellos-murmura Lloid-al menos nadie del clan murió.

-¿Viste a Wolfus?-replica Elrod.

-No.

-Yo sí. Perdió el ojo. No se pudo hacer nada. La infección se extendió demasiado rápido.

-Es fuerte. Y aún quiere luchar. No estamos tan mal-explica Gotten.

-¿Y Lobo?

-Lobo... volvió a desaparecer.

-Volverá-murmura Elrod.

-Volverá-responden los demás.

3. Consecuencias.

Las mujeres, de rodillas en el suelo, limpian las escalinatas. El vello en sus nuca se eriza. Hay espectros hablándoles con muda voz desde el piso. Bilis. Sangre. Secreciones. Restos de cuerpos, extremidades enteras, riñones, hígados, pulmones.

Una de ellas casi vomita al arrojar un órgano a la bolsa de residuos. Un corazón a medio comer.

Al menos, Fisrael está en pie, piensan en su mayoría. Al menos, aún tienen un hogar. O algo que se le parece. Mucho.

Arianna Goldenheart supervisa el trabajo desde la lejanía. No soporta el hedor de la muerte. En verdad, a pesar de su título militar, jamás estuvo en una batalla. Para ella la guerra se reduce a números. Triunfos, derrotas, tablas. Muertos y heridos, bajas propias y enemigas. Ingresos. Su tarea es mantener funcionando a las tropas en el área en conflicto. Mientras existan batallas las descomunales bolsas repletas de monedas de oro seguirán siendo depositadas en las arcas de su familia.

Pero hoy tiene miedo. Se le dijo que se hospedara en un sitio específico en la isla de Lam, que debía partir a la medianoche y volver al mediodía siguiente. Siguió las órdenes al pie de la letra, porque nunca podría negarse a algo demandado por quien firmó esa carta. No supo de la invasión sino hasta que esta fue concluida; sino hasta que regresó a la capital y vio, con sus propios ojos, los efectos de la ambición.

¿Y si se hubiese demorado?

No podría haber participado en la batalla. Sabe empuñar un arma, pero no tiene la más mínima idea de como usarla. ¿Habría corrido a esconderse con los niños? No. Ni siquiera los niños más

pequeños se ocultaron. Todos lucharon. Excepto, claro, un pequeño grupo de refugiados en la isla de Lam.

Arianna piensa. Medita en sus actos. Contempla lo que deja la guerra. Siente algo que no sabe definir, pero que estruja su pecho. Y la asfixia. Y la vacía. Desconoce esta sensación, ignota para ella. Nosotros podemos llamarle remordimiento.

4. Dohsim

El peor de los días ha terminado ya, pero ella se mantiene ajena a los eventos que marcaron para siempre a la república. Sólo le preocupa el bebé que sostiene en sus brazos.

Algo cambió dentro de la elfa. Ya no ve a la criatura como un buen negocio. Instinto maternal, sexto sentido femenino, o, sencillamente, un poco de retrasada consciencia, pero ahora desconfía del alturian.

¿Por qué esa necesidad rabiosa de traer a Lobo de regreso desde el exilio? ¿por qué llevarse al niño en medio de la madrugada? ¿por qué, llegado el momento, deberán conducir al guerrero hasta Arvanna?

Y, más importante, ¿por qué ellos? Pocos saben de su pasado, pero no puede ser coincidencia. Trata de alejar de su mente los oscuros pensamientos. Pero no puede evitar revivir en sus retinas, una y otra vez, el momento de la escisión final. El momento en que aceptó las treinta monedas de oro de un enano. El momento en que firmó la sentencia de muerte de aquellos que fueron sus amigos; de aquel que la amó con la pasión propia de la tragedia.

Y aunque no sucedió exactamente así, aunque al final los alsirios fueron crucificados y aquel llamado el maldito volvió vivo y en una sola pieza, ella siente un temor incontenible. Hasta el día anterior creía, con total seguridad, que podría manipular al bárbaro una vez más, que podría engañarlo y hacerlo víctima de sus caprichos, como tantas veces antes lo hizo, que no tendría problemas en volver a verlo, que cumpliría su parte del pacto y, al fin, con una enorme suma de dinero huiría de todo lo conocido. Y sería feliz.

Pero ahora una pequeña taquicardia se hace presente en su corazón. ¿Y si falla? Los rumores del regreso de Lobo han llegado a Dohsim. Y la gente habla.

Ya no es el que fue. Es un animal. Es mucho más mortífero que antes, es implacable y letal. Carece de piedad. Se comporta como un demonio. Destruye vidas a su paso. Y no abraza la república.

El pequeño en sus brazos comienza a llorar a causa del hambre. Debe atenderlo. Y entonces una idea nace en su mente. ¿Qué pasaría si toma el caballo y galopa lejos, hasta cruzar los confines del reino? ¿qué pasaría si intenta comenzar una nueva vida, sola con el niño?

5. Frontera norte.

-Estuve escondido en el bosque mientras atacaban Raeraia-le dice el niño, sin mirarla a los ojos.

-Bien. Decime que pasó-pregunta Amelie.

-Cuando noté que huían, pensé que habíamos ganado. Así que traté de volver. En ese momento vi que venían muchos de ellos, desde el lado de Korsum. Me quedé atrás de un árbol, por eso no se dieron cuenta que estaba ahí. Parecía que esperaban algo. Había una mujer sentada en un trono. Ella les hablaba. Entonces apareció el hombre.

-¿Semi elfo, alto, cicatriz en forma de L?

-Sí... creo que sí. Primero estaba solo. Estaban muy cerca. No creo que hubiera podido escapar aunque corriera.

-Él no lo hubiese pensado, niño. Continúa.

-Después apareció otro de los nuestros. Un arquero. Vi que hablaron algo entre ellos y corrieron directo al enemigo. Aguantaron un poco peleando. Mataron varios. Hasta que ya no pudieron más. Y cayeron.

-Están...

-Vivos. Creo. Los tenían en el suelo, pero no les dieron un último golpe. Les quitaron las armaduras y las armas y los pusieron en una jaula. Después se fueron, mientras esa mujer reía.

-Gracias-dice la maga, respirando aliviada.

6. Las ruinas de Korsum.

-Fue intencional-murmura el mago.

-No puede ser...

-¡Claro que sí! Se nos dio orden de abandonar Stone al anochecer, de dejar el fuerte sin más guardia que la obligatoria. Nuestros cazadores habían alertado sobre una gran cantidad de ignitas cerca del pantano, reunidos y preparados para un ataque a gran escala. Era lógico que el objetivo fuese Eferias. Pero no nos permitieron marchar hasta el ocaso. ¿Qué sentido tiene eso?

-Vamos... la república es nuestra... si los muros caen todos estamos en peligro... incluso los nobles-dice, dubitativo, el arquero.

-¿Y alguien vio a los nobles durante la batalla?

-Se habrán escondido en algún sótano. Si son unos cobardes.

-No. Lia Rem asegura que cruzaron el teleport al mediodía. Se fueron a Ireah o Ulren Asir. Nos dejaron solos. Y no fueron los únicos.

-¿A qué te referís?

-Tampoco estaba ninguno de los altos mandos del ejército. Ningún general, ningún capitán. Apenas algún cabo y los entrenadores.

-Eso...

-Dejame terminar. Ningún Goldenheart fue visto hasta varias horas después de que se echó a los invasores.

-¿Coincidencia?

-No te humilles así-dice el arquero, sacudiendo la cabeza con ira, con pesar, con indignación.

-Pero...

-Pero nada. ¿Supiste lo de Algaros? Había un regimiento entero ahí. Un regimiento de críos. En el asedio a Fisgael podrían haber sido muy útiles, pero en el fuerte, solos contra una legión de alsirios experimentados, no pudieron ser más que carne arrojada a los perros. Se los sirvieron en bandeja.

-Es demasiado oscuro. No puedo... no quiero creerlo...

-Nadie quiere. Pero cuanto antes lo aceptemos, antes podremos tomar una decisión. Hay que admitirlo: la nobleza nos traicionó. Nos vendieron.

-¿Y qué vamos a hacer? ¡Nadie se atreverá a contradecir al estado! ¡algo así es inaudito!

-No del todo.

-¿No? ¿acaso vos vas a enfrentarlos?

-No. Si tengo que ser sincero, te respondo que no quiero vérmelas con ellos solo. Pero podemos cambiar las cosas entre todos.

-Aunque podás probar lo que decís, no vas a conseguir que la gente se mueva. Somos animales de costumbres... yo... yo prefiero ser feliz antes que ser libre.

-¿Y se puede ser feliz cuando mandan a tus hijos a morir por nada? ¿cuando una noche cualquiera un enano puede tirar la puerta de tu casa y matarte mientras dormís? ¡Hay que pelear!

-Ya se pelea demasiado en el campo de batalla. ¿Querés pelear también murallas adentro?

-¿Y acaso no es lo que hicimos durante todo el día?

Silencio. Sus miradas se pierden en ninguna parte. A su alrededor, lo que queda de Korsum cruje, anunciando los próximos derrumbes de las pocas estructuras que quedaron en pie tras la invasión de la alianza.

Simultáneamente, en los corazones syrtenses nace una blasfemia.

7. Almas Cautivas.

De cara a la puesta de sol, un anciano, borracho y harapiento, se sienta en la tierra, apoya la espalda contra la tumba de los elementos y cierra los ojos.

Lentamente, bebe un trago de vino y se afloja la ropa. Está cansado. Lo hirieron en la reciente invasión y ya no quiere vivir en este mundo.

Es un chiste con piernas. O al menos eso creen los demás. El viejo está harto de ver más allá de lo que los ojos permiten. Así ha sido su vida. Y ya quiere que termine. Ahora mismo.

Porque vio, mucho antes de que sucediera, el exilio y amargo retorno del guerrero. Supo antes que nadie del ataque del día anterior. Nadie lo escucha. Y tal desprecio no puede compensarlo con belleza, como hiciera Cassandra.

Lo atemoriza lo que ve. Pensó una y mil veces en arrancarse los ojos. Pero sabe que las imágenes llegan directo a su mente.

La lluvia de fuego. La marea carmesí. El llanto de los justos, el sueño de los pecadores. La ira. La venganza. La conquista. La muerte.

-El final...-murmura a nadie.

Ahora ve al gran guerrero en una jaula, desarmado y sin defensas. Solo en medio de una jauría de enemigos que pelean entre sí por el honor de ser quien empuñe el hacha que ha de darle fin a su maldita existencia.

-Una tumba abierta y cien pájaros desorientados-gime.

Afilan las lanzas. ¿Empalado? ¿desmembrado? ¿decapitado? ¿extirparán sus órganos mientras esté consciente? ¿mil latigazos antes de crucificarlo? ¿encerrarlo atado de manos con cinco violadores traídos de la cárcel más cercana?

“No”. El viejo escucha una voz femenina. “No puede ser de uno o dos golpes. Ni se lo torturará. Y encerrarlo con cinco reos, aún atado de manos, sólo significaría tener que ocuparnos de enterrar a cinco tipos”.

El anciano se estremece y empina la botella, como para acallar los mensajes del mundo. Las imágenes y sonidos llegarán de todas formas, pero si bebe lo suficiente al otro día difícilmente recuerde algo.

“Tengo otros planes para él. Preparen la sala de ceremonias. Comenzaremos en cuanto despierte” vuelve a oír.

Una lágrima surca su rostro y en voz alta cita al poeta*

-Deja que los sacerdotes del Cuervo del amanecer, nunca más vestido de mortal negro, con ronca voz maldigan a los hijos de la dicha.

Ni a sus adoptados hermanos quienes, el tirano, llama libres; tracen los límites ni construyan el techo. ¡Ni que la pálida religión llame virginidad, a lo que desea pero actúa!

>>>Pues todo cuanto vive es Sagrado

En Dohsim una elfa se niega a entregar el niño que tiene entre sus brazos. Lo siente suyo, como si hubiera escapado de sus entrañas. Se declara madre. Y, esta vez, a modo de compensación quizás, no entregará una vida a cambio de treinta monedas de oro.

En lo que fuera Korsum dos soldados se lamentan en silencio, sin mirarse el uno al otro, conscientes de lo que ocurre ahí afuera; de lo que ocurre en las reuniones de la nobleza; de las miserias del ejército al que pertenecen. No se sienten hombres luchando por su tierra, sino sicarios la voluntad.

En Fisrael, Arianna Goldenheart eleva un secreta plegaria a un dios pagano, implorando perdón, rogando por un mañana sin violencia, sin derramamiento de sangre. No quiere morir.

En los que queda de Raeraia un niño cuenta sus amigos cuan importante se sintió horas atrás, al ser entrevistado por una elfa. Él, y sólo él, tenía lo que ellos necesitaban. Él, y sólo él, había estado ahí, valientemente de pie, para ver lo que pasó. Y eso salvará la república.

En el cruce de Naé los miembros de masterclan, reunidos de modo extraordinario, votan. El resultado es unánime: al amanecer partirán con rumbo al desierto, en busca un hermano perdido.

En medio de la procesión que marcha hacia Ignis, sentada cómodamente en su trono, la reina medita. El futuro está en sus manos. Puede cambiar para siempre el curso de los hechos. Tiene ahora las cinco herramientas.

El odio. La ira. El valor. La piedad.

Y el temple.

Maryan sonrío, nerviosa. Está asustada. No puede permitirse fracasar. Ni por ella ni por sus hermanos. Ni por ella, ni por Ignis. Ni por ella, ni por el bárbaro en la jaula. Porque si falla, toda la furia de las diosas caerá sobre el mundo. Y no quedará nadie para redactar un epitafio.

Cautivos de sus dudas y temores, de sus inseguridades y miserias, los protagonistas de la realidad deambulan, acéfalos, por los senderos que conducen al mañana. Unos buscan concretar profecías mientras otros niegan el destino. La mayoría sólo trata de vivir.

Codicia y Hambre, Valor y Cobardía se debaten en sus corazones. Las divinidades de unos se enfrentan a la razón de los otros. Todos saben cerca el fin de algo que nunca tuvo comienzo.

Y en medio de la Gran Guerra, un sólo hombre, inconsciente en una jaula, puede cambiarlo todo para siempre.

Pero él ya no quiere luchar.

* Las Bodas Del Cielo Y El Infierno – William Blake

Capítulo X

Fantasma

Possunt quia posse videntur

La Eneida - Virgilio

(No es la historia de Orfeo buscando a Euridice, vagando por el inframundo, ansiando el reencuentro con su amor, perdido para ¿siempre?.

Orfeo, hijo del sol, parido por la musa, tragedia que camina más allá de los mitos.

¿Descenderías a la tierra de los muertos por alguien que amas?

Hombre Sensible, artista irrecuperable. Caín atemporal, historia de un espacio mental, común a cada macho, alfa u omega, que pisó la tierra desde que el mundo es mundo y la humanidad camina sobre él.

Orfeo, arquetipo siniestro del sacrificio y la estupidez de los enamorados.

Orfeo, el que voluntariamente se dirigió al fozo ardiente en busca de una mujer.

Orfeo, el que nada tiene en común con aquel llamado el maldito.)

La cueva se extiende ante él, apenas alumbrada por insectos incandescentes jamás vistos en la superficie. Sabe que el sendero es largo.

-¿Cómo llegué acá?-pregunta en voz alta.

Silencio de sepulcro; gusanos que devoran la carne y corrompen los huesos. Juraría oír un distante aletear, como voces mudas elevando una plegaria a una divinidad sorda.

Sólo las tinieblas podrían pronunciar su nombre ahora.

El frío rasga su castigada piel. El bárbaro arroja el yelmo al suelo y comienza a caminar. Tras de sí, sólo la roca. Delante, un oscuro y, tal vez, vulgar misterio.

Sus pazos retumban en la pequeña cueva. De algún modo se siente en casa. Esa soledad, en aquel minúsculo sitio bajo tierra, que le da todo el lugar que necesita para caminar erguido, desprovisto ya del peso del mundo sobre su espalda. Ese viento huracanado que mece su espíritu en un columpio pintado con la sangre de niños nonatos. Esa herida mortal de antaño, hoy cerrada sobre su pecho. Eso, que se intuye un hogar.

Tras un minuto, o cien años, emerge al fin. Está ahora de pie en un desfiladero sin precipicio. Su vista lo cubre todo y todo no es más que oscuridad. O ausencia de luz.

El Paraíso está roto. Pronto ha de desplomarse. Caerá cual malsano y necio diluvio sobre el mismísimo infierno.

Pero ya nadie quedará para ser aplastado.

¿Es esto el orco? No. No puede serlo. Tal ausencia, tal vacío, tal carencia de otros se asemeja más a la calma, a la tranquilidad que al martirio que jamás acaba.

-¿Qué es este lugar?-pregunta el bárbaro-¿permaneceré para siempre acá?

Y una voz responde:

-¡Cuando un imbécil no ve la salida cree que todo ha concluido!*

-¡Quién está ahí!-grita el guerrero, enardecido, empuñando ya su martillo, en estado de frenesí.

Silencio.

-¡Quién está ahí-repite y la furia aumenta.

Silencio.

-¡Quién está ahí!-una vez más, y ahora todo lo ve rojo.

Silencio.

Golpea uno de los paredones de roca y el sonido rebota en la nada que lo rodea. Aúlla, desesperado, al viento de ironía que sopla entre los mundos, entre las realidades; la línea que divide lo que es de lo que será; la línea que separa vivos y muertos, cobardes y valientes, renegados y esclavos, víctimas y victimarios.

Enardecido, iracundo y demencial, clama a nadie (a un fragmento de su ser):

-¡No necesito puertas para salir de acá! ¡voy a derrumbar estos muros!

Y embiste contra las rocas. El martillo le resulta poco práctico, así que golpea con sus nudillos. Los siente romperse mientras la sangre marca la piedra, formando una runa que cien millones de años después será considerada hierática. Porque un intento rabioso sólo puede ser sagrado.

Cuando las fuerzas lo abandonan contempla su obra. Se descubre a sí mismo ante un abismo.

-El poder de uno-dice. Y recuerda las palabras de Elrod.

“Podrías tirarte desde un risco y aterrizarías ileso”.

Probemos la sentencia. Descubramos si esto es la vida o la muerte, la vigilia o el sueño.

Y salta.

Salta a la oscuridad, que se niega a devorarlo. Salta a la nada de un mundo abandonado a medio crear. Salta a ninguna parte, a todas partes, hacia afuera, más allá de los confines del Hombre, y hacia adentro, directo a su negro y terco corazón.

Un milenio después toca el suelo. Sin un rasguño nuevo.

-Estaba esperándote-le dice la cazadora, sosteniendo una antorcha.

-¿Gatebula? ¿sos vos?

-Soy yo. Soy. ¿Y vos? ¿sos?

-Yo existo, a veces-responde el bárbaro, mientras un escalofrío recorre su espalda.

-En este momento...

-En este momento, soy deviniendo-interrumpe el bárbaro-estás muerta. Y no hay paraíso.

-Siempre creíste en el infierno, Lobo. Nunca entendí por qué no creías en Dioses, pero sí en el diablo.

-Porque el diablo corre tras de mí cada día, desde el comienzo.

-Hay más de lo que creés, de este lado de los hechos. Camina junto a mí, no tenemos mucho tiempo.

A su lado, el guerrero, confuso y ofuscado, pero a la vez intrigado, comienza la marcha.

-Se me... permitió venir acá por un motivo. Debo contarte una historia.

-Habla.

-El mundo es más viejo de lo que dicen las leyendas, pero los mitos no son ficciones, y ocurrieron hace un tiempo relativamente corto. Apenas cuatro o cinco generaciones. Un concilio de la nobleza élfica hizo un largo viaje hacia tierras heladas. El linaje que tenía el poder antes de la fundación de la república comprendió que el fin de la monarquía había llegado, así que utilizó la más antigua de las estrategias para garantizar el orden fronteras adentro.

-Y eso es...

-Generar una guerra-responde la difunta cazadora-los orcos, cíclopes e ígneos son criaturas inteligentes, con estructuras sociales e incluso cultura. Pero evolucionan muy lentamente. No tienen, aún, un verdadero sistema político. No sirven de mucho a la hora de las alianzas y las traiciones. Por eso, cuando un pacto fue hecho, se realizó en una zona distante.

-Alsius-murmura el bárbaro.

-Alsius-responde ella-en un lugar secreto, las cabezas de ambas culturas sellaron un tratado comercial. ¿Nunca te preguntaste por qué se fabrican tantas armas de baja categoría? ¿espadas anchas, escudos con escamas, arcos de roble? Sólo los usan los aprendices, y por poco tiempo. Los enanos son buenos forjadores, buenos herreros. Pero pésimos en el cultivo. Las armas de buena categoría provienen del imperio. Ellos nos venden armas. Nosotros les entregamos cultivos. Un buen negocio.

-¿Entonces?

-Entonces, con la monarquía cerca de su final, los elfos se prepararon para el cambio a un estado monetario. De ahí la falta de cosechas. Y de ahí, el descontento popular, que precipitó la fundación de la república. Debiera haber tardado unos diez años más de lo que tardó. Así, de cara a una guerra

civil, tuvieron que tomar una decisión.

>>>Uno de estos cuervos con poder ideó un plan sin fisuras. Pactó el destierro con una de las facciones más descontentas. Los dirigentes de estos grupos obtendrían una enorme suma de dinero y la garantía de auxilio para gobernar a los suyos, a su antojo, a cambio de participar del plan.

>>Tomaron a un demente del neuropsiquiátrico y lo disfrazaron de profeta.

-Lemorel-dice el bárbaro.

-El mismo. Lo utilizaron como rostro visible, mientras los demás conspiraban en las sombras. Así desataron la guerra y los expulsaron al desierto. Estando en guerra, pocos son los que se quejan del estado de cosecha. El nacionalismo es más fuerte.

-Mientras tanto, luchan hermano contra hermano.

-Exacto. Y unos pocos, de ambos lados, se benefician mutuamente. ¿Sabes quienes construyeron la muralla ignita? Semi elfos. Como vos y yo. Tardaron tres años. Cuando terminaron, los ignitas los mataron a todos. Un hecho de antemano convenido con la nobleza syrtense. Luego vino Allahed, un cínico con delirios de poder. Él ayudó a mantener a raya al pueblo rojo, con sus diosas, sus profecías y sus promesas vacías de realidad.

-Chantaje emocional. Siempre efectivo.

-Sí. Todos los ríos convergen en el océano. No lo olvides.

-Lo tendré en mente.

-Mientras tanto, el imperio y la teocracia tienen, a su vez, ciertos negocios. El agua en el desierto, si bien es abundante, es de difícil acceso. Hay una instalación secreta, un acueducto, construido por un ingeniero syrtense, que lleva el líquido desde las montañas. A cambio, los ignitas llevan generaciones pagando un tributo compuesto por Moloks para trabajo pesado.

-Esclavos.

-Y eso no termina ahí. El imperio se tambalea. Por eso ingresa a la guerra. La expansión territorial es una mera excusa. La cúpula alsiria lleva muchos años mentalizando a los civiles, lavándoles el cerebro para que crean que los necesitan. Pero...

-...es falso-dice entre dientes el guerrero.

-Sí, es falso. De todas formas la amenaza es real. Para todos. El mundo se tambalea, Lobo.

-Lo sé.

-Hasta acá se me permite llegar-dice la cazadora, entregándole la antorcha.

-¿Qué hay acá?

-Estamos parados sobre la línea que divide lo que fue de lo que es. Mi tiempo terminó; soy el pasado-responde ella y se da media vuelta, perdiéndose en las sombras rápidamente, sin aguardar por una debida despedida.

-Volveremos a vernos-dice para sí mismo el bárbaro, y se interna en el otro extremo de la oscuridad.

Camina diez pasos hasta reconocer una luz delante. Arroja la antorcha y se aproxima.

-Lobo-le dice el conjurador, con una sonrisa en el rostro, brillando como una estrella.

-¿Alfpha?

-¿Quién sería, sino soy yo?

-Ya veo... me alegra verte, amigo.

-Y a mí. Pero tenemos poco tiempo. Seguime.

El semi elfo se para a su lado y pretende iniciar la marcha.

-No, no a mi lado. Debés caminar tras de mí.

-Vamos...

-Hay reglas Lobo. No es casual que yo esté acá.

Gruñe, pero obedece. Porque la curiosidad mató al gato mientras sólo rasguñó al lobo.

-Viste a alguien antes, pero no debés decirme quién. Aunque creo que puedo imaginarlo.

-Como quieras-responde, un poco enojado.

-Hay siete esferas, camarada-explica el conjurador-la primera es la esfera de la corriente. El universo es un mar y hay quienes sólo se dejan arrastrar.

>>La segunda es la de la profundidad primigenia. Donde reside el significado verdadero de cada símbolo.

>>La tercera es la de la profecía. La fe de cada ser vivo es el punto clave acá.

>>La cuarta es la de la inteligencia. Quienes antes pacten, antes traicionen, antes solucionen; quienes se anticipen a los otros, han de habitar acá.

>>La quinta es la del valor. Sólo los más grandes hombres, o aquellos que nada tienen por perder, acceden a este espacio más allá de las dimensiones conocidas.

>>La sexta corresponde a la voluntad. Creo que no hace falta decirte más.

-¿Y la séptima?

-La séptima esfera es la de la transfiguración. Quien sos vos. Y quienes son ellos. El conocimiento del YO verdadero. Y una pregunta, ¿es algo que de verdad querés conocer?

-La verdad me hace libre, Alfpha.

-¿Y la libertad te hace feliz?

-No. No hasta ahora, al menos.

-Entonces deberías preguntarte por qué has transitado los caminos de tu pasado. Y decidir sobre tu presente.

-Hablamos de eso la noche de la emboscada. La noche de tu...

-¿Muerte? Lo recuerdo. Pero eso no importa ahora. Sólo se me permite llegar hasta acá. Alguien espera por vos delante.

-Yo...

-No te guardo rencor. No pidás perdón, nada hay que perdonar. No fue tu culpa.

-Alpha... ella nos vendió por míseras treinta monedas de oro.

-Lo sé. Seguí tu camino.

Lobo respira profundo y contempla, en el negro vacío, una escalera de piedra.

-¿Qué hay más allá?

-El futuro-dice el mago con una sonrisa, y se desvanece en las tinieblas.

Con paso decidido el guerrero comienza a subir los peldaños, de dos en dos. Al llegar a la cima, le hablan.

-Vivo.

-Muerto-responde-pero es bueno verte, Ajax.

-El tiempo apremia, tenemos que hablar.

-Lo sé.

-Seguime-dice el otro bárbaro y ambos corren en el mundo sin luz, hasta una fosa de brea-mira-le dice, señalando el centro.

De pronto, las imágenes saltan del riachuelo directo a la mente del semi elfo.

Una tormenta de arena y nieve a la vez. Las ruinas de un castillo. Fango y sangre, órganos y vísceras cubriendo el suelo. Doce elfos crucificados. Y él en el centro, contemplando, orgulloso, su propia obra.

Una mujer humana, desnuda junto a él, mirándolo a los ojos, de piernas abiertas mientras clava un puñal en su espalda.

Una herida cerrada. Un lamento solitario en una mañana bañada por el imponente sol. Aquel llamado el maldito, descuartizado. Y su cabeza colgada en la cima del puente blanco.

-Sea lo que sea que hayas visto-le dice Ajax Satyros-no me lo digás.

-¿Qué... qué fue eso?-pregunta, consternado, el guerrero.

-Lo que el destino dicta, lo que ocurrirá cuando el mundo caiga definitivamente. El final se acerca, Lobo.

-Los arcanos vientos están soplando.

-Aún no. Pero pronto. Hay algo más que debés saber. Cuando despertés...

-¿Qué pasa? ¡Habla!

-Se terminó mi tiempo-murmura el alturiano mientras se desvanece en el aire, frente a la atónita mirada de su compañero.

-¡Ajax!

Otra vez se hace presente el necio silencio. Aúlla para romperlo, pero el sonido de su propia voz no es buena compañía. Desciende la escalera, al menos para mantenerse en movimiento y pensar menos. Cuando deja de hacer contacto con el último peldaño se da media vuelta. Y ahora no hay nada.

Sólo oscuridad a su alrededor.

-Me dejaron solo-se dice.

-¿Estás a gusto ahora? Esto es lo que querías-pregunta a sí mismo.

-Sí. ¡No! No lo sé.

-Odiabas a la gente. Los odiabas a todos.

-Aún los odio.

-Te odiás a vos mismo.

-¿Y?

-¿Esperabas otra cosa?

-Una vez me creí...

-¿Amado?

-Sí.

-Bienvenido al mundo.

-Esto no es el mundo.

-¿Y qué es?

-Decímelo vos.

-¿El infierno?

-No.

-¿La muerte?

-No.

-¿Un sueño?

-Ya no sueño.

-¿Qué es, Lobo?

-Es Lobo.

-Sos vos.

-Nosotros.

-Yo.

Ve su propio fantasma consciente de su respirar. Y no tiene miedo.

No teme al sino que le espera ni a los albores del fin, no teme a ignitas ni alsirios, no teme la traición de una mujer. Ni mucho menos las ideas de marzo.

Se deshace de su armadura y ve como las cicatrices en su cuerpo se abren, sangran una última vez, dejando que el líquido, negro y corrupto, escape de su cuerpo, y se cierran. Por primera vez.

¿Está limpio ahora?

-Hola, mi niño-le dice una voz femenina al tiempo que el vacío se inunda de luz.

-¡Whisper!-exclama al ver a la conjuradora.

Corre hacia ella, desesperado.

-Escucha con atención, porque no queda ya tiempo-le dice la maga-cuando esto termine, hay tres cosas que debés preguntarte.

>>>¿Dónde mueren los grises vientos de la tempestad?

>>>¿Cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler?

>>>¿Por qué siempre creíste en el diablo?

-Whisper, no te movás-dice el bárbaro, notando como la imagen de la elfa comienza a transformarse, a volverse luz, como lo hizo dos años antes, en sus brazos.

-Se valiente, mi niño. Porque los cobardes abundan, y no podés permitirles ganar. Porque ahora sos el único que puede cambiar las cosas.

-¡Whisper! ¡no te vayas, no me dejés de nuevo!-grita, desesperado en su alocada carrera.

-Toma las decisiones, cuando llegue el momento. Y nunca dejes que las circunstancias obren por vos.

-¡No te vayas!

La silueta ya se difuminó. Whisper Whind ahora es una estrella cegándolo.

-Una última cosa. Kurt me pidió que te dijera que está orgulloso de vos. Que siempre lo ha estad.

La luz se apaga.

En la penumbra, solo de nuevo, el bárbaro descubre una puerta donde antes estuviera su amiga. Comprende, entonces, un significado oculto y vulgar. Sonríe y habla, esta vez sin esperar respuesta de ningún tipo.

-Siempre, es todavía.

El umbral de la cordura y una salida, un vórtice que reclama su presencia y voluntad.

Cuando cruza, abre los ojos.

-Al fin despierta-dice un brujo a su reina.

Lobo se descubre entonces en una jaula. Desarmado y sin armadura. Rodeado por una legión de ignitas que ansían su sangre.

Frente a él se eleva un trono. Y la reina sonríe.

Es la hora del diablo.

Y nadie sobre la faz de la tierra, ni debajo de ella, está preparado para el huracán que se aproxima.

* Frase de Mefistófeles en el Fausto de Goethe.

Capítulo XI

Los Placeres De La Pobreza

(Marchan bajo el ardiente sol del destino, como siempre supieron que lo harían; marchan con pesar en el corazón tras la abismal derrota sufrida en sus tierras; marchan con tristeza en el alma, a causa de sus hermanos mutilados; marchan, a pesar de todo, con la esperanza de salvar una vida en un loco intento por evitar la Última Tragedia.

Marchan, cruzando el límite, adentrándose en el desierto. Y como ocurrió al principio, todo es a causa de un solo hombre.)

Dohsim.

El alturian azota el puño ante el mercader.

-Báculo élfico. Velocidad rápida. Daño de fuego-dice.

-Lo siento, señor. Le repito que no tenemos.

Gruñe y se va. El plan, el perfecto plan, resultó un fracaso. Le robaron la pieza central del tablero. ¿Cómo jugar al ajedrez sin un enemigo?

Está furioso. Siempre supo que esa aberración que ayudó a traer al mundo era completamente inútil, pero esto es demasiado. Se sabe de muy pocos prisioneros en esta guerra. ¿Por qué tenían que llevarlo a él? Es absurdo. Los Goldenheart no tienen reos políticos para intercambiar. Así que sólo queda una posibilidad: desde un primer momento estaban buscando al semi elfo.

La idea eriza la piel del viejo.

¿Para qué pueden querer los ignitas a su hijo?

Camina con rumbo a la casa de la pareja que cumple otro de los aspectos de su Ascensión. Llama a la puerta una vez. Dos. Tres. Cuatro veces. Nadie.

Demasiados imprevistos. Y él no cree en las casualidades.

En algún lugar de Ignis.

-¿Cuándo será nuestro turno?-pregunta el brujo, de rodillas ante su reina.

-Pronto, mi fiel sirviente. Pronto. Ahora, necesito que nos dejen a solas.

-Su majestad, por favor, necesitará una guardia de diez hombres, al menos. Es un guerrero peligroso. Aún.

-Está enjaulado. Desprovisto de sus armas. Y sin protección alguna. Nada me sucederá.

-Su majestad, debo insistir.

-Dejanos. Lleva a todos los soldados. Esto debo hacerlo sola.

El mago asiente y da la orden a las tropas, de mala gana. En cuestión de segundos, sólo quedan la conjuradora y el semi elfo. Y en medio de ambos, los barrotes de la jaula, un impago seguro de vida.

-Dejá de fingir-dice ella-sé que entendés mi idioma.

-No sólo eso-responde él.

-Así que lo hablás. No me sorprende, la verdad. Tu nombre te precede.

Él se aferra a su prisión. Las estrellas estallan en sus ojos. Esa mirada la estremece. Pero muerde su lengua para no temblar, para no demostrar debilidad ante el guerrero.

-¿Hacen prisioneros ustedes, ahora?

-Ocasionalmente. Cuando hace falta negociar con los Goldenheart-señala ella, mientras camina hacia una repisa y se sirve una copa de vino blanco.

-Bien. Entonces mi captura no está relacionada con motivos políticos.

-¿Qué te hace pensar eso, Lobo?

-Los Goldenheart me conocen. Y me odian.

-Como te dije, tu nombre te precede. Creo poder imaginarme los motivos de esa aversión.

-Escupí a Arianna en el rostro cuando quiso darme una orden. Me envió a la cárcel por eso. Yo envié al hospital a sus lacayos antes de que me esposaran. No conozco el interior de una celda syrtense.

-Comprendo.

Silencio. Ella bebe, de un trago, lo que queda en su copa y vuelve a llenarla, con el pulso muerto.

-¿Vas a decirme para que me retenés acá?

-El pueblo quiere sangre. Tu sangre. Esperan una ejecución pública.

-Ya veo.

-Pero eso no es lo que tengo planeado para vos.

-¡Bravo, esto se complica!

-Deja el sarcasmo. Necesito algo.

-Sí, últimamente todo se trata sobre gente necesitando algo. Puedo prestarte un ojo, pero te lo advierto, no te recomiendo tener mi óptica del mundo. ¿O preferís mis riñones? El hígado no te lo

recomiendo, me gusta el whisky.

-Te traje acá, Lobo, porque quiero tu ayuda.

Los restos de Korsum.

-No-dicen ambos.

No, porque tienen un plato de comida sobre la mesa. No, porque tienen su espacio, en el coliseo, durante los fines de semana, donde pueden pensar en otra cosa y dejar de lado, al menos por un momento, la furia de la guerra. No, porque todo cuanto hacen durante la semana es esperar el sábado para asistir a los torneos, como competidores o espectadores. No, porque cuando la noche del domingo cae, una mujer abrirá sus piernas, liberando la sensual lujuria que yace tórrida para ellos. No, porque los prostíbulos no han sido incinerados. No, porque aún pueden jugar con sus hijos, con los que sobrevivieron a la invasión. No, porque la carne de kelonte es exquisita. No, porque nadie quiere ser quien comience, quien reciba el primer golpe. No, porque si se actuara de modo comunitaria sería fácil, pero antes del comienzo ya hay disidentes. No, porque todos tienen familias que quedarán hundidas en la miseria si ellos no están para cuidarlos. No, porque, en verdad, odian a ignitas y alsirios, moloks y enanos, utghars y elfos oscuros. No, porque todos lloran una pena ocasionada por el enemigo. No, porque sus niños fueron asesinados y quieren cobrárselo. No, porque están repletos de odio.

Están repletos de pereza. Vencidos y humillados, pero, por sobre todas las cosas, están alienados. No se reconocen en su obra. Porque la destrucción carece de enlace con las musas.

Un escenario que se repite en cada punto del mapa que ellos llaman mundo. Pero no en la realidad.

No ven más allá de lo que les enseñaron a ver. Viven en un tiempo y lugar repleto de escuelas, doctrinas y códigos. En su infancia, en la cuna, les dicen que nada puede ser cambiado por ellos. Y lo creen, por supuesto.

Y cuando crecen, cuando sienten el impulso de abrazar a alguien que se encuentra tras la muralla que les hacen llamar enemiga -palabra cuyo significado real desconocen- porque los reconocen como iguales más allá de la imagen, les dicen que no ejerzan el impulso. Que lo detengan, hasta que sólo desean que sea veneno.

Y luego les dicen que el veneno es buen condimento de su comida.

Así, con el correr de los años, bravos guerreros, letales arqueros y poderosos magos contemplan el mundo a través de los ojos de una oveja.

Y el rebaño sigue al pastor fielmente hacia el precipicio. Un ciego hablándole a un sordo que pretende oír la muda voz de los necios. El fantasma de diez mil lenguas, lamiendo las llagas en los brazos de esa minúscula recopilación de datos que llaman Verdad.

Las venas abiertas de Syrtis.

Por eso, no habrá un levantamiento. No atacarán a la nobleza.

Los soldados se miran y asienten.

Es mejor la quieta paz de hoy, que retrasa, por un amanecer, la inminente muerte en tiempos -eternos, inacabables- de guerras que se relatan, una y otra vez, en los más distantes y sórdidos rincones de la memoria.

En algún lugar de Ignis.

-¿Qué?!-exclama el guerrero en la jaula.

-Que quiero tu ayuda. ¿Hace falta deletrearlo?

-Soy un psicópata, no un sordo.

-Entonces, ¿vas a brindármela?

-No.

-Aún no sabés lo que voy a pedirte.

-¿Pedirme? Me tenés encerrado como a un perro rabioso. Dudo que esto sea una invitación a tomar el té.

-Puedo ofrecerte una copa de vino, si eso hace más comfortable tu estadía.

-Preferiría un whisky. Y tu yugular-gruñe el bárbaro, clavandole una gélida mirada, que anuncia muertes y nacimientos.

-Eso no vas a tenerlo.

-¿Ni siquiera el whisky?

Ella sonríe. Debe admitirlo, esperaba más insultos, amenazas de muerte y balbuceos trogloditas. Pero el semi elfo supera con creces el mito que levantaron a su alrededor.

Sirve el vaso y se lo entrega a través de los barrotes de la jaula, con una duda en el corazón.
¿Tomará su muñeca y devorará sus dedos?

Él acepta la oferta y bebe lentamente, sin tocar a la maga.

-¿Ya me gané el derecho a que me escuchés?

-¿Tengo opción?

-Podés poner las palmas de tus manos sobre tus orejas.

-Paso. Prefiero ganarme el derecho a un segundo whisky.

Confundida, la conjuradora comienza a hablar.

-Hace un año y medio mataste y descuartizaste a dos esquelios en los alrededores de Menirah.

¿Verdad?

-Hace un año maté a muchos en los alrededores de Menirah. Sólo descuarticé a dos. Los recuerdo.

-¿Sabés quienes eran?

-Sí.

-Hubo un hombre-dice titubeando-un esquelio que llegó acá hace unos veinte años. Tuvo dos hijos a los que debió dejar tras un lustro. Pero los visitaba periódicamente. Eran la luz de sus ojos. Los quería como nunca quiso a nadie. Quizás también amó a la mujer con quien los trajo al mundo.

-El padre de ambos-murmura Lobo, mientras una tempestad se conjura en su garganta.

-Sí. El padre de ambos. ¿Estás ocultándome algo?

-No mucho. Supe quienes eran porque los rastree.

-¿Los buscabas?

-Claro. ¿Por qué crees que hice lo que hice?

-¿Odio?

-Un poco. Quería evitar males mayores. Y enviar un mensaje. Pero eso no importa. Continúa.

-Cuando él partió, la mujer reinició su vida. Con otro esquelio. Con mi...

-¿Padre?-interrumpe él.

-Sí-murmura, atónita-¿como lo..?

-Lo supe. Sé demasiadas cosas últimamente.

-Los dos que descuartizaste eran, en parte, mis hermanos.

-Sí. Sí lo eran. Aún así, no comprendo.

-¿Comprender?

-Para qué me tenés acá. No parece que estés buscando venganza contra mí.

-Sí, bien...-duda antes de hablar-¿por qué los mataste?

-Ya te dije: sabía quienes eran.

-Supongo que eso lo explica todo. Yo también sé quienes fueron. Heredaron el carácter y personalidad de su padre, por lo que supe.

El universo se tensa. Una idea malsana y repugnante comienza gestarse en los corazones de invierno.

-Creo que estamos entendiéndonos ahora-dice el guerrero.

-Cuando tenían seis años, aunque nada les faltó nunca, robaban. Por diversión. A los ocho años, atacaron a una sacerdotisa, la dejaron ciega y con sólo once dedos repartidos entre manos y pies. A los diez años, cometieron su primera violación. Y no fue la única. A los doce ya mataban. Yo los odiaba. Nadie los conoció como yo. Fueron unos demonios disfrazados de ángeles. Implacables, feroces. Igual a su padre. Cuando supe de su muerte, cuando supe tu nombre, descubrí lo que sucedía.

-¿Y eso es?

-Tales demonios no pueden ser destruidos por mano élfica ni esquelia. Sólo un ser mayor puede darles muerte.

-Podrías ser un poco más explícita.

-Vos sos el diablo.

El desierto.

Los vientos soplan incansablemente. La tormenta de arena impide el avance del pequeño y valiente grupo. Están cobijados tras una roca, aunque eso no ayuda mucho.

-Es imposible rastrear así-explica Lloid.

-No podemos seguir así, a la deriva-dice Gotten.

-¿Y qué podemos hacer? ¿rendirnos?-cuestiona Adicto.

-Seguimos. No debemos detenernos-afirma Wolfus.

-Es inútil. Sólo hay arena. Dar un paso es en vano. Sólo cuando amaine podremos continuar-musita Elrod.

-Tiene que ser ahora. No sabemos cuanto tiempo le queda a Lobo-gruñe el otro brujo.

-No sabemos siquiera si está vivo-replica Adicto.

-Ese tipo no es capaz de rendirse. Lo sabemos bien. No puede estar muerto. ¡Aún no!

-Tranquilo-le dice Amelie-estamos acá por un motivo. No lo olviden.

La calma llega, a través de las palabras de la maga, a los corazones de la tropa. Pero no al centro de la tormenta.

Aún no pueden avanzar.

En algún lugar de Ignis.

-Si eso es una insinuación, es bastante efectiva. Pero debo decírtelo, no sos mi tipo.

-Esto es serio, Lobo.

-No puedo tomarme seriamente lo que decís. Es un absurdo. Y de seguro no lo decís como una metáfora.

-¿Sabés lo que es el diablo?

-¿Un elfo con cuernos y cola de Vesper bebé?

Suspira, ofuscada.

-Diablo significa “adversario”, Lobo.

-Por si no te diste cuenta, hay dos ejércitos de diablos ahí afuera.

-No. Hay dos ejércitos de ovejas ahí afuera. Pero sólo un adversario real: vos.

-¿Yo?

-Vos. El que devoró a los demonios. Tal y como dice la profecía.

-Debajo de cada piedra hay una de esas. ¿Sabe cuantas veces vi llegar supuestos fines del mundo?

-Sólo hay un fin del mundo. Sólo hay un momento que no puede ser evitado. Todos los caminos son transitados por nuestra voluntad. Pero esos senderos convergen en un único tiempo y lugar. El epílogo de la realidad se aproxima.

-¡Ustedes y sus teorías creacionistas!-exclama el semi elfo.

-Deja la religión de lado. Yo misma lo he visto. Vi una lluvia de fuego y un lago de sangre, vi...

-¿Oscuridad? ¿tormento? ¿destrucción? ¿gente muerta?

-Sí-responde ella, tímidamente.

-¿Y qué carajo esperabas ver en una puta guerra?

-Silencio. Deja que hable. Luego podrás burlarte cuanto quieras. Cuando mis súbditos abrieron en canal a una esclavo, leí los designios en sus tripas. Vi que todo lo corrupto debe llegar a su fin. Que el tiempo está cerca. Pero que nada puede venir de la nada.

>>Existen dos probables futuros. Uno en el cual todo ser inteligente muere aplastado por el peso del martillo de la diosa.

>>Otro en el que la mugre que cubre el suelo es limpiada.

>>Sólo en este momento puede ser materializada esta última opción. Y sólo por un hombre. Sólo por el adversario, el diablo, de todo aquello que fuera instituido cuando la guerra comenzó. Por eso te busqué. Porque entre todos, sólo vos negás la bandera de la tierra en que naciste. Sos el portador

del emblema negro, Lobo.

>>Hubo otros antes, es verdad, pero todos están muertos. Ahora sos único.

-Supongamos que tenés razón. ¿Qué te lleva ver estos senderos, estos posibles futuros?-cuestiona el bárbaro.

-Hace seis años, harta de la corrupción, idee un plan. No te aburriré con los detalles, basta con mencionar que era perfecto. Erradicaría las supersticiones de Ignis. Quitaría a los generales del poder. Pronto, todos negarían a los profetas. Cree un culto pagano, del cual me proclamé reina, para conspirar desde las sombras.

>>Con el tiempo, si el plan triunfaba en este árido desierto, lo haría en el resto del mundo. Sólo era cuestión de paciencia.

>>Con el apoyo de las masas habría triunfado...

-Pero...

-Pero, los placeres de la pobreza han vencido a mi burlada revolución*-murmura la maga, con pesar en el alma.

La blasfemia ya gestada en la mente del guerrero eclosiona. Y se sabe menos solo.

-No somos tan distintos, vos y yo-le dice ella-en cierta forma, también hago ondear tu negra bandera. Pero provengo del rebaño, Lobo. Nací blanca e inmaculada, como todas las ovejas. Derramé sangre por Ignis. No como vos, que siempre luchaste por el ideal que late en tu corazón. Por eso sos...

-Si me llamás elegido-interrumpe-te juro que rompo esta jaula, te empalo y devoro tu hígado. Crudo.

-Iba a decir que sos el renegado.

Ríen en la acompañada soledad en la que se descubren, como quienes descubren, en la oscuridad y a través del tacto, el rostro de un hermano en la Tierra De La Voluntaria Ceguera.

-Y bien, Lobo, ¿vas a ayudarme?

-Aún no me dijiste a qué.

-A cumplir tu destino.

-No-responde él, carente de toda duda-pero voy a ayudarte a cambiar al mundo.

Ella le sonrío y abre la jaula. Le devuelve su armadura y sus armas. Se sirve una copa de vino. Le sirve otro whisky.

-Hay mucho que hacer, pero siempre hay tiempo para un brindis.

Alza por sobre su cabeza la copa y habla

-Brindo por un mundo mejor.

Él la imita y responde

-Brindo por los esternones que voy a quebrar.

-¿Sabes? Creo que este es el comienzo de una hermosa amistad-asegura la maga.

-No bebí tanto como para estar borracho-responde él.

Y así Maryan, reina de los ignitas, y Lobo, aquel llamado el maldito, dan comienzo a la segunda gran traición; al ascenso a la realidad sin fronteras. Y nadie podrá fabricar un mesias cuando el diablo llegue, desde el horizonte de un destino vencido, con doce cruces para los discípulos de la mentira.

Mientras tanto afuera, en las calles, los extras en la historia de la vida se contentan con comida rancia y vino agrio, con mujeres semi desnudas y comedias vulgares. Por ahora.

Los arcanos vientos están soplando. La tempestad se aproxima.

Capítulo XII
Teoría De La Revolución
De Las Especies

Seadrops from empty human skulls
those on the shores of Atlantis
Darwin's resurrection is witnessed
by the turtles he used to play with

Healed and happy she oversees
the mother
the tyrant return to the sea.

A Return To The Sea - Holopainen

-Fascistas hijos de puta-murmura el guerrero.

-¿Lo entendés-pregunta Maryan.

-Ya lo creo-responde él, conteniendo la náusea.

Frente a ellos se extiende el secreto rincón de Ignis, La Academia Del Amor, donde niños de entre dos y cuatro años aprenden a reconocer las diferencias.

-¿Por qué no hay guardias?-cuestiona el bárbaro.

-No hacen falta. ¿A dónde irían? Sólo se los deja acá durante diez días. Los que sobreviven, pueden regresar a la sociedad.

El semi elfo suspira al contemplar, con asco, el necio espectáculo.

El foso de brea que ocupa el centro de la enorme cueva está repleto con cadáveres ignitas. Mártires o idiotas, según a quien se le pregunte. Un modelo a seguir.

Las paredes contiene grabados con leyendas sobre los elfos. Y las diosas.

La maldad de aquello que aún nunca habiendo sucedido no es mentira, porque ya todos lo creen.

Oscuros ritos de paso, los falsos y el verídico, corrompiendo la inocencia en su estado más puro. Orgías con dragones y banquetes donde el plato principal es una maravilla culinaria compuesta por lenguas de fieles y entrañas de soldados.

Syrtis, a los ojos de los infantes.

Nadie entra y nadie sale durante el adoctrinamiento. Los adultos, acarreando sus traumas, jamás pensarían en volver a ese sitio que, como todos, visitaron en sus primeros años. Los militares cumplen con su deber.

La magnífica idea viene, como no puede ser de otra manera, del clero.

La reina es la única que, amparada en las sombras, venció el temor primigenio y quiso recordar.

El horror es demasiado fuerte. Todos salen cambiados. No hace falta jurar lealtad a la bandera de este modo.

La servidumbre está garantizada.

Lobo siente repulsión ante el lavado de cerebro. No defendió jamás el verde reino, sino sus principios, pero sabe, porque él estuvo ahí, que nada de lo inculcado en esa cueva es verdad.

-Esto se complementa a través de la educación-dice Maryan.

-Habla. Necesito saberlo todo.

-La mecánica utilizada en la adolescencia es la clave para lograr el sometimiento voluntario. Ignis lo es todo. Así de sencillo. Es algo más grande que nosotros, es algo de lo que se debe formar parte. Quien se niegue (y no recuerdo que alguien se haya negado) no es nada, porque nada hay más allá del estado.

-¿Y la religión?

-Originalmente fue concebida como otro medio de manipulación, según mi hipótesis. Pero ahora no es necesaria. Así que se la utiliza para generar culpas, desde la más temprana edad.

-¿Traumas?

-Exacto. Ningún ignita, ni siquiera los nobles, escapan a eso. Es un círculo vicioso. Mira-dice ella, dándole la espalda y descubriendo su torso-esto es común a todas las mujeres del reino.

El bárbaro se acerca y palpa con las yemas de sus dedos las cicatrices.

-Son autoinflingidas-asegura.

-Sí. Ninguna de nosotras soporta la culpa...

-¿Cual culpa? No entiendo...

-Desde la pérdida de la virginidad, hasta la última vez que tenemos sexo, lloramos desconsoladas. Las diosas nos ven indignas. A menos que nos purifiquemos.

-¿A través del dolor?

-Sí. Veinte latigazos por cada vez. El misterio de la absolución. Una exclusividad femenina. Los hombres sólo deben tomar un vaso de cerveza.

-Ustedes están locos...

Ella guarda silencio. Deja que él saque sus propias conclusiones.

-Creo que ya vi suficiente-dice el semi elfo.

-Aún no viste nada.

Camina con rumbo a la salida de la cueva, de la Academia Del Amor, escalando con esfuerzo por una pared de roca sólida, aferrándose a salientes inalcanzables para un niño.

El bárbaro la sigue.

Se internan en la fría noche del desierto. Maryan tiembla, aunque va bien abrigada. Lobo parece inmune.

-Necesito calor-murmura ella-calor... humano.

-Mala suerte, soy semi elfo. Parate derecha y se te pasa-le responde él, hurraño.

No hablan durante el resto del trayecto. Tardan una hora en llegar.

-No hagás ruido-le dice la conjuradora.

Él Asiente y la sigue. Se mueven lentamente, de sombra en sombra. Hay guardias. Son muchos y van bien armados. Demasiados para intentar un ataque.

Pronto llegan a la entrada. La puerta está en el suelo. Ella conjura un hechizo jamás presenciado por el guerrero. Algo en su interior le da una advertencia. Esconde demasiado, piensa.

Es una instalación subterránea enorme. Caminan por los pasillos, pegados a las paredes.

-Tranquilo, estamos cubiertos por magia antigua. Si jugamos bien nuestras cartas no seremos descubiertos-le dice ella.

-¿Qué es este lugar? ¿algún tipo de cárcel?

-Hace cien años era una penitenciaría, sí. Presos, políticos y comunes, terminaban sus días acá. Las penas son de diez, quince, veinte, treinta y cuarenta años en Ignis. O la ejecución.

-Genial-responde él, harto.

-Hace unos cincuenta años se lo reformó.

-¿Durante la matanza de Orion?

-En efecto.

-Me hablaron de eso. Un movimiento político extraño.

-La idea era presionar con la gente secuestrada, para conseguir un tributo de oro, en una etapa de escasez.

-¿Los tenían acá?

-Sí. Pero ya no era una cárcel. Era un campo de concentración.

-No me sorprende.

-Es aún más oscuro, Lobo. El tributo nunca fue pagado. Así que el reino tenía más de tres mil enemigos, entre militares y civiles de Syrtis y Alsius, que generaban gastos. Se los eliminó, por supuesto. Pero al mismo tiempo se veían menguar las filas de guerreros. La nobleza temió lo peor, por eso ideó un plan a treinta años. Durante las últimas tres décadas hemos mantenido los regimientos activos a causa de lo que acá se oculta.

-Mostrame.

Ella lanza otro hechizo. Algo más fuerte.

-Rápido-exige-no puedo mantener esto mucho tiempo.

Corre y él la sigue.

Son intangibles; son los espíritus de los vivos. Atraviesan una sala tras otras, hasta llegar a los cubículos, hasta adentrarse en el horror mejor guardado del reino escarlata.

Desde lo alto, en las escaleras de acceso de la planta alta, tienen una visión perfecta de lo que ocurre.

-¡Esto no tiene nombre!-exclama el guerrero.

Abajo, separadas por mantas que cumplen la función de cubículos, cuatrocientas camas contienen a cuatrocientas mujeres estaqueadas. Sobre ellas, igual número de hombres gime y suda violentamente, sin remordimiento alguno. A nadie, excepto a las víctimas, les importan las lágrimas.

Son los campos de violación, donde se conciben los guerreros del mañana. De padres ignotos y madres cautivas, son entregados a los orfanatos al octavo día de vida.

Por la gloria de la hermandad, en nombre de Las Diosas.

-Tenemos un minuto más, Lobo. Hay que salir de acá.

-¡No voy a irme! ¡esto debe ser detenido! ¡ahora!

-¡No podés vértelas solo contra la legión que custodia este lugar! ¡tenemos que irnos!

El guerrero aúlla, pero obedece.

Corren velozmente hasta salir. Pero una parte de Lobo queda dentro. Para siempre.

Al mismo tiempo, en el desierto, lentamente la tormenta amaina.

Los miembros de masterclan duermen. Lloid hace su guardia.

-¿Linda vista?-le dice una voz a sus espaldas.

-¿Qué hacés levantada, Amelie?-pregunta al verla.

-No puedo dormir. Lo que nos espera es...

-¿Suicidio?

-Algo así. Creo.

-Sí... también pensé en eso. Pero todos estuvimos de acuerdo en venir.

-Entendería a cualquiera que hubiese querido quedarse.

-Nadie quería. Aunque Lobo no es parte del clan...

-Sí, lo sé...

-Sí-dice, y junto a la conjuradora contempla el divagar de cien millones de granos de arena, una muralla natural que se extiende ante ellos, impidiéndoles avanzar.

Ya nadie cree en las casualidades, si es que alguna vez alguien creyó.

-Bien. Tenemos que terminar con esto. Ahora-gruñe el bárbaro.

-Esa es la idea. Pero hay más que debés saber.

-Habla.

-Esto no parece ser exclusividad ignita. Cuando se intentó la jugada de la masacre de Orión los demás reinos nos imitaron. Es posible que...

-Que otros campos de violación hayan sido implementados-interrumpe-lo sé. Es por eso que debemos comenzar, despacio pero ya, a deshacer el mundo. Deshacerlo tal como es.

-No hay más que sombras en el camino. Sólo podrá ser hecho a través de la violencia.

-Reconstruiremos la realidad con las ruinas de su decadente predecesora. O alguien más lo hará por nosotros.

-¿Qué estás insinuando?-pregunta la maga mientras da un paso atrás.

-Que es posible que no salgamos vivos, hagamos lo que hagamos.

-Es evidente. Aún así la muerte no es obligatoria en mi plan.

-Explícate.

-Los soldados obedecen a sus generales. ¿Qué pasa cuando estos no están?

-No tengo idea, nunca fui soldado.

-Sin órdenes el ejército se atasca, a lo sumo se mueve por reflejo. Pero deja de ser un riesgo.

-¿Sugerís eliminar a los generales?

-Generales, nobles, el clero. Luego de que esto sea hecho, podremos dar el siguiente paso. Unas manos sin cabeza, no piensan.

-Entiendo. No será tarea fácil.

-La mayor dificultad reside en la coordinación. No pueden ser eliminados uno por uno. Debe ser hecho a un mismo tiempo. Y en los tres reinos a la vez.

-Necesitamos aliados.

-Tengo algunos. Pero no serán suficientes. El culto ayudará, si obramos con inteligencia.

-¿Tu culto?

-Es una fantochada, pero me son leales.

-Estás usándolos.

-Es una guerra, Lobo. No podemos atarnos a manuales de catequesis.

-No pretendo pecar de ingenuo, sólo señalo que a mí no vas a manipularme. Porque si lo intentás...

-Si lo intento...

-Te destripo.

Ella sonría y responde.

-No esperaba menos del mítico Maldito Lobo.

-Aún no entiendo mi papel en todo esto, Maryan.

-¿Eliminarías personalmente a los nobles para cumplir la misión?

-Los mataría, para divertirme, en un domingo aburrido.

-No lo dudo. Puedo mover a mi gente acá.

-¿Y Alsius?

-Ese es otro factor. Tengo algunos contactos. Creo que podemos convencerlos. Pero no van a acceder a mis peticiones.

-¿Segura?

-Ya lo intenté. Y fracasé. Para que se nos usen necesitamos una influencia distinta.

-¿Y eso sería?

-Una leyenda viviente. Como vos.

-Eso es un poco exagerado.

-Te respetan. Lo último que esperan es que te aliés con alguien. Si les hablás, podrás convencerlos.

-¿Creés que puedo caminar hasta su muralla, llamar a la puerta e ir hasta Birka sin problemas?

-Hay medios y métodos. Puede arreglarse un encuentro en zona neutral.

Gruñe.

-Bien. Eso puedo hacerlo. Pero no te garantizo la supervivencia de tus contactos.

-Puedo vivir con eso.

-Hablame del segundo paso. Que sucederá cuando los ejércitos no tengan guía.

-Los desmantelaremos. Cada militar pasará a ser un individuo. Y luego les mostraremos un mundo sin ellos. Haremos pública la verdad sobre los campos de violación y los ritos de paso. Yo misma quemaré los templos. Y haré confesar a los sacerdotes.

-La gente no cambia.

-Las generaciones sí. No esperés que todo sea color de rosa de la noche a la mañana.

-Sembrar semillas, ¿verdad?

-Claro. Semillas que sólo crecerán.

-Es una idea nueva, eso lo admito. Incluso creo que podría funcionar-dice el bárbaro con una sonrisa en el rostro. Distinto a todos, puede que haya encontrado a una igual. Muy lejos de la cima de la montaña.

-La fase final de este proceso consiste en derribar las tres murallas.

-La piedra no es problema. Son las otras barreras las que me preocupan. Las diferencias culturales, idiomáticas, los prejuicios...

-Como te digo, serán cambios generacionales. Tomará mucho tiempo. Pero sucederá.

-¿Por qué lo creés?

-Porque tengo que hacerlo. Llamale fe, si querés.

-Las religiones contemplan la fe. Un gran hombre, por otro lado, me enseñó que eso no vale nada. Hay que tener esperanza.

La tormenta finaliza. Ellos continúan la travesía, la conquista del desierto. El cazador rastrea.

-Huellas de una caravana al oeste-indica y emprende la carrera.

Los demás lo siguen, preguntándose como puede encontrar rastros en semejante vorágine de arena.

-¿A qué distancia están?-pregunta Gotten.

-No tengo idea, sólo sé que pasaron por acá-responde.

Un ciego guiando a los ciegos.

-¿Qué vas a decirle a tu culto?-pregunta el guerrero.

-Ya les explicaré, poco a poco, el plan. Y por qué sos más útil vivo que muerto.

-¿Qué hay de Albus Camus?

-¿El tirador?

-El mismo.

-Lo dejamos en el pantano. Junto a otros dos prisioneros. Uno de antaño y uno que fue hecho por error.

-Juramelo-dice entre dientes él, acariciando su martillo.

-Te doy mi palabra-responde la conjuradora.

Lee sus ojos. No hay mentiras ahí. Al menos, no en este momento.

-Voy a irme ahora.

-Cuando todo esté en orden te enviaré un mensajero. Mientras tanto, toma esto.

Le extiende un sobre sellado.

-¿Qué es?-pregunta Lobo.

-Instrucciones. Información. Vas a encontrarlo útil.

-Bien-se da la vuelta y comienza a caminar-una última cosa, Maryan.

-¿Sí?

-Si me traicionás...

-Eso no sucederá-interrumpe la maga.

-Ansiarás verte encerrada en un campo de violación antes que toparte conmigo-concluye él y se aleja corriendo.

Ello lo ve partir.

-La hora del diablo-murmura.

Mientras vaga solo en el desierto, medita.

Nos odiamos a causa de la raza a la que pertenecemos. Ni siquiera pretendemos decir que somos mejores. Nada más que los demás no merecen vivir.

Vivimos en una cadena de venganzas que más que cadena parece una cinta de moëbius.

Ojo por ojo. Diente por diente. Familiar por familiar.

Mientras ellos se enriquecen. Y nos utilizan para sus propios fines.

El exilio es la liberación individual.

Pero estos son otros días.

La batalla por destruir las colectivas prisiones mentales comienza.

Debo volver al hogar, aún cuando no tuve una casa.

La tierra del corazón.

Y una última palabra se repite, sin cesar, el resto del trayecto:

Revolución.

Capítulo XIII
Un Cínico A Las
Puertas Del Infierno

Don't try to convince me with messages from God
you accuse us of sins committed by yourselves
It's easy to condemn without looking the mirror
behind the scenes of open reality.

Eternal silence cries out for justice
forgiveness is not for sale
nor is the will to forget.

Cry For The Moon - Epica

Hace ya mucho tiempo, en el pantano.

La tumba de su mentor no está ocupada por un cuerpo en descomposición, sino por sus armas y armadura. Ya no es parte del ejército; ya no las necesita.

Ahora camina libre, exiliado por propia voluntad, con rumbo a un conocido oasis de calma, un paraíso frío y cruel. Un sitio diez mil años retrasado con respecto a la civilización. La última morada para el indómito guerrero, el de ojos muertos, el que llora su Gran Amor Perdido, el que trae consigo las tinieblas.

Avanza con paso firme. Ha fallecido, pero aún vive y esa es su tragedia. Por eso no teme a nada.

No siente temor hacia hombres ni dioses, enanos ni espectros, elfos ni demonios. Es sólo una coraza de carne vacía que ni siquiera anhela sentirse completo de nuevo.

Es morfina para una pierna de madera.

A través del Puente Blanco se adentra en el pantano. Una serpiente se arrastra junto a él, ignorándolo. De pronto choca con su bota y, sólo entonces, lo mira. El otrora syrtense observa al animal desde las alturas a las que pertenece. Desde el suelo esos ojos lo contemplan con repulsión. Lo hallan pobre e indigno.

Esa mirada le recuerda a los ojos de una mujer.

Da un paso al frente y deja tras de sí a la alimaña. Se mueve entre nieblas iluminadas por el esplendor de los fantasmas que el mundo olvidó. Escucha los gritos agónicos de bravos guerreros asesinados eones antes del comienzo de La Era De Las Lágrimas. A lo lejos, distante desde un pasado arcano, se oye el chocar del metal contra el metal. Mientras la sangre clama por la sangre.

Omerta absurda y des-cerebrada; el símbolo que cubre estas tierras.

De pronto un sonido lo sorprende. Es un matiz distinto en el paisaje sonoro del siniestro lago de fango que lo rodea. Pasos. Y no es un animal.

-Quizás todo termine más rápido de lo que creí-murmura Lobo.

Lentamente la silueta se forma en la neblina. Un mago. Lo ve. Está seguro. Pero aún así avanza.

O es un antiguo aliado, piensa, o es un enemigo suicida.

El bárbaro camina, entonces, hacia la figura que se le acerca. Hasta que están frente a frente.

Es un ignita, o eso cree él. Un brujo sin báculo.

Se observan mutuamente en silencio, estudiándose, evaluándose.

-Ataca de una vez, si vas a hacerlo-le dice Lobo.

-Hablás mi idioma-señala el brujo.

-Sí. Uno de mis muchos talentos.

El mago seguía mirándolo, consternado.

-Es extraño... esta es la primera vez que veo alguien desarmado, fuera de la muralla.

-Soy un tipo extraño. Y debo decir que también para mí es una primera vez. O varias primeras veces.

-Bien... ¡parece que no habrá un combate!-exclama el ignita, con una sonrisa.

-Si no me atacás, no te voy a atacar. Si me tocas, te parto el cuello.

-Tranquilo, no soy tu enemigo-explica el brujo-es de noche y pienso pernoctar acá. Si te apetece, tengo vino para compartir y una fogata para mitigar las sombras y el frío.

-Supongo que puedo matar un animal para alejar el hambre-afirma Lobo.

Mientras uno recolecta ramas secas y comienza el fuego, el otro caza con las manos desnudas una serpiente.

Treinta minutos después están comiendo.

-¿Bebés?

-Bien.

Antes de dar el primer sorbo, huele el líquido en busca de algún veneno. Está limpio.

-Ya te dije, no soy tu enemigo. Igual, tampoco puedo culparte.

-Ya sabes, "hombre prevenido..."

-“¿vale por dos y muere solo”.

-Sí.

-Sí.

Muerde la carne del animal que cazó poco antes. Debe admitirlo, el rojo es buen cocinero.

-¿Eras guerrero, no?

-Sí. ¿Por qué la pregunta en pasado?

-Porque para estar acá, solo y desarmado, como yo, debés haber desertado.

-Exilio, en realidad.

-Parece que tenemos más de una cosa en común. Ellos tenían motivos para expulsarme. Pero fue mi decisión. Yo quise que sucediera de este modo. Mi tarea estaba cumplida, ya no debía permanecer en la hermandad.

-¿Se debe cumplir con las tareas?

-Sólo cuando uno las impone, camarada.

El bárbaro sonríe. Ambos comen, con lentitud, casi saboreando el momento más que la carne, mientras fijan la mirada en el único, y a la vez cotidiano, espectáculo brindado por la fogata que arde frente a ellos.

-Falta mucho para el alborada-comenta el mago-tengo una idea para entretenernos.

-Habla.

-Te cuento una historia.

Corrían tiempos duros para los tres reinos. La Gran Bestia azotaba nuestras puertas. Quería devorarnos. Viendo esto, un valiente brujo decidió combatirla. Levantó Un Muro A Los Lamentos para impedir que se acercara. Escribió ahí una frase que invitaba a todo el que pasara, syrtense, ignita o alsirio, a dejar sus huellas.

Muchos vieron que esto era bueno y firmaron. Al día siguiente el mago pasó de nuevo. Al ver que otros lo acompañaban, escribió de nuevo.

Lo mismo sucedió al día siguiente.

Y al día siguiente.

Y al día siguiente.

Así se forjaron lazos entre perfectos desconocidos. Así, un puñado de magos, arqueros y guerreros se reconocieron unos en otros.

Separados por murallas y generaciones de feroz condicionamiento social, religioso y cultural, separados por una guerra cuyo origen nadie recuerda ya, aprendieron a llamar amigo al enemigo.

Pero como sucede cuando las cosas van bien, esto disgustó a alguien. Alguien con poder suficiente

para terminar con el sueño de unos pocos que ansiaban callar el llanto de la batalla con la alegría de la risa.

Dicen por ahí que quitaban virtudes, sea lo que fuere que eso signifique.

Y envió diez mil hombres a derrumbar el muro contra la Gran Bestia que un solo tipo había levantado.

Y claro, fueron muy exitosos en su trabajo.

Muchos cayeron tras ese hecho. Ya nunca se supo de ellos.

El mago intentó recrear el muro, en un área distinta. Pero duró poco. Volvieron a derrumbarlo.

Así que oculto tras mil máscaras, pero dejando en claro su identidad, gritó una y mil veces, repudiando la vileza de quien buscó destruir las relaciones forjadas a través de palabras escritas en un muro.

Sabía lo que sucedería pero no le importó.

Ya nunca más hubo algo así en este mundo. Y el sólo nombrar el paredón es pecado, cuentan algunos.

-¿Y dónde está ahora el brujo?

-Está comiendo con un bárbaro que habla poco. Y vaga desarmado por una zona peligrosa-le responde, con una sonrisa cómplice en el rostro.

-Te cuento una historia yo.

Hace tiempo, un joven guerrero dejó atrás una tumba, solitaria y vacía, para marchar a la guerra. No creía en las banderas. Tenía convicciones. Esperaba ayudar a cambiar las cosas, a derrumbar las tres murallas, a crear un lugar mejor.

Fiel a sí mismo, se negó a los grupitos, a las élites, a los clanes. Pero siempre luchó con una esmeralda en el corazón. Porque había nacido en verdes tierras. Y porque Syrtis había dado a luz a sus amigos.

Poco a poco, batalla tras batalla, cegó muchas vidas. Algunos comenzaron a murmurar su nombre, quién sabe por qué motivo. Él respondía una y otra vez lo mismo "no soy nada especial". Y en verdad no lo era.

Pero se forjó un nombre. Y a su alrededor fue levantado un mito. La leyenda de aquel llamado el maldito. Porque, en verdad, cargaba una maldición.

Salvó gente. Fue útil, si cabe la palabra, a la república. Incluso, una vez, se enamoró.

Pero un día vio el mundo arder a su alrededor.

Cuando alguien se sacrificó para salvar su vida, y murió en sus brazos.

Cuando sobrevivió a sus amigos tras una emboscada.

Cuando descubrió que aquella que le daba luz a su vida lo había vendido por treinta monedas de oro.

Cuando los golpes fueron demasiado duros.

Cuando se convirtió en un monstruo.

Ese día aún creía ser parte del ejército, aún cuando jamás fue un soldado. Pero algo sucedió.

Fue llamado a Fisrael, la capital, por uno de los máximos líderes militares. Querían entrevistarlo. Intrigo, el guerrero acudió.

Cuando se presentó frente a los guías de la armada el horror de la guerra lo superó.

Querían encomendarle una misión. Querían que acudiera a un rincón en el desierto y raptara a siete niñas ignitas para un ritual.

La transfiguración consistía en siete tormentos distintos. Y el resultado final serían tiempos de abundancia no para el reino, sino para el decadente linaje Goldenheart.

Se lo compensaría con treinta monedas de oro.

Escupió en la cara de la militar. Ella se sonrió, pensando que otro podría cumplir la tarea, y ordenó que lo encerraran en la cárcel, a la espera de una ejecución sin juicio previo.

Lo que ella no vio fue la descomunal fuerza que poseía el quebrado espíritu del guerrero. Él opuso resistencia. Cuando quisieron detenerlo trituró los huesos de los guardias. Y salió caminando.

Se comenta en el reino que tiene pedido de captura. Pero no es verdad. Pasó otros siete días en Syrtis, frente a los guardias, incluso frente a quien decretara su muerte, y nada sucedió.

Quizás le tienen miedo. Quizás el mito, siempre mayor que el hombre, los intimida. Quizás se arrepintieron. Da igual.

Lo que se sabe con certeza es que unos días después siete niñas ignitas fueron llevadas en secreto a la capital. Y ya sabes como son los secretos: la voz corrió hasta llegar a él.

Intentó, por supuesto, evitar lo que habría de ocurrir. Levantó una denuncia. Se ofreció como testigo. Incluso entregó pruebas a las autoridades.

Pero los jueces se encogieron de hombros. Le dijeron que le creían, pero que se trataba de los Goldenheart. Sólo tenía que poner el precio de su silencio.

Ofuscado, destrozó la oficina y buscó el sitio del ritual. Es buen rastreador, no tardó en encontrarlo.

Hizo lo que debía hacer para rescatar a las siete pequeñas y las dejó fuera de la muralla. Luego corrió hasta la tumba vacía que antes dejara atrás para marchar a la guerra y enterró ahí sus pocas pertenencias. Incluyendo su armadura y sus armas.

Luego atravesó la salida, sin mirar atrás.

-¿Y dónde está ahora el bárbaro?

-No lo sé. Creo que en el infierno. Aunque camina, no está vivo. Incluso cena con brujos exiliados.

-Al final, después de todo, no somos tan distintos-dice el brujo y empina el vaso.

-No, no lo somos-responde el bárbaro y traga la carne de serpiente.

Al amanecer se ponen de pie y se contemplan mutuamente al igual que la primera vez.

-Quizás, algún día, encontremos algo para nosotros. Un mundo distinto. Sin religiones.

-Sin estado...

-Mientras tanto, seguiremos oyendo llorar a la luna.

-Siempre resta un aullido, camarada-le dice Lobo, extendiéndole la mano.

El brujo la estrecha.

-¿Dónde irás ahora, mago?

-Dónde me lleven los vientos. Más allá del mar; más allá de este mundo ¿Y vos?

-Estoy parado ante las puertas del infierno. Creo que buscaré un lugar donde tenga menos calor. Una montaña, para hablar con aquellos a quienes poco importa mi nombre o lo que tenga para decir.

Se miran una última vez y se dan la espalda. Marchan sin mirar atrás, siguiendo sus caminos, esquivando al destino, negando la realidad.

Y la única estrella en el cielo, el Lucero Del Alba, es testigo de la muda promesa que nace en sus corazones.

Algún día...

Capítulo XIV

Judas

El desierto.

La hiena va directo a él, poseída por una colera bestial, rabiosa, esparciendo odio letal a través de sus fauces. Al igual que el bárbaro.

El choque es frontal. Las mandíbulas del animal se aferran a los músculos de su pierna derecha. Apenas las siente. Le atraviesa la columna con su lanza, dándole muerte de un único golpe. Recibe una flecha en el hombro, pero le resta importancia.

Corre contra el molok. El arquero lo mira directo a los ojos. Es joven y se cree fuerte. Tiene buena puntería pero eso no es suficiente para derrotar a un guerrero.

Cuando lo tiene muy cerca, en un acto de prudencia, decide retirarse. Huye a tal velocidad que pareciera haber sido parido por el viento.

Un golpe, potenciado por el espíritu, logra alcanzarlo. Pero no cae.

Lobo lo deja huir. Ya ha matado suficiente. Está exhausto.

-Soy el mismo tipo-murmura entre dientes.

Dohsim.

Bebe amargamente mientras vigila la casa. Lleva dos días de espera. Todo parece desmoronarse. El alturian está confundido.

El ambicioso plan estaba estancado.

-Tan cerca...-dice a nadie-tan cerca...

Con la paciencia de un estudiante que sigue su vocación, el mago espera.

El desierto.

-Un cazador. Cerca. Va mal herido-dice Lloid, al frente del grupo.

-¿Qué tan mal?

-Mucho. Está perdiendo demasiada sangre. Si no logra encontrar quien lo cure, vamos a toparnos con su cadáver.

La búsqueda es ya muy larga. No sólo no han dado con el paradero del bárbaro, sino que los pocos

rastros que les brinda el desierto no garantizan dato alguno sobre su compañero de reino.

Bosque de Arvanna.

Llueve. Ella cobija al niño con su cuerpo. No lo entregará. No puede. Es su hijo ahora. “Treinta monedas de oro” piensa. “trescientas mil monedas de oro”. “Tres millones de monedas de oro”.

De pronto, el pequeño en sus brazos pesa más. Mucho más.

Infinitamente más.

Duda.

Altaruk.

-¿Y bien, Valcanna?

-No hay demasiadas novedades, señor-responde el general.

-¿En un mes no han descubierto nada?-cuestiona Daracan.

-Es muy poco lo que se sabe del culto. Demasiado hermético. A duras penas hemos logrado saber que tienen un sitio de reunión cercano a la muralla.

-¿Ninguna otra cosa?

-Una líder.

-Nombres, Valcanna, nombres...

-Aún es muy pronto. Nuestro infiltrado ni siquiera ha sido aceptado como miembro.

-Motiva a tu gente como sea. Sabés que esto nos tiene preocupados.

-Señor, estamos dando lo mejor de nosotros.

-¡Eso no es suficiente!-exclama el noble, ya iracundo.

-A todos nos huele mal, señor. Pero...

-¡Pero nada! ¡tenés dos semanas para obtener resultados! O yo tendré tu cabeza en la punta de una lanza.

-Sí, señor-murmura el mago, inclinándose, conteniendo la ira.

-Fuera de mi vista.

Preocupado, Daracan se retira a sus aposentos. Teme una conspiración. No sería la primera, sin

duda alguna.

Descubrieron la existencia del culto por accidente. Y eso le causa pesadillas.

Hace un mes que sueña con un semi elfo ahorcándolo, rodeado por ignitas que celebran su muerte. Las diosas parecen haberlo olvidado.

Muralla de Alsius.

Haciendo caso omiso a las advertencias de los guardias, la cazadora se adentra en el bosque. Va camino a la zona volcánica, Golpe De Thorkul, donde, quizás, pueda domar una bestia.

Contempla el retorcido camino que la llevaría a Imperia, si ese fuese su destino.

Aún no ha podido dejar de pensar en el bárbaro que le perdonó la vida, hace ya más de cien noches. Aún agradece por cada latido. Pero está intranquila.

No sólo porque, con seguridad, si se encuentra ahora con un enemigo puede ser su fin. Sino porque había algo en ese guerrero. Algo oscuro e indescriptible, algo que la asusta y a la vez la tranquiliza.

Y eso no tendría que importarle. Porque es un enemigo. Y merece morir.

Por la gloria del Imperio.

El desierto.

-Muerto-dice Gotten mientras examina el cuerpo del arquero.

-¿Desangrado?-pregunta Wolfus.

-Sí. Tuvo mucha mala suerte. Tiene una única herida, pero le destrozó una arteria. No supo vendarse ni parar la hemorragia.

-Alimento para los pájaros-murmura Elrod.

-Sigamos-les dice Lloid-creo que tengo algo.

-¿Qué?-cuestiona Amelie.

-Hay unas pisadas. Parecen de guerrero. Y más sangre.

-¿No es la de este tipo?

-No. Es más oscura. Puede ser un syrtense.

-En marcha-les dice Gotten.

Silenciosos reanudan la travesía.

Dohsim.

La espera termina para el Alturian. Al fin, ve actividad en la vivienda. El elfo entra.

Despacio va tras él. Ingresa sin ser invitado, sin hacer ruido, como un ladrón.

Lo descubre en la cocina, con los brazos apoyados en la mesa, mirando la madera, angustiado, deshecho. El despojo de un hombre.

Por la espalda, lo toma por el cuello y afirma una daga sobre su yugular.

-Teníamos un trato, nosotros dos-le dice al oído-gritas y te mato.

-Lo sé.

-¿Dónde está el niño?

-Mi mujer se fue. Y se llevó el crío con ella.

-¿En qué lugar están?

-Ojalá lo supiera.

-¿Que estás diciendo?

-Que me abandonó. Creí que había hecho el trato con vos, que se había ido con el oro. Pero ahora veo no era por el dinero.

-Explicate.

-Estuvo rara los últimos días. Lo tomó como un hijo. No pensé que esto fuera a suceder-narra el elfo, con honesta sorpresa.

-Comprendo.

-Soltame. Te voy a ayudar a buscarla. Cuando la encontremos vos tendrás al niño y yo la recuperaré a ella.

-Interesante oferta-murmura el Alturian-pero creo que puedo solo.

Le destroza la garganta y lo apuñala en el pecho repetidas veces.

-Elfos... no se puede hacer negocios con semejantes estúpidos-dice el viejo antes de marcharse.

En el piso, aquel que terminó tuerto a causa de la mano de Lobo, se retuerce sabiendo cercana su muerte.

No hay paz para los insomnes ni justicia para los mártires.

Fisrael

Arianna medita. Los Jadescribe llevan tiempo apenas dejándose ver en público. Normal, tras la reciente invasión. Pero no tanto. A varios de ellos les gusta dar discursos. Son hábiles oradores, suelen dominar a la gente con cuatro frases y conseguir, fácilmente, las ovaciones que tanto ansían.

La nobleza pasa el día en reuniones privadas, al parecer. Y hace tiempo que no le entregan órdenes nuevas.

El ejército hace preguntas. Todos quieren saber qué sucederá. Anhelan venganza, pero también temen la muerte.

Y aún existe la posibilidad de una nueva invasión.

Arianna medita. Y en cada pensamiento, furtivo como una sombra, aparece él como escenario. Y la pregunta es inevitable, ¿qué hubiese sucedido sin la guía de Lobo?

Quizás todo sería igual.

Quizás Syrtis sería cenizas.

Demasiados quizás.

Demasiadas dudas.

El desierto.

-Un guerrero. Cerca. Lo tenemos encima-dice Lloid.

-¡Lo veo!-exclama Gotten.

El grupo, por completo, comienza a protegerse.

A lo lejos, el bárbaro embiste directo hacia ellos.

Elrod imagina una hiedra espinosa y cuando va a materializarla reconoce al semi elfo.

-¡Es Lobo!-grita.

Todos respiran, complacidos.

-¿Se puede saber que hacen acá?-pregunta él al llegar.

-Bueno... estábamos buscándote-le responde Wolfus.

-Nos dijeron que te habían tomado como prisionero-explica Amelie.

-Sí. Eso fue lo que sucedió-afirma.

-Bueno... veníamos a rescatarte-comenta Lloid, con cierta duda.

-No hacía falta.

-Ya lo vemos. Pero no importa. Me alegra que estés vivo.

-Gracias, Elrod.

-¿Vas a decirnos como escapaste?

-Es una larga historia.

-Tenemos tiempo.

-Ya hablaremos.

Una Playa Oculta.

El caballero arroja su escudo y su lanza. Se quita el yelmo. Los guantes, las perneras, el peto y las hombreras.

Se siente un hombre de nuevo. Respira profundo, disfrutando la tranquilidad de aquel paraje solitario. Saca de un bolsillo el papel y relee, por enésima vez, las palabras.

-Será acá-dice-pronto.

Camina en el agua del arroyo y se mete bajo la pequeña cascada. La atraviesa y, descubriendo el espacio que hay detrás, entre las rocas, se sienta en posición flor de loto. Cierra los ojos y concentra toda la atención en el sonido de su organismo.

Detiene el flujo de pensamiento. No se identifica con ellos y permiten que se hilvanen, naturalmente, unos con otros, revelándole así el significado, no del universo y sus símbolos, sino de su papel en este mundo.

Espera.

En algún lugar de Ignis.

-Está hecho mi señora. Los mensajeros partieron ya hacia Alsius.

-Bien-responde la reina desde su trono.

-Deberían volver en cuatro o cinco días, si no tiene mayores problemas en el camino.

-Eso no me preocupa.

-¿Hay algo que deba saber, mi señora?

-No. No ahora, al menos. Retírate. Necesito estar sola.

-Como usted ordene-responde el brujo y sale de la habitación.

Maryan piensa. Todo salió como lo había planeado. Le hubiese gustado matar al tirador que capturó junto a Lobo, pero eso sólo habría ofuscado al bárbaro. Y no es conveniente. Es un rival magnífico y lo necesita.

Pensó que sería más difícil convencerlo, que algo fallaría. Pero fue afortunada. Las diosas le sonrieron, por una vez.

Tiene mucho trabajo por hacer. Pero está detenida. Si el semi elfo no consigue pactar con los alsirios, todo se derribara. Es un castillo de naipes complejo y tambaleante, pero con buena base.

No teme una traición. Lo que de verdad la asusta es la calma. Su propia suerte, la estrella que la ilumina.

Le recuerda al buen tiempo antes de una tormenta.

El pantano.

Ya es de noche. La pequeña tropa syrtense se interna en el fango. El trayecto es largo y están cansados. Parece el mejor lugar para pernoctar.

-Silencio-dice Lloid a sus compañeros.

-¿Qué pasa?-pregunta Amelie.

-Gente-responde Lobo.

-¿Los ves?

-Los escucho. Quédense acá-ordena el bárbaro y se adentra en la niebla.

Por supuesto, nadie le obedece.

Distinguen una fogata. Se acercan con cautela, comunicándose entre sí por medio de señas.

-¡Quien está ahí!-exclama una de las dos siluetas frente a las llamas y se pone de pie.

-¡Somos syrtenses también!-dice Elrod.

Se acercan. Y no pueden creer lo que ven.

-¡¿Prisioner?!-

-¡Lobo!

-Pensé que habías muerto hace tres años.

-No. Me tuvieron en las jaulas ignitas tres años, viejo amigo. Aún no sé por qué estoy vivo.

-No...-murmura Wolfus al contemplar al otro sujeto.

-¿Albus?

El tirador no responde. Tiene una venda sobre los ojos.

-Mala cosa...-dice Prisoner.

-¿Qué le pasó?

-Nos dejaron juntos acá. También había un brujo. Estábamos débiles para seguir el viaje hasta el reino, así que decidimos recuperarnos antes de volver.

>>>Pero nos atacó un grupo alsirio. El brujo murió. En la batalla se ensañaron con él-dice y señala al arquero-. Le arrancaron los ojos y la lengua. La última en pie, una arquera, se le tiró encima y le incrustó flechas en los oídos. La degollé mientras lo hacía. Pero...

-Suficiente-le dice Lobo-¿podés hacer algo por él, Amelie?

-Es... monstruoso. Las heridas son demasiado certeras. Yo... no puede ver esto.

La conjuradora se aparta hasta desaparecer de su vista.

-Hablaré con ella-dice Elrod.

-Ya lo examiné. Sangraba mucho, así que tuve que usar mi espada al rojo vivo para eliminar la hemorragia-explica Prisoner.

-Mierda...

La noche avanza. No hay sonrisas hoy para el grupo. Luto por un hombre que no ha muerto. Un suceso extraño, pero verídico.

-¿Cómo está?-pregunta Lobo a Elrod, por lo bajo.

-No sé decirte... creo que ya se sobrepuso del golpe inicial. Sabés como es. Toda su vida se trata de ayudar a los demás, de salvar a la gente... y ver esto.

-Lo sé. Volveré enseguida.

Y se pierde en la niebla, recordando los mismos pasos que antes dio en ese sitio, cuando se perdió dentro de él mismo, para escapar de sus fantasmas. Y hallar paz.

-¿Hay lugar para uno más?-pregunta al ver a la conjuradora. Ella no responde.

-Tomaré eso como un “para vos siempre, Lobo”.

Se sienta a su lado. No dice nada. El silencio es su vigía, por unos minutos.

-No puedo permitir que pasen estas cosas.

-No fue tu culpa, Amelie.

-Lo sé. Es la impotencia. No comprendo como es que vos estás acá, prácticamente ileso, y él...

-Ya sabemos eso. Y te entiendo. Albus necesitaba una curadora. Yo no.

-Sos prácticamente el único syrtense que sabe cuidarse solo. El resto necesitamos hacernos de niñera mutuamente todo el tiempo. Si hubiese sabido los resultados de antemano...

-No podías saberlo. Y, por cierto, gracias por tratar de rescatarme.

Duda un momento. Luego decide ser honesto.

-En realidad. Sí necesitaba que me rescataran. Me tuvieron prisionero en una jaula un buen rato. Estaba rodeado por ignitas. Querían matarme.

-¿Como escapaste?

-No lo hice. Una de ellos me dejó libre.

-¿Qué?

-Lo que oís. Y... eso no es todo. Tienen un plan, Amelie. Un plan para terminar con esto de una vez.

-¿Terminar con qué?

-Con la guerra, con las murallas... si funciona, nadie más deberá correr la suerte de Camus, nunca más.

-No estoy segura de comprender...

-Mira... voy a contarte una pequeña historia. Poco antes de irme, de exiliarme, Ajax Satyros, Gatebula, Alpha Piscium y yo estábamos patrullando el reino. Hacíamos el recorrido que nos correspondía ese día. A la hora que nos correspondía. Cerca del campamento de los orcos fuimos atacados por siete alsirios. Un arquero confundió a nuestro conjurador como primer movimiento.

>>Estábamos solos, cuatro contra nueve. Pero dimos buena batalla.

-Ya sé eso, Lobo. Me lo explicaste hace tiempo-dice ella.

-Sí. Lo que no te conté es que en la lucha los oí hablar entre ellos. Buscaban mi cabeza. Era una vendetta por miembros de su clan que yo asesiné uno por uno. La que era mi compañera...

-Te vendió por treinta monedas de oro, lo sé-comenta ella.

-Sí. Eso fue lo que pasó.

-Y fuiste el último hombre en pie. Lloid enterró los cuerpos. Sé eso.

-Sí. Lo que no sabés es que antes de irme la vi una vez más.

-¿A tu mujer?!

-Sí. La vi con un elfo. Parecían muy felices. Cuando pedí explicaciones él me desafió a un duelo. Dijo que estaba muy enamorado, que yo no era rival para él. Dijo muchas cosas.

-¿Aceptaste el duelo?

-No. Le arranqué un ojo con mi espada, le partí las costillas y lo dejé en el suelo. Ella nunca negó lo sucedido, nunca negó habernos vendido. No parecía importarle.

-¿Qué hiciste?

-Me di la vuelta y me fui. No hubiese sido capaz de lastimarla, porque la amé más que a mi vida. Aún la amaba, en ese momento.

-Yo la vi varias veces desde que te fuiste... si hubiese sabido...

-Calla-interrumpe él-eso no es lo importante.

-¿Entonces qué es lo que importa?

-La naturaleza de la traición. Algunas veces, las menos, está relacionada con motivos personales. Pero la mayoría está ligada solamente a motivos históricos.

-¿A qué querés llegar?

-A que uní fuerzas con una facción ignita. Se aproximan días de sangre y dolor, Amelie. No voy a mentirte, todo empeorará antes de ver alguna mejoría. Nunca juré lealtad a la república, sólo a las personas. A algunas personas. Todos hemos sufrido demasiado. Esto tiene que terminar.

-¿Qué pretenden?

-Derribar lo viejo. Construir un nuevo mundo. He visto lo que sucede dentro de Syrtis. Y dentro de Ignis. Sé como funciona la nobleza. Sé como los líderes de cada reino cenan juntos mientras nosotros morimos en el campo de batalla. Sé como funciona esta guerra y como beneficia a unas pocas familias mientras los demás estamos condenados desde el principio. Pero, por sobre toda las cosas, sé como cambiar esto. Y no estoy solo.

>>>A lo que quiero llegar es a que este es tiempo de tomar decisiones. Y que no es buena idea que estén cerca mío, dado lo que me depara el futuro.

-Entiendo-dice la maga tras un momento de meditación-¿vas a dejarnos de nuevo?

-No exactamente. Tengo mucho que hacer aún.

-Prometeme que vas a explicarme todo esto con profundidad.

-Te doy mi palabra. De todas formas, no es bueno que estén cerca mío.

-¿Nos estás echando?

-No podría. No a ustedes. No después de todo lo que pasó. Pero entiendo si quieren irse.

-Ya hablaré con el resto y cada uno tomará su decisión, Lobo.

-¿Y vos?

-¿Yo? No voy a irme. Aunque no seas miembro, ante mí sos una parte del clan. Aunque nunca aceptarías unirte...

-Cambiemos eso, Amelie-dice él, interrumpiéndola.

-¿Cómo?

-Cambiemos eso-le dice el bárbaro con total seguridad-reclutame.

-¿Querés ser un..?

-Quiero ser uno de ustedes-responde Lobo.

Se ponen de pie y ella inicia la ceremonia. Dura apenas un momento, pero durante esa fugaz eternidad el semi elfo ve una luz al final del oscuro y solitario túnel por el cual vaga desde que nació.

Y todo cambia. Para siempre. Y siempre, todo cambia.

Capítulo XV

En Nombre Del Padre

La travesía a lo largo del pantano y luego por la extensa pradera fue complicada y con varios sobresaltos.

El valiente grupo syrtense se topó con varios enemigos en el camino. Sufrieron heridas, pero lograron vencer.

En las ruinas rocosas donde la legendaria Jabeline solía vender equipamiento separaron caminos.

Prisoner, acompañado por Wolfus y Lloid, llevó a Albus Camus al castillo Eferias, donde, quizás, un consorte de conjuradores podría hacer algo por él.

El resto regresó al reino.

Poco antes del anochecer llegan a los restos de Raeraia.

Se sorprenden al ver al enorme grupo de personas trabajando arduamente. Quieren sus casas de nuevo. Y poco les importa el dolor que genera estar ahí otra vez. Todos perdieron a alguien que amaban. Y, quizás, ese sea el mejor motivo para reconstruir la ciudad.

-Son civiles-dice Elrod.

-¿Te sorprende?-pregunta Gotten.

-A esta altura nada tendría que sorprendernos-murmura Lobo.

-Vos tenés clan. Dudo que alguien pueda creerlo-replica Amelie.

-En realidad-dice una voz a sus espaldas-yo siempre creí que se uniría a un clan. Aunque no al tuyo.

-Hola Remus.

-¿Cómo están? Ya me tenían preocupado. No los veía desde la batalla en Fisgael.

-Fuimos a buscar a Lobo-explica Gotten-pero llegamos tarde. Él ya se había liberado por su cuenta.

-No lo dudo. Me alegra ver que todos están bien.

-Hace falta ayuda acá-comenta Elrod.

Nadie dice nada más. Todos se ponen en acción y aportan lo que pueden a la nada simple tarea de levantar una ciudad.

Lobo limpia solo los escombros de lo que antes fuera una herrería. Quita una viga con enorme esfuerzo. Descubre restos de armaduras. Toma un yelmo y lo contempla con cierta nostalgia.

-Armadura de la bestia-le dice un niño a su lado.

-Sí. Armadura de la bestia.

-¿Tenés una así?

-Hace mucho tiempo la tuve-murmura el guerrero palpando su yelmo abisal-también yo fui joven.

-Cuando sea grande voy a ser soldado-explica el niño, con una sonrisa en los labios.

-¿Estás seguro?

-Sí. Voy a ser un bárbaro. Y me vengaré por lo que nos hicieron. Tendré esa armadura, ya lo verás.

-Espero... espero vivir para verlo-responde.

Y el yelmo en sus manos es ahora más pesado que las vigas y los escombros. Tiene el peso del mundo. El peso de un trauma histórico para la república.

Y el bárbaro se pregunta, sin ansiar una respuesta, cuantos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler.

-Parece que hay algo que no querés ver-le dice Remus, devolviéndolo al mundo inteligible.

-¿Y eso sería..?-cuestiona el bárbaro.

-Tenemos un viaje que terminar vos y yo.

-Dohism.

-Dohsim.

-Partiremos al amanecer. Necesito descansar.

-Y yo. Estoy trabajando en esto desde el primer día.

-No pasó mucho tiempo, camarada.

-Sí, pero soy mago, no guerrero. El trabajo pesado no es para mí. La fuerza es cosa de ustedes.

-Conveniente.

-Por una vez en la vida, sí. Además, esto está hecho por nosotros. No llegó ninguna ayuda desde la capital.

-¿Ninguna?

-Ninguna. Ni trabajadores, ni materia prima, ni oro. Estamos solos. Y no tenemos muchos materiales. Los recursos van a agotarse pronto, Lobo.

-¿Cómo va a sobrevivir esta gente?

-Nadie lo sabe. Tienen esperanzas, creen que sólo será refundar la ciudad. Pero desde el punto de vista económico esto es un desastre.

-¿Qué hay de Korsum?

-Ese es el otro problema. Korsum era un pueblo que vivía de sus playas. Había muchos pescadores. Los que sobrevivieron se mudaron a Dohsim. O al menos están ahí ahora, ganándose el pan como jornaleros.

-El puerto está clausurado hace tiempo.

-Exacto. No hay mucho que puedan hacer. Pero magro es mejor que nada. Nadie piensa en mover un sólo ladrillo en Korsum. Y con Raeraia destruida cuesta mucho llevar provisiones hacia los soldados en el área en conflicto.

-¿Qué tan mal está la situación?

-Mucho. Ayer llegaron noticias sobre una caravana con alimentos que se dirigía a Algaros. Fueron emboscados. Sólo dos volvieron. Perdieron todo. Y los guardias no van a tardar en impacientarse.

-¿Stone?

-Se mantiene. Hay algunos mercaderes y muchos cazadores en la zona. Además, están los gitanos cerca.

-¿Eferias?

-Perdimos todo contacto con el castillo.

-Esto debería ser la prioridad. Reconstruir el centro de abastecimiento del ejército. ¿Por qué no han hecho nada los nobles?

-Porque son nobles.

-¿Sabés cuanto odio a esos condenados hijos de puta, no?

-Sí. Los odias tanto como todos nosotros.

Trabajan en silencio hasta que sólo los iluminan unas improvisadas antorchas. Hay que detenerse. Descansan en un campamento preparado por los obreros. Unos cuantos preparan una austera cena. El guerrero, sin embargo, se aparta. No se siente parte de eso. De nada de eso.

Escucha pasos tras de sí, sabe a alguien cerca. Puede correr y perderse en las sombras. O quedarse y enfrentar lo que le espera. Algún día llegarán buenas noticias, piensa.

-¿No pensás comer vos?-pregunta la maga.

-No tengo hambre.

-Dormís pesadamente. Comés peor. Vivís lastimado, lleno de heridas. Sos una cicatriz que aprendió a caminar. Necesitás el descanso.

-Hasta ahora no encontré jamás una herida mortal, Amelie.

-No vas a resistir mucho más si no te detenés a pensar, Lobo.

-¿Pensar? Es todo lo que hago, a eso le dedico mi vida. Pienso todo el día.

-No en lo adecuado, por lo que veo. No sé de donde sacás fuerzas.

-Tengo un demonio alojado dentro de mí, me patea los riñones cuando quiero parar. Pero está un poco invertido. A veces, me dice que me dedique a la música.

Ella sonríe. Él no la mira. Tiene la vista clavada en el negro horizonte que se extiende frente a ellos. Con las fogatas a sus espaldas, las sombras de la congregación danzan frente a sus ojos, cual malsano augurio de tempestades mínimas.

Las revoluciones tienden a fracasar.

-Comé. Bebé. Dormí. Reponete.

-Mañana será un día difícil.

-¿Dohsim?

-Dohsim.

-Es extraño. ¿El bebé nada más tenía una nota con tu nombre?

-Eso me dijeron.

-¿Creés que te ocultan algo?

-No. Hace siete u ocho años, antes de la batalla de Alhamur visité un oráculo por insistencia de un amigo. Ya sabés, nunca creí en esas cosas. No me importó lo que me dijo. Hasta ahora. Ella aseguró que cuando un niño reclamara mi presencia tendría que emprender un largo viaje. Y eso me asusta.

-¿Qué más te dijo?

-Que me esperaba lo que más odio. En la fiesta antes de la destrucción de Raeraia, entre la multitud, vi al que me llamó hijo.

-Viste a ese hombre una sola vez. Hace veinte años. Y nunca creíste en los oráculos. Te entiendo, pero tenés que analizar la situación.

-Llevo analizando todo desde que di el primer paso fuera de la montaña, desde que decidí volver.

-Y la conclusión es...

-Alguien puso ese crío ahí. Alguien escribió la nota. Alguien reclama mi presencia.

-¿Creés que..?.

-Sí. Debe ser él. ¿Quién si no?

-No lo conociste. Es decir...

-Kurt me habló de él. Es un mago muy poderoso. Y ambicioso. Si yo soy un homicida, lo que él hace sólo puede llamarse genocidio.

La conjuradora no responde. No va a poner su palabra contra la del mentor de su compañero.

-Amelie...

-¿Sí?

-Creo que voy a ir a comer.

-Bien. Y vas a dormir. Ya no estás por tu cuenta-le dice con ironía.

-¿Sabés?-dice él, mientras caminan hacia donde están reunidos los demás-siempre pude arreglármelas solo en una pelea. Pero es bueno saber que hay algunas personas detrás de mí. Por... bueno, vos entendés.

-De nada-responde ella.

-Eso.

Recostada en el lecho, la reina aguarda. Los mensajeros llegaron dos horas antes. La misiva fue entregada. El alsirio fue informado. Leyó ante ellos y aseguró que acudiría a la entrevista.

Casi siente ya las garras de la hermandad tomando su cuello desde las sombras. Sabe -o intuye, quizás- que la nobleza conoce la existencia de su culto.

Daracan. Tatian. Narien. Rucira. Los imagina. Acalorados, discutiendo mientras cientos de perlas de sudor surcan sus rostros. Atemorizados.

Ella sonríe. En el fondo, siempre supo que esta parte le encantaría. Un poco de oscuridad en la fastuosa luminaria que alumbra la vida de los gobernantes. Terror. Demostrar lo que puede, y vale, la voluntad de una sola persona.

Y lo que sigue. El caos, la destrucción, la sangre. El final.

Cada noche, sin dormir, sueña con la caída de las murallas.

Pronto, se dice a sí misma. Pronto.

Al amanecer, mientras se despierta la congregación, los dos jinetes parten con rumbo a la porteña ciudad de Dohsim.

Cabalgan entre los cíclopes y los orcos, entre la vida que emana del suelo y la muerte que casi puede respirarse.

El constante aroma de una república en guerra. Pasado el mediodía se adentran en Arvanna.

-¡Alto!-grita el bárbaro, olfateando cual sabueso en el siempre agonizante valle, hogar de un eterno otoño.

-¿Qué pasa?-cuestiona Remus.

-Acá... hay algo-responde, bajando de la montura.

El conjurador lo imita y se para a su lado.

-Ese perfume... lo conozco.

-No huelo nada.

-Ya lo sé. Más allá del lago-murmura.

-¡¿Pero qué es, hombre?!

-Es... la esencia de una mujer que jamás fue mía.

Permanecen en silencio durante varios minutos. La fría hiel del desprecio recorre cada uno de los músculos del bárbaro. Las posibilidades, poco a poco, comienzan a desvanecerse. Sin prisa, sin pausa, las piezas del rompecabezas se unen en su mente. Todos los senderos revelan su destino: un punto de convergencia.

Se estremece. De pronto, eleva la vista al firmamento y ve los designios de una inminente lluvia de fuego. La muerte que caerá desde las alturas.

Y el dolor...

-Vamos. Deja ya de torturarte-dice el mago.

Lobo asiente y monta. Cabalgan de nuevo, y a toda velocidad esta vez, con rumbo a la cercana ciudad.

En el trayecto, el guerrero no para de analizar los olores que el viento le lleva. Tiembla, porque sabe lo que le espera. No está listo para esto. ¿Pero acaso algún día lo estará?

Es hora de enfrentar viejos fantasmas. El rencor, la rabia contenida, las sombras de un futuro que jamás llegó golpean su pecho. Y las heridas de antaño, producidas por los más feroces enemigos, se hacen minúsculas. Las cicatrices sobre su piel nada son comparadas con los cortes aún abiertos bajo la fachada de sobria humanidad, de recia constitución, de casta guerrera. De inmaculado valor.

Un cínico, aún, de pie ante las puertas del infierno.

Desatemos la oscura bestia que se cobija en sus entrañas. Atestigüemos una nevada que tiña de blanco Pandemonium. Copulemos en una sangrienta orgía de de-construcción mientras ÉL se alza.

La criatura investida en sombras. El primero en caer. La brillante luz que da vida a la alborada. Aquel que carga la maldición

El diablo.

Arriban a la humilde vivienda ya por la tarde. Llaman a la puerta.

-¿Sí?-responde la anciana que los atiende.

-Buenas tardes, señora. Soy Remus. Vengo por el niño.

-Te recuerdo, joven-dice con pesar en la voz-pero... te tengo malas noticias.

-¿Qué pasó?

-La criatura quedó en manos de una pareja de la ciudad.

-Lo sé. Fue lo que se acordó. Que alguien quedaría a cargo del bebé hasta que yo volviera.

-Sí... pero la casa está desierta.

-¿Cómo?

-Está desierta. Ya nadie vive ahí.

-Pero... ¿desde hace cuanto?

-Dos, tal vez tres días.

-¿Qué hay del semi elfo?

-No lo sabemos joven.

Suspira, conteniendo la rabia y la tristeza. Luego pregunta:

-¿Puede indicarme cual es el lugar donde vivía esta pareja?

-Enfrente. La puerta verde.

-Gracias-dice, educadamente, y se encamina hacia el sitio señalado.

Llaman nuevamente a la puerta. Como es evidente, no hay respuesta alguna.

-Espera-indica Lobo.

-¿Y ahora qué pasa?

-Huelo... algo pudriéndose.

-Todo esto está podrido. ¿Escuchaste a la vieja?

-No, algo pudriéndose en sentido literal.

El bárbaro, sin pensar en sus actos, derriba la puerta de una patada.

-¿Estás loco, Lobo?

-Sí.

El otro no responde. Entran a la vivienda. Tras unos cuantos pasos descubren el cadáver degollado del elfo.

-Esto es...

-Lo mismo de todos los días. Reconozco a este tipo.

-Debe haber sido...

-Lo conocí.

-Era tuerto-señala Remus, investigando el cuerpo-¿sabés qué le pasó para terminar con un solo ojo?

-Sí.

-¿Qué?

-Yo. Mira esto-indica el bárbaro, señalando la mesa.

Bien visible, un sobre descansa sobre el mueble.

El conjurador lo examina.

-Esto es, Lobo. Es la nota. Es lo que te trajo hasta acá.

Remus extiende al guerrero el objeto.

Él toma aire y, leyendo primero su nombre en el sobre, se decide a leer la carta.

Maldito Lobo.

*De nada le valió
haber construido elevadas torres en el cielo
ni se salvó
a pesar de todas sus máquinas
siendo arrojado de cabeza
con su trabajadora horda
para que construya el infierno.**

Te esperamos donde todo comenzó.

No faltes, hijo mío. Maldito hijo mío.

El Una Y Mil Veces Bendito.

El bárbaro palidece. Un sinfín de emociones laten al ritmo de su negro corazón.

Miedo. Odio. Sed de venganza. Necesidad de destruir todo a su alrededor. Las estrellas arden en su

torva mirada, anunciando la inminente masacre.

-¿Qué pasa, Lobo? ¿qué dice la carta?

-Dice... dice una respuesta.

-¿Respuesta?

-Sí. Me dice por qué siempre creí en el diablo aún cuando nunca creí en las divinidades-explica él, acariciando la cicatriz en forma de L sobre su mejilla.

-¿Y eso qué significa?

-Que habrá una batalla. Y sé por qué voy a ganar.

-No te entiendo.

-No hace falta, camarada.

-No, decime.

-Bien. Voy a triunfar porque nunca negué la existencia del diablo.

-¿Y eso por qué?

-Porque yo soy el diablo. Y creo en mí mismo-dice con una sonrisa y las cámaras de torturas de vuelven jardines de infantes comparados con su siniestra expresión.

-Lobo...

-Lo que viene no será agradable. No voy a pedirte que te quedés.

-No llegué hasta acá para huír.

-Bien. Nos espera un pequeño recorrido.

Montan sus caballos nuevamente y se dirigen a Arvanna. El semi elfo va al frente. Por momentos, el mago cree ver a la mismísima muerte cabalgando delante de él.

Pero se equivoca.

Mientras se adentran en el bosque distinguen unas luces.

-¿Fogatas?

-Es acá. Donde todo empezó. Donde todo va a terminar. Desmonta.

Continúan a pie, avanzando a paso veloz hacia las siluetas que danzan junto a las llamas que iluminan el sórdido paraje.

-¿Qué empezó acá, hombre? ¡habla claro!-exclama Remus, ya harto.

-Todo. Este viaje, esta historia. Mi vida. Y mil muertes.

-¡No te entiendo!

-Hace veintiseis años mi padre raptó a mi madre. Y en este rincón del bosque la violó una docena de veces. Ocho meses y medio después, me arrojaron a un basural en Fisrael. Crecí. Y hoy vengo a cerrar el círculo.

-Lobo... espera-dice el conjurador, tomándolo del brazo. Él se libra de la mano de su amigo con un empujón.

-Es el final, viejo amigo-dice y señala el macabro espectáculo.

-Es...-el mago no logra terminar la frase.

Frente a ellos, desnuda y abierta en canal, una elfa contempla el vacío con ojos muertos mientras las alimañas del bosque devoran sus tripas. Fue empalada sin misericordia.

-¿Te gusta? Creo que fue un buen trabajo, hijo mío-dice el Alturian que está sentado frente a la fogata.

-Vos...-murmura Lobo.

-Yo. ¿No vas a darme un abrazo?

La sangre del enorme bárbaro se hiela. Sabía que ocurriría. Aún así, no está preparado.

-Parece que no. Supongo que, al menos, querrás besar a tu hermano-dice, mostrándole el bebé que carga en sus brazos. Otro semi elfo.

Remus no logra contener la náusea y, cayendo de rodillas al suelo, vomita el alimento de todo un año.

-Que sujeto más frío. Que... maldito-murmura el viejo, con ironía.

Lobo se desploma. Cae su martillo. No puede sostenerlo. Se siente demasiado débil.

Su oponente se pone de pie

-¡Es hora de aplicar un poco de disciplina hacia el indisciplinado!-exclama.

Los cielos se tornan carmesí. La primera chispa se desploma sobre el lóbrego bosque.

Ya llega la lluvia de fuego.

Ya llega el momento de pararse frente al espejo y observar nuestros propios rostros.

*Fragmento de Paraíso Perdido (Milton)

Capítulo XVI

El Evangelio Según San Remus

Dos mil años en el futuro. En la zona antes conocida como Medenet.

-¡Silencio!-grita la Molok.

-P-p-pero...-intenta replicar el pequeño Utghar.

-¡Pero nada!-exclama la catequista.

-Mirá...-trata de decir el otro.

-¡Nada, nada! ¡vos castigado sin recreo!-grita, señalando al menor-y vos-dice al semi elfo-ya mismo a la biblioteca. A memorizar los capítulos que no estudiaste.

Nadie retruca. Cuando la catequista se enoja no tiene sentido discutir. El adolescente se para y sale del aula.

-Manga de ratas mal coxidas, energúmenos, alzidiófilicós, no soporto estar un segundo más en este planeta de hijos de kruta-murmura mientras se dirige al Templo De La Palabra.

-¿Castigado de nuevo?-pregunta la bibliotecaria al verlo llegar.

-Seh.

-¿Y esta vez por qué fue?

-Por psicópata anarquista y anticlerical.

La vieja enana se sonríe. Ya está acostumbrada a verlo así. Es muy buen chico, pero tiene problemas con las figuras de autoridad. En especial durante la clase de religión.

Él se sienta a la mesa, con las Sagradas Escrituras, y comienza su lectura:
Santo Evangelio Según Remus

704

Y entonces Lobo, aquel llamado el maldito, exigió al Profeta De Las Sombras una prueba de su identidad. Mas los arcanos vientos, cobijados en tempestades inciertas, dejaron ver el terror en su mirada. Y le oí decir

-¿Quién sos vos?

Y el otro le respondió:

-Soy tu padre. ¿Ya no recuerdas?

-No sé a que viniste-murmuró el semi elfo-pero esto termina acá.

Y con ardiente mirada de amante en celo el otro le dijo:

-Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia.¹

Viendo esto, el guerrero de la entonces república de Syrtis se inclinó, tomó su martillo, se puso el yelmo y desafió a su enemigo.

-Asesinaste a esa mujer... hiciera lo que hiciera era una persona. ¡Y la mataste como si fuera ganado! ¿pretendés llamarte justo? ¿pretendés obrar en nombre de un tercero? ¿seguir órdenes como un soldado?

-Es un obsequio.

-¡Un sacrificio, dirás!

-No, un obsequio. Mi regalo hacia vos, mi maldito hijo. La mujer que tanto te dañó. Porque tanto te dañó y nunca fue tuya, es que la elegí. Y suyo fue el placer de agonizar mientras yo la poseía.

>>El sacrificio es este niño-le explicó el Profeta, enseñándole la criatura que cargaba en brazos.

-¿Vas a matar a otra persona? ¿a una completamente indefensa? ¡Mejor hacé el intento conmigo!-le gritó quien estaba a destinado a destruir al mesías, atravesando el límite que separa el miedo de la furia.

-No es una persona. Ya no. Quemé de él, con fuego y magia, toda humanidad, su herencia alturian. Uno de los secretos de la purificación: un alma puede ser dividida.

>>Ahora la mitad de su ser carga con mis culpas, con todo lo que ante los ojos de Dios, mi señor, es pecaminoso. Cuando muera, se llevará la oscuridad con él al infierno. La otra mitad de su espíritu servirá para alimentar lo que surgirá de este encuentro.

-Estosólo terminará con una muerte-murmuró el bárbaro.

-Serán muchas muertes. Al final, mi corazón dejará de latir y luego sucederá la ascensión.

Entonces, intrigado, pregunté:

-¿Qué es eso?

-El encumbramiento-respondió él-el asedio de las alturas. La conversión de un hombre en una divinidad. Y la caída del Regente actual del paraíso. Mi triunfo final.

-¡Estás loco!-gritó Lobo-blandiendo su arma, dispuesto a luchar.

Yo me paré a su derecha e invoqué un hechizo. Conjuré una plaga de insectos y la envié a atacar al alturian. Pero el mago era más poderoso que cualquier chamán sobre la tierra. Con una mirada dispersó mi ataque.

Me contempló, iracundo. Me señaló con su dedo índice y vi como un poderoso haz de luz emergía de su yema. Impactó sobre mi cuerpo la energía, quemando mi pecho y arrojándome al suelo. Mis huesos se destrozaron con el golpe. Ya no pude hacer más que observar.

-¡Remus!-gritó el guerrero al verme yacer en el suelo, vencido por un único ataque.

-No te detengás, Lobo-le dije-pero se cauteloso. Ese alturian es demasiado fuerte.

Él asintió e hizo honor a su nombre, arrojándose contra el viejo, iracundo y letal.

Dio un paso.

Y una hiedra creció, bajo sus pies, a una velocidad vertiginosa, enredándose en sus piernas, rasgando su piel.

Dio un paso.

Y siete estalagmitas se elevaron desde el suelo, cortando su carne, flagelando sus miembros, fisurando sus tibias.

Dio un paso.

Y un relámpago, surgido desde ninguna parte, surgido, quizás, desde su negra y corrupta alma, lo golpeó súbitamente.

Dio un paso.

Y un muro de agujas lo chocó de frente, perforando sus arterias, destrozando su armadura, partiendo en dos su rostro.

Dio un paso.

Y su avanzar fue retrasado al máximo a causa de un viento arcano, un empuje mental, que fue seguido por una potente llamarada conjurada sobre el mismo cuerpo del bárbaro.

Dio un paso.

Y su sangre fue corrompida y sus manos petrificadas, víctima del vampirismo y la lentitud, de la oscuridad y la fragilidad, lo sacudió una tormenta helada seguida por una explosión de magma, sintió un estallido de cristales cortando cada centímetro de su piel y finalmente fue aplastado por un puño de golem.

Entonces cayó sobre sus rodillas. Se afirmó en el mazo, sin poder despegar la mirada del muerto suelo que sentía ya su último lecho.

-¿Esto es todo?-le dijo el mago.-¿te rendís? ¿no vas a erguirte ahora, verdad? ¿ningún viento de esperanza comenzará a soplar para que tu cabello flamee a su ritmo mientras gritás una frase valiente, cierto?

El guerrero no respondió.

El Profeta sonrió y recitó unas palabras en un idioma que le estaba prohibido. Entonces, a sus

espaldas, un enorme demonio se materializó.

-Sos demasiada poca cosa para que yo te guíe de la mano hasta el final.

Dio la orden y la criatura que acababa de invocar atacó al bárbaro. Incandescentes esferas de luz ardieron sobre aquel llamado el maldito mientras el hombre reía.

Yo me supe muerto.

Así continuó durante unos minutos hasta que el mago se cansó.

-Suficiente-dijo al demonio y pateó en la cabeza al semi elfo.

Sobre las hojas de marzo, Lobo pudo mirarlo entonces. La imagen que guardaba de él había cambiado con el tiempo. Pero aún podía reconocerlo, según contó luego. Y eso lo estremecía.

-Hijo mío... no sabés siquiera por qué estás acá. Ni para qué. Pero no temas. Antes de que cumplás tu papel en este triunfo te explicaré tu propósito: el único sentido de tu existencia.

>>Hace ya veintiseis largos años cometí el error de ayudarte a traer a este mundo. En este mismo lugar. Poco después refundé mi vida en Ignis. Y tuve otros dos hijos, con la que fue mi esposa. Un día, mientras contemplaba el mar en una playa olvidada, Evendim se me presentó. Me encomendó cierta misión. Y acepté, porque la paga era buena.

>>Tras un mes de ardua labor cumplí con mi parte del trato. Al notificarlo, el me dio mi recompensa. Los siete libros de las Ciencias Sagradas de Alzerán. El secreto del nombre de los dioses. El ritual para convertirse en uno de ellos y morar en su panteón. Pregunté al mago porqué no había utilizado aquellos libros. Y me dijo que le daba miedo.

>>Yo no soy un cobarde. Reuní tras unos años todos los elementos para forjar la Ámbiola, este medallón que ves acá. Pero para celebrar la ceremonia necesitaba algo más: la sangre de mi hijo. Por eso te busqué hace veinte años. Y cual fue mi sorpresa al encontrarte y comprender que tu pobre cuerpo infantil carecía de suficiente del vital líquido para escribir las diez mil runas arcanas.

>>Fue una decepción. En un ataque de furia quise matarte, ese fue mi error, hijo. Pero, como el destino me llama bendito y señala con su dedo mi deber entre los dioses, ese miserable de Kurt, mi amigo de infancia, mi enemigo de madurez, estaba persiguiéndome. Él salvó tu vida. No llegó a tiempo para detener la maldición que conjuré sobre los senderos de los mañanas que llegaron a tu vida, pero sí evitó que te matara. Y le agradezco por eso.

>>Pero el miserable robó la Ámbiola. Y desmoronó por completo mis planes.

>>Pasado el tiempo, tras una breve estancia en Alsius, donde tuve otra hija, decidí volver a intentar La Ascensión. Forjé un nuevo medallón, tranquilo por tu existencia. Ya serías un adulto. Tendrías sangre suficiente para completar el ritual. Pero mi alma había oscurecido con el correr de los años. Tenía que purificarla para obtener resultados. Por eso volví acá. Y busqué otra elfa, como hice la primera vez, y la tomé, porque todo cuanto quiero mío es. En este mismo lugar tu hermano fue concebido. La tuve en un sitio de mi propiedad hasta el parto. Pero ya no estabas.

>>Así que pacté con algunos lo que debía suceder; lo que ocurrió. Para traerte de regreso. No escogí la pareja al azar. Sabía que esa mujer había estado con vos. Por eso quise que fuese ella quien te diera las noticias y te trajera hasta acá. Pero eso no pudo ser, ya que me traicionaron.

>>Antes de su despreciable acto, logré cumplimentar el rito de absolución. Cambié la forma del alma de este pequeño por la mía. Y me hice digno antes los dioses. Él irá al infierno en mi lugar. Su carne será buena para mi primer alimento al momento de la transfiguración. Tu sangre, las runas, este amuleto y la plegaria correcta me elevarán. Y el mundo será mío. Como siempre debió ser.

>>Ahora, maldito hijo mío, es hora de acabar la charla. Y comenzar la acción.

El mago se concentró, preparándose para ser un maestro de la destrucción. No lo necesitaba. Sólo quería demostrar que podía hacer cualquier cosa que quisiera. El final estaba escrito.

Y la única esperanza residía en un poder de las alturas.

En una intervención divina.

Y vi un ángel que salió de las sombras y usó toda la gloria de los dioses para curar al maltrecho guerrero. Sus heridas cerraron, su sangre volvió a fluir, sus huesos soldaron, sus quemaduras sanaron. Y una fuerza desconocida se hizo presente en su cuerpo.

La energía del universo fluía por sus venas.

-¿Amelie? ¿qué hacés acá?-murmuró irguiéndose.

-No te rindas. Es hora de darle su merecido a un espectro, Lobo-dijo el ángel.

El Profeta lanzó un proyectil arcano a la imagen de salvación, hiriéndola minimamente, pues estaba bien protegida por sus intenciones.

-¡NO!-gritó.

Un aullido sacudió el mundo. La tierra se partió en dos, materializando una fosa sin fin entre nosotros y el hechicero. Las estrellas cayeron del firmamento. La luna sangró. Los océanos quebraron en olas de cien metros. Y cada hombre, mujer y niño del mundo corrió a buscar unos brazos en los cuales refugiarse.

-Esto es inaudito-murmuró el alturian.

El enorme bárbaro se despojó de los restos de su armadura y, tomando su martillo, embistió directo hacia el brujo. Detrás, la incólume luz de la salvación lo protegía a cada segundo.

Saltó el abismo y cayó delante de su padre. Dio una patada, quebrando en mil pedazos la barrera de energía que lo rodeaba y aplastó su mente con su arma. Cada fibra de su ser gritaba, ansiando la tempestad de dolor que vendría.

El enemigo invocó a sus sádicos guardias y sirvientes para que atacaran al guerrero. Llamó nuevamente al demonio. Quiso dominar tanto su voluntad como el tiempo. Pero fue inútil. Nada pudo detener a la feroz bestia que había liberado.

Materializó un meteorito y luego un tornado. Pero su hijo seguía a dos pasos de él, implacable, incontenible. Una fuerza de la naturaleza desatada. Una ráfaga solitaria vomitando odio por doquier, ansiando venganza.

Lo expuso a los elementos, intentó congelarlo, pero fue inútil. El valiente semi elfo poseía la fuerza

de un centenar de hombres.

Los espíritus de los bosques guiaban su cuerpo. Le daban su esencia y energía. Limpiaban su negra y corrupta sangre, que volvía a ser roja. Y los vientos de antaño, la pureza de la infancia, el recuerdo errático de un beso inocente, arrancaban las tinieblas de su corazón.

Lo convirtieron en un héroe.

Seguro de sí mismo, Lobo ya no corría. Avanzaba caminando mientras toda la magia robada al infierno por un solo hombre caía sobre él, cual horrendo diluvio de náufragas vanidades. Pecados inconfesos, danzando durante un amanecer de derrota.

Cual Fausto, el pobre alturian intentaba, ingenuamente, engañar al diablo.

El martillazo partió la quijada del mago. Con la mano libre el bárbaro lo tomó por la nuca y le estrella el rostro contra su rodilla. Lo barrió, golpeando sus tobillos con el empeine.

En el suelo ya, le rompió las costillas. Dio un impacto vigoroso directo al abdomen de quien le llamaba hijo haciendo abuso de su letal anatomía. Trituró sus rodillas. Ejecutó un crítico golpe directo al espinazo.

Arrojó el martillo, poseído por la furia de sus bestias hermanas. Con la fuerza de un oso le quebró ambos brazos. Dio repetidos golpes de puño en el vientre, hasta que una catarata de sangre estalló desde la boca del alturian, tiñendo de carmesí su rostro.

Bramó enardecido, aturdiendo a su enemigo. Lo tomó por el cuello mientras se erguía y lo levantó por sobre su cabeza. Los pies del mago colgaban a veinte centímetros del piso.

Estudió el magullado rostro. Le quitó la mitad de los dientes. La mandíbula está fragmentada en seis partes. El ojo izquierdo está destruido, el derecho, intacto. Perdió, de algún modo, una oreja. Tiene más de treinta cortes en las mejillas y la frente. Balbuceó algo.

El triunfante bárbaro le habló.

-Decí lo que tengás que decir.

Las inteligibles palabras fueron pronunciadas. El hechicero extendió la mano, tocando el pecho del guerrero. Y un centenar de rayos se desplomaron sobre ambos. La electricidad que recorrió el cuerpo de Lobo fue suficiente para matar a quinientos hombres.

Pero él sólo le dio una sacudida y lo arrojó diez metros hacia atrás. Cayó a los pies del ángel que lo cuidaba.

-Recuperate-le dijo mientras usaba su divina magia para regenerarlo-la batalla está ganada. Sólo falta el golpe de gracia.

-Lo sé, Amelie-respondió, con una sonrisa repleta de esperanza.

El semi elfo se puso de pie y tomó su martillo. Lo que vio al centrar la mirada en el Profeta lo inquietó.

-Carajo-murmuró al ver al mago curándose a sí mismo-podés restaurar tu cuerpo por tus propios

medios. Pero no sos conjurador. Ni brujo. ¿Qué sos?

-Un hechicero. Y no uno cualquiera-le respondió el otro tras reparar su quijada.

-Podés arreglar lo que rompí, por completo quizás. Pero no podés hacerlo a la misma velocidad que te golpeo-señaló Lobo y embistió nuevamente.

Con un muro de viento a su alrededor el alturian se protegió y, rengueando, quiso retroceder para ganar terreno.

Una hiedra espinosa surgió desde el suelo y se enredó en sus piernas. Miré al ángel y escuché que le dijo:

-Dos pueden jugar el mismo juego.

-Aún no-murmuró entonces el Profeta, aún regenerándose.

Dio un paso atrás e inició un nuevo cántico. Un gélido ventarrón se hizo presentes. Negros nubarrones cubrieron las estrellas en el firmamento. Mientras una llovizna molesta y pesada empapaba el mundo la tierra comenzó a temblar. El guerrero cayó al suelo. El suelo se fisuró, se abrieron sus fauces.

Vi al niño semi elfo cerca de mí, a punto de ser tragado por la roca y el barro, con dolor en el alma ya que ni siquiera podía pararme y un destino igual me aguardaba a mí.

-Sálvalo-me dijo una voz y me sentí fuerte y sano de nuevo. Me puse en pie como pude e invoqué cuantos hechizos de protección conocía en aquel momento. Tomé al bebé en mis brazos y vi como el bárbaro, sorteando los insondables abismos que se abrían bajo sus pies trataba de llegar al alturian.

Cuando estuvo cerca, un rayo lo golpeó.

-Cometí suficientes errores-murmuró el mago-no volverá a suceder.

Y un centenar de descargas eléctricas cayeron no sobre los presentes, sino sobre las copas de los árboles. Y el mundo ardió a nuestro alrededor.

Vi al ángel tomar mi mano y gritar

-¡Corran, nada tenemos que hacer acá!

Me dejé guiar. Lo último que mis ojos atestiguaron fue a Lobo, arrojando su martillo contra el Profeta. Un golpe certero directo al cuello.

El alturian cayó. Y quizás la garganta del universo se atragantó con él

Rodeados por un millar de llamas, con troncos incandescentes cayendo ante nosotros, bloqueando cada vez más el pequeño sendero de huída, corríamos tratando de salvar nuestras vidas.

Lobo gritó algo y, como por arte de magia, todos fuimos más veloces. No nos detuvimos hasta llegar a los alrededores de Dohsim, donde me desplomé, sin ánimos ni fuerza. Y yací inconsciente durante siete días y siete noches.

-Vaya mierda de cuentito-murmura el semi elfo.

-¿Es para tanto?-dice la enana, acercándose a él.

-Seh. Le dice ángel a una conjuradora, habla de una tormenta como si la voluntad pudiese controlarla, es históricamente inexacto y para colmo está mal escrito.

-No seas pretencioso. Ni tan escéptico. Hay mucha verdad en esos libros. Deberías disfrutarlos más y quejarte menos.

-Son estupideces creacionistas.

-Son libros de historia.

-¿La historia de quien?

-La tuya. La mía. La de todos.

-Es la historia de una guerra económica. Es la historia de una manipulación.

-Puede ser. Pero creo que más importante que eso fue el sacrificio que unos pocos hicieron para terminar con eso. De no ser por ellos esas tres murallas aún existirían, nosotros no estaríamos hablando y Anziolíticos Hijos De Kruta nunca hubiese grabado un disco.

-Eso sí...

-Vamos, volvé a clase a seguir defendiendo causas perdidas.

-Y si no queda opción... ¿sabés? Odio esto de portar nombre.

-Lo sé Lobo, lo sé-responde la bibliotecaria.

El niño marcha con rumbo al aula, cargando con el peso de sus antepasados sobre la espalda. Se parece mucho al primero de la estirpe.

Los destinos arcanos tienden a ser revelados, cuando se espera lo suficiente.

1: Fragmento de el evangelio según Lucas.

Capítulo XVII

El Duelo

En aquel duelo delicado que sólo adivinamos algunos íntimos
no hubo derrotas ni victorias, ni siquiera un encuentro
ni otras visibles circunstancias que las que he procurado registrar
con respetuosa pluma.
Sólo Dios (cuyas preferencias estéticas ignoramos)
puede otorgar la palma final.
La historia que se movió en la sombra acaba en la sombra.

El Duelo - Borges

El bárbaro parte el cuello del inmenso yeti con un último golpe cargado de mortal ira.

-Ya podés parar, ¿no?-le dice Lloid a sus espaldas.

-No.

El guerrero observa un hombre lobo a su diestra, libra la batalla en su mente y luego lo ataca.

-Está muy bien todo esto de eliminar amenazas, buscar carne para los refugiados que dejó la invasión, conseguir materia prima para armaduras rústicas, pero al menos podrías usar un arma.

-No-responde el semi elfo, arrojando la mandíbula que acaba de arrancar de la cabeza de la bestia, mientras esta se retuerce en el suelo, con doce derrames internos y el espinazo partido.

-Bueno, bueno. Armadura, al menos.

-No.

-Me tomé la libertad de pedir a un herrero que te haga una. Hoy hablé con él y me dijo que ya está. Podrías venir conmigo a Nueva Raeraia y ver, al menos.

-No lo creo-dice Lobo mientras asfixia una comadreja.

-Vamos hombre. Pasaron dos semanas.

-¿Y?

-Y... ya no estás solo. Tenés un clan ahora. Entiendo que lo que pasó en Arvanna es duro. Pero pasar el resto de tu vida en este monte matando alimañas es como ser un novato con super poderes o algo así. Es decir...

-Supongo que tenés razón... aún así, no.

-Bien, Lobo-dice Lloid con resignación-te propongo algo.

-Hablá.

-Voy a buscar tu armadura y te la traigo. Al menos para que no estés así.

-Como quieras.

-Bueno, te veo luego-murmura el cazador y corre con rumbo a la distante muralla.

El guerrero se encoge de hombros y continúa su matanza. Despiadado y cínico, un psicópata presagiando la última alborada. La violencia elimina ciertas esperanzas. Mientras el hueso se convierte en polvo, el vino vuelve a ser agua. Las velas arden frente a un ramo de rosas cortadas para nadie. Una carta de amor anónima para una mujer imaginaria. Una plegaria de sangre repetida durante seis horas.

Al final, ya en las sombras, él escucha el sigiloso paso de otro hombre. Continúa con su labor a ojos cerrados. Sabe que los cazadores rara vez son vistos. Pero siempre pueden ser escuchados.

Calcula la presencia diez pasos a su espalda. Se dirige a matar un león. Aminora el ritmo de la caminata, dándole tiempo al otro a aproximarse.

Cinco pasos. Patea el animal para enfurecerlo. Retrocede dos pasos y lo elimina de un golpe certero, despedazando su cráneo.

Un paso. Es el momento. Lanza el golpe adivinando donde está el cuello del otro, pero para su sorpresa el que debiera ser un impacto letal le destroza las costillas. Debe ser un molok, piensa.

El arquero pierde el camuflaje que había improvisado para acercarse. El bárbaro lo empuja y, una vez en el suelo, apoya sus rodillas sobre los hombros del enemigo. Golpea su rostro con los puños tres veces. Se detiene cuando se percató de algo. El ignita va desarmado. Y tiene un papel en la mano. Se levanta. El otro extiende la esquila. Lobo apoya su pie en el pecho de su contrincante.

Lee con cuidado.

“La cita será en playa Shanarid. Dentro de dos días. Andá solo. El alsirio no estará acompañado. Sabés lo que tenés que hacer”.

Lleva el sello de la autoproclamada reina de Ignis.

Hace un gesto al arquero para que se marche. Este obedece y, como puede, se para para marcharse. No hace quince pasos cuando es sentenciado a muerte. Dos flechas son disparadas a la vez. Una impacta en el ojo derecho. La otra en le atraviesa la yugular.

-¿Por qué ibas a dejarlo ir?-pregunta el tirador saliendo de la oscuridad.

-Porque no es un peligro para nadie-miente el bárbaro.

Lobo lo contempla con frialdad. Es joven e insolente. Le recuerda un poco sus días en el ejército, cuando no era soldado pero luchaba codo a codo con quienes defendían la república. Esa mirada la conozco, piensa.

-¿Cual es tu nombre, arquero?-pregunta.

-Skua, tirador de Syrtis.

Es un adolescente, pero también posee edad. Reencarnación. Un viejo camarada portando nueva carne y huesos.

-Haceme un favor, Skua-le dice.

-¿Qué?

-Lleva esto a Raeraia-contesta, mientras escribe una nota-dáselo a Gotten. Vas a encontrarlo trabajando en una enfermería temporal en el campamento de los constructores.

-Bien, voy hacia allá de todas formas-asegura el tirador mientras toma el papel.

-Buena suerte.

-Gracias.

Solo de nuevo, el bárbaro medita. Va a cruzar un punto sin retorno. Nada volverá a ser igual. Alsirios e ignitas ansían su sangre. Si alguien se entera de su acto, catalogado como alta traición, jamás tendrá un segundo de calma de nuevo. Sonríe. El futuro está abierto.

En una playa oculta.

El caballero abre los ojos tras la cascada. Tuvo un sueño. Como en un proverbio de tierras y tiempos distantes, soñó que era una mariposa.

Y voló libre a través del área en conflicto como un silencioso espectador. Todos, a su vista, eran iguales sin ser jamás idénticos. Diferentes en su totalidad. Algunos, únicos.

Vio un funeral en el castillo Eferias.

Vio una cazadora confusa buscando eliminar de sus pensamientos la imagen del enemigo que le perdonó la vida.

Vio una conjuradora esperando el momento.

Vio, en las cenizas de un bosque, un alturian desfigurado regresando de la muerte.

Vio una ignita temblando antes sus propias emociones.

Vio un brujo cumpliendo su palabra.

Vio un bárbaro negando el mundo.

Y al despertar no puede sino preguntarse si es un hombre que soñó ser una mariposa, o una mariposa que ahora sueña ser hombre.

Nueva Raeraia

-Es para vos. Me lo dio un bárbaro en los montes-dice el tirador entregando la misciva.

-Gracias-dice Gotten.

Abre la nota y lee en voz baja.

No te rindas.

Yo espero.

Duda. Hace dos semanas, cuando Lobo volvió del traumático combate en el carbonizado valle de Arvanna, le encomendó una tarea: descubrir que había sucedido.

Hasta ahora no hay señales del cadáver del alturian. Y eso le corroe el alma. Porque dado el relato de los sucesos que hizo Amelie, ese mago era muy poderoso. Algo fuera de serie. Quizás haya salido vivo, después de todo. Él mismo conjuró los rayos que provocaron el incendio. Tal vez buscó una cortina de humo, en sentido literal, para darse tiempo a huir.

Pero dejó algunas huellas. El conjurador syrtense encontró una pequeña lista de nombres en la zona. No sabe como sobrevivió el papel en ese incendio. Si un hechizo lo protegía sólo puede pensar que la idea siempre fue que encontraran esa nota. Alguien quería que supieran esos nombres. Una pista.

La investigación le dio piezas para armar el rompecabezas a medias. Los rumores sobre el alturian son interesantes.

Se sabe que tuvo dos hijos en Ignis, uno en Syrtis y una más en Alsius. A eso se le suma la paternidad del semi elfo que de momento cuidan en su clan.

Se dice que fue discípulo del mismísimo Evendim.

Es bien conocida su falta de piedad y desmedida ambición.

Su origen es un completo misterio. Se han tejido algunos mitos al respecto. Algunos aseguran que es descendiente de un profeta syrtense. Hay quienes dicen que tiene algún tipo de relación con el Raptor De Almas. Los menos afirman que llegó por el mar, desde una isla distante, donde no hay guerras ni facciones.

Hasta ahora, Gotten tiene un par de cosas en claro. El alturian era, o es, poliglota. Sólo conoce a otro individuo con esa característica. Y eso lo asusta.

Es, o fue, el mago más poderoso conocido. Quizás incluso más poderoso que Evendim. Oculta demasiado. Prueba de esto es la actual condición de Remus, quien se ha vuelto prácticamente loco y dice que una divinidad élfica le está dictando un libro sagrado. Piensa formar una religión.

Si está vivo, no va a detenerse hasta cumplir con el ritual que llamó Ascensión. El semi elfo ya no le sirve. Y viendo los resultados que obtuvo en Arvanna no intentará utilizar a Lobo de nuevo. Lo cual significa que debe encontrar a su hija alsiria. A la hermana de aquel llamado el maldito.

En algún lugar de Ignis.

-¿Está segura, mi señora?

-Sí, Kalima. Es hora de comunicarle a nuestras tropas su función en los hechos que vendrán- responde ella.

-Habrá quienes se opongan, usted lo sabe.

-Lo sé.

-¿Qué haremos con los disidentes?

-No los habrá. Quienes se opongan, deben morir.

Kalima pierde el aliento. Juró lealtad a la causa, pero nunca pensó en matar a nadie. Ni en dar una orden que culmine en ejecución.

-Señora...

-Tranquila. No serás la responsable. Ya designé a unos guardias para que lo hagan. La suerte está echada.

-Gracias, su alteza.

-Podés retirarte.

La reina se queda sola.

Sabe que está atravesando el último límite. Hasta hace un minuto podía abandonar. Dimitir. Marcharse a algún lugar tranquilo y vivir en paz, al margen de lo que ocurriese ahí afuera, en el mundo. Ahora su deber es llegar hasta el final.

-No me decepciones, Lobo-murmura a nadie-no me decepciones.

Ruega porque la nota que le envió halla llegado a sus manos. Porque la leyera. Porque cumpla su parte.

-No me me traicionés.

Ruega porque pueda convencer al alirio, porque permanezca fiel a sus palabras, ya que ella lo hará.

No es una lucha por la gloria, no es por ellos mismos; es una batalla para acabar con todas las guerras. Es por quienes no pueden defenderse solos.

Es porque sueñan.

Es porque niegan la realidad.

Es porque lo imposible depende sólo de las habilidades de los participantes.

Es porque hay que luchar contra los monstruos.

En los pasajes del monte.

-Tu armadura-dice Lloid, entregándole una bolsa de cuero.

-Gracias-responde el bárbaro, sacando las piezas una a una.

-¿Vas a volver?

-Tengo que hacer un viaje. Uno corto, en realidad.

-Supongo que no querrás compañía.

-No de momento. Pero gracias por la intención.

-Para eso está el clan-responde el cazador, sonriendo.

-Clan...

-¿Se siente raro, verdad?

-Bastante. Pero también es... no sé que palabra usar.

-¿Agradable?

-Sí. Diría que es agradable.

-Nadie debería estar solo, Lobo.

-No me molesta la soledad. Y siempre pude arreglármelas por mi cuenta sin demasiados problemas.

-No se trata de eso.

-¿Entonces?

-Esto es una segunda familia. A veces más importante que la primera, porque la elegimos.

-Nunca tuve familia.

-Tenés un hermano, ¿no?

Silencio. El joven arquero lee la mirada del semi elfo.

-Yo...-murmura-creo que mejor regreso a Nueva Raeraia.

-Ya nos veremos-le dice el bárbaro, mientras se pone los guantes.

Cada uno marcha hacia su destino. La muralla para el domador, una playa distante para el lobo.

Nueva Raeraia

-¿Y bien?-le pregunta ella.

-Estoy cansado, Amelie-responde Gotten.

-Todos lo estamos. Pero no es momento de flaquear. Sabés en lo que está metido Lobo.

-Sí. Por eso sigo. Si funciona terminará al fin esta puta guerra. Pero no es eso lo que me preocupa.

-Ni a mí. ¿Averiguaste algo más sobre su padre?

-No. Lo que te dije es todo lo que sé. Creo que está vivo.

-Es... fue muy duro. Perdió, al final. Pero no creo que sea tan fácil acabar con alguien tan poderoso. Además, está el niño...

-¿El semi elfo?

-Sí. Medio hermano de Lobo. Un caso complicado.

-¿De qué hablás?

-Le hice la prueba de Aghniar. Más allá de su apariencia, de su fisonomía, no tiene nada de humano. No es un semi elfo. Es un medio-elfo.

-No comprendo.

-Sólo es media persona.

-¿La otra mitad?

-Se esfumó. No queda nada.

-Sabía que existía un ritual para quemar la humanidad de un semi elfo, pero el único caso conocido fue...

-Sí. No lo digás. Se me eriza la piel al oír su nombre.

-¡Mierda! Ese sádico hijo de puta fue lo peor que pudo pasarle a Syrtis.

-En tiempos de guerra la muerte es corriente-explica la elfa-pero lo que ese tipo hizo a esas personas no tiene nombre. Creo que agradecieron la muerte cuando al fin llegó.

-Era un torturador, un...-Gotten no encuentra la palabra que busca.

-Un desalmado. Y creo que en sentido literal. Un semi elfo sin alma, medio ser, es...

-Cuando crezca...

No pueden hablar. Las voces se esfuman. Escuchan la algarabía afuera. La gente está contenta.

Ellos no pueden sentir felicidad ahora. Puede que estén cuidando de un monstruo.

Arvanna.

-Con cuidado-le dice, por lo bajo, el arquero a la maga.

-Es enorme.

-Sí, lo es.

-Si lo toco...

-Si lo tocás te devora en un abrir y cerrar de ojos. Ahora podemos estar cerca porque está dormido.

-¿Cómo dijiste que se llama?

-Vesper.

-Vesper...

-Te dije que te traería a ver el dragón y cumplí, ahora volvamos a Dohsim. No hay que molestar a esta criatura.

-Está bien-murmura, impresionada, la elfa.

Marchan con rumbo al pueblo. Bajo el ala de la gran bestia, el alturian, cobijado por su siniestra magia, engañando incluso al mismísimo dragón, que ignora su presencia, se recupera con lentitud.

Examina las heridas en su cuerpo, que poco a poco cicatrizan.

-Bien hecho, hijo. No eras tan débil, después de todo.

Jura en silencio un segundo encuentro. Lo matará. Tiene una hija con la cual terminar el ritual. Pero eso no es importante. Sólo un hombre logró derrotarlo antes. Y ahora está muerto. No puede llamarse invicto. Eso es lo que lo atormenta.

El sendero de la soberbia conduce a a la catedral del rencor.

Tiempo después. En una playa.

Con cuidado, el bárbaro llega al sitio del pacto. Examina minuciosamente el área, entre aquantis renegados y golems oscuros, entre la mustia arena y el melancólico romper de las olas.

-Pésimo lugar para formar una quinta columna-murmura.

A lo lejos, de pie frente al mar, divisa una silueta. Camina muy lentamente, como para que el otro tenga tiempo a verlo. Cuando lo tiene a treinta metros, lo reconoce.

-¡No puede ser!-exclama.

El otro se da vuelta, notando su presencia, y lo señala, gritando:

-¡Vos!

-Faladithz-murmura el guerrero.

-Lobo.

-¿La reina?-pregunta el semi elfo.

-La misma-dice entre dientes el brujo.

-La puta madre que la parió.

-Terminemos lo que empezamos hace siete años-le dice el mago.

Conscientes de su deber, encontrarse y aceptar o rechazar un pacto, ambos se lanzan uno contra el otro, dispuestos a matar o morir.

Viejas deudas requieren ser cobradas. Un odio de antaño puebla sus corazones. Han jurado tomar la vida del otro o acabar con la propia en el intento. Y nadie los detendrá.

Comienza, una vez más, el duelo librado en cien combates diferentes.

Al final, sólo puede haber uno.

Capítulo XVIII

Aullando A La Luna

Frente a la imponente mar ocurre. Sin preámbulos, sin más palabras que las necesarias, sin insultos ni desafíos, sin provocaciones ni ritos. Nada de eso hace falta.

No se estudian mutuamente ni analizan los hechos, no idean una estrategia ni toman precauciones innecesarias. Ambos saben perfectamente como piensa el otro. Y en el fondo de sus corazones intuyen el resultado final del conflicto.

La primera sangre es para el brujo. Una descarga eléctrica impacta sobre el bárbaro.

-¿Relámpago?-pregunta el bárbaro-qué básico.

Otros seis ataques son conjurados casi al unísono, con arcana devoción por parte del alsirio. El guerrero resiste la magia con aguerrida furia.

-Te estás volviendo lento, Lobo-le dice.

Cuando al fin lo tiene a medio metro de distancia el semi elfo da un furioso martillazo contra el mago, sin lograr destruir por completo el campo de fuerza que lo rodea.

-Te estás volviendo viejo, Faladithz-murmura y ataca de nuevo, eliminando al fin la protección de su enemigo.

Una bola de fuego impacta sobre la armadura al tiempo que un ataque bestial raja la túnica.

El nordo está mareado. Corre, toma distancia, se posiciona y, cuando logra concentrarse, invoca una estalagmita bajo los pies del rudo guerrero.

-¿Es todo lo que podés hacer? ¡no cambiaste nada en siete años!-exclama Lobo.

Prepara la ejecución de su enemigo, concentrando toda su fuerza en un único golpe. El otro resiste.

-Vos tampoco cambiaste.

Ahora el brujo libera la ancestral furia de Evendim con un conjuro simple pero efectivo. Los huesos del bárbaro soportan el castigo. Lo deja ciego con un encantamiento. Atrae patrones climáticos de cientos de kilómetros a la redonda para producir una tormenta helada. Lo congela y se prepara a dar el golpe de gracia.

Un meteorito cae sobre el otrora syrtense.

Faladithz respira hondo, recuperándose. Desde el suelo, el otro habla.

-¿Es todo lo que sabés hacer?

De un salto se incorpora y arremete contra el brujo. Patea sus muslos, inhabilitandolo, lo tira al piso. Rompe sus costillas, luego golpea el mentón. Parte su frente para que la sangre le impida ver. Despedaza su carne.

-Me decepcionas-dice el almirante.

Algo, no sabe qué, estalla contra su abdomen, arrojándolo diez metros hacia atrás.

Faladith se pone de pie.

-¿Sabés? Tengo un deja-vu.

-No es un deja-vu. Esto es exactamente lo mismo que pasó la última vez que traté de matarte.

-Y la anterior-replica el nardo.

-Y la anterior a esa también-explica Lobo, parándose martillo en mano.

-¿Ahora qué tenía que hacer?

-Yo resisto un hechizo y te quiebro las piernas-responde, entrando en estado de frenesí.

-Voy a ser original esta vez. Aprendí cosas nuevas-dice el brujo y extiende las palmas de las manos hacia donde está el guerrero-¡esto es una intervención infernal!

Una onda de energía psíquica penetra la mente del bárbaro. El tiempo se detiene. A su alrededor se manifiesta una legión de espectros.

-¡Vos me mataste-grita un viejo.

-¡Asesinaste a toda mi familia!-exclama un joven.

-Me hiciste esto-dice una adolescente desde el piso señalando su torso carente de las extremidades inferiores.

-Destruiste mi vida-asegura una elfa empalada.

-Incendiaste mi aldea-le reprocha una niña cubierta de quemaduras.

-Vos-dicen todos a la vez.

Forman un círculo de lamentos, de gritos, de súplicas, de risas, de amenazas, de venganza. Y en medio, aquel llamado el maldito, de pie frente al fantasma de los días que creyó atrás.

Nueva Raeraia.

-¿Entonces?

-Entonces nada, Amelie-dice Gotten.

-Algo hay que hacer. Si ese tipo está vivo, si ese ritual es lo que creo que es, la guerra será un juego de niños comparado con lo que vendrá. Y está el niño, también.

-¿Y qué podemos hacer? ¿matarlo?

-No. Claro que no. Pero tampoco podemos quedarnos cruzados de brazos.

-No sé a qué quieres llegar.

-Hay un hombre que puede ayudarnos. Conoce la lengua al siria y es buen explorador. Puede hallar a la media hermana de Lobo. Si logramos convencerlo.

-¿Cómo? Ni siquiera sabemos su identidad.

-Esta persona puede averiguarle. Créeme, sabrá hacerlo.

-¿Es algún tipo de mercenario?

-No. Solía ser un lord. Pero rechazó su condición. Fue un soldado, hace tiempo. Ahora no sé como llamarle. Puede guiarte hasta ella.

-Bien. ¿Y luego?

-Luego la secuestrás.

-¿Qué?

-La secuestrás.

-Escuché bien la primera vez. ¿Para qué voy a secuestrarla? ¿qué beneficio traería eso?

-Que el alturian no la tome.

-¿Entonces me estás diciendo que vamos a secuestrarla nosotros para que él no lo haga?

-Sí.

-Sigo sin entender. Si nos la llevamos va a venir por nosotros.

-Esa es la idea.

-¡¿Que nos mate?!

-No. Que te la llevés al último lugar al que iría a buscarla.

-Y ese lugar sería...

-La cumbre de iniciación ignita.

La playa.

Los espectros existen en un plano de realidad radicalmente distinto a aquel en el que residen los seres vivos. En ese punto de vista de la realidad el tiempo es distinto. Infinitamente más lento. Treinta minutos de tormento, lo que dura hasta ahora el suplicio del guerrero, es el equivalente a dos

segundos.

El secreto del universo: voluntad.

El bárbaro, al fin, en medio del bullicio de aquellos cuyos huesos pulverizó, logra concentrarse en el sonido de su propio organismo. Agudizando el oído logra discernir las entelequias, los recuerdos con nueva sustancia que el brujo materializó, de aquello que arde y estalla; de aquello que aún puede morir.

El clamor de los fantasmas es superado por un aullido.

-No podía funcionar, Faladithz-dice, triunfante-pero al menos aprendí algo nuevo.

-No quiero saber-responde el otro.

Y una vez más se enfrentan. El mago utiliza otro de sus trucos. Telequinesis. Despoja al semi elfo de su arma.

-No sé como lo hiciste-murmura-pero sé como voy a hacerlo yo.

Lo tiene delante y de un simple manotazo lo despoja del báculo.

El nordo sonríe y asesta un golpe de puño a la mandíbula del bárbaro.

-Eso es nuevo-dice, frotándose el rostro.

-Como te dije, aprendí cosas nuevas.

Lanza otro golpe. Bloqueo. Y otro. Bloqueo. Y otro. Bloqueo. Harto, el alirio da un tacle. Ambos ruedan por la arena. El guerrero queda debajo, pateo su pecho para quitárselo de encima. Ambos se ponen de pie.

-¡Rendite!-exclama Faladithz.

-¿Rendirme? ¡Eso es absurdo, soy más fuerte que vos! Nunca podrías ganarme una pelea cuerpo a cuerpo.

-¿Seguro?

-Claro que sí. Parecés un púgil.

-¿Y vos que sos?

-Un artista-dice Lobo y, saltando, asesta una feroz patada a la cabeza de su contrincante.

Ulren Asir.

Gotten se materializa en la distante isla de iniciación.

-Buena magia de telerpotación. Cara, pero buena-dice entre dientes.

Alquila un caballo y se dirige rápidamente a una playa oculta tras los montes. Amelie le dio la ubicación exacta del hombre al que busca. Es un plan desesperado pero, tiene que admitirlo, parece bastante sensato, dadas las circunstancias.

Durante el trayecto se topa con una pequeña tropa de aprendices sangrando, quizás, por vez primera, alistándose para el furioso combate que les aguarda tras la muralla.

Piensa que si algo de todo lo planeado tiene éxito ninguno de ellos tendrá que morir de modo violento y prematuro.

Recuerda sus días en aquel bosque. La sorpresa al ver que un pacífico mago como él podía matar. El entrenamiento mental perfecto para la batalla y sus horrores.

Tarda en llegar. Cruza el puente. Desmonta y se adentra en la cascada. Descubre al guerrero meditando.

-Te estaba esperando-le dice.

-¿Sí?

-Sí. Se me indicó que debía aguardar en este lugar tu llegada. Demoraste mucho, camarada.

-No lo creo.

-No importa. Tenemos una misión-afirma y se para.

-No sé bien cómo decírtelo...-empieza a explicar Gotten.

-No hace falta. Sólo debo saber una cosa antes de marchar con vos-interrumpe el caballero.

-¿Qué?

-¿Esto es por Lobo, verdad?

-Sí. Sí lo es. En buena medida. Pero no se trata sólo de él. El futuro de todos depende de lo que hagamos.

-Me pondrás al tanto en el camino. Sólo se me dijo que tenía una última misión que cumplir para saldar mi deuda.

-Bien. Vamos a Nueva Raeraia. Y luego a Alsius.

-Será un largo viaje.

-No lo creas. Tengo esto-dice el mago, mostrándole los pergaminos imbuidos de ancestral magia élfica-nos teletransportarán en un minuto, lord.

-Por favor, no me llames así. Renuncié. Mi nombre es Draco.

Sin decir nada, Gotten recita el hechizo y el viaje comienza. Otra vez.

La playa.

-¿Te rendís?-pregunta el brujo, agarrándose sus fracturadas costillas, mirando al bárbaro en el suelo.

-¡No!-grita el semi elfo, y asesta una patada al esternón del alsirio.

-Cómo... podés... ser tan... duro.

-Desayuno cabras. Muchas vitaminas.

Ambos se yerguen con exagerada lentitud. Están demasiado lastimados.

-Ojalá pudiera decir lo mismo de las lechugas que suelo cenar.

-Rendite de una vez. Juro que va a ser sin dolor si lo dejás ahora.

-¡Ja! Apenas podés tenerte en pie.

-¿Te has visto en un espejo?

-Hace mucho que no.

-Se nota.

Entonces, el bárbaro escucha los sigilosos pasos que se aproximan desde las sombras.

-¡Mierda!-exclama el alsirio.

-¿Los escuchás?

-Sí. Deben ser ignitas.

-Tendremos que posponer esto, entonces.

-¿Cuanto creés que vamos a durar?

-Dos minutos, si trabajamos juntos.

-No voy a pelear junto a vos.

-Dos minutos es mucho tiempo, Faladithz. Tiempo suficiente para una retirada táctica, con suerte.

-Sería una buena oportunidad para terminar esto en otro momento...

La horda ignita hace su entrada. La reina va al frente.

-Genial-murmura Lobo.

-Relájense-dice Maryan-¿disfrutaron su amistoso abrazo?

-¿Qué estás haciendo vos acá?-cuestiona el alirio.

-Vine a asegurarme de que no se mataran entre ustedes. No presten atención a mis... acompañantes. Son un seguro de vida.

-Estás cerca. Muy cerca-dice Lobo-podríamos matarte antes de caer. Y, por cierto, no sabía que hablaras alirio.

-¿Pensás que soy una traidora? Son un seguro de vida para ustedes. El ejército va a venir a esta playa en veinte minutos para un simulacro. Vine tan pronto lo supe. Y, por cierto, no sos el único que habla más que su idioma materno.

-Entonces...

-Entonces ellos son miembros del culto. Sigánme. Tenemos que salir de acá.

A regañadientes ambos aceptan.

-Ya terminaremos esto-dice el brujo.

-No lo dudés-afirma el bárbaro.

Nueva Raeraia.

-Partiremos al amanecer-explica Gotten.

-Bien. ¿Tienen todo listo?-pregunta Amelie.

-Casi. Wolfus está preparando unas pócimas. Dice que pueden sernos útiles.

-Lo serán.

-¿Qué hay del niño?

-Encontré algo de información. Quizás pueda ser salvado, después de todo.

-Quizás nosotros podamos ser salvadas-señala el mago.

-Sí... bueno, es bastante complejo, pero existe un ritual llamado renacer. Creo que podría funcionar.

-¿Qué se supone que debiera lograr ese hechizo?

-No es un hechizo. Es más una plegaria a la naturaleza.

-Entiendo.

-Si obtengo resultados, tendrá una muerte cerebral y su cuerpo sufrirá una combustión espontánea. Esa energía funcionaría como catalizador para las voluntades de los bosques, que donarían parte de su materia para forjar un cuerpo nuevo para el niño.

-Recuperaría su legado alturian.

-Y el aspecto de su espíritu transferido sería reemplazado por uno nuevo. Si funciona.

-¿Y si fallás?

-Si fallo... que el mundo se apiade de mí-dice ella, con pesar en la mirada.

Una cueva cerca de un campamento orco en el desierto.

-Los vi-murmura Faladithz-es por eso que acepté la entrevista. Los vi. Daracan y Yamanna cenando juntos con la nobleza alsiria. Riendo al nombrar las cifras oficiales de las bajas sufridas en el campo de batalla. Para ellos no somos más que números. Yo sólo hacía mi guardia en Imperia esa noche, pero fui curioso y... los vi.

-Cenan juntos mientras nosotros morimos ahí afuera-dice Lobo-siempre lo supe. O lo intuí, al menos.

-Eso significa que todos nosotros tenemos un enemigo en común, señores-asegura Maryan.

-Quizás sólo tenemos un enemigo real.

-Sí... si no fuera porque sos parte de esto, Lobo, no lo contemplaría. Pero existe una posibilidad de triunfar, si los reinos no son tan distintos. Si vos aceptás, difícilmente esto sea una treta para manipularme. La idea de una revolución es... inaudita. Aún así, elijo creer.

-¿Aceptas?

-Sí. Libremos al mundo de esa escoria. Prepararé a mi gente.

-Debo volver-dice Maryan-pero tendré un plan terminado en poco tiempo. En menos de dos semanas podremos llevarlo a cabo.

-Dos semanas. Supongo que es hora de regresar a Alsius. Odio decir esto, pero creo que voy a necesitarte, Lobo.

-¿Chantaje emocional para tus tropas?

-Algo así. Luego terminaremos nuestro asunto pendiente. Ahora lo que importa es la misión.

La reina entrega al guerrero un cuchillo.

-Firmemos.

Lobo corta la palma de su mano y entrega el cuchillo a Faladithz, quien repite la operación. Maryan es la última en hacerlo.

Unen sus manos al centro del círculo y en esa caverna olvidada por el mundo sellan un mudo pacto. No hay magia. Sólo confianza en la humanidad del enemigo. Y en un futuro que amanece.

Dos días después.

Mientras la conjuradora relee por enésima vez el mismo hechizo y la extraña dupla hace pesquisas por tierras alsirias tratando de descubrir al menos el nombre de la media hermana de su compañero, Faladithz explica a sus tropas lo que sucede, con Lobo a su lado, corroborando cada palabra.

La tensión en el aire casi podría cortarse. Todos quieren la cabeza del semi elfo. No obstante, están aterrorizados por la información que su camarada les da.

Hay que tomar una decisión. Ser fiel al imperio. O se fiel a su gente. La votación es unánime. Seguirán al brujo hasta la muerte, hasta el infierno si hace falta.

De pronto, Lobo nota entre las filas una norda que no eleva la vista. La examina con la mirada. Entiende que no quiere que haya contacto. No sabe si no quiere verlo o no quiere que la vea. Y entonces la reconoce. Se le acerca, quiere hablarle, pero cuando abre la boca ella, temblando, se da la vuelta, huye a toda carrera, desesperada, angustiada. Y algo dentro de él se quiebra para siempre.

-¿Qué pasa?-pregunta Faladithz.

-¿Quien esa chica?

-Es una cazadora bastante nueva. Se llama Luna, creo.

-Luna...

-¿La conocés?

-Sí. Es mi asesina-responde.

Y en su mente vive una vez más una de las visiones que tuvo en el infierno.

Una mujer humana desnuda junto a él en el lecho. Clavando un puñal en su espalda.

Capítulo XIX

Bendecida

De las plazas de una constelación
al mundo perecedero
bendecida fue la causa de mi fortuna.
Y de la tierra perdida en la infancia
al mundo perecedero
bendecida fue la causa de mi fortuna.

Bendecida – Héroes Del Silencio

-Habla ya, mujer-dice Draco.

-Recuerdo a ese hombre-responde la anciana tras pensar largamente en la descripción dada por los syrtenses-era un mago muy poderoso. Tuvo una mujer acá. Siempre sospeché que no era uno de nosotros. Parece que tenía razón, ¿verdad?

-Eso parece. ¿Qué pasó con la mujer?

-Falleció hace tiempo. Es extraño. Tuvieron una hija, creo. Pero no recuerdo haberla visto embarazada. Con los años la memoria se distorsiona juvenes. Y las fuerzas merman. En otros años hubiese tratado de matarlos a ambos. Pero ya ven...

-La niña, señora.

-No es una niña. Ya no. Fue entrenada en las artes mágicas.

-¿Sirve en el ejército?

-Estoy casi segura que sí.

-¿Qué dice?-pregunta Gotten.

-Que tenemos problemas. Espera-responde el caballero y vuelve a hablar en un dialecto alsirio-¿recuerda el nombre de la niña?

-Usan un diminutivo. O apodo. No sé que es-responde la vieja.

-¿Puede decirme cual es?

-¿Puedo confiar en ustedes?

-Sí. Todo esto nos excede, señora.

-Alexita-dice ella, con una mueca en el rostro.

-Gracias.

-¿Y bien?-indaga el conjurador mientras ambos se retiran velozmente, perdiéndose en los bosques

cercanos a la muralla.

-La buena noticia es que ya tenemos el nombre.

-¿La mala?

-Que para llegar a ella tendremos que enfrentarnos a todo el ejército al sirio.

Al mismo tiempo, cerca del castillo Imperia.

El utghar, silencioso como una hoja, salta desde las sombras, puñal en mano, dispuesto a dar un puntazo al cuello del semi elfo.

Aún de espaldas, el guerrero lo escucha llegar. Se incorpora en una fracción de segundo y quiebra la muñeca de su enemigo. Patea su pecho y, ya en el suelo, asesta un golpe a la cabeza.

-¿Qué está pasando acá!-grita Faladithz.

-Trató de matarme. Así que voy a matarlo-responde Lobo, con calma.

-¿Qué estás haciendo? Este hombre, de momento, es un aliado-reprocha el brujo a su compatriota.

-¿Este hijo de puta mató a mi hermano! Usó un cuchillo y le arrancó la piel. ¡Quiero venganza!-dice el vencido.

-¿Es eso cierto?

-Supongo. Deshollé vivos a muchos en Redentus. No recuerdo al que él menciona, en particular.

-Vení conmigo-le dice el mago, tomándolo del brazo y apartándolo del resto-¿estás loco? Si los provocás no voy a poder controlarlos. Y todavía te necesito acá dos días más.

-¿Y? Trató de matarme.

-No había necesidad de afirmar que no sólo mataste a su hermano, sino que mutilaste a tantos que ya perdiste la cuenta.

-No iba a mentirle.

-Arriesgate cuanto quieras, Lobo, pero arriesgues la misión con vos-le indica el brujo.

El bárbaro no responde. Le da la espalda y camina a observar a los más jóvenes.

Atestigua la pelea con armas de madera entre un nordo y una enana. Él es ágil. Ella es fuerte. Apostaría por la guerrera. Pero las apuestas suelen perderse, así que camina un poco más hasta los magos.

Están muy bien coordinados, eso debe admitirlo. Pero les falta voluntad. Y no saben pensar por sí mismos. Están todo el tiempo a la espera de una orden. Sin sus líderes no son nada. Y eso lo irrita.

-Suficiente-le dice a una bruja-estás haciéndolo mal.

-No escucho a un syrtense-responde ella con orgullo.

-Deberías. A diario tu gente muere a mano de syrtenses.

Silencio. Ofuscada lo contempla como si tuviese delante a un gusano.

-Te escucho.

-Al enfrentar a otro brujo no es buena idea invocar una plaga de insectos. Eso te servirá contra un guerrero, pero no contra un mago, salvo casos excepcionales. Tenés que preveer cada uno de sus movimientos. E intentar agotarlo, dejarlo sin energía, para lograr la ventaja. ¿Sabés usar a los sirvientes?

-Sí-dice con timidez.

-Usalo cuando estés empezando a cansarte. Vas a tener mejores resultados.

La deja sola y marcha con los arqueros.

Los tiradores son buenos. Conocen las posibilidades de sus flechas, saben trucarlas. Pronto serán maestros en puntería, si perseveran.

Los cazadores están un poco retrasados en comparación al resto. Pueden domar animales y conocen el terreno. Son buenos rastreadores. Pero aún débiles. Decide enseñales algo.

-Vos-dice señalando a uno-atacame con todo lo que tengas. Quiero que vean una cosa.

El alsirio se sonríe y sin hacerse esperar lanza una flecha a los pies del bárbaro, que embiste contra él. Lanza dos flechas a la vez. Trata de confundirlo. Ya tiene al guerrero encima. Un golpe de puño al rostro aturde a Lobo mientras el otro retrocede y prepara su siguiente ataque. En vano, porque el semi elfo azota la tierra tirándolo.

-Lección número uno: nunca tratés de confundir a un bárbaro. No necesitamos, en demasía, concentrarnos una vez que el ataque ha comenzado. Somos fuerza bruta. Tus golpes son débiles. No pensés que las bestias que te siguen van a matarnos. No las uses con esas intenciones. Convertilas en una distracción, que sirvan para ganar tiempo. De otro modo estás muerto. Sos rápido en distancias largas. Pero yo soy más rápido en distancias cortas.

-¿Cual es la segunda lección?-pregunta el cazador.

-No hagás nada estúpido, como dejar que llegue hasta vos.

-¿Y como lo evito?

-Por lo que he visto, ustedes corren.

Un tirador a la izquierda de la escena no puede reprimir el brillo de una sonrisa cómplice en sus labios.

El bárbaro continúa su recorrido hasta el final de la fila. Entonces, una vez más, la ve. Y recuerda

que algo en su interior está roto. Pero que lo maten si sabe qué es.

Minutos antes, Nueva Raeraia

-Vamos no debe ser tan complejo-dice, acomodándose el parche en el ojo.

-De hecho sí lo es, Wolfus-replica la conjuradora leyendo por enésima vez la misma página del antiguo libro.

-No te compliques, Amelie. Lo que pase no tiene por qué ser tu responsabilidad.

-¿Si no lo hago quién más lo hará?

-No creo que exista necesidad de hacer esto. No tenés por qué correr un riesgo.

-Sí tengo por qué. Esto está sucediendo. Es real. No nos gusta, pero tenemos que enfrentarlo.

-Ese es otro punto. ¿Por qué no permitís que lea un poco, que te ayude?

-No tenemos por qué sufrir ambos si al final de este túnel aguarda sólo el fracaso.

-Demasiados “no” para mi gusto...

Silencio. Ella no lo mira. Sigue leyendo. Él siente un ardor inexplicable en su vista; su ojo muerto pareciera ser el único que en verdad observa.

-¡La comida!-exclama el joven cazador, irrumpiendo en la habitación con una enorme olla entre las manos-¡pata de cíclope a la barbacoa!

-Gracias, Lloid-dice Wolfus.

-¿Hacés espacio en la mesa?

-No. No voy a comer ahora. Pero gracias-responde ella, sin desviar la vista del texto.

-Pero... se va a enfriar.

-Comeré luego.

-Pero... pero...

-Luego.

Algunas horas después, en los alrededores del fuerte Pinos.

-No tiene sentido, Draco. Son doce.

-Te lo digo, sólo necesito una intervención divina. Entro entre ellos, rapto a la conjuradora y nos

vamos.

-Creo que en Alsius hay más de una conjuradora... no se me ocurre un sólo motivo por el cual sea justamente esta.

-Silencio. Van a oírte.

-Vamos. Se están acercando.

Los syrtenses se mueven, presurosos, tras los abetos que pueblan la zona. Una vez se sienten a salvo, el caballero apoya la espalda contra un tronco y se quita el yelmo.

-¿Estás bien?-pregunta Gotten.

-Sí. Sólo un pequeño problema pulmonar, nada grave-responde, sonriendo.

-¿Seguro?

-Por completo. Vamos, aún tenemos que inspeccionar el área.

Cuarenta y cinco minutos después, cerca del puente a Menirah.

El anciano alturian, aquel ahora bendito por las cicatrices que desfiguran su rostro, camina lenta pero inexorablemente. Casi puede saborear la venganza. Valiéndose de magia prohibida, aún más antigua que la arcania ígnea, logró descubrir el próximo paradero de su hija.

Sucedará en un lugar cercano. En unas cuantas horas. Finalmente la tendrá en sus manos; finalmente podrá concretar la ascensión. Y convertirse en un dios.

Sonríe, triunfante. Porque sabe que nadie podrá detenerlo ya.

Treinta minutos antes, cerca de Imperia.

-¡Muy mal!-grita Faladithz-¡parece que es la primera vez que ven una flecha!

Abre una enorme caja de madera y la deposita en medio de cazadores y tiradores.

-Ahora se las arreglan con esto. Tomen uno, cualquiera, todos están rotos. Tendrán que aprender a repararlos. Y los quiero disparando de nuevo en un cuarto de hora.

Nordos y enanos toman las armas. Las contemplan obnubilados. Son soldados, no carpinteros. No están seguros de qué deben hacer.

Lobo observa a Luna. Medita.

¿Está el final escrito? ¿es, acaso, mi último acto el punto final de un epitafio redactado el día de mi nacimiento? ¿o, por otro lado, es mi decisión? ¿es obligatorio continuar este sendero? ¿debo morir como un mártir que jamás tuvo fe? ¿o alcanzaré la ancianidad en las postrimerías de mi

existencia?

Quisiera contar los latidos, respirar el aire fresco, tomar la sabiduría de esas lejanas montañas.

Ser libre como el viento.

Se le aproxima. La ve intentando reparar el arco. El único problema está en la cuerda. No está bien tensada.

-No estás haciéndolo bien-le dice y toma el arma. Ella ni siquiera lo mira.

Cuando tiene la mortífera herramienta entre sus manos recuerda que él nunca aprendió carpintería. Es el único guerrero que conoce las antiguas ciencias del combate desarmado, habla todos los idiomas en la tierra, puede matar a un hombre de un sólo golpe y alguna vez refutó a Lemorel valiéndose únicamente de citas del mismo Lemorel. Pero no sabe reparar un arco.

Torpemente intenta tensar la cuerda. El resultado final es un corte en la vital pieza.

-¿Así se arregla un arma?-cuestiona ella, sarcástica.

-Más o menos...

Silencio. La arquera lo mira y, decidida, hace la pregunta a quemarropa.

-¿Por qué me permitiste vivir aquella noche, cerca del castillo?

-No estoy seguro-responde él, con honestidad-quizás porque ya maté demasiadas personas. Porque estoy retirado y no soy parte del ejército. Porque nunca me entusiasmó la idea de asesinar mujeres, aún cuando sepan defenderse y nada tengan de débiles. Porque tenía motivos para dejarte ir y ninguno para retenerte bajo aquella nevada, para siempre.

Luna no dice nada. Toma el arco y cambia la cuerda velozmente. Prepara un disparo. Lanza. La flecha impacta en el centro de la diana.

Ambos, al unísono, se preguntan si podrá repetir eso cuando el objetivo sea una yugular.

Seis horas después, Altaruk.

-Tenemos novedades, señor-dice con sutileza Valcanna.

-Habla-responde Daracan, carente de emoción.

-Nuestro hombre logró infiltrarse en el culto. Ya descubrió cual es el propósito final de esta agrupación-explica, buscando glorias y palmadas en la espalda.

-No des vueltas. Quiero saber. Ahora.

-Señor, se trata de una facción rebelde. Dicen que su líder los llevó cerca de la playa Shanaarid, que tuvieron un encuentro con un syrtense y un alsirio.

-Alta traición. Lo esperaba. Continúa.

-No tiene demasiada información sobre lo que se dijo en este encuentro, ya que las palabras fueron dichas en algún dialecto alsirio. Pero sabemos la identidad de los enemigos.

-¡No hagás pausas estúpidas!

-Sí, señor. El alsirio es Faladihtz, el brujo.

-¿Y el verde?

-El verde es aquel llamado el maldito.

-Tiempo atrás, cuando la noticia de su muerte llegó a mis oídos no la creí. Veo que hice bien.

-Esto no es todo, mi señor Daracan. El propósito final del culto es una revuelta. Creemos que se trata de un golpe de estado. Quieren matarnos. A todos. Nobles, militares, sacerdotes. Todos los que tenemos algún tipo de relación con las decisiones que toma Ignis.

Piensa un segundo y luego habla:

-¿Conocen la identidad de la líder?

-Sí, mi señor.

-Matenla. Ahora.

-Sí, mi señor. Partiré con un grupo en este momento.

Cuando está por atravesar la puerta, Daracan habla de nuevo.

-Valcanna...

-¿Si?-dice, dándose la vuelta.

-Que sea lento. Y en un lugar público-responde el noble.

Tres horas antes, Nueva Raeraia.

-¿Cómo está?-pregunta Lloid, quebrando el silencio.

-Mal. Está obsesionada con eso. Cree que es su responsabilidad.

-Está preocupada-dice Lea.

-Todos lo estamos-replica Wolfus-pero creo que ella no puede darle la espalda a esto.

-¿Se puede?

-¿Se puede tapar el sol con un dedo?

-Puedo intentarlo-murmura Adicto, con la negación de los héroes.

-No es tan sencillo. Ese crío no debería ser nuestro problema.

-Si se convierte en un maníaco homicida violador de nenas de cinco años y torturador de ancianos-dice Lloid, por lo bajo-es problema de todo Syrtis.

-¡Exacto!-exclama Wolfus-¿por qué debe recaer en nuestros hombros, exclusivamente?

-¿Nuestros?-replica Elrod-hasta donde sé no recae en nuestros hombros. Sólo en los de Amelie.

-No nos deja hacer nada. Ni siquiera me permitió leer el conjuro.

-Está protegiéndonos-asegura Lea.

-Lo sé... Gotten y Lobo son los únicos en el clan que saben cuidarse solos. Pero ahora no están-afirma Elrod-así que nos toca comportarnos como hombres.

-No hace mucho aún jugábamos a las escondidas. ¿Lo recuerdan?

Nadie responde. Son niños participando en un juego de adultos.

Una hora antes, en un campamento orco.

El alturian camina entre las monstruosas criaturas sin que estas se percaten de su presencia. Se siente bien con cada paso que da, ya que esto demuestra, en cada pisada, que él -y sólo él- tiene el control de la situación. Por completo.

Inhala la niebla que flota sobre las alsirias tierras poco antes de la alborada. Será en este lugar. Entre estas bestias. Acá volverán a encontrarse padre e hija. Pronto.

El ocaso de los ídolos. El amanecer de un nuevo dios. Todo está próximo.

Seis minutos después del amanecer, cerca de Imperia.

Con los dedos mayor e índice de la mano derecha sostiene el papel mientras que con la izquierda derrama el tabaco. Lo envuelve con dedicación. Lo sella con saliva. Lo enciende con los restos de una fogata. Partirá al mediodía de nuevo a Syrtis. Ya casi es tiempo.

Fuma con lentitud, dibujando con el humo las recientemente rectificadas líneas de sus manos. Por un segundo, entre la nieve, vislumbra momentos recientes. Vivió largo tiempo en una cueva cercana. Anhela la paz. Quizás algún día la recupere. De momento, no puede silenciar los gritos de su sangre, los gritos de miles de fantasmas, amigos y víctimas, que demandan justicia, castigo y venganza.

Quisiera ignorar esas voces, pero no puede. El mundo reclama su presencia aunque no se detendrá por él.

Sabe que está preparado para lo que se avecina. Aún así, teme lo que han de traer consigo los vientos del mañana.

Escucha los pasos a su espalda. Pero no les da importancia. Ella se para a su lado y sin mediar palabra se sienta junto a él en la nieve.

-Yo quería matarte-le dice.

-Lo sé-responde Lobo.

-¿Por qué, por quienes hacés esto?-pregunta Luna.

-Por gente como vos. Por los que murieron, por los que aún no nacen. Por los pocos que...

-¿Amás?

-Por los pocos que lo merecen.

-¿Creés que podemos ganar?

-Estoy seguro.

-¿Es tu fortuna, verdad?-dice ella, y le sonrío, mirándolo por vez primera a la inmensa oscuridad que puebla sus ojos.

-Maldición, para ser exacto.

-Me gusta más fortuna. Quisiera... quisiera conocer la causa.

-Un puñado de sueños rotos y decepciones prematuras-murmura él-no es un gran secreto.

-Quizás así es como deba ser.

-Quizás-dice Lobo.

Mientras amanece frente a ellos, el bárbaro piensa en la tierra perdida en la infancia, un nuevo mundo que no pudo conquistar. Bajo la constelación de Orión, en un mundo que pronto perecerá, siente su extremo opuesto acercándose. Habrá otra batalla. Su piel se eriza. Y, entonces, le dice una a la cazadora algo tan íntimo que sólo puede serle dicho a una desconocida.

-Bendecida fue la causa de mi fortuna.

Ella no responde. Comprende demasiado bien. Porque ambos comparten una misma maldición, aunque aún no lo saben.

Capítulo XX

Gracias Por El Fuego

Después de todo, te enseñaron que el fin justifica los medios, pero vos ya no te acordás cual es el fin. Tu especialidad siempre fueron los medios, y estos deben ser contundentes, implacables, eficaces.

Escuchar a Mozart – Mario Benedetti.

En algún lugar de Ignis.

Bebe lentamente. Sin prisa. Sin pausa. Se detiene sólo cuando la última gota de vino atraviesa su garganta. Deposita la copa en la mesa. No vendrán por ella. No hoy, al menos.

La carta en su mano pesa apenas unos gramos; gramos que a su consciencia le parecen toneladas. ¿Por qué sentir culpa alguna? Ese sujeto los engañó, a todos ellos, los manipuló y utilizó, en cierta forma. Ahora toda la operación corre peligro y él está muerto. ¿Por qué sentir dolor?

Quizás porque ella también engaña, manipula y utiliza a los demás. Pero, al menos, es por una causa justa. No quiere pensar en la carta.

-¿Señora?-

-Entra, Kalima-responde la reina.

-¿Qué haremos con el cadáver?

Ella medita un segundo. Nadie más sabe que era un traidor. A los traidores se los descuartiza y se usa los restos para alimentar a las bestias.

-Denle sepultura en el desierto. Quiero una lápida sin nombre, pero que señale un ataúd de buena calidad-responde, tras un momento de estupor.

-Así será hecho, su alteza.

Kalima se retira. Maryan no puede evitar sentir que la carta en su mano arde, quemándola. Tiembla como una hoja desnuda en una cruda nevada invernal al levantar la nota y releerla.

Espero que me comprenda, mi señora, cuando le digo que sólo hago lo que el corazón me dicta.

La nobleza ignita ha sido informada de nuestra existencia. Yo mismo lo hice. ¿Por qué? Porque esa era mi misión, desde un comienzo.

Sí, soy un espía. Sí, mi función era ganarme su confianza y luego traicionarlos. Sí, cumplí con la

tarea que me fue encomendada. Pero a medias.

Valcanna sabe de la existencia del culto, pero no sobre la verdadera y última intención del mismo. Me pidieron que revelara su identidad, que les diera un nombre y una ubicación, cosa que, naturalmente hice, dado mi pacto con las diosas.

Los envié a Medenet. Les dije que Padua -el paraíso tenga lugar para ella, pues es inocente de todo crimen- era la responsable de la organización.

No pude entregarla, su alteza. No pretendo que me perdone. Sólo que sepa lo que de verdad ocurrió. Y que se prepare, pues tarde o temprano vendrán por usted.

Yo demostré hoy que no puedo ser completamente fiel a nadie. Ni a ellos. Ni a usted. Ni al deber hacia la patria, ni al deber de un pobre corazón herido de amor.

Y porque en este poco tiempo la amé como nadie la amará nunca es que escribo estas líneas.

Sólo soy un traidor. Me espera la horca. Podría vivir como un rey después de esta noche, pero la vida sin usted no tiene sentido.

Adiós.

Kornin.

Su piel se eriza. Ni siquiera puede recordar una conversación con él. Lo encontraron una hora antes, colgado en un baño. Con la carta a sus pies.

Se sirve otra copa de vino. Sabe cercano el peligro.

Alrededores de Imperia.

Marchan en silencio desde la península hacia un valle al pie del monstruo de roca conocido como Golpe De Thorkul. A la cabeza, bien expuestos para que no quede duda alguna sobre sus intenciones, Faladithz y Lobo guían la procesión.

Odiado, con sobrados motivos, por la célula rebelde liderada por el brujo, el bárbaro se ganó el respeto de los alsirios por la fuerza. No lo atacarán, aunque cien anhelos de venganza caminen tras de él.

-¿Donde será?-pregunta el guerrero.

-Cerca de Pinos-responde el mago.

-Pinos...

-¿Te recuerda algo?

-La primera vez que te quebré un hueso fue en ese fuerte.

-Lo recuerdo. No teníamos ni veinte años aún, ¿verdad?

-Verdad.

-Nunca creí los rumores, Lobo. Siempre supe que no podías estar muerto. Mucho se habló al respecto. Miles rasgaron sus vestiduras asegurando que incluso podrían señalar el lugar de tu tumba. Pero ninguno se adjudicó tu muerte.

-¿Y el punto es..?

-El punto es que quiero mi oportunidad para mandarte al infierno. Así que espero que te cuidés, que seas cauteloso, en fin, que te mantengás vivo hasta que esto termine.

-Todos acá tienen motivos mejores que los tuyos para matarme.

-Eso no es verdad y lo sabés. Ellos quieren venganza por lo que le hiciste a terceros. Yo, en cambio, tengo cicatrices sobre la piel que me hacen odiarte.

-¿Y acaso yo no estoy en la misma situación?

-Sí. Sí lo estás. De eso se trata. Al final, esto debe ser resuelto entre vos y yo. Tendremos un duelo.

-Puedo negarme.

-¿Ahora rechazás una pelea?

-No. Siempre rechacé las órdenes, que no es lo mismo.

Faladithz hace una extraña mueca de claro descontento y con ironía pregunta:

-¿Aceptaría, luego, un duelo conmigo, señor?

-Seh-responde Lobo.

En un campamento orco.

-No te movás-le dice Gotten, sudando.

-¿Qué?-cuestiona Draco.

-No te movás.

-Estoy seguro de que ese tipo es un alturian. No parece alsirio. No es un peligro.

-Por las cicatrices y por la descripción que me dieron mis compañeros, ese el mago que casi los mata en Arvanna-explica el conjurador.

-¿Ese viejo? No se ve muy peligroso.

-No se te ocurra acercarte. Casi mata a Lobo.

-Podemos triunfar, camarada.

-Y también podemos ser derrotados. No perdás la paciencia. No delatés nuestra posición.

-Tampoco podemos quedarnos acá eternamente...

-Si es quien creo que es, está haciendo lo mismo que nosotros. Por lo que me dijeron no es ningún tonto. No vendría acá a ciegas. Debe saber algo que nosotros no. Así que lo mejor será tenerlo vigilado.

-Bien-responde Draco, a regañadientes.

A unos cuantos metros de ellos, entre las bestias que sólo añaden peligro a una zona en guerra, el mago contempla su universo interior para comprender el entorno que lo rodea.

Sabe que los syrtenses están ahí. Y sabe por qué. No se moverán. Están vigilandolo. Todo será más sencillo de lo que esperaba.

Fuerte Pinos

-¿Entonces es verdad?-pregunta el brujo.

-Sí, señor-responde el joven cazador.

-Bien. Retirate. Organiza a las tropas-dice a la conjuradora a su izquierda-es hora de avanzar hacia el Pozo.

-¿Estás seguro?-pregunta ella-que exista una célula rebelde dentro de Alsius será el menor de los problemas si vamos hacia allá. Y lo sabés.

-¡Claro que lo sé, mujer!-exclama él, furibundo-hay algo en camino, todos lo sentimos. Y no hace falta magia. El suelo está temblando. Todos lo sabemos.

-¿Entonces por qué ir al pozo?

-Porque tendrán que pasar por ahí si nuestras fuentes dicen la verdad.

-Está bien... vos estás al mando.

-Reunilos a todos. Si hace falta una batalla...

-Lo sé-murmura la maga-no te preocupes, casi todos los experimentados están acá.

-Trae también a los nuevos. Será su bautismo de fuego.

-Algunos están fuera. Alexita llevó a un grupo al campamento orco.

-Mandales mensajeros. Nos reuniremos todos en una hora. En Golpe De Thorkul.

-¿Y si esa criatura está ahí?

-Si esa criatura está ahí... ¡que Org se apiade de nosotros!

Nueva Raeraia

-Será mañana al mediodía-dice Amelie.

-¿Dónde?-pregunta Wolfus.

-Eso no importa.

-Sí que importa. No queremos que hagás esto sola. Lo consultamos entre nosotros y estamos todos de acuerdo en hacerlo juntos.

-No es buena idea.

-Para eso está el clan, mujer.

-¿Para exponerlos?

-Para ayudarnos. Entre otras cosas. No queremos que nada te ocurra. Todos perdimos, de un modo u otro, a nuestras familias de sangre.

-Lo sé. De eso se trata el clan. Aún así...

-No vamos a dejarte.

-Wolfus...

-Amelie, no nos excluyas.

-¡No puedo permitir que se arriesguen!

-Estamos en guerra. Convivimos con la muerte. Al menos esta vez sería por una causa justa.

-Si algo sale mal...

-¿Permitirías a Gotten o a Lobo acompañarte?

Silencio. La respuesta es obvia, pero el brujo la dice de todas formas:

-Ellos saben cuidarse solos. Pero durante la invasión todos peleamos, aunque necesitemos una niñera.

-¡Y perdiste un ojo! ¡no voy a permitir que quedés ciego ahora!

-¿Podés evitarlo? ¿vas a darnos órdenes ahora, después de todo lo que sucedió?

-No. Se los pido por favor. No me sigan mañana.

Wolfus no responde.

Amelie deja de mirarlo y vuelve a leer el ritual. Debe concentrarse. Se aproxima la hora. El segundo sacrificio; la segunda hoguera; la segunda purificación a través del fuego.

En un campamento orco.

Son jóvenes. Están llenos de vida. Ocho cachorros buscando ser el macho alfa de la manada. Atrás, la conjuradora los mantiene vivos. Se sienten fuertes y poderosos. No saben -o no han tomado consciencia de- que la maga es el único motivo por el cual no han muerto.

Entre las bestias, el alturian los observa. Espera con sobrada paciencia el momento mientras reúne fuerzas.

Entre los árboles, los syrtenses aguardan. Saben que sucederá pronto.

-Es ella-dice Gotten.

-¿Cómo lo sabés? Ya me dijiste que no hay una sola conjuradora en Alsius, hay muchas...-responde Draco, con cierto sarcasmo.

-Es ella. Puedo sentir como fluctúa la energía a nuestro alrededor. Él está concentrando la energía vital de la flora. Creo que va a dar un único golpe.

Uno de los alsirios, un caballero, da un golpe a un orco y retrocede. Recibe daño, pero sus compañeros eliminan a la criatura. Repite la operación dos veces más. Se acerca demasiado a las carpas del campamento.

Cuando está en el centro puede oír el zumbido de algo que no es un insecto. Cae al suelo, retorciéndose. Sus compañeros lo rodean de inmediato. Están desorientados, no saben que ocurre.

Y entonces sucede.

La tierra brama bajo sus pies. Un minúsculo terremoto comienza. Un rayo impacta en el pecho de la conjuradora, arrojándola diez metros hacia atrás. El suelo se abre traga a sus jóvenes aprendices.

-¡Ahora!-exclama Gotten y cubre a su compatriota con tantos hechizos de protección como puede.

-¡Genial!-grita el caballero y avanza iracundo contra el mago.

-Algo no está bien-dice el conjurador.

-¡Terminemos con esto ahora, camarada!

-Draco, algo no está bien...

El alturian se concentra. Ve avanzar a la dupla syrtense. Los espera. Cuando los tiene a tres metros absorbe la vida a su alrededor. Y todas la vegetación muere como si otoño e invierno la invadieran a la vez.

Cuando los tiene a dos metros imagina una tormenta en el vacío, frente a la ausencia de la gravedad, y un millar de lenguas de fuego danzan frente a él, mientras la temperatura se eleva en una fracción se segundo.

Cuando los tiene a un metro libera una idea en el universo, y a través de sus manos se canaliza un incendio, una ráfaga de odio que golpea a sus enemigos, arrojándolos al suelo.

El impacto es enorme. De no haber combinado sus habilidades, Draco y Gotten hubiesen muerto. Pero son duros y resistentes. Vivirán. Aún así, el mago gana suficiente tiempo para tomar a la inconsciente alsiria y huir con rumbo al dormido volcán conocido como Pozo.

Cerca de Golpe De Thorkul

-¿Qué pasa?-pregunta Luna al ver al feroz bárbaro olfateando.

-Ese olor...-responde él, un poco confundido.

-¿Qué es?

-Huele a un demonio conocido.

-No es momento para jugar al detective, Lobo-afirma Faladithz.

-Si es quien creo que es, tenemos un problema. Uno muy grave, a decir verdad.

-¿Qué significa eso?

-Que no hay motivo para arriesgar en vano las vidas de estos hombres. Desvíen por Pozo. Los veré en Pinos.

-¿Qué? Vamos a tardar el doble si hacemos eso-responde el brujo, gruñendo.

-Lleva a tu gente, Faladithz. No tenés la más mínima idea de lo que puede pasar.

-¿Estás amenazándome?

-Estoy tratando de salvar sus vidas. Será mejor que la pierdan en la revolución. No tenemos por qué morir todos.

El mago se da vuelta y ladra unas cuantas órdenes. A paso veloz las tropas se mueven.

Lobo comienza a correr.

-No vas a ir solo-le dice el brujo.

-No podés venir conmigo-responde el bárbaro.

-Te conozco. Sos capaz de hacer cualquier estupidez. Y ya te lo dije, vamos a tener un duelo vos y yo. Aunque tenga que salvarte la vida para matarte luego.

-Yo también voy-dice Luna, segura de sí mismo.

-No-responden los dos hombres al mismo tiempo.

-¿No?

-No, tenés que ir con el resto. Les di una orden.

-Voy con ustedes.

-No tenemos tiempo para esto-dice Lobo-hagan lo que quieran.

Comienza a correr. Ambos lo siguen.

Tras unos minutos divisan dos siluetas a lo lejos.

-¡Mirá!-grita el caballero.

Gotten se da vuelta y ve a su compañero de clan junto a los alsirios.

-Vamos-murmura a Draco.

El brujo y la arquera los miran con recelo.

-Está bien-les dice el guerrero-son mis camaradas.

-¡Lobo!-exclama el caballero-es bueno verte de nuevo.

-¡Hermano!-responde y se abrazan fraternalmente-Gotten, me alegra que estés bien-dice y le extiende la mano.

-No estamos bien-comenta el conjurador-creo que nos topamos con... con tu...

-Lo sé.

-¿Lo viste?

-Lo olfatee.

-¿Qué están diciendo?-dice por lo bajo la arquera.

-No tengo idea-responde el brujo.

-Me confirman que tenemos un problema. Un mago muy poderoso está acá-explica Lobo, en lengua alsiria.

-El problema es que creo que ya tiene a tu media hermana.

-¡Mierda!

-Si logra completar el ritual...

-No sé qué puede pasar. Pero no será nada bueno. En marcha-ordena.

Corren en silencio guiados por el conjurador.

Frente a ellos el imponente volcán en coma se alza, mudo testigo de la cruenta guerra que tantas vidas ha cegado.

Faladithz y Lobo intercambian miradas. Ambos pueden oírlo. Un regimiento avanza con idéntico destino al suyo. Y no puede ser la célula rebelde.

Al llegar a la cima escuchan el primer grito. Desde la cúspide lo ven. Los adictos al imperio se toparon con los quinta columnistas.

No hacen falta palabras. El bárbaro embiste y se lanza contra los enemigos. Llega al centro de la escaramuza y ejecuta un golpe en 360 grados, noqueando a doce alsirios.

-¿Cómo sabés a quien atacar?-pregunta Gotten a sus espaldas.

-Sólo me guío por los rostros.

-¿Es efectivo?

-Espero que lo sea.

Rompe costillas y quijadas, tira enemigos, parte esternones y cervicales, cráneos y coxis. Brama enfurecido, sangriento de sangre. Con las manos desnudas asesina a un brujo. Desnuca a un cazador. Destroza el pecho de otro arquero.

A su izquierda ve a una conjuradora. Su rostro se le hace familiar, pero no recuerda haber visto su cara entre aquellos con los que mal convivió recientemente.

Se lanza sobre ella. La norda lo ve y con un hechizo torna acero su piel. Él le aplasta la mente de un martillazo. Eleva el arma al tenerla en el suelo, dispuesto a dar un único, certero y letal golpe a la cabeza.

-¡Lobo, no!-grita Gotten-¡no la mates!

-¿Cómo que no la mate?

-Es tu hermana.

-¿Hermana?

Un haz de luz se estrella contra el pecho del guerrero, quien cae perdiendo el arma.

-No me esperaba una reunión familiar-dice el alturian, apareciendo en medio de la batalla-te escapaste por un momento, pequeña. Pero eso no volverá a ocurrir.

-¡Hijo de puta!-grita Lobo, irguiéndose-¡voy a arrancar tus intestinos y luego te los haré tragar!

-Cuanto amor-dice el mago-en fin, supongo que debía haber una segunda batalla.

Se acercan lentamente, estudiándose como animales a punto de jugarse la vida a causa del instinto.

-Debo admitirlo, no sos tan débil como pensé. En el bosque casi lográs matarme. Pero no estás en condiciones de ganar, hijo mío.

-¡Voy a cercenar tu cabeza y utilizarla para alimentar a los chacales!-exclama el bárbaro y se lanza contra su padre.

En el suelo, la conjuradora intenta erguirse.

-¿Hermano?-murmura, confusa.

De pronto el suelo tiembla. El mundo se estremece. Una oleada de ira tira a todos los presentes.

-¿Qué carajo es eso?-cuestiona a nadie Draco.

-No... ahora no...-dice Faladithz.

Lobo, cegado por la ira, se pone en pie e intenta atacar al alturian nuevamente. Pero otro sismo lo derriba.

-¿Qué está pasando?

-Creo que el volcán está activándose.

-¿Va a hacer erupción?

-Vamos a morir...

-No es el volcán-asegura Faladithz-es algo peor. Infinitamente peor.

Un tercer micro terremoto azota sus piernas. Y entonces, desde la fosa al centro, emerge, violenta y hambrienta, la enorme bestia, reclamando víctimas para saciar su sed.

-¡Thorkul!-gritan a la vez veinte de ellos.

El gigantesco gusano abre sus fauces y escupe su corrosiva saliva. Desde el cielo se precipita sobre ellos una lluvia de fuego.

Los oscuros augurios comienzan a cumplirse. Lobo lo comprende. Y entonces descubre que en la cabeza de un alfiler pueden bailar siete ángeles.

Uno por el dolor. Dos por el placer. Tres por la cobardía. Cuatro por el temple. Cinco por un tipo. Seis por una chica.

Siete por un misterio aún por develar.

-¿Te gusta mi obsequio, hijo? La tuya será una muerte épica.

-Gracias por el fuego-responde el bárbaro de pie entre las llamas-será útil cuando deba cremarte. Tus huesos no sirven para abonar aquello en lo que he de convertir esta tierra.

El aliento de la criatura es un viento frío y nauseabundo soplando sobre ellos. A su compás, el cabello del guerrero flamea mientras grita con un valor jamás atestiguado en la historia:

-¡¿Quiénes son los que contarán la leyenda de mi muerte?!

Y embiste mientras Thorkul toma vidas y devora almas a su alrededor, dispuesto a cambiar la realidad a golpes, dejando huella en la historia.

Convirtiéndose en héroe.

El futuro espera un paso delante.

Capítulo XXI

Morir Para Contarlo

En los negros nubarrones que pueblan el cerrado espacio que es el cielo sobre ellos; en el temblor, inseguro y dubitativo, que recorre sus espaldas; en el calor afiebrado y cobarde que emana de sus cuerpos; en la furia contenida que pronto ha de liberarse dando rienda suelta al instinto; en las llamas del rencor que hoy llaman a una guerra de hermanos contra hermanos; en la fuerza de un destino arcano y necio que se niega a dejarse vencer por un puñado de héroes ignotos; en la despiadada naturaleza que dio vida a la feroz criatura, compuesta de ironía y desidia, que amenaza con arrasar un centenar de futuros posibles en un sólo golpe; en la tinta con la que fue escrito el verbo, antes de ser pronunciado, en el libro de la vida y la muerte; en el corrompido ocre que se esparce alrededor de los protagonistas de la obra de la realidad; en la decisión final tomada por un único hombre latén cien mañanas y cien muertes traídas por la enorme bestia.

Tiene frente a él a dos seres capaces de eliminarlo. A él y a todos a su alrededor. El alturian es su padre; el alturian es quien violó a su madre y la asesinó luego de parirlo. Es el mago más poderoso que haya visto nunca. Casi lo mata en su primer encuentro. Ninguno quiere que el otro viva.

A sus espaldas ha emergido Thorkul. Una enorme bestia que alguna vez se creyó mitológica. Mas, dado el curso de los hechos, no lo es; es tan real como el agua y el aire. Y quiere devorarlos a todos.

Su alrededor está repleto de alsirios. Algunos son fieles a su imperio, otros pertenecen a una célula rebelde que planea una revolución. Ya no puede distinguir unos de otros.

A su diestra están sus únicos compañeros, Lord Draco y Gotten, un guerrero y un mago. Son su principal apoyo, pero están en la misma situación que él.

En alguna parte está a su media hermana, a la cual ha visto por vez primera hoy mismo. No debe dejar que su progenitor la alcance. Si lo hace podrá realizar un ritual que lo transformará en una divinidad.

Si no atacan a Thorkul el gusano los destruirá.

Si no mata a su padre este huirá llevándose su media hermana.

Si no se preocupa por los suyos nadie más lo hará.

Todos los caminos conducen a un callejón sin salida. ¿Qué hacer?

-¡Muévanse!-grita Faladithz-¡el gusano es nuestro único enemigo en común! ¡ataquenlo!

-Traidor-le dice un guerrero novato a su izquierda. El brujo le arroja un relámpago, noqueandolo y se reúne con algunos de sus hombres.

-No vamos a llegar lejos-murmura mientras un conjurador los cubre con un pilón de maná.

-Podemos abrimos paso peleando y huir-dice alguien.

-No vamos a lograrlo solos. Esa criatura no lo permitirá.

-Permitanme-dice Draco, inmiscuyéndose en la conversación-pero creo que hay algo que puede funcionar.

-¿Qué?

-Observé a esa criatura. Baja las fauces al ras del suelo cada dos minutos exactos. Si todos atacamos el interior de su boca al mismo tiempo podríamos ganar tiempo suficiente para escapar.

-Es un plan tan bueno o malo como cualquier otro-señala Faladithz-no perdemos nada con intentarlo. Pero lo haremos a rango. Ningún guerrero debe arriesgarse en vano.

-Clavaré mi lanza en su lengua-dice el syrtense.

-Vos hacé lo que quieras-responde el brujo.

-Draco, tenemos otras preocupaciones-dice Gotten, señalando al otro extremo del sitio.

Lobo lucha contra el alturian. Fuerza bruta contra magia. La pelea está bastante igualada. Hasta que una flecha se clava en la pierna del semi elfo.

Los adictos al imperio están buscando el modo de hacerse un nombre. Y son muchos.

-¡Carajo!-grita Faladithz. Se concentra y utiliza un viejo truco. Un terrorífico truco. Sus compatriotas caen presas del temor.

Gotten se aproxima y sana al bárbaro.

-No podemos con todos a la vez-le dice el conjurador.

-Encárguense del gusano. Este hijo de puta es mío-responde.

Los alsirios ya están incorporándose. Están en medio de la línea de fuego. Entonces el suelo tiembla de un modo distinto.

De las entrañas de la tierra nacen cien mil estalagmitas. Justo bajo sus pies. Y una veintena de ellos perecen casi de inmediato, con la sólida roca perforando sus torsos, destruyendo sus órganos vitales. Por instinto, Lobo salta hacia un costado, salvando así su vida. Pocos fueron tan afortunados.

-Un pequeño truco de Thorkul, hijo mío.

Él no responde.

-No es el único que le enseñé-murmura el mago, con una cínica sonrisa en el rostro.

Otra precipitación compuesta por fuego se derrama sobre ellos, cual el llanto de un paraíso regido por un demonio.

Hay una barrera deflectora cubriéndolos. No serán tocados. Aún.

-¿Draco?-pregunta Lobo.

-Acá estoy, camarada.

-Váyanse. Abandonen la misión.

-No. Me quedo. No vas a poder solo.

-Yo tampoco me voy-dice Gotten.

-No conozco las palabras-asegura Faladithz-pero te conozco a vos. Y por una vez lucharemos como aliados.

-Cuatro contra uno...-dice por lo bajo el alturian. Se concentra. Ellos lo ven y siguen al bárbaro, quien avanza ya.

El suelo tiembla a causa del mago a la vez que una millar de rayos caen sobre ellos. Domina la voluntad de los cuatro a la vez. Los mantiene en el suelo. Ellos lo sienten. Más estalagmitas se aproximan.

-Esto no era lo que esperaba-gruñe el brujo.

-¡Les dije que se fueran!-grita el bárbaro.

-¡Cállense!-exclama Gotten-entiendan, no puede mantenernos en el suelo y atacarnos a la vez. Usemos eso.

-¡¿Cómo?!

-Se acabó tu buena suerte, hijo-dice el alturian, sin emoción en la voz.

Ya sienten la tierra elevándose bajo sus cuerpos. Pronto todo terminará. El guerrero desfallece. No debía terminar así.

-Lo siento-dice al universo. Todo se hace borroso. En la inmensa oscuridad que reina el umbral de la muerte una luz lo ciega. Divisa la inmensidad de otro mundo. Hay alguien ahí. Lo sabe, aunque nada ve.

-Levántate-escucha decir a una voz.

Y la luz se transforma en hechos. Y el hecho es, él se pone de pie, aún cuando la magia dicta lo contrario.

-¿Quién?-murmura.

El alturian no puede estar más sorprendido. Estupefacto, se niega a creer lo que sus ojos le muestran. De algún modo se libró del conjuro.

Ahora los otros recuperan su voluntad. Se incorporan y corren. Las estalagmitas quiebran el suelo, una vez más, llevándose a otra veintena de alsirios.

Thorkul brama. La bestia está harta.

-¡Lobo, vení!

-Esto termina acá-dice el bárbaro.

Arremete contra su padre. Morirá o librá al mundo de un mal innecesario. Es demasiado tarde para cambiar de dirección cuando escucha el estallido.

La enorme criatura hizo algo. No sabe qué, pero nadie más puede ser responsable. Vuela treinta metros a causa del impacto. Jamás sabrá que lo golpeó. Cae, ensangrentado, junto a una enorme roca.

Lo último que ve antes de perder el conocimiento es al alturian escapando. Lo ve detenerse junto a un cuerpo (¿vivo? ¿muerto?) recogerlo y continuar la carrera.

Luego todo es la oscuridad de un dormir sin sueños.

Nueva Raeraia.

-¡No!-grita Remus.

-¡Ya ciérrnle la boca de una buena vez!-grita Elrod.

-Hay que aguantarlo-responde Wolfus.

-¡No! ¡hay que moverse! ¡ahora, ahora, ahora! ¡está ocurriendo! ¡ahora!

-Este tipo está loco-dice Adicto.

-¿Recién te das cuenta?

-Es el diablo-murmura Remus-es el diablo y está cerca... viene por nosotros... por todos nosotros...

-Voy a cocinar-les dice Lloid-al menos allá no lo tengo que escuchar.

-¿Por qué tenemos que aguantar nosotros su locura? ¡tiene un clan!

-Ya te lo expliqué, Elrod, los Fénix salieron en una misión. No había nadie más para cuidarlo.

-¿Qué misión?

-No sé, no me dijeron. Y no pregunté.

-¡El diablo!

-¿Por qué no preguntaste!

-¡La muerte!

-Porque quería terminar con el asunto...

-¡Vienen por nosotros!

-...lo antes posible.

-¡Están acá! ¡ya empieza!

-Hubieses consultado, hombre.

-¡ya empieza! ¡tengan miedo!

-Sabés que no podemos negarnos.

-¡el fin está cerca!

-Yo se los hubiese mandado a los Centinelas.

-¡Está despertando!

-Ahora que lo pienso tenés razón...

-¡Está despertando!

Al pie de Golpe De Thorkul.

El bárbaro abre los ojos. Lo primero que ve es a un reducido grupo alsirio descansando. Siente como el suelo aún tiembla. Mira alrededor mientras se pone de pie. Ya no está en la zona de riesgo.

-¿Qué pasó?-pregunta.

-Recibiste un ataque directo de esa cosa-responde Gotten-logramos sacarte a la rastra. No sé como estás vivo. Los sobrevivientes son los que nos siguieron. La mayoría están acá.

-Entonces Thorkul sigue vivo.

-Dudo que pueda morir; dudo que alguien sea tan poderoso o que algún ejército esté íntegramente compuesto por suicidas.

-Sólo resta esperar que se calme, ¿eh?

-Exacto. Ahora estamos a salvo. Pero hay malas noticias.

-¿Cuales?

-Por donde empiezo... la mayor parte de tus aliados murieron. Faladithz apenas pudo reunir a estos y le costó una buena discusión convencerlos para que no nos maten. Muchos de los otros alsirios escaparon, también, así que pronto el imperio sabrá de su plan. Y lo peor de todo es que vi a tu padre huir. Consiguió llevarse a tu hermana, después de todo.

-¡Carajo!

-Esto no va a terminar bien-dice Draco.

Sin mediar palabra Lobo se para y busca con la mirada a Faladithz. Lo encuentra a unos cuantos metros, discutiendo con un arquero.

-Vení acá-le dice, tomándolo del brazo.

-No hace falta que me des las gracias-le dice el brujo.

-No te voy a dar las gracias. Escuchá, el tiempo apremia. Llevá a tu gente. Todo sigue como se había planeado, excepto que vas a tener que convencer a los otros sin mí.

-Difícil. Buena parte de los “otros” son los que lucharon contra nosotros en Pozo.

-Genial... entonces seguí con la gente que tenés. Será en una semana.

-Bien. Una semana.

-Durante la noche.

-Durante la noche, sí, recuerdo el plan, quedate tranquilo.

-¡Estoy tranquilo!-exclama el guerrero.

-No. No lo estás.

Silencio. Lobo toma aire y habla.

-Necesito un poco de... espacio. Acá es donde separamos nuestros caminos. Buena suerte-le dice.

-Buena suerte para vos-responde Faladithz, extendiéndole la mano. Con cierto recelo, Lobo la estrecha.

Parten rápidamente. Pronto se pierden en el horizonte. Los tres que quedan no se miran.

-Digan algo-murmura Gotten.

-Fracasamos.

-No. Aún estamos vivos, ¿verdad?

-Pero no logramos evitar que tu padre logre su objetivo.

-Da igual. Tuvimos demasiado en contra.

-Lobo... tenemos que ser realistas.

-Lo soy, amigo mío. Sólo te remarco que no es tan grave.

-¿No?

-No. Aún hay algo que puede ser hecho. Pero necesito hacer una visita primero. Y sólo tenemos una semana.

-¿Una semana? Por lo que sabemos tu padre puede estar haciendo el ritual ahora mismo.

-Lo dudo mucho. Cuando logré levantarme pese a su hechizo había algo en su mirada. Creo que está...

-¿Impresionado?

-...orgullosa, diría.

-¿Te importa?

-Si puedo usarlo en nuestro favor, sí.

-Explícate.

-Creo que cuando realice el ritual va a asegurarse de que yo esté ahí para verlo.

-¿Y si no?

-Si no... bueno, supongo que ya sabemos lo que pasará.

-Sí...

-Debo marchar, amigos míos. Nos veremos dentro de cinco días, en Fisrael-dice Lobo con seguridad. Casi con esperanza.

-Bien. Asumo que no volverás con nosotros-responde Gotten.

-Iré solo. Ya sabes, a veces me cuesta trabajar en equipo.

-Lo sabemos, camarada-le dice Draco-que la luna ilumine tus noches.

Se unen en un fraternal abrazo y se separan. El caballero y el conjurador se dirigen al Puente Pinos. El bárbaro se pierde en el bosque, con rumbo al Puente Menirah.

Tras quince minutos de fingida soledad, habla en un dialecto alsirio.

-Salí, sé que estás acá.

-Bueno, parece que me viste-responde Luna.

-No. Te olí.

-¿Se te puede engañar a vos?

-La historia de mi vida dice que sí. Lo dice con vehemencia, de hecho.

-Bueno... me camuflé para acompañarte porque sabía que si te lo decía abiertamente ibas a negarte y si insitía...

-No necesito un guardaespaldas. Sé cuidarme solo.

-Podés necesitar ayuda.

-Siempre la necesito. Pero hay precios que no estoy dispuesto a pagar.

-¿Precios?

Lobo toma aire, se frota las sienes y luego habla:

-Volvé a Alsius. Vas a ser más útil en el regimiento de Faladithz que acá, conmigo.

-Pero acá es donde quiero estar. Es nuestra misión.

-No es una misión. Es una responsabilidad. Y no es nuestra, es mía. Nadie más que yo debe cargar esta cruz.

-Pero...-dice la arquera cuando él la interrumpe.

-¡Al suelo!-grita y la empuja. Ella cae y una flecha, que hubiese impactado en su cuerpo, corta el aire.

Un brujo y un tirador. Ignitas. No están lejos. El bárbaro se lanza contra los enemigos. Recibe dos flechas y algún tipo de magia. Ignora los ataques. Parte las piernas del tirador a martillazos y luego destroza su pecho. Se yergue y da un alarido, mareando al brujo. Le da un empujón que lo tira al piso y da muerte al arquero con un certero golpe que parte su cabeza.

Ahora quiere encarar al brujo pero una hiedra se materializa desde el suelo, enredándose en sus piernas, impidiéndole avanzar. Está a merced del otro.

Una flecha se incrusta en la yugular del mago. Lobo gira la cabeza y ve a Luna a treinta metros.

-Aprendiste bien-le dice.

-Eso parece-responde ella-¿Ahora puedo ir con vos?

-Por supuesto que no.

-Vamos...

-No.

-Si acabo de salvarte la vida...

-No vas a venir por dos motivos. Primero vas a ser más útil en la operación en Birka.

-¿Y segundo? ¿vos podés solo con todo Ignis, verdad? ¡no sos nada del otro mundo!-exclama ella, como una adolescente histérica.

-Segundo, no voy a cargar con tu muerte en mi consciencia-responde él.

-¿Te preocupa mi vida?

-Ya tengo demasiados finales latiendo en mi pecho. No quiero ni necesito otro.

-Sé cuidarme sola.

-No vas a poder cuidarte sola en el lugar al que voy.

-¿Y a donde va el señor importante ahora?

-Medenet.

-¿Ignis?

-Exacto.

-¿Cómo vas a atravesar la muralla?

-Eso no es asunto tuyo.

Ella suspira, resignada.

-Supongo que no voy a poder convencerte, Lobo.

Se aproxima y en puntas de pie besa la cicatriz en forma de ele sobre la mejilla del bárbaro.

-Espero que tengas suerte.

Se da la vuelta y se va. No puede sino recordar sus visiones en el infierno. Una mujer humana, desnuda junto a él en el lecho, clavando un puñal en su espalda.

Sacude la cabeza. Nada de eso importará si no sale vivo de lo que le aguarda.

Syrtis. Playa Este. Al mediodía siguiente.

-Lista la fogata-dice Wolfus.

-Gracias-responde Amelie.

-Gracias a vos, por dejarme venir.

Ella no responde. Se acerca a la hoguera y comienza el ritual. Recita lentamente la plegaria. Cuando termina, él toma el niño en brazos y se lo entrega.

La elfa con paso decidido ingresa en las llamas. Y cuando el calor quema su piel el tiempo se detiene.

-¿Qué buscás, hija?-pregunta en su mente, sin pasar por sus oídos, la voz del universo.

-Piedad-responde ella.

-Todo puede ser logrado. Explica tu caso.

-La humanidad de este niño fue quemada. Crearon un monstruo.

-Lo sabemos.

-Denle lo que es suyo.

-Podemos. Pero hay un precio.

-Eso no importa. Siempre hay un precio.

-Crearemos un nuevo cuerpo reciclando el que ahora tiene. Su naturaleza ya no estará corrupta. Pero debés entregar algo a cambio.

-Lo que sea-responde ella.

-¿Lo que sea?-pregunta el universo.

-Sí.

-Bien. Ahora saldrás del fuego pero el niño permanecerá. Haremos nuestro trabajo. Y cuando llegue el momento, vos vas a hacer lo que te pidamos.

-Es un pacto-dice la maga y suelta el cuerpo. Da un paso atrás y ve como ocurre.

En medio del llanto del semi elfo un haz de luz golpea la fogata. Las llamas se asfixian. Y algo arde. Medio latido después todo ha terminado.

-¿Qué pasó?-pregunta Wolfus.

-Tuvimos éxito-dice ella, aliviada.

-¡Genial! ¡hay que celebrar!-exclama el brujo mientras toma al niño en brazos.

-¿Sabes? Nació de nuevo.

-Sí. Es hora de bautizarlo, ¿no te parece?

-Lobo.

-¿Qué?

-Se llamará Lobo. Igual que su hermano.

-¿No tendríamos que preguntarle a él?

-No. No después de esto. Ese será su nombre. Y hará honor al mismo-responde ella, sonriendo.

Medenet. La noche siguiente.

La bruja tiembla. Lo escuchó. Está segura. Sabe que alguien está en su casa. Pero en la oscuridad

nada puede verse.

Recorre el lugar por segunda vez. Está sola. Pocas veces en su vida sintió miedo. Pero esta sensación de inseguridad es demasiado extraña. No entiende qué ocurre. Nadie se atrevería a interrumpir en su hogar. Saben lo que le espera. Y es eso lo que la inquieta.

Quien quiera que haya entrado debe ser lo suficientemente poderoso para vencerla. Y la lista con esos nombres es realmente corta.

Otra vez. El mismo ruido. Está segura. Alguien la busca. No va a acercarse al lugar de origen del sonido. Sabe que el intruso está delante de ella.

-¿Quién está ahí?!-grita, furibunda.

-Soy el diablo y vengo por vos-le responde, emergiendo desde las sombras a sus espaldas, tomándola por el cuello y arrojándola al suelo.

La bruja no tuvo oportunidad.

-Lobo-murmura entre dientes-así que no estás muerto, después de todo.

-No. No lo estoy.

-¿Viniste a matarme?

-No. Vine porque necesito tu ayuda, Elendriel-dice el bárbaro.

-¿Ayuda? ¿con qué?

-Tenés que ayudarme a morir-responde.

Y el mundo desprevenido comienza a cambiar.

Capítulo XXII

Selah

Siete días antes.

El alturian prepara el líquido con paciencia. Hace mucho que no usa estas tácticas. Podría fallar. Y necesita viva a la norda.

El ritual llamado La Ascensión es extremadamente complejo. Cada una de las piezas necesarias son frágiles y escasas.

Humilde soberbia.

Modesta vanidad.

Calma ira.

Penitente pecado.

Piadoso castigo.

La ámbiola, el amuleto que funcionará como catalizador durante la transición del estado humano al divino.

La sangre generada a partir de su propia sangre, necesaria para pintar las diez mil runas que comienzan la ceremonia.

El texto antiguo, el poema de la Resurrección Sin Muerte.

Y un alma.

Pero nada de esto sirve de algo si no consigue cooperación. Todo debe ser entregado voluntariamente. Al principio pensó que sería fácil. Sus dos hijos ignitas lo idolatraban. Algunas mentiras y un poco de manipulación hubiesen bastado para tener todo en el lugar donde lo quiere.

Pero apareció el semi elfo, mucho antes de que el reloj comenzara su alocada vuelta final. Está seguro de que el bárbaro sabe más de lo que admite. A otros una mutilación le parecería simple e innecesaria crueldad.

Pero donde otros ven sencillez y monstruosidad, él ve una movida inteligente. Cortar las extremidades produce un desangramiento muy rápido.

Sin sangre no hay ritual.

Ahogado el primer plan, fue por su odiado hijo syrtense. Todo salió como se esperaba. Excepto por el asalto final. Nunca pensó que Lobo fuese a salir victorioso de ese encuentro. Ni que él debería huir como una rata cobarde para salvar su vida.

Pero ocurrió. Así que fue a buscar a su hija. Ahora la tiene. Todo sucederá pronto. Necesita que voluntariamente entregue su vida y alma para que La Ascensión pueda ser llevada a cabo.

Por supuesto, no le bastará con mentiras y manipulaciones. Debe regir su mente. Para eso prepara las pócimas. Le tomará unos cuantos días tener todo listo. Mientras tanto, la mantiene inconsciente.

Nunca la conoció. Y por él está bien así.

Seis días antes.

-Es un juego peligroso, Lobo-le dice la bruja ignita.

-Decime algo que no sepa-responde él.

-Hasta donde sé, nunca nadie intentó algo como esto.

-¿Y?

-Y no hay precedentes. Los resultados son... inciertos.

-Ese no es problema. Entendelo, estamos tocando fondo. Nada podrá empeorar la situación.

-Cualquier cosa será para mejor, ¿verdad?

-Eso creo. Aunque no puedo garantizarlo.

-Y yo no puedo garantizar resultados. Ningún tipo de resultado.

-¿Qué querés decir?

-Que si hacemos esto pueden pasar muchas cosas. Podés tener éxito, es verdad, pero también es posible que no ocurra absolutamente nada.

-Tendremos que correr el riesgo.

-Bien, entonces. Necesitaré reunir los materiales. Vas a tener que ayudarme.

-Haré lo que esté a mi alcance.

-Toma-dice la ignita, extendiéndole un papel y un lapiz-anotá.

-Dale de una vez-murmura el bárbaro tomando los objetos.

-Sangre élfica. Doce litros de doce seres diferentes.

-Esa es fácil-acota Lobo.

-La vista de un mito.

-¿Y eso sería?

-Ojos.

-Creo que sé donde conseguir el ojo de Satarco.

-Servirá. Aliento de dragón.

-¿Fuego?

-Sí. Una fogata estará bien.

-Seguí.

-Un fantasma.

-¿De dónde se supone que voy a sacar un fantasma?

-Deja-murmura la bruja, ofuscada-traeme sólo lo que te pedí antes. Yo conseguiré el resto.

-Como quieras...

Cinco días antes.

Cruzan la muralla al siria sin ánimos. El día ha sido largo y el viaje extenuante. Se los ve desmoralizados. Sonríen por dentro cuando no los detienen en la puerta. El brujo sabe que serán reportados, que vendrán por ellos, que tratarán de encarcelarlos. Sólo ruega a Org un poco de tiempo para cumplir con su misión.

-¿Birka?-pregunta una maga a sus espaldas.

-Birka-responde Faladithz.

-¿Creés que vamos a lograrlo?

-Debemos. Si fracasamos...

-Hay miedo entre la gente-explica ella.

-Lo sé. ¿Pero qué queda por perder? Nosotros estamos ya sentenciados. O luchamos y salimos airosos o caemos sin oponer resistencia.

-Lo decís como si no existieran opciones.

-¿Acaso las hay? Es todo lo que tenemos.

Su interlocutora no responde. Comienzan la caminata con pesar en el alma. Tras una hora de marcha, el mundo se desmorona ante ellos.

A su lado va otro regimiento. Son los sobrevivientes de la batalla en pozo. Los adictos al imperio.

-¡Ustedes!-grita uno de ellos, reconociéndolos.

-¡Carajo!

-¡Traidores! ¡morirán ahora!-exclama un guerrero y desenfunda su espada.

-Esperen, ustedes no entienden...

-¡Sí que entendemos! ¡nos llegaron los rumores de la creación de su quinta columna! ¡traidores!

Faladithz se harta y da el primer golpe. Congela al primero de ellos. Una flecha alcanza su hombro y el infierno se desata.

Uthgar contra uthgar. Enano contra enano. Alsirio contra alsirio. Danza la muerte frente a ellos y ellos danzan ante un futuro de paz que se aleja, mientras los límites se cierran.

Se rompen las flechas contra los escudos, sacude el suelo la magia, amputan extremidades los filos de las armas. La sangre cubre el lóbrego campo de batalla improvisado en una escaramuza de hermanos contra hermanos.

Entonces, alguien lo comprende.

-Llevamos generaciones peleando contra nosotros mismos-murmura-¡esto siempre fue una guerra civil!

Arroja su arma al suelo y se sienta en medio de la batalla.

-¿Qué hacés?-le pregunta un caballero mientras lo cubre.

-Dimito. No voy a derramar más sangre.

-¡¿Estás loco?! ¡ellos no van a dudar en matarte!

Una tiradora escucha la conversación. Su deber es aprovechar la distracción y matar al menos a uno de ellos. Lo piensa un segundo. Luego, arroja el arco al suelo, se quita el yelmo y se sienta junto a quien protege el caballero.

Pronto otros los imitan. Minutos después quedan sólo seis personas luchando. Se contemplan y observan el rededor. De pronto unas enormes calaveras se materializan sobre ellos. Los pocos que estaban de pie caen al suelo, presas del pánico. Apenas pueden respirar. Conocen el hechizo, lo han visto, y sufrido, un centenar de veces. Pero nunca se está preparado para eso.

-Ahora que tengo su atención-les dice Faladithz-hay algo que debo explicarles. Voy a decir la verdad, pero toda la verdad. Sobre nosotros y sobre ustedes. Sobre Alsius y sobre nuestros gobernantes. Pero más importante, voy a decirles la verdad sobre lo que ocurre en Imperia cuando, se supone, nadie está mirando.

Están cansados. Han combatido desde la adolescencia, desde la infancia incluso. Han visto a sus familias y a sus amistades morir por nada. Han cometido atrocidades ellos mismos. Y hoy se preguntan, ¿por qué? ¿qué beneficio ha traído tanta muerte?

Sólo los cementerios están tan poblados como las arcas de la nobleza.

Cuatro días antes.

-No estoy seguro...

-¿Por qué no?

-No sé... insisto, hay que preguntarle a él primero.

-¡No podemos dejar que este crío siga sin nombre!

-Bueno, bueno... pero si Lobo se enoja es tu culpa.

-¿Por qué mi culpa?

-Porque vos insistís en esto.

-Dejate de joder. Se hace el bautismo dentro de dos días y listo.

-Se va a enojar...

-¡Que se enoje!

-Bueno, pero se lo vas a explicar vos.

-No hay problema. Yo se lo explico. ¿Algo más?

-Sí, explicale a la gente lo que va a pasar.

-Ya te dije, eso no está en mis manos.

-¿No sabés quienes están con nosotros en esto?

-La verdad, eso lo sabe sólo él. No me dijo nada.

-Debería.

-Es mejor así. Sabremos quienes son nuestros aliados cuando llegue el momento.

-No entiendo por qué tanto hermetismo.

-Supongo que será para minimizar la filtración de datos.

-Sí, bueno...

-¿Bueno?

-Bueno... tengo mis dudas.

-Lógico. Falta poco. Y esto es...

-¿Impensable?

-Sí.

-Es por eso que creo que puede funcionar. Raptarlos a todos en la noche... si funciona la mitad del trabajo estará hecho.

-¿Sabes? No sé como terminará todo. Lo único que espero es no tener que ser quien los ejecute.

-¿No hay posibilidad de perdonar sus vidas?

-Ninguna, según el plan.

Tres días antes.

-Esto será suficiente-dice Artemisa, contando el oro.

-Bien-responde el bárbaro.

-Las tendré listas en cuarenta y ocho horas.

-¿Las doce, verdad?

-Las doce. Las dejaré donde me pediste. No te preocupes.

-No lo hago, tu fama te precede. Sé que sos buena carpintera.

-Que raro... poca gente sabe que soy carpintera.

-Digamos que soy un privilegiado con respecto a la información.

-Ya veo-dice ella-lo que sigo sin entender es para qué podés querer doce.

-Es difícil de explicar, Artemisa-le responde el guerrero, desviando la mirada hacia el mar.

-Está bien-refunfuña ella-cuanto menos sepa, mejor. Aunque te digo, esto sigue siendo muy extraño, Lobo. No sé si confiar en vos.

-Nos conocemos. Por eso mismo vengo a vos.

-Hay muchos carpinteros. Y nunca fuimos íntimos amigos.

-No hace falta.

-Me pondré manos a la obra ahora mismo-afirma ella, tras un momento de meditación.

-Te dejo trabajar en paz.

El semi elfo corre hacia el sur. Volverá por la playa. Un camino un poco más peligroso, pero también más breve.

Se para junto al mar y contempla la inmensidad por un momento. Las palabras de Kurt resuenan en su mente. Todas y cada una de ellas.

-Honraré nuestra bandera-dice, quizás con la ingenua esperanza de que él lo escuche en algún rincón de la eternidad.

Embiste para acelerar el paso. Debe llegar a Nueva Raeraia lo antes posible.

Dos días antes.

-Parece que tenemos más aliados-le dice Luna.

-Créase o no, es así-asegura Faladithz.

-¿Cuándo será?

-Dentro de dos noches.

-Ya no hay marcha atrás.

-No. Pero Org nos ha sonreído. Pensé que iban a denunciarnos, que todo se desmoronaría. Pero no sucedió.

-¿Destino?

-Tal vez. O tal vez el universo se hartó hoy de lo que sucede sobre su espalda. Da igual. Esto tiene que terminar ahora. A todo esto, ¿por qué te retrasaste?

-Lo seguí.

-¿A Lobo?

-Sí. Pensé que podría necesitar ayuda.

-La necesita.

-¿Entonces por qué no me dejó ir con él?

-Porque te necesita acá. Esta podrá ser una misión colectiva, pero sin ese hombre no podría hacerse. Siempre pensé que nadie era imprescindible, pero ya vez...

-Amigos y enemigos lo escuchan, sí. Es raro.

-¿Él o la situación?

-Las dos cosas.

-Y aún no sabes ni la mitad-murmura el brujo.

Un día antes.

-Será mañana-les dice la reina, de pie en el auditorio-será mañana cuando todo termine; cuando todo empiece. Será mañana cuando demos a los vivos la oportunidad que no tuvieron los que jamás pisarán la tierra de nuevo.

>>Será mañana por la noche. Irrumpiremos en sus hogares como ladrones; como mesías. Los llevaremos al sitio del pacto, porque la hora de cumplir habrá llegado. Será mañana, cuando las diosas nos sonrían, que libraremos al mundo de la corrupción y la mentira, de la manipulación y la ignorancia.

>>Será mañana el día en que todo el esfuerzo tenga al fin su recompensa. No sucederá de un día para el otro, pero las semillas de un futuro mejor se plantarán. Y crecerán. Y ningún niño volverá a sufrir como lo hicimos nosotros.

>>Será mañana cuando el velo se corte. Y en los años venideros ya ninguna de nosotras deberá fustigarse de nuevo. No volveremos a sentirnos impuras por obedecer lo que el instinto ordena.

>>Será mañana.

Y los presentes responden:

-Mañana, su alteza.

Se arrodillan ante ella. Es la última vez, piensa Maryan, que me alzo entre ellos. A partir de ahora seré una más. Ya no será necesario que alguien ocupe este lugar.

Una suave brisa acaricia su piel. Se pregunta si serán los vientos del cambio de los que alguna vez le hablaron. O si será un vaticinio de sangre.

Angustia y temor laten al unísono en su pecho.

La medianoche la sorprende contemplando la luna llena. Piensa en el bárbaro. Ruega porque todos cumplan su parte. Entonces observa la posición de las estrellas.

-Hoy ya es mañana-murmura a nadie.

Ahora.

Sucede en todas las ciudades de todos los reinos a la vez. Silenciosos, fundidos con la oscuridad, con los rostros cubiertos, aún ignorando sus identidades entre ellos, se cuelan en las casas y los cuarteles, en los edificios y los templos.

Son veloces. Siguen un plan al pie de la letra. Algunos despiertan y son asesinados ahí mismo. Nobles. Militares. Grandes mercaderes. Sacerdotes. Ellos, y sus familias.

En su mayoría logran sedarlos a todos antes de dar el siguiente paso. No hay pérdidas no contempladas.

En Fisrael los Goldenheart oponen resistencia. Por el modo de combate de quien les hacen frente todos saben que es Lobo. No usa armas para enfrentarse a ellos. Los noquea con las manos desnudas.

En Birka, es evidente que aquel que incinera vivo a un general no puede ser otro sino Faladithz, el brujo.

En Altaruk se sabe que el demonio que ultima a Gazzan Fenixsteel es controlado por Maryan.

Los que no mueren, los que son secuestrados, están atados de pies y manos. Cada facción se los lleva a lugares ocultos incluso para ellos mismos antes del alba. Dentro o fuera de la muralla, el destino final de cada uno de ellos aguarda el momento de dibujar sobre la hoja de la historia del mundo cientos de puntos y aparte.

Lobo, aquel llamado el maldito, guía diez caballos que tiran de la carreta en la cual transporta doce elfos inconscientes.

Los mantiene dormidos con unas pociones mágicas creadas por su amigo Wolfus. No despertarán antes de tiempo.

Arriba a la playa frente a las ruinas del castillo Eferias. Los doce objetos están ahí, tal como Artemisa prometió.

Durante la noche trabaja en la ominosa tarea, con asco y repulsión, con culpa y, a la vez, con cierta alegría.

Al amanecer, los primeros rayos de luz bañan su rostro. Está de pie en medio de los doce cruces. Respira la bruma marina que cubre la playa. Sabe que todo ha cambiado. Ya no quedan, al menos en Syrtis, nobles ni militares de alto rango, grandes potentados ni traficantes de influencias.

El semi elfo toma una hoja de papel y recita en voz alta el salmo de despedida, un antiguo rito élfico, para desear buen viaje a los muertos. Él los asesinó, pero eso no importa.

Hace un alto, un selah, antes del último verso. Y medita en lo que le espera. Está maldito. Pero quizás exista una esperanza de redención aguardando por él no ya en un rincón de la memoria, sino en una curva del futuro.

Termina de leer y emprende el camino de regreso. Una revolución espera por él.

Capítulo XXIII

Las Ruinas De Tu Vida

Los gritos en cuatro lenguas distintas son el único y verdadero paisaje sonoro de la capital. El augurio de una batalla hasta ahora inimaginable puebla los corazones. La fría convicción de un inminente cambio azota las mentes.

En lo profundo del alma, todos saben que no hay marcha atrás. Para bien y para el mal el mundo está cambiando. Y nadie puede detenerlo.

El relincho agonizante de un caballo es lo que te despierta. Vos te levantas a tientas en el amanecer. Tu habitación está a media luz, aún, así que te vestís en las sombras, como cobijandote de un gran mal que pronto ha de ascender.

Los reclamos y los llantos, las amenazas y las súplicas te intimidan un poco, pero salís a la calle igual. Es desolador.

-¡Esto no puede ser!

-Inaudito...

-¿En serio no hay nadie?

-No. Nadie.

-Pero... ¿ahora quién tomará las decisiones?

-Decidir...

-Necesitamos... ¡algo!

-¿Pero qué?

-No sé, algo...

-¡Mi tío, la puta madre, mi tío!

-Tan jóvenes...

-Es monstruoso lo que les hicieron...

-Eran unos forros, nos cagaron de hambre todo este tiempo.

-No voy a derramar una lágrima por ellos.

-Verdad. Mandaron a morir a mis cinco hijos. Mi mujer falleció de tristeza.

-Arruinaron mi vida.

-Y la mía.

-La de todos.

-Pero los mataron como animales, como ganado.

-Hicieran lo que hicieran, aún eran personas.

-Monstruos.

-Demonios, diría yo.

-Ese no es el problema. Ahora estamos desamparados.

-No hay militares ni nobles, no hay nada.

-Eran una peste.

-Sí, pero mantenían al ejército funcionando.

-Ahora los otros reinos podrán vencernos fácilmente.

-Todavía tenemos fuerzas bélicas, estaremos bien.

-Serán derrotados sin estrategias.

-Aún tienen órdenes, habrá nuevos líderes.

-¿Y eso está bien? Mirá mi espalda, ¿ves las cicatrices? ¡Es lo que me hicieron los líderes!

-Debe haber otro modo...

-Debe haber algo que hacer...

-Tengo miedo...

-Mamá...

-Señores, calma. Peores cosas han ocurrido en nuestro pueblo. Y siempre sobrevivimos.

-No todos.

-Como pueblo, quiero decir.

-Lo único que pueblan muchos es el cementerio.

-Esperen...

-Mamá

-Eran unos tratantes de blancas... ¿saben la hijas de cuantos vendieron?

-Espera, hijo...

-Demasiadas...

-Una ya es una tragedia.

-¡Mamá!

-¡Hijo, espera!

-Si pudiéramos llegar a un pacto con los enemigos...

-Están locos. ¿Pacto? Van a matarnos a todos, a incendiar nuestras ciudades y a violar nuestras mujeres.

-¡Hay que pactar! Será el menor de dos males, al menos.

-¿Cómo vamos a pactar si ni siquiera sabemos hablar sus idiomas?

-Ni ellos los nuestros.

-Lo que me pregunto es quién está detrás de esto.

-Debe haber sido alguien dentro del reino.

-No. Fueron ellos, los enemigos.

-¿Traidores?

-¡No sé!

-¡Mamá, tengo miedo!

En silencio, te alejás. Querés quedar al margen, pero sabés que eso no puede ser. Ya no sos un patriota. Esa palabra, pensás. Y no podés evitar recordar tu encuentro con esa sombra humana en Imperia. Tenías tus motivos para estar ahí. Él sólo estaba comiendo un animal que había cazado.

-¿Quién sos?-te había preguntado.

-Un patriota-respondiste.

-Un idiota-te dijo y luego te noqueó de un golpe. Despertaste bastante lejos. Pero no quisiste volver.

Mucho tiempo después supiste que ese hombre era aquel llamado el maldito. Nunca importó demasiado. Pero hoy pareciera tener un significado, aunque no podés dilucidarlo.

Corrés a los establos y hablás con el herrador.

-Diez mil-murmura.

Pagás y tomás un caballo. Se ve fuerte y saludable, será útil. Comenzás la alocada carrera desde la capital hasta la zona de la muralla.

Tardarás, lo sabés, pero al menos tendrás noticias. Es una buena excusa para estar alejado de la

gente por unas horas. Hasta que las aguas se calmen y alguien tome una decisión.

¿Pero quién?

En el trayecto un millar de ideas cruzan tu mente. Este puede ser el fin de tu reino. Y todos lo saben. Las cúpulas de todas las áreas han muerto. Doce de ellos han sido crucificados, como un símbolo, probablemente. O como una advertencia.

Ya cunde la desconfianza. Mirás de un modo distinto cada sombra y cada rostro. ¿Conspiración? No podés asegurarlo, por supuesto, pero tampoco podés negarlo. ¿Fueron fuerzas externas o internas las que desataron el fuego del infierno que amenaza con abrazarte? Nadie lo sabe. Y lo que es peor: nadie sabe qué es más inicuo.

Porque si fueron agentes de los otros reinos tu seguridad es pésima. Y toda tu tierra es condenadamente vulnerable.

Porque si fueron traidores no pudieron hacerlo sin un grado de consenso por parte de la gente. Y eso significa que hay una facción, muralla adentro, dispuesta a todo.

Se te hiela la sangre. El futuro carece de toda certeza. ¿Cuanto vale ahora tu vida y la de quienes amás? Y meditás en el sentido de la guerra que viene librándose desde antes de tu nacimiento.

¿Alguien se ha beneficiado?

Nadie es más feliz. La alegría es un recuerdo borroso de un momento perdido en la infancia, poblado por la soledad y el silencio, sin risas ni algarabías. Aunque no lo sabés, eso es en realidad algo llamado tranquilidad, un concepto que no puede existir en un campo de batalla.

No hay días tranquilos en el grito del que agoniza, en el silbar de las flechas, en el rechinar de las espadas.

Te preguntás si ustedes son tan buenos, si los otros son tan malos. Y tras un momento la conclusión es inevitable: algunos son mártires, pero ninguno es santo.

Elfos. Utghars. Moloks. Semi elfos. Enanos. Esquelios. Elfos oscuros. Alturians. Nordos. No son tan distintos.

Todos comen. Todos beben. Todos respiran. Todos duermen y todos mueren. ¿Por qué centrarse en tantos finales si pueden acompañarse y beneficiarse mutuamente en el trayecto?

¿Por qué precipitar tantos funerales?

¿Por qué?

El ocaso ha transcurrido cuando llegás a la ciudad cercana a la muralla. La luna llena no es lo que mejor ilumina el sendero que obligás a recorrer al caballo, sino las llamas de las antorchas.

No sabés bien lo que ocurre. Te acercás con cierto recelo y escuchás las conversaciones, intentando no llamar la atención

-Ya se sabe, gente, ya se sabe...

-¿En los tres reinos?

-¿Seguro?

-Sí. Los cazadores que llegaron hoy trajeron los rumores.

-¿O sea que no sólo nos pasó a nosotros?

-Y no...

-Crucificados...

-Doce crucificados, los más influyentes de cada reino.

-Doce en Altaruk, doce en Birka y doce cerca de lo que queda de Eferias.

-Los militares más importantes también.

-Y los grandes mercaderes, los productores, todos.

-Algunos alquimistas.

-Los mataron a todos.

-Eso significa...

-Significa que los tres reinos estamos a ciegas. Que todo corremos el mismo peligro.

-¿Eso tiene que tranquilizarnos?

-No sé...

-A mí no me avergüenza confesar que tengo miedo.

-No es eso...

-¿Entonces?

-Que ya hay quienes hablan de... ustedes saben.

-No, no sé, ¡hablá!

-¡Hablan de tomar el control! ¡dicen que hace falta un líder!

-Mierda...

-Algunos quieren un rey, otros una nueva nobleza, algunos más pretenden una república.

-Los intelectuales están reunidos ahora. Lo mismo algunos soldados.

-¿Qué hay del hombre común?

-Nosotros somos el hombre común.

-Esto... no sé... algunos dicen que se sabe quién está detrás de todo...

-¿Quién?

-¿De qué reino?

-¿Cómo lo saben?

-Bueno, dicen que es gente de los tres reinos. Y no cualquier gente.

-¡Explicate de una vez!

-Faladithz, el brujo, coordinó a los alsirios.

-Maryan a los ignitas.

-Y dicen que aquel llamado el maldito crucificó personalmente a los syrtenses.

-¿Están seguros?

-No podemos estarlo. Pero... yo lo creo. Incluso tiene sentido.

-¿Por qué?

-Porque esos tres no tienen leyenda tras de sí por nada.

-¿Carisma?

-Algo así... ya sabés las historias que se cuentan.

-Sí...

-Lo que no entiendo es para qué hicieron esto.

Entonces, decidís tomar la palabra. Porque también tenés derecho a hablar. También sos parte del reino. También sos una persona.

-Miren-les decís-tengo una idea... creo que sé porqué está pasando esto.

-Explicate-te piden.

-Creo que todo está pensado para traernos a este punto.

-¿Cómo?

-Fíjense. ¿Acaso hay alguien que hoy no se preguntó cosas que nunca antes se le pasaron por la cabeza?

Silencio. No te responden ni te miran. Vos seguís.

-Hoy, al saber que no hay nadie para tomar decisiones por nosotros, tuvieron miedo. Porque estamos acostumbrados a que nos guíen. A tener un pastor. A ser ovejas, a vivir y pensar como rebaño.

-Mientras nuestros hijos mueren en el campo de batalla-acota alguien.

Mirás a ese hombre, ya entrado en años, y asentís.

-Por eso tenemos miedo. Porque nos enseñaron a creer que ahí, fuera de la muralla, está todo lo malo. Y acá, dentro, todo lo bueno.

-¿Y si a ellos les enseñaron a creer lo mismo?-escuchás decir a alguien.

-Pero es posible que no seamos tan distintos. Un herrero es un herrero. ¿Sería diferente por haber nacido en una tierra diferente?

-Sería diferente-dice una mujer-por la gente que lo rodeó en su infancia, en todo caso.

-Pero todos tuvimos entornos más o menos similares. Y todos morimos, o moriremos, de modos más o menos similares-le explicás-nadie se beneficia con esto.

-¡Los nobles tenían cada día más oro!-grita una voz infantil; la voz de quien ha visto al rey desnudo.

Ya no hablás. Todos, avergonzados ante sí mismos, clavan la mirada en el suelo. Saben ahora -en realidad, siempre- cuan hábilmente han sido manipulados. Es preferible mirar para otro lado. La ignorancia conduce a la felicidad. O a una imitación que se le parece. Mucho.

-Nos dieron cosas para contentarnos...

-Vino agrio, cada tanto.

-Una bendición.

-Sí. Somos ovejas y nos bendicen para que seamos cada vez más pasivo-decís vos, entre dientes.

-Benditas ovejas-gruñe un viejo-es hora de cambiar eso, de transformarnos.

-¡Hay que ser lo contrario!-exclama una mujer-¡lo opuesto!

-Ya hay un hombre que es lo opuesto a una bendita oveja. Si lo que dicen es cierto, si él está detrás de todo esto, nos hizo un regalo invaluable.

De pronto un grito quiebra la noche. Corrés en esa dirección, querés saber lo que pasa. Y te encontrás con un cadáver. Un guardia asesinado por un leñador. Los gritos te dejan entrever lo que ocurre.

Un problema para decidir quién será el nuevo gobernante. Ves un empujón. Y otro. Más recriminaciones. Amenazas. Brilla una lanza contra la luz de luna y las antorchas.

Entonces estalla.

Corre ya la sangre. Comienza la violenta escaramuza. Te cubrís en una casa sin imaginar que lo

mismo se repite en cada ciudad de cada reino.

En Altaruk mil piedras caen sobre Tarik, el odio de la gente acaba con su vida rápidamente.

En Birka seis soldados son desmembrados por un centenar de manos.

En Fisgael una lanza arácnida se clava en el pecho de Irehok.

-¡La puta madre!-exclama el pelirrojo bárbaro tras dar muerte al guardia.

Algunas casas son incendiadas. Los edificios de la nobleza pretenden ser demolidos con palos y piedras, con botas y nudillos, con sangre y odio.

Pocos son soldados. La mayoría lucha por reflejo. No tienen claro, del todo, quienes son sus enemigos. Pero nadie caerá por una flecha en la nuca sin enviar a alguien al infierno antes de morir. Quizás porque el descenso es largo y tedioso; porque siempre es bueno ver un rostro conocido, amigo o enemigo.

No sabés bien como, pero llegás a tu caballo y huis. Cruzás la muralla y cabalgás toda la noche, mientras la guerra, por vez primera, se libra dentro de los reinos.

Viajás a la deriva hasta que el caballo cae rendido, sangrando por ojos y nariz. Seguís a pie, pero no resistís mucho. Caés, ya sin energía, tras media hora.

Al amanecer, unas trompetas te despiertan. Reconocés el sonido. Es un llamado militar. Tratás de ubicar el origen, aunque la confusión es grande.

Tenés miedo. No sabés qué sucedió anoche, no sabés en qué terminó la revuelta. Pero algo te dice que ya hay un nuevo gobierno en tu reino.

A lo lejos divisás una silueta. Le gritás, llamando su atención. Se da vuelta y se dirige a vos. Es un bárbaro y no desenfunda su arma. Debe ser un aliado, pensás con alivio.

Entonces, lo reconocés.

-Hola-te saluda en tu lengua.

-Hola-decís por la bajo.

-Vamos, seguime. No hay tiempo que perder.

-¿A dónde?-preguntás mientras tu corazón late repleto de furia.

-Al campo de batalla.

-No soy parte del ejército.

-Eso no importa. Hoy tomaremos una decisión conjunta. Todos.

-¿Qué?

-Civiles y soldados, campesinos y urbanos nos reuniremos para definir el futuro.

-¿No habrá una batalla?

-Seguramente sí, pero siempre las hay. Eso no es lo que importa.

-Lobo-decís su nombre con temor-no te entiendo.

-Mirá, las trompetas sonaron en cada reino. Llamamos a todos los habitantes. Ahora no hay nobles, no hay cúpulas. Es hora de que la voz de la gente se eleve; es hora de hacerse cargo.

-¿Pero de qué?!

-Del futuro-te dice mientras las estrellas arden en su mirada.

No hablás. Lo seguís durante dos largas horas hasta el punto de reunión, alrededor del Monumento A La Vida al sur este del fuerte Stone.

Los ejércitos de las tres facciones están ahí. Te separás del bárbaro al llegar y corrés con los tuyos. Lo ves caminar hacia el centro de las rocas.

No todo el mundo está ahí, lo sabés, pero también sabés que nunca se vio una manifestación como esta. La tensión casi tiene consistencia física. Por un momento pensás que podría cortarse con un cuchillo.

Lobo se reúne con un pequeño grupo. Reconocés a varios. Ese es Faladithz, el brujo, y esa otra es Maryan, reina de los ignitas.

Ves con recelo a tus enemigos y ves como ellos hacen lo mismo con vos. Pero no atacan. Aún no, al menos.

El guerrero da un paso al frente, carraspea, y habla:

-Señores... tuve un sueño-grita, comenzando su discurso.

Vos sabés que estás presenciando un momento histórico. Es tiempo de tomar tu decisión.

Continuar la guerra.

O forjar un mundo mejor, usando como materia prima las ruinas de tu vida.

Depende de vos.

Capítulo XXIV

Visión De Un Día Cicatrizado

1. La reunión

Están los tres en el centro. Alrededor, los más cercanos a ellos, los que participaron en la eliminación de las cúpulas. Los miembros de Masterclan y allegados, el Culto Ignita, la Quinta Columna Alsiria.

Alrededor de las colosales rocas que representan la vida, un monumento heredado por una extinta cultura que alguna vez prosperó y decayó en ese mismo suelo, los ejércitos de las distintas facciones aguardan. Soldados y civiles. Hombres simples que han sido empujados a lo extraordinario.

Son enemigos. Así ha sido desde siempre. Pero ahora, por un momento, no se atacan. No es una tregua, no están pidiendo, ni dando, cuartel. Es una pausa.

Son verdaderos mitos vivientes quienes los han llamado y pedido que hagan lo que deban, pero sólo tras escuchar las palabras de aquel que se ha alzado entre todos.

Creen que la muerte y el horror es normal, ya que han convivido con ellos desde siempre. No valoran, no como debieran, la existencia. No comprenden que los factores necesarios para traer al mundo una vida sobrepasan, por mucho, a un óvulo y un espermatozoide.

Han olvidado que un nacimiento es algo tan complejo y poco probable como la transmutación del aire en oro. Lo ven a diario, por eso lo consideran normal.

Pero es algo maravilloso. Toda esta muerte, por paradójico que suene, tiene por objetivo recordarles eso.

En el centro, Lobo habla a Faladithz y Maryan.

-Traduzcan.

Y comienza.

2. El discurso.

Hoy les digo a ustedes, amigos míos, que a pesar de las dificultades del momento, yo aún tengo un sueño.

Sueño que un día este mundo se levantará y vivirá el verdadero significado de sus credos.

Sueño que un día, en las rojas dunas del Desierto, los hijos de los antiguos elfos y los hijos de los antiguos elfos oscuros se puedan sentar juntos a la mesa de la hermandad.

Sueño que un día, incluso la ciudad de Birka, una ciudad que se sofoca con el calor de la injusticia y de la opresión, se convertirá en un oasis de libertad y justicia.

Sueño que sus hijos vivirán un día en un mundo en el cual no serán juzgados por el color de su piel, sino por los rasgos de su personalidad.

¡Yo tengo un sueño!

Sueño que un día el reino de Syrtis, cuyos nobles escupieron frases de interposición entre las razas y anulación de los Utghars, se convierta en un sitio donde los niños y niñas Utghar puedan unir sus manos con las de los niños y niñas elfos y caminar unidos, como hermanos y hermanas.

¡Yo tengo un sueño!

Sueño que algún día los valles serán cumbres y las colinas y montañas serán llanos. Los sitios más escarpados serán nivelados y los torcidos serán enderezados. La gloria de la Razón será revelada y se unirán todas las razas en un único género.

Esta es nuestra esperanza. Esta es la fe con la cual regresé desde el exilio. Con esta fe podremos esculpir de la montaña de la desesperanza una piedra de esperanza. Con esta fe podremos transformar el sonido discordante de nuestro mundo en una hermosa sinfonía de fraternidad. Con esta fe podremos trabajar juntos, rezar juntos, luchar juntos, ir a la cárcel juntos, defender la libertad juntos, sabiendo que algún día seremos libres.

Ese será el día cuando todos los hijos de La Tierra podrán cantar un nuevo himno con un nuevo significado.

Y si la vida ha de ser grande, esto tendrá que hacerse realidad.

Por eso, ¡que suene la libertad desde la cúspide de los montes prodigiosos de Fisrael! ¡Que suene la libertad desde las poderosas montañas de Birka! ¡Que suene la libertad desde las alturas de Medenet! ¡Que suene la libertad desde las mareas de Korsum! ¡Que suene la libertad desde las sinuosas pendientes de Rottersvall!

Pero no sólo eso, ¡que suene la libertad desde los Pasajes Del Monte! ¡Que suene la libertad desde el monumento a Allahed! ¡Que suene la libertad desde Golpe De Thorkul!

Cuando escuchemos la libertad y la dejemos ser oída en cada aldea y en cada caserío, en cada estado y en cada ciudad, podremos acelerar la llegada del día en que todos los hijos de La Razón, elfos y utghars, enanos y moloks, semi elfos y elfos oscuros puedan unir sus manos y cantar las palabras del viejo antiguo canto al agua y el aire.*

Por eso hoy nos reunimos acá, en este monumento que representa la vida. Porque nosotros, quienes encontramos en el centro, no para separarnos de ustedes sino para que nos vean cuando damos la cara, somos los que eliminamos a las cúpulas.

Somos de todos los reinos y queremos sólo una cosa: terminar con los reinos.

En nuestras consciencias gritarán para siempre las voces de aquellos a quienes cegamos el futuro. Sentimos lo que hemos hecho. Y no creemos que el fin justifique los medios, sino que hay que optar entre el menor de dos males.

Sumen dos más dos, amigos míos, y dígnos si mentimos cuando aseguramos que hoy ha muerto menos de la mitad de la gente que fallece en una batalla standar.

Lo importante de esto es que nadie más tiene por qué morir. No por esta enemistad absurda, al menos.

Acá, Faladithz a mi diestra, puede dar testimonio y entregar a quien las pida pruebas de las reuniones secretas en Imperia. La nobleza de los tres reinos lleva tiempo, demasiado tiempo, pactando la guerra que nadie pretende ganar, sino que todos pretendían mantener. Para hacer más dinero. A costa de la sangre de sus hijos.

Acá, a mi izquierda, Maryan puede dar testimonio y entregar pruebas de las atrocidades cometidas por el clero ignita contra su propia gente; sobre el daño psicológico ocasionado a los niños; sobre la existencia de unos campos de violación avalados por la propia iglesia.

Y yo puedo dar testimonio de lo ocurrido en los orfanatos syrtenses. Porque alguna vez viví en uno. Yo puedo probar los crímenes cometidos fronteras adentro.

Pero quizás no sea necesario. Porque, estoy seguro, cada uno de ustedes podrá saber cual es la verdad, sólo consultando su memoria.

No les pedimos que nos crean a nosotros, sino a sus ojos y oídos.

No les pedimos que finjan, sino que busquen en lo profundo de sus corazones y vean si realmente hay algo de malo en la diferencia del otro.

No les pedimos que nieguen generaciones de historia hostil, sino que acepten la posibilidad de un mañana de paz.

No les pedimos que sean parte de un imperio ni una teocracia, sino que comprendan que las banderas sólo nos han dividido todo este tiempo.

Todos somos hijos de esta tierra. Todos tenemos el derecho a vivir. Quienes han perpetuado este ciclo de tormento murieron ayer al amanecer en treinta y seis cruces.

Entonces esta es la parte en la que toman una decisión.

Podemos seguir matándonos hasta que el rencor devore nuestros corazones.

O podemos guardar silencio por un segundo y atravesar las barreras que las más nefastas entidades crearon a base de premios y castigos, de condicionamientos y mentiras.

Podemos entrar en las mentes de aquellos que llamamos enemigos y comprender su dolor, tan similar al nuestro, y entender sus motivos, sus espíritus y su silencioso llanto.

Derribar las fronteras, territoriales y culturales, de modo simbólico pero verídico, por un segundo. Y suplantar el rencor con algo nuevo y más poderoso.

Algo que yo llamo compasión.

Por favor, amigos míos, den un paso al frente quienes quieran un mundo mejor.

3. La estupidez.

El enano camina en silencio. Por una vez da gracias a Org por su escaso tamaño. Se cuela entre las legiones syrtenses.

Todos están concentrados en las palabras del semi elfo. Nadie presta atención a lo que ocurre alrededor. Son verdaderos creyentes. A él no le importa.

Reconoce a esa arquera. Es la asesina de su padre. Y morirá por eso. Lleva cuatro años aguardando el momento de su venganza.

No le interesa lo que dicen. Está cegado por rencor. Hoy tiene una oportunidad para devolver el honor de su familia. Y la aprovechará.

Cuando está al lado, la toca en la cintura. Ella reacciona, mirándolo, entonces él grita:

-¡Mataste a mi padre!-y asesta una letal puñala al bajo vientre de la elfa, destrozando sus órganos. Logra dar otros seis puntazos hasta que un caballero, valiéndose de su escudo, lo empuja arrojándolo al suelo.

Un tirador observa la escena y dispara dos flechas a la vez, perforando al unísono ambos ojos.

-¡Mataron a un alsirio!-grita un Utghar.

-¡Elfos hijos de puta!-exclama un brujo y conjura un hechizo al azar sobre los syrtenses.

Un elfo oscuro que observó lo sucedido intenta interceder para calmar a ambas partes. Es en vano. Cae decapitado en un segundo.

Y el infierno abre sus fauces una vez más.

4. La batalla

-¿Qué está pasando?-pregunta la reina de los ignitas.

-¡Que todo se fue de control!-responde Faladithz, iracundo.

-¡Carajo!

-No tuviste esto en cuenta, Lobo.

-Sabíamos que podía pasar, era un riesgo que había que correr.

-Tomamos esta decisión en conjunto, señores-les dice Maryan-ninguno de nosotros se lavará las manos ahora.

-¡Muévanse ustedes tres!-les grita Gotten mientras comienza a crubrirse.

-Esperen, aún puedo intentar que esto termine bien-murmura Faladithz.

-Dejá eso-le dice el bárbaro-ya vi morir a varios. Habrá que pelear un poco para que vuelvan a

escucharnos.

-No te escucharán hoy-le dice Luna, acercándose.

-Ya lo sé, pero escucharon antes. Eso significa que tendremos una segunda oportunidad.

-Mirá...-comienza a decir el brujo, cuando una flecha cruza a escasos centímetros de su rostro.

-¡Ustedes! ¡traidores!-les grita un nordo.

Lobo se harta y corre hacia el alsirio, salta y golpea su pecho con una patada; salta y golpea sus propios sueños con una patada.

Toma ahora el enorme martillo entre sus manos. Otros están atacando a su gente. Ve a Wolfus y Elrod manteniendo a raya a unos cuantos ignitas. Ve a la quinta columna de Faladithz luchando contra algunos adictos al imperio. Ve al culto de Maryan jugando la vida contra un puñado de cínicos syrtenses.

Un utghar se abalanza sobre él.

-Esto no es necesario-le dice, pero el otro ataca de todas formas.

Le parte el cuello y trata de reunirse con sus compañeros de clan. Una flecha atraviesa su pierna izquierda. Cae y mira a quienes intentan acabar con su vida. Los reconoce. Son miembros de un clan de tiradores.

Toman posición. Apuntan y tensan los arcos. Disparan. El bárbaro cubre con los brazos su rostro. Pero no siente nada.

-De pie, Lobo-le dice una voz.

Al quitarse los brazos de la cara ve a Draco cubriéndolo con su escudo.

-Me destrozaron los músculos-responde el bárbaro.

-No es problema-asegura el caballero y arranca la flecha.

El inigualable dolor dura sólo un momento. Pronto, mágicamente la herida se cierra.

-Vamos, no tenemos tiempo-le dice quien lo curó.

-Amelie, no esperaba menos.

Al otro lado, Maryan guía a los suyos.

-¡No vamos a poder, su majestad!-le grita un cazador.

-Sí podemos-murmura ella al tiempo que invoca un pilón de maná para intentar protegerlos.

Tienen a veinte syrtenses delante buscando llevarse sus cabezas como trofeo.

-¡Por la república!-grita uno de ellos y embiste.

Atacan en área, tumbando a los ignitas. Son heridos en el trayecto, pero al mismo tiempo sus conjuradores curan las heridas.

El culto no muere, pero tampoco resiste. La reina pega la espalda contra una de las rocas. Gasta más energía de la que su cuerpo recupera naturalmente al tratar de mantener en pie a su gente. Pero es demasiado para una sola.

Ya todo parece perdido. Tiene dos bárbaros frente a ella. No logrará salir entera y en un solo pedazo. Toda su vida pasa frente a sus ojos.

Una estocada múltiple parte las piernas de los guerreros. Ella mira a la izquierda. El ataque vino de otro bárbaro; de otro syrtense. Él la mira, confundido.

-Tengo que aprender a decir “la puta madre” en alsirio-murmura el guerrero mientras se para frente a ella y habla a sus compatriotas.

-¿No escucharon a Lobo?

-¿Ahora los Centinelas también traicionan a Syrtis?-cuestiona uno de ellos.

-No, pero le damos una oportunidad a la vida de todo el mundo.

Los dos grupos están cara a cara, con los ignitas en medio. La esquelia se concentra y cura a sus seguidores tan rápido como puede.

El alturian se da la vuelta, la mira y le indica con un gesto que se retire.

-Vamos-dice ella.

Se pone de pie. El culto la sigue. Alcanzan a ver lo que ocurre unos metros más allá.

-¡No se rindan!-grita Faladithz.

-Son demasiados.

-¡No se rindan!

-Son los mejores del reino, nos van a masacrar.

-¡No entreguen las armas! ¡aunque sea una lucha de alsirios contra alsirios, tenemos que seguir!

Es tarde. Ya sus filas son rotas por los terribles guerreros del norte. Tiembla el suelo y con él caen los quinta columnistas.

Un enano se lanza sobre el brujo, puñal en mano.

-¡Por org!-grita.

Cuando está por dar muerte al mago vomita sangre, tiñéndole el rostro de carmesí.

-Miren a quien estoy salvando-dice Lobo empuñando su martillo-ya parezco una cabra.

-No es momento para bromas. Esto se fue de control. Ya hay demasiados muertos. No se supone que saliera así.

-Lo sé. Pero tu gente sabe manejarse-le indica el semi elfo, señalando los sucesos a su alrededor.

Y está claro que tiene razón. Los arqueros hacen un trabajo admirable. Cada flecha tira a un enemigo. Y en su mayoría los ataques no son letales.

Los brujos mantienen en piso a los acorazados caballeros. Los conjuradores, a salvo tras los guerreros, sanan hasta la más mínima herida de su grupo así como también las más complicadas de quienes los enfrentan. No hay necesidad de más muertes.

-El mayor problema está allá-explica Lobo.

-Shinigami-dice Faladithz-¿se supone que estén de nuestro lado?

-No. Sólo una de ellos. Hay que cortar sus ataques. Ahora.

Ambos atacan por la espalda a los ignitas. El brujo los aterroriza, el bárbaro parte sus brazos. Estalagmitas y meteoritos se materializan, quebrando unos cuantos huesos más. Lobo observa el entorno con atención. La ve tras una roca, haciendo su trabajo.

-Elendriel-susurra con una sonrisa.

A cincuenta metros, Adicto cubre a sus compañeros como puede.

-¡Esto es absurdo! ¡no podemos seguir peleando cuidándonos de no matarlos!

-Es el único modo de concretar el plan en el futuro. Esto no puede ser una masacre-dice Gotten.

-Abrí los ojos, esto ya es una masacre-replica Elrod.

-¡Es inevitable que haya muertes!-grita Amelie-¡pero podemos evitar que sean nuestras las manos que las traigan!

Los magos combinan los hechizos, tanto defensivos como ofensivos. Se mantienen vivos y mantienen vivos, pero inocuos, a los enemigos. Resistirán algún tiempo más.

Lobo continúa cuidadosamente. Parte una mandíbula y avanza. Rompe cuatros costillas y avanza. Noquea a cuatro azotando la tierra con furia y avanza.

No debe matar. Por supuesto, aquellos a quienes enfrenta no opinan lo mismo. Cinco guerreros saltan sobre él, tirándolo al piso.

Es tarde para intentar una ofensiva, lo han reducido.

Una veintena de descargas eléctricas impactan sobre ellos, dejándolos inconscientes.

-Miren a quién estoy salvando-dice Faladithz extendiéndole la mano-ya parezco Lobo.

El bárbaro permite que lo ayude a ponerse de pie.

-Nos están rodeando.

Corren hacia el centro. Las pequeñas escaramuzas están mermando, pero los que aún están en pie forman ya un círculo a su alrededor.

-Me preguntaba cuando se iban a acordar de mí ustedes dos-les dice Maryan una vez se reúnen.

-Este es un buen momento. Parece que ellos se acuerdan de nosotros-afirma el bárbaro.

-¡Muerte a los traidores!-grita alguien.

-¡Por la patria!

-¡Por el imperio!

-¡Por las diosas!

-¡Por Org!

-¡Por los ancestros!

-Creo que están un poco enojados con nosotros-murmura la conjuradora ignita.

-¿Te parece?

-Si este debe ser el final-les dice Lobo-quiero que sepan que no me arrepiento de nada. Y que será un honor caer a su lado.

-No seas fatalista. Si tenemos suerte Evendim vendrá y nos salvará.

-Evendim está muerto.

-¿Seguro?

-Seguro. Yo lo maté.

-Oh, bien, en ese caso olvida lo que dije.

Las primeras flechas buscan sus cuerpos. La magia de los hechiceros los protege.

-No vamos a aguantar mucho, si alguien tiene una idea que la diga ahora-señala Maryan.

-Sólo podemos tratar de ganar tiempo y rogar porque el resto nos auxilie.

Lobo contempla el desolador escenario.

Un bárbaro syrtense muere a manos de cuatro brujos.

Un cazador de la quinta columna es decapitado por un alsirio adicto al imperio.

Una maga ignita es devorada por una bestia controlada por uno de sus compatriotas.

Un caballero es aplastado por un hechizo.

Un tirador es empalado por un guerrero.

Un brujo es degollado.

Ve muchos heridos. Y muchos cadáveres. Adultos y niños, hombres y mujeres. Lamenta sus muertes aunque no los conoció. Sabía que esto ocurriría. Es inevitable pero no por eso menos doloroso.

De pronto, una luz lo ciega. A él y a todos los presentes. Durante un segundo todo lo que ven es un resplandor mortecino.

5. La llamada.

Y el horror de la guerra se apaga. Adviene el silencio. Poco a poco recuperan la visión. Entonces ven, lejano en el horizonte, el origen de tan potente energía.

-¿Qué es eso?-le pregunta Maryan.

Es una catarata invertida, emanando desde el suelo hacia el firmamento.

-Viene de la isla central-dice Faladithz.

Un escalofrío recorre el cuerpo del bárbaro. Siente perdida una parte de él mismo.

-Creo... creo que ya nadie va a querer pelear-dice Amelie a su clan.

-Lo sé... esto es...

-Nuevo.

Una sensación desconocida excita los sentidos de todos los seres vivos en el mundo. Es una llamada. Alguien quiere anunciar algo.

-Tengo que ir... siento la necesidad de ir hacia allá-asegura Maryan.

-Lo sé-afirma Lobo.

-No sos la única-comenta el brujo, con incertidumbre.

Los conjuradores se concentran y sanan a los heridos. Luego, la totalidad de los presentes comienza una caminata hacia la isla.

Durante el trayecto no hay agresiones. Apenas algunos cruzan unas cuantas palabras.

Lobo va al frente.

-¿Sabés lo que pasa?-le pregunta Amelie.

-Sí. No están llamando-responde él cuando ya arribaron a la playa.

-¿Pero quién?

-Dios-contesta él.

-¿Dios?-cuestiona ella.

-Sí. Dios. Mi padre.

Una nueva era está a punto de comenzar. La justicia será ciega para justos y pecadores. El gran mal está ascendiendo.

El último encuentro entre las dos caras de una misma ocurrirá pronto. La paradoja se materializará una vez más. Y cuando suceda, paraíso e infierno poseerán nuevos heraldos.

*Hasta ese punto el discurso de Lobo es una adaptación del discurso dado por el Dr. Martin Luther King en Washington DC el 28 de agosto de 1963. Lo que sigue es trabajo del autor de la novela.

Capítulo XXV

La Ascensión

Sólo al otro día, al volver a la era de la alquería,
donde estuvo dos horas sin tener necesidad alguna,
sin dejar de acariciar con la mirada la hermosa
y conocida figura de Stepanida,
sintió que era hombre perdido,
que estaba perdido por completo, irremisiblemente.
De nuevo los tormentos, de nuevo los mismos
horrores y miedos. Y no había salvación

El Diablo – Liev Tolstoi

1. Ritual

Le sorprende, por sobre todo, que la conjuradora no muera. Tiene ya la sangre suficiente para pintar las diez mil runas, a causa de los narcóticos que usó ella le dio autorización para tomarla. Son muchos litros, quizás el ochenta por ciento del total de la sangre de la maga.

Pero no muere. No muere a los pocos minutos ni durante las horas siguientes, en las cuales el alturian realiza su trabajo.

No muere cuando suenan las trompetas que reúnen a una gran cantidad de habitantes cerca del fuerte Stone ni cuando se pronuncia un discurso histórico.

No muere durante una de las últimas batallas de esta era ni cuando, silenciosos, marchan los guerreros con rumbo a la isla central.

Hay un motivo, piensa el alturian. Resta importancia al asunto y deja que su hija continúe su reposo. Porque aunque viva, ha vuelto a caer en la inconsciencia.

Da inicio al ritual, de pie frente a las runas, recitando el Poema De Resurrección Sin Muerte

*Gaudeamus igitur,
iuvenes dum sumus.
Post iucundam iuventutem,
post molestam senectutem,
nos habebit humus.*

*Ubi sunt qui ante nos
in mundo fuere?
Transite ad superos,
vadite ad inferos,
hos si vis videre.
Vivant omnes virgines,
fáciles, formosae
vivant et mulieres
tenerae, amabiles*

bonae, laboriosae.

*Vita nostra brevis est,
breve finietur.
Venit mors velociter,
rapit nos atrociter,
nemini parceretur.**

-Rueda, fortuna-dice el alturiano al terminar de recitar el poema.

Se arrodilla y corta sus muñecas.

-Entrego mi alma a las alturas, para sellar este pacto. Cuando la última gota de sangre haya sido derramada será la hora de mi audiencia.

Deposita la ánbiola en el charco. Las runas a su alrededor comienzan a brillar. Lentamente el suelo se sacude bajo su cuerpo, pero no con la violencia de un estertor final, sino con la calma de una cuna meciéndose ante un arrullo.

Las estrellas brillan con un fulgor mayor a lo atestiguado nunca antes y la naturaleza escucha con atención.

Un hombre quiere vencer la gravedad, ascender al firmamento, ganar los cielos, sumarse al panteón de los inmortales.

Ha reunido todas las piezas necesarias para abrir un canal desde la tierra hasta una realidad ulterior, hierática y corrupta a la vez.

El universo, las entidades que pueblan otros planos de existencia, los dioses, o como quieran llamar a esos pulsos que determinan caminos de acción, alguna vez hicieron promesas a los moradores del barro.

Abrieron sendas. Y hoy alguien pretende transitarlas. Siempre supieron que sería así. No pueden evitarlo. Destino, le llaman ahí afuera.

Una convulsión. Un orgasmo a la inversa. Un luz fantasma. Desde el barro emerge un cúmulo de sombras, salta en forma de chorro, como una pústula repleta de pus que estalla liberando en el vacío los designios de un arcaico temor, algo que apesta a lo que reptaba en el subconsciente de los hombres; que apesta a cosas muertas, a bajezas, a pecados inconfesos, a memoria.

Lo toma casi por sorpresa e inunda su organismo ingresando a través de los poros en su piel. Las tinieblas viven en su interior.

Algo ahí afuera permite que el canal se abra, como fue acordado en un principio, y dentro de su mente se derriban las barreras que separan las realidades.

Empatía. Los comprende. A todos. Conoce su esencia y se impregna de ella. Su cuerpo ahora arde, se incendia de modo espontáneo y la combustión es la energía que da vida al primer paso en el largo, pero fugaz, camino hacia la eternidad.

Y se transforma en luz, en un potente haz que ilumina los cielos desde la isla central. Todos lo ven.

Y su primer acto como Nuevo Dios es llamarlos.

La batalla se detiene. Ellos marchan. Nadie quedará al margen.

Ni siquiera su hijo.

2. Convergencia.

Derriban un centenar de árboles y los arrojan a las aguas. Sin prisa comienzan a cruzar hacia la isla que jamás tuvo un puente de acceso.

Sienten La Presencia cubriendo el aire a su alrededor. Está en todas partes. No puede ser evitada. Algunos intuyen que incluso escucha lo que piensan. Nadie siente temor.

Uno de ellos se pregunta si de verdad está controlando su cuerpo o si no es más que una marioneta impulsada por una voluntad ajena.

-Siento algo que me obliga...-murmura Amelie.

-Lo sé-le responde Lobo.

-¿También lo sentís?

-Sé que algo intenta forzarme...

-¿Puede ser resistido?

-No exactamente. Proviene de la sangre, no sé como explicarlo, pero tiene que ver con eso...

-No te entiendo.

-Estoy en conocimiento de mí mismo, al igual que muchos otros, pero la naturaleza de lo que nos guía es en el fondo idéntica a la mía. Por eso la comprendo. Y puedo tomar mi decisión.

-¿Por eso pensás que es tu padre?

-Sí.

-¿No hay nada que podamos hacer?

-Oponer resistencia no parece buena idea.

Pisan ya la arena de la isla. Están ahí. El haz de luz es una torre inmensa que se eleva más allá de la vista que no ciega, sino que expande, mostrándoles las pruebas de un mundo distinto.

Lobo recuerda una leyenda que le contó Kurt quince años atrás. Una cultura primitiva construyendo un edificio para superar las nubes y llegar al cielo. El origen de las lenguas, el comienzo de las escisiones.

Quizás haya alguien revirtiendo aquel proceso.

Se adentran en el lugar. En el centro ven un cementerio con cien lápidas solitarias, último vestigio, quizás, de una civilización previa.

Contemplan la enorme estatua que recuerda a un arquero. Alguien murmura la única palabra en la placa conmemorativa.

-Intel.

A medida que se aproximan, perciben la luz con menor densidad hasta que sólo tiene el diámetro de una fogata.

Todos los caminos recorridos los llevaron al mismo lugar. Todos los senderos convergen acá.

-Mira-dice por lo bajo un brujo alsirio.

-¿Es ella?

-Sí.

-¿Está..?

-Viva, puedo sentir su energía.

Los miembros de El Peor Clan se acercan al cuerpo inconsciente de la conjuradora y la resguardan.

Los demás se aproximan al fulgor que los ilumina. Entonces, una voz les habla.

3. Revelación.

Están acá reunidos por mi voluntad. Yo los traje. Yo decido ahora sus vidas y sus muertes. No es el comienzo de un nuevo mundo, tan sólo una etapa nueva en un mundo viejo.

No debo enseñarles a caminar ni mostrarles los significados. Lo que antes estuvo oculto así permanecerá, lo que han aprehendido no será olvidado.

Pero sí he de escribir nuevas reglas. Respétenlas, juren obediencia y la oscuridad al final de todo no se precipitará.

Desobedezcan y la eternidad no será tiempo suficiente para que logren arrepentirse por sus actos y el correspondiente castigo.

He aquí mis mandamientos:

A) Amarás la Divina Luz por sobre todas las cosas.

B) Defenderás la muralla a costa de tu vida y la de los tuyos.

C) Odiarás a todo aquel que no jure lealtad a tu bandera.

- D) Honrarás a tus progenitores.**
- E) No cuestionarás a quien tenga el poder.**
- F) Serás penitente ante el goce que no provenga de las alturas.**
- G) No adorarás quimeras salidas de los libros.**
- H) Destruirás a quien te ofenda.**
- I) Respetarás las instituciones del reino.**
- J) Nunca abandonarás el campo de batalla. No hay paz.**

La verdad que hoy les regalo para sellar la Nueva Era es esta:

Todos no fueron creados iguales por los dioses. En verdad hay tres razas que amamos y cuatro que deploramos.

Tres razas son nuestro deseo y máxima obra, a ellas pertenece este mundo y todo lo que habite en él.

Cuatro razas son errores no nuestros sino del mundo. Las detestamos y sólo les aguarda la oscuridad. Tras su muerte les espera la nada del no-ser.

El resto vivirá en la gloria, con nosotros, para siempre.

Y esta es mi promesa: un día llegará una lluvia que limpiará la suciedad que puebla la faz de la tierra y todo esto será suplantado con un nuevo paraíso. Aguarden ese momento con alegría en el corazón, porque el tiempo está cerca.

Hasta entonces, luchan contra quienes odiamos. Y la luz del triunfo será suya.

Entonces los presentes dijeron al unísono una única palabra:

-Amén.

4. Desafío.

Todos y cada uno de ellos creían pertenecer a una de las tres amadas razas. Su voluntad, que ya regresaba, no se oponía a esa idea.

La razón estaba opacada por el fervor de la fe. La Voz les había hablado. El Profeta, como sería llamado luego, dictó sus reglas, reveló la gran verdad y pactó con ellos.

La guerra continuará hasta el fin de los tiempos, cuando Él regrese, como ladrón en la noche, a cerrar las puertas y apagar las luces.

Incluso los grandes héroes han aceptado el Poder De La Palabra. Y su mutismo sólo sirve para redactar un epitafio, porque el final ya está escrito.

Los nombres en las lápidas no importan, sólo los hechos. Vagarán sin rostro repitiendo la misma contienda generación tras generación, hasta que todo deba cambiar.

No está en sus manos levantar la vista al cielo para ver al titiritero.

Pero uno entre ellos se alza, porque no es un mártir ni un héroe, no es un hombre ni una idea, no es un pastor ni una oveja. Es un lobo y rechaza la bendición que le ofrecen.

-¡Basta!-exclama el bárbaro ante todos, ante la inmaculada luz que los baña desde las cumbres que ha alcanzado.

-¿Osas hablarme en imperativo?-cuestiona la divinidad.

-No sólo eso-dice el semi elfo-yo te desafío.

Una risa extraña, casi sin emoción, puede ser escuchada en la isla. Algunos tiemblan, otros, los que ya han recuperado su voluntad, se preguntan qué pretende el guerrero y en silencio le llaman ciego, necio. Suicida.

-¿Me desafías?

-¡Sí, declaro la guerra!

-¿Guerra? No podés siquiera tocarme.

-¿Importa?-murmura Lobo.

Silencio. Una pausa, un momento para la quietud. Tal vez alguna ignota presencia está ofreciéndoles, a todos, hombres y dioses, un momento para la reflexión.

-¿Cómo se gana la guerra contra un dios?

-Peleando-responde él, orgulloso aún ante su inminente caída.

-¿Querés una batalla, acaso?

-Por supuesto. Sólo vos y yo. Una disputa familiar, de padre a hijo.

Ahora la risa los azota, como los vientos de una tempestad conocida, como una criatura nictálope, voraz e incontenible, que los aguarda más allá de los límites de una improvisada fogata. No es una burla. Es la fría convicción de un triunfo anunciado.

-Bien, te lo concedo. Tu muerte será única, perecerás a mano de un dios, simple mortal-responde.

-Creéme-dice Lobo con una sonrisa en los labios-no hay nada de simple con respecto a este mortal.

La luz se intensifica y los cubre. El mundo deja de existir -o su materia se magnifica hasta ser sólo existencia, depende a quien le preguntes- por un eterno segundo, el tiempo que ha de durar el duelo.

La isla ya no es tierra y arena, sino unas inconmensurables gradas. El agua ya no es líquido, sino un fastuoso coliseo que alberga a los presentes.

El aire ya no los cubre, ahora todo es parte del ruido y la furia.

En el centro del enorme espacio, sobre el suelo reservado para sorber la sangre del vencido, el bárbaro está solo.

-Como desafiado elijo el campo de batalla-explica la voz-este es mi mundo. Con mis reglas. Pierde el primero en devorar el corazón del oponente.

-Entiendo-murmura Lobo.

-Debo advertírtelo, las reglas me obligan: las divinidades tenemos órganos e incluso UN tipo de existencia física. Pero todo eso no puede ser alcanzado por quienes han sido expulsados de un vientre para habitar bosques y montañas, desiertos y playas.

-Ese no es problema-responde el semi elfo, sacando de entre su armadura una botella.

Destapa el recipiente y se vuelca el contenido en la cabeza. El líquido recorre su armadura y se cuela entre los pliegues, empapando su ropa, mojando su piel.

Tiene la densidad del agua, pero no es algo que alimente el cuerpo. Al contrario, está preparado para traer sólo la combustión.

Está compuesto por la sangre de doce elfos y el ojo de un mito, por el aliento de un dragón y la esencia de un fantasma, por la vida de un tirano y los intestinos de un demonio.

Pero le falta un ingrediente: la vida de un hombre justo.

-¡Elendriel, ahora!-grita.

5. Transfiguración.

La bruja se arrodilla en las gradas e inicia su plegaria.

Habla en una lengua arcana no a los dioses ni a la naturaleza, no a los ancestros ni a El Espíritu Del Tiempo, habla, en realidad, a la consciencia de cada hombre, mujer y niño presente. Les recuerda su legado mortal.

Cada uno de los miedos que les inculcaron en sus infancias salen a flote ahora, por obra y gracia de antiguas reglas que olvidaron incluso quienes moran en el panteón de Los Inmortales.

-¿Qué estás haciendo?-cuestiona, confundida, la voz.

-Recordando. Este es el problema, padre, la memoria es un criminal al que no guardo rencor. ¿Cuántas veces sangra la herida cicatrizada al recordar lo que no pudo ser enterrado en las arenas del olvido? Infinitud, sin duda. Pero hoy eso de 'volver a ver' es un aliado.

>>>Porque vos sos Dios, y no puedo tocarlo. Porque en realidad tenés un único enemigo; enemigo

ficticio, a decir verdad, que existe sólo en la mente de quienes pueblan el mundo. Su esencia es esa, ser un mito de la noche.

Toma su yelmo y lo frota contra sus guantes. La fricción produce suficientes chispas para encender el líquido. El fuego lo abraza.

-Pero posee densidad y esta puede ser tomada y fundida con un ser vivo, como está sucediendo ahora. No sos el único que puede cambiar. La gran diferencia es que el rito que a mí me corresponde para ser distinto es mucho más simple que el tuyo.

>>Sólo le falta un ingrediente: la vida de un hombre. Y estoy dándoselo ahora, padre, estoy dándole mi vida para ser tu único y verdadero enemigo.

Envuelto en llamas siente que algo se rompe en la realidad.

-¿Qué está pasando?-pregunta Gotten, consternado.

-El final está llegando-responde Amelie.

-No entiendo...

-Dios sólo tiene un enemigo...

El cuerpo del bárbaro se distorsiona, se expande, y al morir, llega a ser significado y significante. Se convierte en una sombra que puebla el recinto, es voluntad en estado puro.

Nadie puede contener el llanto y la pena, el temor y la ira.

Porque el diablo ha llegado.

* “Gaudeamus Igitur” (“Entonces Gocemos”), es un poema clásico cantado por estudiantes alemanes en el siglo XIII. Su autor permanece en el anonimato.

Entonces gocemos,
Mientras seamos jóvenes.
Tras la alegre juventud,
Tras la enojosa vejez,
La tierra nos recibirá.

¿Dónde están los que recorrieron
El mundo antes que nosotros?
Subid a los Cielos,
Descended a los Infiernos,
Si deseáis verlos.

Vivan todas las vírgenes,
Fáciles, hermosas!
Vivan también las mujeres
Tiernas y amables,
Las buenas y trabajadoras!

Nuestra vida es breve,
Rápido concluye.
La muerte llega velozmente,
Nos arrastra atrozmente,
Y a nadie respeta.

Llámame Tinieblas

Se prohíbe hablar del mundo en esas salas
Dios y el diablo van remendando madrugadas
y no entiendo nada.

La virgen como mujer los engaña, los consuela
y les dice que a la vuelta siempre hay algo que pagar
Muchachos, hay que comer salgan para el taller.

Dios Y El Diablo En El Taller – Adrián Abonizio

1. Memorar.

La realidad retoma ahora su estructura. El enorme coliseo se desvanece en la nada de la que vino y vuelve a ser isla.

El universo se estremece una vez más. Los árboles y los mares, la arena y el barro lo saben: todo terminará pronto, cuando un hombre contraiga una deuda de sangre al devorar el corazón de un familiar, si es que eso es posible.

Un pilar compuesto de pura luz está a la derecha.

A la izquierda, una pirámide de sombras.

El brillo proviene de lo que antes fuese un alturian, un ser maléfico y repugnante. Ahora es un dios.

Las tinieblas solían ser Lobo, aquel llamado el maldito, la última esperanza de liberación en un mundo de marionetas.

No son los mismos. Pero en el fondo, personalidad y memoria prevalecen, al igual que los recuerdos.

Y habrá un combate.

Recientemente el guerrero descendió a los infiernos. Los fantasmas, o esencias de sus amigos le mostraron el pasado, lo inmutable y el futuro al que arribaría de seguir transitando el camino sobre el cual estaba parado.

Muchas cosas han sucedido desde entonces.

Atravesó las siete vías del Camino Interior. La esfera de la corriente, la de la oscuridad primigenia, la de la profecía, la de la inteligencia, la del valor y la de la voluntad.

Ahora llegó a la última: la esfera de la transfiguración. Sabe quienes son los otros, hombres y mujeres asustados arrastrados por un flujo y reflujo de acontecimientos que no provocaron.

Sabe quien es su padre, porque es un de hijo de dios.

Y sabe bien quien es él, el primer caído, el diablo.

Le mostraron los hechos.

Vio una tormenta de arena y nieve a la vez. Las ruinas de un castillo. Fango y sangre, órganos y vísceras cubriendo el suelo. Doce elfos crucificados. Y él en el centro, contemplando, orgulloso, su propia obra.

Una mujer humana, desnuda junto a él, mirándolo a los ojos, de piernas abiertas mientras clava un puñal en su espalda.

Una herida cerrada. Un lamento solitario en una mañana bañada por el imponente sol. Aquel llamado el maldito, descuartizado. Y su cabeza colgada en la cima del puente blanco.

Sabía que ocurriría. Porque ese era su destino. Decretado por los dioses, Los Inmortales, quienes han decidido cada curso de acción sobre la tierra desde el comienzo de la vida. Ningún hombre podría oponerse.

Pero él ya no es un hombre. Es la oscuridad, es un canto a la sangre, es un lobo solitario librando al mundo de un pastor, es aquel que fue maldito, condenado a vagar por el mundo sin más hogar que la vera del camino. Por eso hace caso omiso a lo que fue escrito. Ninguna mujer humana clavará un puñal en su espalda, porque ya no tiene espalda. Su cuerpo no será descuartizado, porque ya no tiene cuerpo.

Es lo que algunas entidades llamarían una movida inteligente.

Alguna vez el amor intentó redimirlo, pero alguien, en las alturas, decidió que no sucedería así. Porque quien posee algo para perder piensa antes de obrar.

Su vida fue una larga tragedia interpretada en el Teatro De Las Ánimas Insomnes. El tormento sólo detuvo su ruido en las distantes montañas, cuando marchó para no arruinar más vidas. Se transformó en un animal, en un fantasma de otros tiempos. Y conoció la tranquilidad de la mano de un sobrevivir simple entre las bestias y la nieve.

Ahí afuera siete conspiraciones se gestaban buscando el control de un mundo pasivo, repleto de desidia. Durante años chocaron entre sí en la oscuridad, hasta que se fundieron en una sola. Y en el centro del plan siempre la misma figura, siempre el semi elfo como pieza clave.

El único problema fue que no contaron con un detalle: Lobo tiene su propia agenda.

No sólo tomó sus propias decisiones, sino que ahora no es sino voluntad.

Y nadie podrá cambiar eso.

Porque tres preguntas le hicieron en el infierno:

¿Dónde mueren los grises vientos de la tempestad?

¿Cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler?

¿Por qué siempre creíste en el diablo?

Y ahora conoce las respuestas.

Porque él es el diablo. Porque Siete ángeles pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler, uno por el dolor. Dos por el placer. Tres por la cobardía. Cuatro por el temple. Cinco por un tipo. Seis por una chica.

Siete por un misterio aún por develar.

Y porque los grises vientos de la tempestad mueren donde nacen las leyendas.

2. Accionar

Columna de luz y pirámide de tinieblas, al unísono, se vaporizan, forman parte del aire y se confunden en una masa informe y alocada.

Son las virtudes humanas. Son las miserias humanas.

Se ve claramente el fluir de una energía dentro de la otra, claramente distintas, claramente opuestas, pero de algún modo complementarias.

Un principio básico en este y en todos los universos: cada fuerza tiene un igual antagónico.

Hoy ambas caras de una misma moneda dejan de darse la espalda y se miran a los ojos. La tensión resultante podría llamarse Desolación.

Pero los poetas han muerto. Y los guerreros se encuentran de rodillas, temiendo el final.

Dentro de la inconmensurable desesperación hay dos voluntades en una férrea contienda. No hay golpes, no hay nudillos ni armas.

Tiempo y espacio convergen en materia y la energía se dispara a todos los lugares existidos y por existir.

Los anhelos de dominio absoluto y total libertad son los guías de la batalla. Cada choque de egos arrastra un trozo del mundo consigo.

En Ulren Asir un hombre olvida cuarenta años de su vida y asesina a su nieto a hachazos. Creyó que era un ladrón.

Un obrero en Montsognir se traga su propia lengua tras asegurar que vio al diablo en el espejo de un bar. "Es un semi elfo", fue lo último que dijo.

En Medenet una guardiacárceles comienza el balbuceo que repetirá hasta el último de sus días tras pensar que los barrotes de una celda querían violarla.

Alguien inhala el silencio en el frío comienzo, en el alba élfica, y atestigua el final, con montañas altísimas y repletas de ventanas, creadas por los moradores del mundo, que ya no viven de la tierra, que ya no recuerdan su herencia mágica.

En lo que alguna vez fue Fisgael un utghar se arranca las vísceras y lo transmite al mundo a través de una runa de visión distante.

En Altaruk una niña cuenta a sus compañeros de clase un cuento que le pidieron de tarea. Su profesora se suicida al instante. Sus compañeros juegan con el cadáver.

En una isla que conmemora a un dragón un joven llamado Kurt comprende que no hay pasado ni futuro, tan sólo presente continuo, y en la cercanía de la enorme distancia que los une y separa, abraza metafísica, espiritualmente a su pupilo.

Locura y muerte.

Dios y el diablo bailando un vals compuesto por un genio sordo mientras suena la duodécima campanada, bajo la luz de estrellas que aún no nacen.

3. Decidir

-Elegí un bando-murmuran las voces, como ecos de palabras pronunciadas centurias atrás; como reflejos de pinturas que serán imaginadas eones después.

-¡¿Qué es eso?!-exclama Wolfus.

-Conozco esas voces-murmura Amelie.

-Me están hablando... me hablan...-dice Elrod.

-¡Y a mí!-grita Lloid.

-A todos-afirma Gotten.

-Elegí un bando-repiten-los tambores están sonando, elegí un bando.

-¿Qué haremos?-pregunta Lea.

-Lo mismo de siempre, supongo-responde Adicto.

-Dicen que elijamos un bando... una facción.

-Ya tenemos una facción-les dice el conjurador mientras señala el cúmulo de individuos que antes combatieron reuniéndose de un lado.

-Eso parece-asegura Elrod, contemplando a sus compañeros en la revolución acercándose.

-Elegí un bando, es la hora, luz y oscuridad no pueden estar juntas...

Soplan ya los arcanos vientos. Traen consigo memoria y amnesia, venganza y compasión, ira y calma, ruido y silencio. Traen consigo los augurios de un cambio irrefrenable. Es la marcha de las ideas.

-Es tiempo, hija-dicen las voces.

Amelie comprende que esta vez sólo ella escucha.

-Es hora de que pagues el favor que te hicimos.

-Aceptá tu compromiso.

-Hacé nuestra voluntad.

-Escucho-les dice la elfa.

-Esto debe terminar.

-Terminar ahora y para siempre.

-El cambio, hija, el cambio-señala el universo.

-No entiendo... ¿qué quieren que haga?-cuestiona la maga.

-Lo que ahora se une debe volver a separarse.

-No deben estar juntos.

-Los dividiremos.

-Luego tendrás que cumplir.

-Cumplir...

-Mi parte del pacto, pero aún no me dicen qué quieren...

-Esta ascensión fue permitida por un único motivo...

-Hombres no pueden, no DEBEN ascender ni descender...

-Las personas son personas, no pertenecen a nuestros panteones, hija...

-Dioses y demonios habitamos en el interior de los corazones mortales...

-Pero no somos mortales...

-Esto es un precedente, para evitar males mayores cuando el mundo cambie...

-Y los ritos estén al alcance de todos...

-¡Explíquense de una vez!-grita ella.

-¿Amelie?-dice Lloid, confundido al ver a la conjuradora hablando sola.

-Cuando luces y sombras sean separadas

-Cuando nosotros las separemos...

-Deberás cerrar el círculo.

- Completar el ritual.
- Deberás matarlos...
- Serán humanos de nuevo, tendrán sus cuerpos de nuevo...
- Vivirán de nuevo...
- Y deben morir...
- Ambos...
- Tenés que matar al alturian.
- Tenés que matar al semi elfo.
- Estarán débiles y desprotegidos.
- Una puñalada bastará.
- Ambos morirán por tu mano...
- Es tu pacto con nosotros...
- Con el universo...
- ¿Matar a Lobo?-cuestiona ella.
- Matar al alturian y al semi elfo.
- Acabar con dios y con el diablo.
- Es tu pacto. Cumplirás. No podés negarte, no existe modo.
- Lo sé-murmura ella, porque conoce el precio por incumplir lo prometido a la naturaleza: la muerte de todos los elfos.
- ¿Estás bien?-le pregunta Wolfus.
- Nunca volveré a estar bien-responde la conjuradora-nunca nada volverá a estar bien.

4. Eclosionar.

En lo recóndito de la luz, la esencia del alturian, maligna, corrupta, persiste tal como fuera antes de la ascensión. Aislada de todo, sólo un aspecto de su voluntad es extensivo a la divinidad en la que se ha transformado.

Profundo en las tinieblas del espíritu colectivo de los hombres, aquello que Lobo siempre fue se mantiene incólume. Él es voluntad, pero sus rasgos únicos prevalecen resguardados de la

endiablada naturaleza que en buena medida ha adquirido.

Esplendores y sombras se mezclan y se dividen en una sola masa amorfa en medio de la isla central. Así luchan, seduciéndose, manipulándose, odiándose, traicionándose, negándose.

Padre e hijo se desprecian. Jamás admitirán que una mínima parte del otro vive en sus corazones. Y no es amor. Ni genética. Es balance.

Nauseabundo, ominoso y letal balance. Una mancha de tinta en la enorme hoja de papel en blanco. Un copo de nieve sobre la negra pintura de un barco perdido en altamar.

Dos aspectos del universo, enfrentados desde el comienzo y hasta el fin, ahora encarnados en dos individuos.

Un héroe rechazando su bondad. Un villano pretendiendo ser virtud.

La batalla no puede ser ganada. Tampoco hay posibilidad de derrota. Ni siquiera por desgaste. Sus características fueron pensadas para que el empate sea permanente. Y jamás ninguno ofrecerá, ni aceptará, tablas.

Por eso, cuando a su alrededor los dos bandos se definieron y formaron, cuando ambos tienen sus regimientos dispuestos a matar y a morir no por los hombres sino por las ideas, las entidades que rigen el universo interceden.

Una mano masculina, con la palma repleta de cayos y cicatrices se inmiscuye en la luz, rastrea al alturiano, a su esencia, la imagina con forma física y presiona, liberándola.

Una mano femenina, ágil y delicada, de largas uñas teñidas de fatal carmesí, hace lo propio en las sombras. Todo lo que Lobo fue, desde siempre, ahora es, una vez más.

Eclosión.

Algo sacude los cimientos del universo y las innaturales luces y tinieblas retroceden, se retraen en sí mismas, pierden densidad, ubicándose justo sobre las cabezas de sus adeptos, hasta minimizarse y desaparecer.

Cada ser vivo contiene el aliento por una fracción de segundo. Son desprovistos de sus sentidos. Cuando pueden volver a ver y oír, contemplan en el suelo a los dos hombres.

Son tal como eran. Mismos cuerpos, mismas señas particulares.

-¿Qué pasó?-murmura el alturiano, poniéndose de pie-¿donde estoy?

-Estás en tu funeral-dice el bárbaro, ya erguido, empuñando su martillo.

El guerrero da el primer golpe. Escucha con atención como se rompen los huesos. Luego la demencia estalla en forma de sonido.

Lanzas. Espadas. Flechas. Hechizos. Bestias y demonios, soldados y civiles, todos se arrojan hacia una última batalla, hacia un último combate.

Porque sonaron los tambores y eligieron un bando.

5. Sufrir

Esta es la última batalla y todos lo saben. Luchan con uñas y dientes, con puños y magia, con luz y oscuridad.

Ideas primarias, antiguos mitos, sistemas políticos, todo converge acá. En este momento. En esta isla en medio de los territorios de los tres reinos.

En una zona de nadie que hoy los ha reunido a todos.

Cae un utghar decapitado. Un esquelio es incinerado vivo. Una elfa es destripada. A nadie le importa si quedan sólo tres personas vivas en el mundo al final del día. Porque lo que importa es terminar.

En el centro Lobo y el alturian luchan, sospechan que la caída de uno cerrará el episodio. Aunque son magníficos combatientes, no están ni siquiera cerca de ser una sombra de lo que fueron. Y no es porque hayan cambiado, que en el fondo sí lo hicieron, sino porque están agotados.

El mago no puede conjurar sus maleficios. El guerrero apenas puede sostener su martillo.

Hay una veintena de cuerpos a su alrededor. Aliados y enemigos. No pueden distinguir unos de otros y no les interesa.

Por una vez tienen un objetivo en común: detener la locura a su alrededor.

-Perdoname-murmura Amelie mientras se acerca.

Lobo taclea a su padre.

-Perdoname-murmura, y desenfunda un puñal.

Tiene a su hijo sobre él.

-Perdoname-murmura, y se para junto a ellos.

El viejo, valiéndose de sus últimas fuerzas, tumba al guerrero y se ubica encima, ahorcándolo con ambas manos.

-Perdoname-murmura, y asesta una puñalada al cuello del alturian.

El semi elfo pateo el pecho del mago y se lo quita de encima. Se pone de pie y comprende que todo terminará en unos instantes. La herida es certera y no tiene fuerzas para recuperarse. Morirá.

-Gracias-le dice, mirándola a los ojos.

-Perdoname-susurra ella y le clava el arma en el pecho, a la altura del corazón.

Lobo cae de rodillas, sin comprender lo que ocurre, palpando la mortal herida.

Las lágrimas de la conjuradora lo conmueven.

-Perdoname-la escucha decir.

Luego los sonidos y las imágenes se van.

Alguien hizo realidad su sueño, al fin. Alguien apagó el mundo.

Las Huellas Del Olvido

-Perdoname-la escucha decir.

Luego los sonidos y las imágenes se van.

Alguien hizo realidad su sueño, al fin. Alguien apagó el mundo.

Y así fue como murió, en medio de la última batalla, de cara al cielo, apuñalado por quien salvó su pellejo en mil oportunidades.

Y, naturalmente, volvió a la vida.

Cuando el último aliento abandonó su cuerpo, cuando el corazón se detuvo, cuando la sangre ya no fluyó, Amelie conjuró un hechizo antiguo y poderoso.

Resurrección.

El cuerpo se estremeció y el bárbaro se puso en pie de un salto. Débil, tardó un segundo en hilar las palabras.

-¿Qué carajo..?

-Di el puntazo de modo tal que murieras, pero asegurándome de poner reanimarte, Lobo. Era necesario.

-¿Por qué?!

-Pacto con la naturaleza. Me pidieron que te mate a vos y a tu padre como compensación por ayudarnos a restaurar la naturaleza de tu medio hermano.

-Odio cuando hacen eso...

-Estás a salvo ahora-le dice ella, curando sus heridas y cediéndole parte de su energía.

-No lo creo-gruñe él, señalando sus espaldas.

Ella gira la cabeza y lo ve. Un ignita acaba de revivir al bendito alturian.

-Ya no es dios-susurra la maga-ya no es rival para vos.

-Yo tampoco soy el diablo. Y no estoy precisamente en mi mejor estado.

El mago apoya su mano en el pecho de quien lo devolviera a la vida, murmura una frase ininteligible y absorbe el poder de este.

Se pone de pie y se acerca a otro más. Repite la operación. Y luego otra vez más. Y otra. Y otra. Y otra.

-¡Carajo!-exclama Lobo.

-Tranquilo-le dice Amelie-pudimos derrotarlo en Arvanna. Esta vez no será diferente.

-¡Esta vez tiene un ejército!

-Vos también-dice una voz a sus espaldas.

El guerrero los mira. Sus ojos se humedecen al ver a los héroes en fila, dispuestos a todo. Una sensación compleja y desconocida lo invade.

Llamemosle orgullo.

-Tiene un ejército y sacrifica a los suyos para hacerse más poderoso-le dice Draco.

-Podemos perder.

-Sabemos eso-afirma Faladithz.

-¿Cual es el plan, entonces?-pregunta Maryan.

-Pelear, como siempre-asegura Elrod.

-¡En marcha señores!-grita el bárbaro y embiste.

-¡Estos hijos de puta no tienen ni una oportunidad!

-¡A matar o morir acá!

-¡Si a alguien le falta maná que hable ya!

-¡Esperá que te doy la fuerza de un oso con un hechizo!

-¡Necesitás una intervención divina para llegar!

-¡Alguien que me cure el brazo izquierdo!

-¡Formen una barrera deflectora, caballeros!

-¡Mantengan cubiertos a los magos!

-¡Weeeeeeeeeboooooooooooooo Surttuuuuuuuuuuuuuuuuuuussssssss!

-¡Rodeenlos!

Aquel llamado el maldito asesta el primer golpe, que retumba como un trueno aturdiendo a todos los enemigos diez metros a su alrededor.

Otros guerreros, valiéndose de sus lanzas, lo secundan. Comienza una masacre nunca antes atestiguada.

Los caballeros se interponen cuando las hordas del alturian reaccionan, resisten cada golpe y cada

conjuro, cada flecha y cada sortilegio.

Las bestias domadas por los cazadores generan una distracción mientras los tiradores ultiman a los caídos.

Dos bárbaros se lanzan sobre Lobo. Él parte la rodilla de uno con una patada y sujeta la lanza del otro.

-¡Mi nombre prevalecerá en la historia cuando entregue tu cabeza!-le dice el novato.

La punta de una espada atraviesa su pecho. El ignita no puede creerlo. Ha muerto antes de caer al suelo.

-¿Querés unirse al clan?

-No, pero gracias por ayudarme, Lokura-responde Lobo.

Un tirador alsirio tiene en la mira a Gotten. Apunta al cuello del conjurador. Antes de que logre tensar la cuerda una flecha atraviesa su yugular. Uno de sus compañeros ve a quien efectuó el disparo y ataca, hiriéndolo en el hombro.

-No hablés, Picard-le dice Tuor-puedo arreglar esto

-Rápido, ya vienen.

-Sacanos de acá-le dice el joven tras curar la herida.

Un enorme utghar divisa a un mago sin protecciones, balbuceando como un demente. Salta sobre él, va a matarlo de un solo golpe. Lo tiene listo cuando un estallido de cristales destroza su cuerpo.

-¡Y vi un demonio con cuernos, como una cabra, que intentaba matarme!-grita Remus, presa de su demencia-¡pero un hombre de las nieves con su hielo salvó mi vida!

-Ya cállate-le dice Faladithz mientras lo arrastra a un lugar seguro.

Cuatro brujos se concentran, están esperando el momento de aterrorizar a las fuerzas de La Razón. De la nada dos cazadores se materializan, disparando flechas trucadas, confundiéndolos, convirtiéndolos en presas fáciles.

Orcos y yetis se lanzan sobre los vencidos, arrancando a golpes sus vidas.

-Nada mal, Dama Blanca-dice él.

-Buena idea escondernos tras la tumba, Quilino-responde ella.

En en medio de ese infierno Lobo parte la nuca de un enano.

-No te queda tiempo-le dice una voz.

-¿Quién..?

-No importa. Veo lo que se avecina. Sé que aún estás en contacto con éste plano de existencia, es

por eso que me oís, cuando el momento llegue...

El bárbaro divisa la borrosa figura del tirador.

-...no te rindás. No aceptés sus condiciones. No rompás las reglas, sólo doblalas.

-¿Albus?

Un elfo oscuro lo tira de un golpe a su tobillo derecho. Toma posición, preparándose para destrozarle el pecho. El semi elfo es más rápido: pateo su entrepierna. Se yergue y, tomando la espada del ignita, lo decapita.

Entonces contempla la primera puñalada al espíritu.

Ve a un bárbaro con el cual luchó codo a codo mil veces caer sosteniendo sus propios intestinos. Muere en cuestión de instantes.

-Shuogo-murmura el guerrero.

A la izquierda ve como seis ignitas combaten, desesperados, la irrefrenable furia de un caballero. Al final logran vencerlo, pero sólo uno permanece en pie para dar testimonio de lo ocurrido.

-Ferraje.

A la derecha un legión de arqueros ultima a un brujo alsirio, quien con sus últimas fuerzas invoca un centenar de rayo y se lleva media docena con él.

-Armestt.

Se da la vuelta y ve a otro camarada sucumbir ante una horda de hechizos. Muere, pero asesina a cuatro antes de tocar el suelo.

-¡Faker!

Mira el suelo, no quiere saber que ocurre. Pero no puede permanecer al margen. Su oscuro corazón demanda que se funda con la demencia, que de batalla. Aúlla y se arroja contra los conjuradores enemigos. Da tres golpes limpios, fulminando a tres de ellos.

Dos brujos lo atacan. Él los enfrenta con ciega ira. Hunde el cráneo del primero, parte el esternón del segundo.

Cinco cazadores delante. Libera su furia en la tierra, noqueandolos y acto seguido da un golpe que se extiende como una onda expansiva. Quizás no los mata, pero los deja fuera de combate.

Un tirador a cuarenta metros. Embiste contra él. Al menos seis flechas lo alcanzan antes de que le ponga la cabeza a la altura de las rodillas en un único movimiento.

Cuatro caballeros lo rodean. Se convulsiona, poseído por el Espíritu De La Retribución. Se mueve como un torbellino. Poco importan sus escudos y armaduras, el otro es el diablo.

Al terminar se detiene un segundo para tomar aire. Entonces comprende cuanto lo han herido. Es un despojo humano. Apenas puede sostenerse. Cae de rodillas a causa del dolor.

-Tengo que pelear...-murmura a nadie.

-De eso no cabe duda-le dice una voz.

No puede ni siquiera levantar la vista, pero siente como las energías regresan al tiempo que cierran sus heridas. Se yergue y ve a la conjuradora sujetándose el abdomen.

-¡Har! ¡estás herida!

-Todos lo estamos. Seguí, no es nada grave.

-Pero...

-¡Seguí, soldado! ¡Syrtis te necesita!

No responde. Por una vez obedece. En su mente está redefiniendo más de un concepto, más allá de tierras y murallas, de bosques y razas.

Para él Syrtis es su gente. Y es muy cierto que lo necesitan.

-Bienvenido a tu funeral-le dice una bruja, interceptándolo.

Ataca velozmente. Su magia es poderosa. Pero el bárbaro es letal. Muere antes de tocar el piso, mientras seis trozos de su cabeza vuelan por el aire tras el vigoroso impacto ocasionado por el martillo del guerrero.

-¡Mantengan la línea!-grita mientras se acerca a sus compañeros.

-¡No se detengan!-grita mientras busca a su padre con la mirada.

-¡No retrocedan!-grita mientras siente los conjuros de protección cubriendo su cuerpo.

-¡No se rindan!-grita cuando una lanza se clava en su espalda.

No lo puede creer. No vio venir ese ataque. Se da vuelta y parte el cuello del novato agresor. Treinta flechas caen sobre él en ese momento. Al menos diez bolas de energías chocan contra su armadura. Y cae, aún sin comprender como sucede.

Buena parte de sus compañeros acude en su auxilio, dividen su ofensiva para cubrirlo.

-¡Lobo!-grita Luca.

-No se detengan ahora...-murmura el semi elfo-terminen lo que empezamos.

El enorme bárbaro asiente y da un feroz grito de guerra antes de arrojar a la batalla una vez más, mientras el viento ondea en la roja cabellera, dándole el aspecto de una antorcha que arde formando las llamas del rencor.

Desde el suelo, aquel llamado el maldito contempla el desolador panorama. No sólo mueren enemigos.

Hao es devorado por un yeti.

Dragokaos es desmembrado.

Skua es degollado.

Prisioner es aplastado.

Lokura es incinerado.

Aquellos a quienes conoció, los que aprendió a llamar compañeros, uno a uno se desvanecen en la nada. Para siempre.

Gruñe iracundo. Duda del resultado final. ¿Podrá prevalecer La Razón?

-Vamos, hombre-le dice Gotten mientras lo sana-esas heridas no son tan profundas.

A mitad del conjuro un haz de luz impacta sobre el conjurador, quien cae al suelo inconsciente.

Lobo se yergue y contempla a quien atacó a su amigo.

-¡Vos!

El viejo no contesta. Levanta las manos, preparándose para liberar su magia.

-¡A un lado!-grita el brujo, apareciendo de la nada, y ataca.

-¡Elrod!-exclama el bárbaro al ver caer a su amigo. No fue rival para el alturian.

-Siempre supimos como terminaría esto, ¿verdad, hijo?

El semi elfo no responde. Sólo lo mira en silencio mientras las estrellas arden en sus ojos.

-Sólo vos y yo, en medio del caos y la confusión. Para serte sincero, debo decir que siento cierto orgullo por tus actos. No fuiste tan maricón como pensé, después de todo.

>>>Pero, el hecho es, sos un despojo, un cadáver que se rehúsa a morir. No estás en condiciones de luchar ni siquiera contra un oso cachorro.

>>>Yo, por mi parte, recuperaré todo buena parte de mi poder. Y con eso será suficiente para eliminarte. Colgaré tu cabeza en el puente blanco, a modo de advertencia para quienes osen pensar en algo como esto.

>>>Nunca más habrá otra revolución.

-Andate a la mierda-murmura el bárbaro en un último de acto de rebeldía, mientras se sujeta las costillas.

-¿Lo que salió del vientre de tu madre?

-Jodete.

-Me pregunto que oscuro demonio te pateó las tripas para que luchés cuando ya todo está perdido. Pero eso no es importante, puedo vivir con esa duda. Saludame a tu madre en el otro mundo. Recordale que, tarde o temprano, volveré a ser dios. Y que allá también podré alcanzar el misterio que reside entre sus piernas.

>>>Alegrate, hijo. Casi me derrotaste. ¿Que más podés querer?

-Yo...-murmura el bárbaro con sus últimos alientos-quiero que...-con su último esfuerzo-¡conozcas el porqué de mi nombre!

Y salta contra su progenitor. Cuando va a alcanzar su cuello algo estalla a su izquierda. La fuerza de la explosión los arroja treinta metros. El alturiano cae entre los suyos. El semi elfo entre los cadáveres de veinte guerreros aliados.

-Mierda-murmura, sabiendo que ya no podrá levantarse.

-¡Estamos perdiendo!-grita Faladithz.

-No podemos sin guerreros-dice Maryan.

-Detenganlos unos minutos más-murmura Amelie.

La maga se acerca a Lobo, entre los cadáveres, y se sienta junto a él.

-Prometeme que vas a terminar esto-le dice.

-Ya no puedo...-responde él.

-Sí que vas a poder. Vos y ellos-le susurra al oído, mientras señala los cuerpos a su alrededor.

Inicia un cántico arcano. Un llamado antiguo. Un pacto con el universo, con la naturaleza, con las divinidades. Una sumisión vital.

Lobo reconoce las palabras. Y su terca memoria lo transporta a la presencia de otra mujer, en otro tiempo, en otro lugar.

Mártir.

-No...-dice él, tragándose su propia sangre-no ocurrirá de nuevo...

Ella lo ignora y sella su juramento. Las llamas de la vida abrazan su corazón y la luz emana de su pecho, cubriendo al agonizante guerrero y a los caídos.

-¡No voy a permitirlo!-grita el bárbaro mientras absorbe la energía.

Un sismo interior sacude sus seres. Amelie desfallece.

-¡NO!

-Lucha... terminá con esto-dice ella-prometelo...

-Te doy mi palabra-le dice.

Una vez más su aullido se escucha en un mundo desprevenido. Esta vez no es tristeza buscando venganza. Esta vez es la señal que marca el punto de inflexión.

Eleva la vista al cielo y se concentra en el sonido de su hara. Cierra los ojos y corre hacia dentro de sí mismo, mientras a su alrededor los muertos caminan de nuevo.

-El diablo...-dice la voz del universo.

-El diablo ya no está en tu cuerpo...

-Diablo... diablo... diablo...

-No van a tomar su vida-exclama el semi elfo, con determinación.

-Hizo un pacto...

-Su vida por la de ustedes...

-Fue su decisión...

-Suya y sólo suya...

-No se puede romper un pacto...

-¡Pacten ahora conmigo!-grita, iracundo.

-Una vida... por muchas...

-Algo se pierde...

-Entreganos la vida y no tomaremos la de la elfa...

-Y la deuda se considerará pagada...

-El pacto estará cumplido...

-Entreganos la vida-dice el universo.

-De acuerdo-responde él.

-¿Lo juras?

-Lo juro.

-Que así sea... tenés un minuto...

El bárbaro abre los ojos y busca por última vez a su padre. Ve como los resucitados guerreros atacan a la horda enemiga.

Todos sus aliados se juegan la vida en un último y desesperado intento.

La moneda gira en el aire, a punto de decidir de quien será la victoria.

-Doblá las reglas-murmura recordando las palabras que le fueron dichas-te pidieron que entregués la vida.

>>>Pero no aclararon la vida de quién.

Corre contra ellos, desesperado, en un último intento de separarse del camino que marcaron para él entidades alejadas del campo de batalla y sus horrores, de la tierra y sus miserias.

Parte unos cuantos huesos antes de dar con el alturian.

-¡Terminemos con esto de una buena vez!-grita el anciano.

Trata de noquearlo valiéndose de un antiguo terror, intenta marearlo invocando un meteorito, quiere inmovilizarlo con una hiedra espinosa, angustiado busca congelarlo, paralizarlo, pero todo es fútil. El bárbaro resiste cada conjuro.

Una vez lo tiene delante le parte las costillas y azota el suelo con su martillo, quebrándole las piernas.

Lo toma del cuello y lo eleva por sobre su cabeza, ahorcándolo. El mago incendia sus manos y lo emula. Para no recibir daño innecesario, sabiendo que el tiempo se le acaba, Lobo lo suelta y patea su pecho, se lanza sobre él, le quiebra los brazos y asesta siete golpes de puño en su rostro, hasta desfigurarlo.

-No matarás a... tu padre-murmura el alturian.

Entonces el bárbaro siente que algo perdido para siempre regresa a él. Y habla.

-Mi padre fue Kurt de Alzerán, héroe anarquista y el mejor hombre que pisó este mundo. Vos no sos más que un recuerdo que debe perecer.

Hunde las manos desnudas en el vientre del mago, destrozando la piel y los músculos, abriéndose paso entre los órganos hasta alcanzar el hígado. Lo arranca de un tirón y le da un bocado, con asco y furiosa determinación.

-Esto... no terminará así...-alcanza al decir quien **no** es su padre.

Pero no importa. El bárbaro ya no escucha. Lo toma por la cintura y lo carga sobre su hombro. Camina diez pasos hasta una solitaria lanza de dos puntas, clavada en la tierra.

Lo levanta y da un salto. Azota el cuerpo del alturian contra el arma. La punta atraviesa la ingle, cruza a través de los intestinos y los pulmones, pasa por la garganta y sale al fin por la boca.

Un empalamiento perfecto.

-Esta es mi ofrenda al universo-dice Lobo.

-La deuda está saldada-informa la voz del universo, a regañadientes.

-El pacto está sellado...

-Cumplido...

-Nada deben...

-Marchen en paz...

-En paz...

-Herr Lobo-distingue ahora esa voz, la conoce de memoria-bien hecho, hijo mío.

-Gracias, Kurt-responde él.

A su alrededor vive la quietud. Todos se detuvieron al verlo combatir al alturiano. Él los mira, casi complacido.

Toma una espada del suelo y corta las cuatro extremidades del mago. Por último lo decapita.

-Tomá-dice arrojando la cabeza a un elfo oscuro-colgalo en el puente blanco a modo de advertencia para quienes pretendan perturbar la paz... por favor.

Clava la espada en una roca y busca con la mirada a los suyos.

-Amelie-murmura al ver a la conjuradora, herida y exhausta pero viva, acercándose.

-Vi lo que hiciste... oí tu pacto...

-No digás nada... todo termina acá.

-Vas a necesitar atención en esas heridas, Lobo-le dice Maryan.

-Y no es el único-acota Faladithz.

-Si alguien me enseña alsirio-comienza a decir Gotten-olvídenlo, no tengo ganas de aprender alsirio. No hoy, al menos.

Los rencores, los resentimientos terminan acá. Las heridas cicatrizarán. Las fracturas soldarán. El mundo no cambiará durante la noche. Ni a la mañana siguiente. Ni en un año.

Pero todos han comprendido hoy las posibilidades de trabajar juntos, obviando banderas y razas, credos y religiones. Pagaron con sangre el precio de la iluminación, pero ahora pueden ver.

No hay cúpulas para enviarlos a morir. No hay nada más allá de sus propias voluntades.

-¡Señores!-exclama Faladithz a la muchedumbre-tenemos trabajo por delante.

-Andá tranquilo-dice Maryan a Lobo, por lo bajo-creo que podemos seguir desde acá. Te merecés un descanso.

Él asiente y les da la espalda. Marcha en silencio, en soledad.

-¿Dónde vas?-le pregunta Amelie.

-Lejos...

-¿No vas a quedarte con nosotros?

-Sí, por eso. La sede del clan está en Nueva Raeraia y el trayecto es largo. Quiero mi cama.

Ella le sonríe y camina a su lado.

-¿Será para siempre?

-Ya sabes...

-Lo sé. Al menos decime que vas a quedarte hasta recuperarte por completo.

-No iré a ninguna parte hasta que cierre la última herida-le responde, en paz con él mismo.

El sol despunta en el horizonte. La luz se refleja sobre las calmas aguas. Es un amanecer de victoria. Aquel llamado el maldito respira con lentitud, inhalando los aromas del nuevo mundo que están forjando.

Todo lo anterior será sólo memoria. Ahora camina hacia donde vive el olvido. Porque no hay necesidad de recordar el odio de antaño.

Su espíritu se inunda de Futuro. Sus pisadas, en la arena y en el mundo, en Syrtis y en la historia, son la sentencia del cierre de un centenar de heridas que aún sangran en las almas de quienes interpretan la obra de la vida en este Teatro De Tragedias.

Son las huellas del olvido.

Epílogo

Mar De Terciopelo Negro

Deep silent complete,
black velvet sea,
brave day sinking in endless night

The Age will say 'this poet lies'
Heaven never touched earthly face.
The Age will say 'this night was ours'
blessed with the deep,
the silent, the complete

Deep Silent Complete - Holopainen

-¿De quién son estos ojos?

-Tuyos.

-¿De quién es esta boca?

-Tuya.

-¿De quién es este cuello?

-Tuyo.

-¿De quién es este..?-dice el brujo cuando el bárbaro irrumpe en la habitación.

-Cuando lleguen al martillo-dice Lobo-recuerden que es mío.

-¡Carajo!-exclama Faladithz, levantándose del lecho y buscando su ropa.

-¡L-l-lobo!-grita Maryan, cubriéndose el torso con las sábanas-¡no es lo que crees!

-Cállense, que sé bien lo que hacen cuando no estoy. Y me parece bien lo de disminuir las distancias y hermanar los reinos, pero... ¿tienen que hacerlo en mi cama? ¿tienen que usar mi martillo como almohada?

-Podría ser peor-murmura la maga.

-Sí-acota el brujo-podríamos haber usado tu martillo como...

-¡No quiero saber!-exclama el bárbaro, un tanto asustado-sólo denme mi arma y estamos a mano.

Toma sus pertenencias y sale a la flamante y recién reconstruida Nueva Raeraia. El brujo va detrás.

-Lobo, tenemos que hablar.

-Si vas a decirme que tengo que limpiar mi martillo con un producto especial...

-Deja eso, hombre. Esto es serio. Tengo noticias.

-¿Buenas o malas?

-Ambas, creo.

-Empezá por las malas.

-Tu amigo Draco envió mensajeros desde Montsoignir. Dice que no podrá llegar a la re-fundación de la ciudad. Pero asegura que está haciendo un buen trabajo en las escuelas, enseñando élfico.

-Bien.

-Lo otro es que hay problemas en el desierto. Fertilizar esa zona es ya muy difícil, pero se les hace imposible con algunas facciones nacionalistas ignitas que pretenden seguir en guerra. Gotten trató de apaciguar los ánimos, pero hubo otra revuelta. Dos muertos y decenas de heridos.

-Lo imaginé.

-Lo bueno es que el grupo en los glaciares está logrando buenos resultados. Elrod informó que están aprendiendo mucho de los enanos. Convirtieron ya todas las armerías en fundiciones para forjar arados. Y hay noticias de Birka, tu hermana al fin recobró a consciencia. Está con muy buen ánimo. Dice que quiere conocerte.

-La única vez que la vi quise matarla. Así que eso debe ser bueno. Nada mal, ¿verdad?

-El panorama es mucho mejor de lo que esperábamos en algunos aspectos. En otros deja mucho que desear.

-Es un avance progresivo pero lento, Faladithz. Lloid se comunicó ayer. La primera escuela primaria poli-racial está funcionando de maravillas.

-Insisto en eso, tendrías que haberlo inscripto como alumno.

-Sí, pero es bueno en gastronomía.

-En este mes de cese a las hostilidades hemos logrado muchísimo más que en los últimos cuatro siglos, Lobo. ¿Entendés lo que eso significa?

-Sí, lo comprendo. Pero algo me dice que no viniste a hablarme de índices que conozco de memoria.

-En realidad, vi que tus heridas sanaron por completo.

-¿Y?

-Recuerdo que alguna vez mencionaste que no te irías hasta que curase la última de tus heridas. ¿Vas a irte después de la ceremonia, verdad?

-Sí. No tengo nada que hacer acá.

-Nadie estará de acuerdo con eso. Y lo sabés.

-Sólo yo decido mi vida. Y lo sabés.

-Sí... bueno, el punto es que... ya sabés, el duelo... esa cuenta pendiente...

-Han sucedido demasiadas cosas, Faladithz. Ya no tiene sentido matarnos, a mi entender.

-Entonces termina acá, oficialmente-dice el brujo con una sonrisa mientras le extiende la mano.

El semi elfo la estrecha.

-Ya nos veremos-le dice y luego continúa su caminata.

Lobo contempla, donde antes se erigiera un edificio dedicado a las discusiones de la nobleza élfica, una enorme oficina para realizar asambleas. Imagina un futuro repleto de esplendores, si aprenden a comportarse.

Camina un poco más. Se dirige a los establos. Cruza una mirada furtiva con un valkin. Se sienta a la vera del camino que conduce a Dohsim.

-Esperaba verte-le dice la cazadora.

-Hola, Luna. Ha pasado mucho tiempo.

-Eso creo... ¿te vas?

-Sí.

-Yo...

-Habla de una vez, mujer-dice él, huraño.

Ella no le responde. Se sonríe y lo besa.

-Ya entenderás-le susurra.

Se yergue y se funde con los árboles.

-Yo tengo un sólo ojo y veo más que vos-le dice alguien a sus espaldas.

-Hola, Wolfus-dice el bárbaro sin darse la vuelta.

-Creo que le gustás a esa chica-afirma el brujo.

-Creo que esa chica tiene su propia maldición y su propio camino por recorrer.

-En fin, eso da igual, amigo. Vine por otro asunto.

-Decime.

-Quiero que te quedés hasta la inauguración. ¿Puede ser?

-Dalo por hecho-responde el bárbaro, sonriéndole.

-¡Genial!-exclama el brujo y se marcha.

Lobo respira el aire de sus bosques un momento. Luego saca de su armadura papel y tabaco. Comienza a fumar, un hábito que en tiempos sin muertes anunciadas se hace más y más recurrente.

Observa con atención la ciudad. Esta es la primera vez que realmente dedica tiempo a estudiar la nueva arquitectura. Lo que más le sorprende no es lo que consiguen piedras y ladrillos, sino la total ausencia de guardias.

Permanece un momento largo con la mirada perdida.

-¿Nunca pensamos que llegaría este día, verdad?

-Hola, Har. No te oí llegar.

-Te estás haciendo viejo.

-Creo que sí-dice él en medio de una carcajada.

-¿Vale la pena estar vivo, Lobo?

-Ya lo creo. Vení, vamos a almorzar.

Se reúnen en el enorme comedor con el resto de los presentes. Se sienta en medio de Lea y Maryan.

-Espero que te guste la comida-le dice el joven arquero-yo ayudé a prepararla.

Comen ensaladas y frutos de la tierra. Hoy ningún animal será sacrificado. Es un día especial.

-¿Cuanto creés que durará la paz?-le pregunta la otrora reina de los ignitas muy por bajo, asegurándose de que nadie la escuche.

-Lo que dura un latido del diablo-responde él.

Hace la digestión en soledad, bajo un árbol, con un libro. “Lo eterno-femenino nos permite avanzar” lee en voz alta al terminar la última página, como leyéndole al mundo.

Ve como ya se reúnen en el centro de la ciudad. La ceremonia de re-fundación de Nueva Raeraia está por comenzar.

Se une a ellos rápidamente. Parado junto a Wolfus escucha el discurso leído en tres lenguas.

Siente orgullo al ver a Faladithz y Maryan en el centro. Está seguro de que Dama Blanca está temblando mientras habla.

Cuando terminan las palabras, un niño rompe una botella de vino contra la estatua esculpida por estudiantes de arte de los tres reinos.

Una esfera perfecta. Un símbolo perfecto.

Los magos usan su conocimiento de la naturaleza para generar luces a modo de espectáculo, de divertimento.

Lentamente se separa de la muchedumbre. Sin saludar a nadie se dirige a la aún activa muralla. Cruza a la zona que ya no está en conflicto, pero que sigue siendo peligrosa. Da unos cuantos pasos por el bosque hasta que una voz lo detiene.

-No hay modo de convencerte, ¿verdad?

-No, Amelie. Mi trabajo acá está cumplido.

-Sí. Sí que lo está. Y todos estamos agradecidos. Pero no todo se trata de misiones y responsabilidades, Lobo.

-¿Estás segura?

-Por completo. Vos nos mostraste eso. ¿Te acordás?

-Yo sólo les recordé lo que siempre supieron. O hice que lo olvidaran, no estoy seguro.

-Podés quedarte. No es necesario que te desvanezcas. No es obligatorio que continués alienado.

-No puedo quedarme.

-Algo me dice que ya no temés a ese monstruo en tu interior...

-El monstruo ya no está. Se fue con la oscuridad y el resentimiento, con la furia y el diablo.

-Entonces podés quedarte.

-No. No puedo. El dolor sigue ahí. Y la maldición también.

-Lobo...

-Algunas cosas son como deben ser. Creo que este no es mi lugar.

-El hogar está donde el corazón-le dice ella, con tristeza.

-¿Pero donde estoy yo? ¿quién soy yo? Toda mi vida he luchado por lo que creí justo.

-Ahora tenés resultados.

-Sí. Los tengo. Pero no sé si esto sea lo que buscaba. No es que lo rechace, me alegra lo que hicimos. Lo que hiciste.

-¿Yo?

-Vos. Todos, porque fue un triunfo de equipo, pero en especial vos.

-¿Y qué hice?

-Creer en mí. Era un monstruo y me trataste como hombre.

-Nunca fuis...

-Sí lo fui. Pero... creo que ahora soy distinto.

-Todos lo somos, Lobo. Mira tu interior, buscá en tu memoria los lugares donde cambiamos al mundo. Y los lugares donde el mundo nos cambió. Nada es igual.

-Ni volverá a serlo.

Se quedan en silencio mientras el sol comienza a perderse en el horizonte. Meditan en sus motivos. En sus actos. En sus emociones. Piensan en ellos. En las vidas que tomaron; en las vidas que salvaron.

En el nuevo mundo que forjaron.

-¿Dónde irás ahora?

-Navegaré. Necesito hallar el silencio. Quiero escuchar lo que tengo para decirme.

-Será una noche sin luna. ¿Contemplaste las aguas en momentos como el que se avecinan?

-No. Jamás tuve tiempo.

-Yo me lo fabriqué. Vamos. Te acompaño.

Van hasta la playa. Él tiene ahí un barco preparado para zarpar.

Es el final. Se abrazan una última vez. Se miran a los ojos, se reconocen en el otro y sin más el sube a la embarcación.

-Quizás algún día...-murmura.

-Lo sé. Todos estaremos esperando-afirma ella.

Extiende las velas. La marea lo mece suavemente mientras se adentra en las aguas.

-Voy al otro lado del horizonte, Amelie-le dice el bárbaro-siempre estaré bajo la estrella polar.

-¿Y qué hay allá?

-El futuro-responde él.

La conjuradora se queda en la orilla. Contempla el navío hasta que desaparece en las sombras. En la ausencia de luz, la mar parece una enorme tela de terciopelo negro extendida hasta donde se confunde la vista y los sentidos traicionan.

APÉNDICES

Redentus

Nota preliminar: este cuento se ubica cronológicamente antes del inicio de Las Huellas del Olvido.

No es tan difícil creerlo cuando lo ven: un igneo salta sobre ellos, toma el medallón y huye despavorido. No es tan extraño. Esas criaturas pueblan el desierto por completo y se sienten atraídas por los objetos brillantes.

Lo que les llama la atención es que está ciego. Alguien, probablemente otro igneo, le arrancó los ojos.

La tropa alsiria, con el syrtense en medio de ellos, corre en búsqueda del trofeo. Ninguno se pregunta como detectó el medallón. Luego habrá tiempo para respuestas.

Tras unos cuantos minutos de afiebrada persecución llegan al límite que separa las dunas de los campos que se extienden ante ellos.

Un utghar se arroja sobre la criatura, la taclea y le quita el preciado tesoro. Cuando le parte el cuello, a modo de venganza, una flecha atravieza su cuello.

Y los cinco syrtenses emergen del entorno, como materializándose. La horda que llegó desde las gélidas tierras del norte ataca sin piedad. Los dos caballeros cubren a sus camaradas. Los ataques pueden contarse por docenas, pero vivirán.

-¿Listos?-pregunta Albus Camus.

-Cuando quieras-responde Lobo.

El bárbaro arroja un barril contra los alsirios. Se estalla contra el suelo, empapándolos de un extraño líquido. El tirador dispara una flecha envuelta en llamas que inicia la combustión del contenido del ya despedazado recipiente.

Los syrtenses se arrodillan y cubren sus rostros. Saben que no deben respirar esos vapores. Medio latido después los utghars y enanos caen desmallados. Atrás, el que antes fuera un semi elfo contempla la escena con odio.

Aquel llamado el maldito se pone de pie y camina hasta él, lentamente.

-Lobo-murmura la aberración.

-Redentus-responde el guerrero.

-Así que al fin dieron conmigo. ¿Sabes? No esperaba que fueras vos el que viniera. No después de robar ese medallón. ¿Tenés amistad con Arianna ahora?

-No. Ni la tendré. ¿Es algo especial el medallón?

-Sólo un souvenir. Quería que supiera que volvería por ella.

-Hiciste demasiado daño en Syrtis, Redentus.

-Me divertí, eso no puedo negarlo.

-El problema es que muchos aseguran que no es tu culpa, que quemaron tu humanidad, tu legado alturian, y que ahora no sos más que media persona. Que eso te lleva a cometer estas atrocidades. Pero, ¿sabés una cosa? No me impota-asegura el bárbaro con frialdad.

-Hacés bien, supongo. Esto debía terminar de modo violento, como empezó.

-Ahorrate el discurso. Violaste nenas de cinco años, mutilaste ancianos... sos... no sé como llamarte. Pero ese incendio antes de partir fue demasiado.

-¡Terminemos esto!-grita Camus, tensando su arco.

Lobo alza su mano en una señal de espera.

-¿Sabés porqué nos enviaron a nosotros?-pregunta el guerrero.

-Dejame ver-dice su interlocutor-los dos caballeros deben ser nuevos, no hay muchos fuera de los fuertes en este momento. Lloid debe estar acá porque necesitabas un cazador que conozca Ignis. Camus debe ser algo así como el as bajo la manga. Y vos... bueno, creo que todos sabemos que nunca pude penetrar tu mente, Lobo.

-Sí. Ya lo sabemos. Sigo intentando descifrar como controlas a los demás. Incluso a esta partida de caza alsiria.

-Secreto profesional. ¿Vamos a pelear o qué?

El bárbaro se sonríe. Su única respuesta es un golpe al cuello.

-Atenlo-murmura-atenlos a todos.

Los caballeros obedecen.

-La Batalla de Redentus, un fiasco-dice Lloid.

-Podría haber sido peor. Al menos tenemos a este tipo. Ya no hará más daño. ¿Qué hacemos con el medallón?-pregunta el tirador.

-Dejalo ahí. Si Arianna lo quiere puede venir a buscarlo. Lo mismo los alsirios.

Comienzan a moverse con rumbo al pantano. El destino final será el castillo Eferias. Durante todo el trayecto obligan a Redentus a beber agua mezclada con un sonnífero. De algún modo ejerce control mental sobre los demás, por eso debe permanecer inconsciente.

Por la noche están en el puente blanco.

-Alto-dice el bárbaro.

-¿Qué ocurre?

-Pasos. Vienen hacia acá.

-Hacé el truco del entorno de nuevo, Lloid-indica uno de los caballeros.

-No hará falta-asegura Lobo.

-¿Aliados?

-No. Pero tampoco un peligro.

Se quedan contemplando el pantano. Ven, con cierto nerviosismo, como utghars y enanos, con lágrimas en el rostro, corren hacia ellos. Se paran a dos metros y se arrodillan. Uno exclama algo en su lengua natal.

-¿Qué dijo?-pregunta el tirador.

-Está... rogando perdón.

-¿Cómo?

-La gente está consciente mientras Redentus la controla. Sabe exactamente todo lo que hace, pero es incapaz de impedirlo. Ellos... no pueden vivir sabiendo lo que hicieron. ¡Mierda!

-¿Qué? ¿qué te dice?

-Lo que este hijo de puta los obligó a hacer...

-¡¿Pero qué es?!

-Creeme, no quieren saberlo-gruñe el semi elfo mientras se toma la cabeza-me piden... me piden que los castigue.

-¿Qué vas a hacer?-pregunta Camus.

Silencio.

Lobo toma un cuchillo y se adentra en el fango con los alsirios.

-¿Vamos a dejar que vaya solo?-cuestiona Lloid.

-No tenemos opción.

Durante una hora interminable se escuchan los lamentos de los bravos guerreros del norte. Uno a uno mueren, por propia voluntad, ultimados por un enemigo demasiado conocido. Podemos llamarle purificación.

-¿Qué está haciéndoles?-pregunta uno de los caballeros.

-Por el modo en que gritan, debe estar deshollándolos vivos.

Otra hora más y al fin termina. Cubierto de sangre, entre los restos de la piel arrancada a las víctimas lobo se sienta en el barro.

Medita en el daño que puede ocasionar Redentus. El poderoso sentido de culpa que ocasionó en las mentes de esos pobres diablos los llevó a desear tan horrendo final. Cumplir ese deseo por parte de quienes se condenaron a sí mismos no es sino un acto de piedad.

Pero nada, absolutamente nada, cambia la atroz realidad: Redentus es demasiado peligroso para existir.

Se para y con paso decidido se reúne con los suyos. Sin preámbulos toma su martillo y da cuatro golpes sobre la cabeza del inconsciente monstruo. No se detiene sino hasta ver los restos del cerebro esparcidos.

Los otros lo miran, pero no dicen nada.

-Es mejor así-murmura Lobo.

Camus asiente y repite:

-Es mejor así.

Matar al tirano es un derecho sagrado, piensa el bárbaro mientras se pregunta si algún día logrará olvidar el mundo que las fronteras no importan, sino el daño ocasionado; que raza y sitio de origen son irrelevantes. Que lo que importan son los hechos.

A la memoria de H. G. Oesterheld
¡Gracias por todo, maestro!

1. Viaje

-¡Por Org!-grita el mago.

-¡Muerte a los traidores!-exclama un guerrero.

Faladithz está cubierto tras una inmensa roca. Lo rodean sus excompañeros. Quieren su sangre; quieren el regreso del imperio.

Él sólo está seguro de una cosa: no va a rendirse.

-¡Ser ayer o después!-grita el brujo, practicando, a la fuerza, su élfico.

-¿Qué dijo?-pregunta Wolfus.

-Creo que quiere que atacemos-explica Gotten, señalando al brujo que ya comienza su ofensiva.

Corre hacia el enemigo. Los expone a los elementos. Libera una enorme cantidad de energía en un tiempo muy escaso. Los marea, los retiene en el suelo.

-¡Estás loco!-le grita Gotten.

-¡Mi ser ayudante syrtiano concha el!-le responde el alsirio.

-Tres contra doce, esta no la contamos-dice con pesar el otro brujo.

Los enemigos se libran del sortilegio. Están ya en pie de nuevo. Un tirador lanza al aire una flecha trucada, que estalla veinte metros sobre sus cabezas y se precipita cual lluvia de fuego buscando sus pieles.

No sufren daño. Están siendo cubiertos. No comprenden como, pero un sólo hombre protege a los tres sólo con un escudo.

-Demasiado lentos-murmura Draco.

-Bueno verte-le dice Gotten-pero un hombre no hará diferencia. Van a matarnos a todos.

-No lo creo. Mira-le dice el caballero.

Y el conjurador mira. Y ve como treinta hombres de todas las razas se arrojan contra quienes tratan de darles muerte. Los reducen en menos de un minuto. No ultiman a nadie.

-¿Qué haremos con ellos?-pregunta un joven arquero.

-Por ahora a los calabozos en la bahía. Luego veremos como hacer para regresarlos a Alsius-responde el otrora Lord.

-Buen momento para llegar-le señala Wolfus cuando se siente tranquilo.

-Ya me conoces.

-Sí... bueno, estos ataques se están intensificando sobre la muralla.

-Lo sé. Anoche encontré a tres brujos tratando de subir a un par de kilómetros de acá.

-Me atemoriza pensar que pasaría si logran entrar.

-Mira... tengo motivos para creer que ya hay alguno dentro.

-¿Cómo es eso?

-La semana pasada un grupo de arqueros llegó a la muralla. Entregaron a la transportadora una nota con sello real, se suponía que venían en una misión diplomática. Nuestra gente dudó sobre la autenticidad de la orden, por eso les pidieron que esperen. Pero no esperaron.

-¿Qué hicieron?

-Quisieron entrar por la fuerza. Atacaron. Tuvieron que matarlos a todos.

-Están un poco desesperados al parecer.

-Bastante. Me temo que otros podrían haber generado menos sospechas en el pasado. Podría haber más de ellos dentro.

-Ya lo sabríamos-le dice Gotten, con calma.

-¿Cómo?

-Hubiesen atacado ya, de estar dentro.

-Quizás...

No dicen más nada y regresan a Nueva Raeraia. En el camino meditan en el precio de la paz. Todo parece poseer un precio exorbitante.

¿Pero cuanto vale, a fin de cuentas?

Por la noche, tras la cena, Gotten contempla el sendero que conduce al bosque Arvanna. Tiene la mirada perdida en la inmensidad del sitio donde siempre es otoño, donde todo siempre agoniza.

-Ahí dentro-le dice la conjuradora a sus espaldas-se hizo historia, entre árboles que no se deciden a morir, bajo la luz de una fogata.

-Frente al cadaver de una elfa-dice él-recuerdo. Me contaste eso, Amelie.

-Es importante.

-Pero no por los hechos recientes, ¿verdad?

-Verdad. Hace tiempo leí que cualquiera puede hacer historia...

-...pero sólo un gran hombre puede escribirla-interrumpe él-lo sé. Estudiamos juntos las arcanas ciencias metafísicas.

-Entenderás lo que puede ocurrir-murmura la maga.

-No sé a qué te referís.

-Hay un lobo suelto allá afuera.

-Hace seis meses que se fue.

-¿Lo culpas?

-Un poco. Creo que era su deber permanecer acá.

-¿Seguro?

-Es que no lo entiendo. Luchó y luego se fue. ¿Por qué?

-Porque este no es el único mundo roto; otros lugares necesitan ser arreglados. Alguien debe hacerlo.

-Pero no cualquiera-dice él, ofuscado.

-Cualquier gran hombre puede, Gotten. Ese es el punto.

-¿Y dónde está, entonces, con todo lo que debe ser reparado acá? Nos jugamos el pellejo día a día, aún cuando la guerra se terminó. Cada semana un grupo armado distinto quiere tomar el poder. Ya no hay ejércitos organizados, los restos del imperio alsirio y del clero ignita devoran gente, se comportan como buitres, los vestigios de algunas dinastías elficas aún buscan establecer una nueva nobleza. ¿Dónde está?

-Bajo la estrella polar-responde Amelie, muy por lo bajo.

Un llanto reclama su atención.

-Voy a atender al niño.

-Deja-dice Gotten-voy yo. Ya casi aprendo a preparar mamaderas.

Se dirige a la habitación. Toma al niño en brazos y va a la cocina. Prepara el alimento con torpeza, pero también con determinación.

-Eso está frío-le dice Wolfus, ingresando en el ambiente.

-No... creo que ya está.

-Te digo que está frío, miralo, no sale vapor.

-Que ya está te digo...

-Que está frío.

-¡Que ya está!

-¡No me grités!

-¡Basta los dos!-les dice Amelie al mismo tiempo que el semi elfo comienza a llorar-¿ven? Ya lo despertaron.

-Pero si vos gritaste más fuerte que nosotros dos juntos-murmura el brujo.

-En este momento los gritos son el menor de nuestros problemas-afirma Gotten, señalando la entrada.

Tres magos están frente a ellos. Son nordos. Reconocen las insignias alsirias. Uno de ellos, el más viejo, los señala y murmura algo en su lengua natal.

Inician un rito. Es breve, tan sólo seis palabras. El último, el más joven, lanza una esfera de vidrio contra el suelo.

-Que carajo...-dice Wolfus cuando un viento se materializa en la habitación. Se exalta, se transforma en un diminuto tornado en una fracción de segundo.

Todos son arrojados al suelo por la fuerza del aire en feroz movimiento. Una luz mortecina ilumina sus cuerpos. Algo se quiebra en la estructura de la realidad. Tiempo y espacio se contraen sobre sí mismos.

Un diminuto agujero negro está frente a ellos. Los objetos en la habitación comienzan a ser absorbidos.

Nadie puede atacar, todos están ocupados aferrándose como pueden a las salientes en las paredes para no ser arrastrados.

-¡El crío!-grita Amelie al ver a Gotten intentando mantenerse a salvo con una sola mano mientras con la otra sostiene al semi elfo.

Es un vórtice. Es hechos y recuerdos, potenciales sucesos y amnesias buscadas girando en eje, desde el mundo hacia dentro de sí. El universo fluye, dividiéndose y abriendo paso a otros espacios; a lugares jamás conocidos por quienes habitan estos reinos.

Cada segundo una puerta se abre y cierra; cada segundo esta anomalía es un portal a un lugar diferente.

Los tres magos se sonríen e intentan la retirada. Pero un terror inhumano, desolador, inconmensurable los invade al ver sobre ellos unas enormes calaveras. Un truco tan viejo como efectivo firma su sentencia de muerte.

Más allá, a distancia segura, Faladithz utiliza toda su energía para mantener activo el conjuro. Se detiene sólo cuando los ve soltarse, ser absorbidos y desaparecer.

-¡Resistir! ¡puerta cerrarse pronto!-exclama el brujo empleando su mejor élfico.

Pero Gotten ya no puede más. La fuerza es enorme y un sólo brazo le resulta insuficiente. Su mano se suelta. Desaparece dentro de la espiral que arrastra consigo incluso el futuro. O uno de ellos, al menos.

Dos o tres latidos más tarde el vórtice se cierra, implosionando.

-¿Qué fue eso?-pregunta Wolfus, alarmado.

-No... no lo sé-murmura Amelie.

2. Estancia

En el reproductor de mp3 suena Porcupine Tree. Se para mientras escucha Buying New Soul. Vacía el cenicero y enciende el enésimo cigarrillo del día. Vuelve a sentarse frente a la pc, en esa habitación poblada por el humo, iluminada por un foco débil, donde las sombras proyectadas por los muebles no paran de recordarle lo difícil que es ver el sendero que se extiende frente a él.

Estira las piernas. Se suelta el negro y desprolijo cabello. Le gusta así, largo, salvaje, lo acompaña desde hace trece años; lo acompañó la mitad de su vida. Le apena saber que antes o después tendrá que despedirse de eso, contra su voluntad.

-Los estragos del exceso de hormonas-murmura.

Mira su torso desnudo. A veces le molesta ver sus cicatrices. Se pone una remera. Hoy no quiere ver las marcas que la lucha por un mundo mejor dejó en su cuerpo.

Es grande. Mide alrededor de un metro noventa y sin duda sabe cuidarse solo. Intimida un poco con la imagen que muestra a los demás. Y por él está bien de ese modo. Hace mucho tiempo que todo es como es. Nada cambiará.

-Sleep well, my so called friend, a virus in your heart-murmura, acompañando el cantar de Steven Wilson-She bends my so called friend and rips my life apart.

Mueve rápidamente el mouse desde el procesador de texto al navegador. Mira un foro, uno de los muchos en los que participa. Lee un thread.

-Este tipo se pasa de pelotudo-dice y de inmediato su mirada va del monitor a sus nudillos.

Los ve machacados, partidos. Demasiado uso. Paciencia. Compasión. La paz de haber recuperado algo perdido durante años. Algo que se fue y que recientemente volvió a encontrar. ¿Una segunda oportunidad?

Vuelve al texto. Debe seguir escribiendo. Es un hombre de su comunidad, un individuo que existe en un determinado tiempo y espacio. Y, por algún motivo ignoto incluso para él, siente que su misión es dejar un testimonio de su paso por este mundo.

Pero que lo maten si sabe por qué. O para qué.

Entonces ocurre. Sin previo aviso, sin motivo aparente. Sólo sucede.

El aire a su alrededor se condensa y se retrae sobre sí mismo. Un vórtice. Un portal. Dos dimensiones distintas se conectan.

Y el pseudo agujero negro escupe algo.

Él se pone de pie, incrédulo. Si bien lo que ocurre no supera su imaginación, es completamente inaudito.

Ese tipo de cosas ocurren en la televisión, en los comics, en los video juegos. Pero no en el mundo real.

-Qué carajo...-va diciendo al ver al otro, eso, lo que otra realidad escupió en su cuarto de trabajo.

-Ayuda...-murmura el mago.

El tipo enorme lo mira. Tiene un bebé en brazos. Parece haber sido apaleado. Deposita el crío en un sillón y lo examina. La expresión en su rostro es de alivio. Parece que la indefensa criatura está bien.

-Ayuda...-repite.

Ve el cabello rubio, las facciones de su rostro, las orejas puntiagudas. No cabe duda. Es un elfo. Como los de ese juego en línea que tantas penurias y alegrías le dio.

-Did you see the red mist block your path?-canta Steven desde los parlantes.

-¿Quién carajo sos vos?-dice el tipo que escribe.

-Yo... soy... Gotten...-responde el elfo.

-Did the scissors cut a way to your heart?

-¿Qué fue eso? ¿qué hacés en mi estudio? ¿de dónde saliste? ¿por qué hablás castellano, la puta madre?

-Por favor... estoy... confundido...

-Did you feel the envy for the sons of mothers tearing you apart?

-A lo mejor yo no...

-Ayuda... estoy... mal...

-Arriving somewhere, but not here.

Están en silencio uno frente al otro. Gotten en un sillón, con el niño a su lado. El narrador en la pc, obnubilado.

-¿Y yo tengo que creer eso?-dice entonces, tomando el silencio por el cuello, rompiendole la ropa y violándolo sin piedad.

-Es lo que tengo para decirte-responde el mago.

-¿Syrtris, verdad?

-Sí. Ese es mi reino. O era. No sé bien que pensar.

-Acá hay un Syrtis... un reino... pero...

-Pero no es este...

-No, no es este.

-¿Cómo se llama este lugar?

-¿Casa? ¿estudio?

-Este reino.

-Reino... se llama Argentina. Pero ya no hay reinos. Les llamamos países ahora. Acá. Quiero decir... bueno, vos me entendés.

-Eso creo...

-Tu nombre, Gotten, viene de un dibujo animado. Las cosas son muy diferentes.

-¿Dibujo animado?

-Sí. Si pones veinticuatro dibujos uno atrás de otro a lo largo de un segundo generarás la ilusión de movimiento. Así se hacen las películas, la televisión.

-No... no te entiendo.

-Mirá, vení, te muestro-le dice, señalándole la pc.

El elfo se sienta mientras el otro abre aplicaciones. Diarios. Canales de tv. Archivos guardados en el disco rígido. Música. Libros.

Es una amistosa cópula de culturas en la mente del mago. Tras dos largas horas, finalmente el conjurador retoma la palabra.

-Es muy poderosa tu magia.

-No es magia. Acá no hay magia. Este aparato está hecho por mano e imaginación humana. En esencia no es tan distinto de una pala. Ambas son herramientas.

-Creo que entiendo. Háblame de Syrtis.

-Syrtris...

-¿Sigue la guerra acá?

-Guerra siempre hay. Pero Syrtis no es... bueno, velo por vos mismo.

Abre el navegador. Ingresa a la página de un videojuego. Visita el foro y le muestra un par de imágenes.

-¡Ese es Faladithz!-exclama Gotten, consternado.

-Sí, ese es Christian.

-¿Christian?

-Sí. Así se llama.

-Su nombre es Faladithz, brujo alsirio.

-No. Su nombre es Christian. Es un chabón de Tucumán. Hizo un personaje que se llama Faladithz. En un juego. Y eso es todo. No tiene superpoderes, no hace magia, no nada. Es una persona, igual que yo. Nada más.

El elfo enmudece.

-¿Qué hay de los Goldenheart? ¿quién los creó?

-NGD.

-¿Y ese quién es?

-Es el nombre legal de la empresa que hizo el juego. Los Goldenheart, como muchos de los que te dieron misiones, son lo que se llama Personajes No Jugables. Sólo están ahí y repiten frases, no hay una mano humana detrás.

-Entonces... acá no existo...

-De hecho sí existís. Vos y todo tu clan. Conozco a las personas que los crearon. Mirá esto-le dice y procede a mostrarle un screenshot del juego.

-Somos nosotros. Estamos todos. Wolfus, Elrod, Amelie, Adicto...

-Sí. Excepto por Amelie y vos casi todos los miembros del clan son muy jóvenes, bah, son unos críos. Pero muy buenos críos. La paso bien con ellos.

-¿La pasas? ¿sos miembro del clan?

-Sí.

-¿Quién sos?

-Tengo un bárbaro. Maldito Lobo.

-Esto es demasiado... te parecés un poco a él... pero...

-Sí, me dicen que soy orejón.

-¿Podrías matar a cinco soldados a la vez?

-Sin una bazooka no.

-¿Bazooka?

-No importa. Mirá, el punto es que existis, pero no sos vos. O en todo caso sí, pero como una parte de alguien más.

-¿Yo no soy yo?

-Vos no sos sólo vos. De eso se trata.

-Creo que entiendo...

-Ahora el problema es como vamos a devolverte a Syrtis.

-¿Conocés algún tipo de magia que pueda llevarme?

-Claro-responde le narrador-sólo necesitamos un D'lolean, un rayo, una torre con un relój y un cable. Construir el condensador de flujo me llevará más tiempo.

El elfo lo contempla en silencio, casi con esperanza.

-Era una broma.

-Tenés un sentido del humor bastante raro-murmura Gotten.

Se quedan en silencio. Amanece mientras ellos caen rendidos ante el sueño. Cuando el narrador despierta contempla el espacio vacío. El elfo y el crío ya no están. No se pregunta si fue un sueño, no es tan necio. Siente un poco de alivio, pero le resta importancia al asunto. Cosas más extrañas han ocurrido sobre la faz de la tierra.

3. Regreso.

-Una semana ya-dice Amelie, preocupada.

-Una semana-repite Wolfus-¿creés que está..?

-No lo sé. Todo esto fue tan... raro. Nunca vi antes algo así.

-Quisiera que Lobo estuviera acá-murmura el brujo.

Nueva Raeraia los contempla con agudo y solemne mutismo. Las ciudades sueñan. Las ciudades piensan, también.

La ausencia de Gotten se hizo notar durante esa semana. No sólo por sus habilidades como mago,

no sólo por su mano amiga tendida siempre a sus compañeros, sino también, y quizás más importante, por los extraños hechos que rodearon su desaparición.

Las noticias se extendieron por todo el reino, y más allá, rápidamente. Muchos propusieron soluciones, búsquedas y penitencias ante un posible mensaje de los dioses. Otros refutaron lo irrefutable y defendieron lo inquebrantable, sin poder creer lo que les narraban.

Al quinto día los miembros de Masterclan cerraron las puertas de su cede y decidieron tratar el asunto de modo interna.

Ahora una de esas puertas se abre. Y el conjurador regresa.

-¡Gotten!-exclama la elfa al verlo entrar.

-Hola-saluda él, con el agotamiento de quien caminó por mil aceras en un minuto.

-Te veo... distinto-le dice Wolfus.

-Vos te ves igual. Pero eso no me sorprende. ¿Cuanto tiempo pasó acá desde que me fui?

-¿Acá? Una semana-responde Amelie, confundida.

-Ya veo. Quiero mostrarles a alguien.

Camina hacia la salida. Sus compañeros lo siguen. Afuera un adolescente de unos catorce o quince años los espera.

-Les presento a Lobo-dice Gotten-llamado el molesto y quejoso.

-Hola-saluda el crío-les presento a Gotten, llamado el parlanchin.

-¿Qué..?

-Ya te explicaré.

-Nos explicás ahora-dice ella.

-Si insistís...

Durante una hora el conjurador explica su viaje. Como fue transportado a un mundo distinto. Como supo de la existencia de otras realidades. Como en una ellos no son más que personajes en un juego y en otra ninguno existe; como en una ellos son actores en un teatro sumergido y en otra sólo son ideas; como en una son mártires y tragedias y en otra fieles practicantes del kamasutra; como en una murieron a manos de los ignitas y en otra ellos mismos se transformaron en monstruos genocidas.

Pero sobre todo explica como el tiempo se mueve diferente entre los mundos. Quince años fueron percibidos por ellos como una semana.

Aquel vórtice, aquel salto primigenio, lo llevó por los mundos una y otra vez. Siempre volvió a presentarse, siempre lo arrastró de nuevo a una realidad distinta. Hasta que hoy lo trajo de nuevo a la vieja Nueva Raeraia, al hogar.

El silencio los domina. Amelie medita. Piensa, una y otra y otra vez en lo que acaban de contarle. El universo es un triángulo.

Un punto es ella, otro la realidad. El vértice es el narrador, ese tipo que ahora mismo debe estar escribiendo, palabra por palabra, cada uno de sus pensamientos.

Nota Preliminar: Este texto es una pequeña muestra de lo que podría haber sido Las Huellas del Olvido de haber seguido escribiendo cuando comencé. El archivo está fechado el seis de junio de 2008.

benganza

El joven sintió un estremecimiento jamás experimentado y, de pronto, se descubrió a si mismo en un camino situado en un frondoso bosque. *Así que esto es*, murmuró por lo bajo, como quien piensa intentado ser oído.

-¿Otro más? Cuanta gente nueva-dijo el guardia observándolo impasible.

-¿Extraño-dijo el híbrido, mitad elfo, mitad alturian, saliendo de su perplejidad.

-Al contrario. Viene gente desde las siete esquinas del reino a diario. La mayoría no logra siquiera llegar a la zona en conflicto. Buscadores de gloria que llaman a sus madres al ver un Tol-Tar guerrero. Penoso. Supongo que querrás saber qué es lo que tenés que hacer ahora-musitó el guardia.

-Sí.

-Toma esto-gruñó el soldado entregándole una pequeña bolsa-son tus nuevos efectos personales. Una espada de iniciación y un mapa de la zona de entrenamiento. Andá a formarte con el resto de los nuevos reclutas en aquella fila.

-Bien-dijo el joven, impasible, mientras caminaba examinando la espada, notándola liviana y débil.

Se paró junto a un arquero y permaneció en silencio. Estudió los rostros de sus compañeros. Algunos se veían demasiado jóvenes para enfrentar la guerra y sus horrores, otros, se veían atemorizados, los menos, excitados.

Una conjuradora se les acercó.

-Pueden comenzar. Entren de uno y en uno y sólo cuando el anterior haya salido-exclamó con tono militar mientras señalaba una casa a unos metros, en lo que parecía ser una pequeña aldea.

El primero de la fila obedeció sin siquiera mirar el rostro de la maga.

Treinta minutos después, el joven entraba en la habitación. Ahí lo esperaban tres personas. Un guerrero, un arquero y un mago.

-Decí tu nombre en voz alta-musitó el arquero.

-Soy Lobo, nacido en Alzerán, llamado por algunos El Maldito.

Tomó la palabra el mago:

-Lobo, nacido en Alzerán, ¿jurás defender con tu vida el nombre del rey?

Prosiguió el arquero:

-Lobo, nacido en Alzerán, ¿jurás devoción al reino y aceptás como sagrada la palabra de la nobleza?

Finalizó el guerrero:

-Lobo, nacido en Alzerán, ¿jurás masacrar al enemigo sin piedad, incendiar sus ciudades y demostrar la supremacía syrtense?

Los oscuros ojos del semi elfo brillaron tras un momento de meditación. Luego, habló.

-Yo, Lobo, nacido en Alzerán, juro defender con mi vida la libertad, combatir la injusticia, extender la sabiduría y reestablecer la paz o perecer en el intento. No soy fiel a hombres ni elfos. No creo en los imperios. Ni en las fronteras.

El trío se observó tras un minuto de estupor.

-Eso no es lo que debías decir-murmuró el mago-no es lo que debías jurar.

-Verdad-dijo Lobo-no es lo que *debía* jurar; es lo que *he* jurado. ¿Van a darme su bendición o debo partir?

A regañadientes, el mago se puso de pie.

-Por el poder a mí conferido por la naturaleza de esta Tierra, yo te nombro Lobo, Guerrero De Syrtis.

Un haz de luz cubrió al joven.

-¿Eso es todo? Vaya fraude.

-¡Sacrílego!-exclamó el arquero-¡Blásfemo!

-Y muy orgulloso de serlo al ver lo que acá se considera sagrado-dijo Lobo y se dio media vuelta, dejándolos solos.

Una vez fuera, el guerrero observó el paisaje con detenimiento. Caminó lentamente por el sinuoso sendero que lo conduciría hacia el corazón de la aldea. Observó el nombre del lugar en el cartel del camino. Ilreah.

-Bienvenido al primer día de la cuenta regresiva hacia tu muerte-dijo y casi sintió alivio al pronunciar las palabras. Sin gran entusiasmo, comenzó a recordar una antigua canción que le enseñara Kurt en Alzerán.

Cantó, conociendo los hechos próximos. Cantó, porque sabía de los cataclismos venideros. Cantó, porque era consciente de que el infierno caminaba con él.

*Gather the wind
Though the wind won't help you fly at all
Your back's to the wall
Then chain the sun
And then it turns around and face you
As you run, you run, you run!*

Cuando abandonó Alzerán, quebrando la quijada de su medio hermano y partiendo las costillas de

su padre, bañado en la sangre de su mejor amigo y desconociendo el destino de su hermano de alma, una sola palabra era gritada en sus entrañas. Lo había dicho la pitonisa del oráculo de Ilden. *Revolución*. La idea que teñiría de carmesí su destino.

So live for today

Tomorrow never comes

Die young, young

Die young, die young

Die young, die young, young

Die young

Todo comenzaba en aquel lugar. En el distante Valle De La Iniciación, donde la vida valía poco y podían oírse los ecos de la batalla. Ahí debía comenzar su misión, la que ni los dioses ni los reyes son capaces de entregar y sólo aquellos que guardan oscuridad en el corazón saben hallar: Crear un mundo distinto.

Lobo inspiró profundo y, caminando lentamente, se mezcló entre los pocos pobladores de la aldea. Ya nada volvería a ser igual.

Las Huellas Del Olvido

1. Sobre el nombre.

Empecé a escribir esta novela sin saber que sería una novela. Imaginé un relato que no superaría los diez capítulos. Al ver que avanzaba, que daba vida a una bestia como me señalaron los pocos, pero fieles, lectores que día a día siguieron la publicación tanto en el foro oficial de **Regnum On Line** como en el de **Para todo lo demás existe Mastercard**, mi clan, sentí curiosidad. Confieso, no sin cierta vergüenza de aprendiz de juntapalabras que me puse en plan de espectador y, también yo, pregunté, desconcertado, “¿y ahora qué pasa?”.

La clave está en esa sorpresa que tuve al ver como se desarrollaba la obra, casi por sí misma.

La mayor parte de los autores han declarado públicamente que lo último que saben de su obra es el título, que definen un nombre tras el punto final. No sé si pecaré de soberbia al compararme con ellos, pero sí es verdad que, bueno o malo, soy un autor. Y que hago las cosas al revés. Lo primero que sé es el título. Quizás como método preventivo. A fin de cuentas dar nombre a un objeto, suceso, o creación siempre es riesgoso.

Umberto Eco definió alguna vez las novelas como “máquinas de generar interpretaciones”. Con esto en mente es que siempre trato de ser cuidadoso con los títulos que elijo. De ahí, tal vez, mi afición a utilizar referencias y citas de modo casi compulsivo.

La historia que empecé a escribir el año pasado y dejé abandonada (pueden ver una pequeña muestra entre los apéndices de este libro) se titulaba “Un Lobo En Syrtis”, nombre sencillo y gancho, que alude a protagonista y escenario, pero que, claramente, carece de relación suficiente con lo expuesto en estas páginas.

Tras abandonar el proyecto durante más de seis meses tenía que darle no sólo un nuevo enfoque, sino también una nueva naturaleza. Olvidemos la simple historia del guerrero principiante que un día en Ulren Asir (en la isla de iniciación) descubre que puede matar un lobo cachorro él solo.

Es en este punto cuando tomo la decisión de escribir esto y terminarlo. Algo nuevo para mí, que tengo la costumbre de dejar las cosas por la mitad.

El nombre, Las Huellas Del Olvido, lo encontré en cinco minutos, tras un brainstorming. Sabía que no quería usar un nombre propio. No había nada en especial en la frase que elegí al final. Decidí utilizarla porque no me decía nada en particular. ¡Pero sonaba bien, carajo!

Ahí es cuando comienza la parte divertida: ver como darle forma a los hechos hasta que estos den un sentido a la frase misma. Me dirán ustedes si he hecho bien mi trabajo.

2. El motivo.

Si dijera que escribí una novela porque tuve ganas no estaría mintiendo. Pero tampoco estaría siendo completamente sincero.

En un comienzo Las Huellas iba a ser una catarsis, un medio para librarme de muchas cosas que me

molestaban y, a la vez, dejar constancia de las ideas que atravesaron mi mente al momento del no-regreso a la comunidad de RO.

Creo que una de las “claves del éxito” en este trabajo se encuentra en el punto de inicio. La no-tan-larga tradición literaria de la comunidad tiene ciertos rasgos en común que, poco a poco, van convirtiéndose en lugares comunes.

El más recurrente es el concepto de génesis. El comenzar por el principio del personaje, cuando es muy joven y no está entrenado, mostrar como es que se siente, por momentos, poca cosa y luego demuestra ser increíblemente fuerte.

Esta no es una idea nueva. De hecho, creo que muchos aficionados a los mangas y animes nipones la conocerán de memoria. Por supuesto, no es una exclusividad del país del sol naciente. Ni mucho menos.

El hecho es, dada mi propia transformación, no tanto como persona sino como individuo que decide exiliarse de *UNA* comunidad, no podía empezar por el principio.

Debía buscar nuevos orígenes. Si bien Lobo fue concebido como un anti-héroe desde un primer momento, la idea de convertirlo en una especie de leyenda de los campos de batalla surgió de modo natural, casi como una necesidad -o necesidad- argumental.

Por eso el inicio en común con quien le dio vida, por eso ambos en el exilio, en la distante montaña, lejos de todos aquellos que había conocido (esto es menos cierto en mi caso, ya que no perdí contacto con algunas personas). Y ahí culminan las similitudes.

Se trataba de empezar después del fin. Soslayar lo obvio como la etapa de entrenamiento, las primeras guerras, la primera vez que alguien le salva la vida, el primer enamoramiento, e ir directo a lo picante: a un gran cambio. De ahí que fuese una historia de generales, no de soldados.

No se suponía que durara más de diez o doce episodios, exagerando. El punto crítico lo alcancé al escribir el capítulo VII (“Amanece En Rasius”). Al ir narrando la conversación entre Lobo y Amelie (o A m e l i e, si lo prefieren) me di cuenta que había muchas cosas que tenía ganas de contar.

La idea era llegar a Dohsim tras esa charla al amanecer y precipitar el final con un duelo a muerte entre el bárbaro y su padre. Lo cambié a último momento y, ahogándome, tiré un manotazo. El salvavidas que encontré era de plomo: lo que tenía más a mano eran las invasiones.

Así que lo dejé en eso. Syrtis era invadido mientras ellos hablaban tranquilamente.

Fue muy difícil retomar desde ahí, es por eso que el relato de la caída de la muralla es un poco más extenso que el resto.

A la hora de narrar la invasión eliminé las gemas y los portales, como hice con los pilares, dando a la muerte un sentido permanente en la mayor parte de los casos, para tener una excusa (primera de muchas) para hablar de lo que yo quería hablar.

He aquí, la locura y demencia de la guerra. Como un asesino despiadado no está a gusto, aún si eliminás el temor de su cuerpo, como hombres justos y pacíficos luchan como bestias.

La crítica a los nacionalismos, una pequeña constante que no podría quitar aunque quisiera, toma más y más presencia.

Las ideas anarquistas no tardan en colarse por alguna ventana mal cerrada.

3. El escenario.

Para contar hace falta un espacio. Ese espacio, esa casa, debe ser amueblada. El mundo es lo que te da los límites en la narrativa. Y los límites te dan libertad, aunque suene paradójico.

Así que adorne el mundo de Lobo, Maryan, Amelie y compañía con una serie de horrores muy alejados de la realidad de la fantasía épica y muy propios de esta.

Campos de concentración fascistoides, sórdidos orfanatos, conspiraciones, planes macro-económicos.

Si bien Las Huellas nunca pretendió parecerse a El Señor De Los Anillos, cada vez que escribía una palabra ese mundo de magos y dragones se alejaba más y más del género en que fue concebido. En un punto se me hizo orwelliano, especialmente cuando descubrí, segundos antes que los lectores, que las masas estaban completamente manipuladas.

Las figuras del clero, la nobleza y el ejército tomaron protagonismo de a poco. Nunca estuvo pensado así, pero ocurrió. Tomé eso y decidí explotarlo. El resultado final fue, por supuesto, la revolución.

4. Los personajes.

Lobo es sin duda una tragedia que camina. No pertenece a ningún lugar. No tiene una casa. Tiene pasado, pero no ansía un futuro.

Si bien hay gente que lo aprecia, a él no le importa. Se ve forzado a que no le importe. Porque su maldición es extensiva, o eso cree él.

Es, lisa y llanamente, el centro del universo. No sólo como protagonista, sino como nexo entre todos los planes que podrían generar cambios. Y no olvidemos que toda historia se trata del cambio y parte desde alguien que quería algo.

Quise darle algunas características más, para estar siempre a gusto escribiendo sobre él. Por eso lo convertí en un eximio artista marcial. También su fuerza bruta debía estar acompañada del desarrollo del cerebro, como pretendí alguna vez. La diferencia entre él y yo es que a Lobo le sale muy bien y yo fracasé rotundamente.

Su modo de relacionarse con las mujeres también lo heredó de mí. A ambos nos cuesta menos hablar con una chica que a un hombre.

La construcción del pasado de Lobo está repleta de lagunas. En parte para guardar un cierto grado de misterio; en parte porque no todas las respuestas se encuentran en la infancia. Lo relevante lo saben.

Las características psicológicas del bárbaro son bastante evidentes. Es lo que se resume en “tuvo

una vida de mierda, recontraojodida y le importa tres carajos casi todo”.

En buena medida pretendía generar en el lector una pregunta sobre la motivación del guerrero. ¿Está buscando redimirse por el mal hecho a un mundo tan enfermo como él, o sólo disfruta partiendo esternones?

La respuesta queda a su criterio.

Caso muy distinto son las otras dos caras de la pirámide. Faladithz y Maryan. Del primero es poco lo que sabemos, sólo que odia a Lobo y que llevan siete años intentando asesinarse mutuamente. Pero son buenos enemigos. Se respetan lo suficiente como para no temerse, pero tampoco confiarse.

La conjuradora por su parte si tiene un esbozo de biografía, con un demonio en común con el protagonista. Quizás de ahí la empatía que sienten el uno hacia el otro, de ahí la comprensión, la confianza de ella y la voluntad de él. La idea de mostrarla como un víctima nace más que nada de las circunstancias, su aparición fue muy espontánea y ella (la persona) me dio autorización para hacer lo que quisiera, manteniendo los límites del buen gusto.

Fue una excelente oportunidad para mostrar al enemigo como una persona que también siente y sueña, que es capaz de actos nobles, que posee sentido de justicia.

El otro punto determinante se encuentra en los miembros del clan.

Originalmente no había ningún personaje cómico; esa característica de Lloid decidí incluirla para quebrar el ambiente de una prosa que corría riesgo de volverse cada vez más y más siniestra, sin un motivo justificado.

Gotten por otro lado pretendía ser la contraparte de Lobo. Un conjurador pacifista tratando de volcar a la reflexión al bárbaro. Esa idea fue dejada de lado al ver que era mucho más efectivo con garra que con miedo.

Amelie tiene una función emotiva que yo mismo no vislumbré en un comienzo. De hecho, hace un tiempo me preguntaron cual era el pasado entre estos dos personajes. Me sorprendió mucho que alguien pensara que podría haber existido un romance. Motivado por ese diálogo decidí que fuera un catalizador de sentimientos, para entender a Lobo, es verdad, pero más importante: para entender el mundo en el que viven.

Quise desde un primer momento que fuese más que un ángel guardián cuidando del pequeño grupo de héroes. Quería que pudiera cuidarse sola. De ahí que deje fuera de combate a Lobo durante la invasión. Sin llegar a una, contextualmente, improbable femme fatale, quería una mujer con agallas.

Remus y Albus Camus son casos un poco más complejos. La evolución del mago hasta la locura, pero no cualquier locura, sino la demencia de aquel que ve más allá, no fue tan progresiva como hubiese querido. En un principio coprotagonista inseparable, decidí moverlo un poco, alterar su naturaleza como excusa para dar un punto de vista ambientado dos mil años en el futuro, pero también para mostrar los efectos de la atrocidad.

Albus por su parte no aparece en la medida que yo hubiese querido. En un momento, tras la mutilación a la que es sometido, lo pensé como un ninja ciego repartiendo flechazos desde una oscuridad perpetua. Pero eso hubiese sido exceder los límites de la fantasía. Si se tratase de un mago podría haber funcionado, pero la esencia del personaje como soldado estaba en su puntería. Casos más complejos son los que tienen participaciones menores. Promediando el meridiano de la

obra tenía bien pensado como sería el encuentro de Lobo y Alexita. Ella con piel de hierro, él dándole con aplastamientos, Gotten diciéndole que no la mate, como en efecto sucedió. Pero cuando llegó el momento de escribir esas palabras me di cuenta que no podía dejar que los hermanos hablaran sin alterar el curso de la historia. La orfandad del bárbaro era primordial, mantenerlo sin nada positivo en su origen era lo que validaba su larguísimo viaje. No podía darle una hermana. Mucho menos una que le agradara.

El caso de Luna es distinto. La idea de ese personaje viene desde el comienzo, como una necesidad, para mostrar que el protagonista alguna vez tuvo capacidad para perdonar. Pero luego evolucionó por sí mismo. Ahí decidí darle a Lobo un punto de vista distinto, hice que él la imaginara como otra persona que arrastra una maldición, entre otros motivos, para que sea menos único. También me han sugerido un romance entre Lobo y Luna.

Sigo sin aceptar de ninguna manera ningún romance. Está casado con la anarquía, aceptenlo.

5. Voces.

Me pidieron que hable sobre los diálogos y el por qué de la ausencia de una guía constante. No es, de ninguna manera, a causa de una desmedida influencia de la -aparente- imparcialidad de Hemingway.

Cuando es necesario doy pistas sobre lo que ocurre al tomar la palabra un personaje, para que se comprenda el desarrollo de la trama, pero nunca, jamás, quise guiar a los lectores de la mano a lo largo del trayecto.

Saquen sus conclusiones sobre los lazos, profundos o no, que existen entre los personajes.

6. Las influencias.

Si bien es verdad que la inspiración primigenia de esta novela fue “El Relato De Luca Y Su Horrible Pelo Rojo”, no puedo decir que la totalidad de los textos ambientados en el mundo de Regnum me influenciaron a la hora de sentarme a escribir.

No se puede caer en la siempre odiosa comparación por mera comodidad. No se puede comparar agua y aceite ni tiene sentido discutir si una es mejor que el otro.

Si les digo que una de las particularidades que salta a la vista es mi total desconocimiento del género en el cual suelen enmarcarse las historias que plantean mundos como estos.

Sin ir más lejos (por favor, no quieran mandarme cuarenta matones a mi casa para que me empalen) yo no sólo no leí la trilogía de El Señor De Los Anillos, sino que ni siquiera vi las películas. Sí sé que un actor es hinchado de San Lorenzo (espero que eso baste para que mi vida ya no corra peligro y se conformen con enviarme al hospital durante unos cuantos meses).

Más allá de la literatura distópica, patente a lo largo del relato, hay una necesidad por hablar desde otros puntos de vista sobre aquello que vemos a diario.

En lo personal prefiero reflexionar sobre el tormento. De ahí la referencia al mito de Orfeo. La

búsqueda del amor perdido tiene ese gran peso moral que es saber abandonar a tiempo. Para no darse la cara contra la pared o, peor aún, reencontrarse veinte años después con esa mujer que ahora sólo sería un martirio.

Lobo no busca el amor. Ni la aceptación. Él busca el silencio. Por eso su dantesco descenso a los infiernos tiene un poco de Charles Dickens, con sus amigos haciendo el papel de espíritus de las navidades, hablándole de pasado, presente y futuro. Porque sólo tras escuchar el ruido se encuentra paz para oír los propios pensamientos.

La obra está plagada de referencias musicales, literarias y cinematográficas, sólo hay que buscarlas.

7. Sobre el género.

Llegado a este punto me veo obligado a hacer una pequeña reflexión sobre el género. Más allá de la comedia de *Luca Y Su Horrible Pelo Rojo*, el tinte cosmogónico de *La Biblia De Org* o la distopía de *Las Huellas Del Olvido*, quienes hemos escrito sobre este mundo no hemos podido, en gran medida, separar hasta el momento el universo planteado de quienes lo habitan.

Es posible que estemos fundando un nuevo tipo de literatura. Porque a pesar de que un Andahazi pueda poner a trabajar a Lord Byron en una de sus novelas, nunca las ficciones han sido tan enrevesadas y con límites tan poco claros como los que acá presenciamos.

Porque los personajes son personas, como suele suceder, filtradas por la imaginación del autor, pero, más allá de la honestidad compartida cuando cada uno de nosotros se reconoce en el trabajo del otro con una sonrisa, hay un detalle que no debe ser soslayado.

Estamos colaborando con la fundación de los límites de un mundo a medio crear por NGD (sobran inconsistencias, nadie puede negar eso). Todos. Quienes escribimos y quienes leen, quienes juegan y quienes -como yo- se la pasan en los foros.

Con una mano sobre el corazón digo que se está instaurando un nuevo tipo de ficción; un nuevo modo de contar historias. Más allá del concepto de rol, dejado de lado por la inmensa mayoría, estamos sentando precedentes, como otros lo harán en Lineage o WoW.

Quién sabe, quizás dentro de cinco mil años, cuando la humanidad se haya extinto ya, una cultura alienígena tratará de comprendernos estudiando nuestros registros, nuestros testimonios. La poesía y el cine, la pintura y la arquitectura. Los libros. Y los videojuegos.

Es hora de decir adiós al mero entretenimiento y aceptar que en el juego hay un potencial evolutivo; aceptar que podemos explicar el mundo, exterior e interior, a través de estas animaciones basadas en ceros y unos. Aceptar que podemos elegir ser jugadores o artistas.

Y, sobre todo, que esta es una construcción colectiva. La empresa que lleva el producto es tan padre de la bestia como la comunidad.

18 de marzo de 2009
Diego Nieto / Maldito Lobo

